

**Polémicas intelectuales,
debates políticos**
Las revistas culturales en el siglo XX

Leticia Prislei (directora)

Polémicas intelectuales, debates políticos
Las revistas culturales en el siglo XX

Polémicas intelectuales, debates políticos

Las revistas culturales en el siglo XX

Leticia Prislei (directora)

Cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Decana

Graciela Morgade

Vicedecano

Américo Cristófalo

Secretaría Académica

Sofía Thisted

Secretaría de Extensión

Ivanna Petz

Secretario de Posgrado

Alberto Damiani

Secretaría de Investigación

Cecilia Pérez de Micou

Secretario General

Jorge Gugliotta

Secretaría de Hacienda

Marcela Lamelza

Subsecretaría de

Bibliotecas

María Rosa Mostaccio

Subsecretario de

Publicaciones

Matías Cordo

Subsecretario de

Transferencia y Desarrollo

Alejandro Valitutti

Subsecretaría de

Cooperación Internacional

Silvana Campanini

Dirección de Imprenta

Rosa Gómez

Consejo Editor

Virginia Manzano

Flora Hilert

Carlos Topuzian

María Marta GarcíaNegroni

Fernando Rodríguez

Gustavo Daujotas

Hernán Inverso

Raúl Illescas

Matías Verdecchia

Jimena Pautasso

Grisel Azcuy

Silvia Gattafoni

Rosa Gómez

Rosa Graciela Palmas

Sergio Castelo

Ayelén Suárez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras

Colección Libros de Cátedra



Coordinación Editorial: Martín Gonzalo Gómez

Maquetación: Graciela Palmas

Versión digital: María Clara Díez, Paula D'Amico

ISBN 978-987-1785-37-7

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2015

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 4432-0606 int. 213 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar



El documento se navega a través de los marcadores.

Polémicas intelectuales, debates políticos : las revistas culturales en el siglo XX / Leticia Prislei [et.al.] ; dirigido por Leticia Prislei. - 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2015. 444 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-3617-83-6

1. Estudios Culturales. 2. Historia Cultural. I. Prislei, Leticia II. Leticia Prislei, dir. CDD 306

Fecha de catalogación: 21/07/2015

Índice

Presentación	11
<i>Leticia Prislei</i>	
Capítulo 1	
La primera década de <i>Nosotros</i> : interrogaciones acerca de los intelectuales, Latinoamérica y la política	27
<i>Leticia Prislei</i>	
Capítulo 2	
Arielismo, Reforma Universitaria y socialismo bolchevique.	
La revista <i>Ariel</i> (1919-1931)	49
<i>Natalia Bustelo</i>	
Capítulo 3	
La búsqueda de una voz propia: experimentación y conflictos en la vanguardia de los años veinte.	
El caso de la revista <i>Martín Fierro</i>	87
<i>Karina Vasquez</i>	

Capítulo 4

Políticas de la revista *Sur*: formas retóricas
de una identidad “liberal” 119
Mauro Donnantuoni Moratto

Capítulo 5

Sexto Continente: una apuesta por una tercera
posición latinoamericanista en la cultura peronista 149
Daniel Szabón

Capítulo 6

El semanario *Marcha* entre los años cincuenta
y sesenta. Entre Montevideo y Buenos Aires,
el paisito y la región 193
Ximena Espeche

Capítulo 7

¿El CEFyL del relevo? La revista *Centro* durante
el posperonismo 213
Luciano Barreras

Capítulo 8

Debates y rupturas en el nacimiento
de *Pasado y Presente* 239
Alexia Massholder

Capítulo 9

Polémica en *Pasado y Presente*. Acerca del diálogo
entre cristianos y marxistas 281
Leticia Prislei

Capítulo 10

Cristianismo y Revolución o cómo situarse
entre las vanguardias y el pueblo 299
Leticia Prislei

Capítulo 11

Antropología 3er Mundo y Envido. Las revistas del nacional-
populismo universitario en los años setenta 321
Miguel Faigón

Capítulo 12

Un epílogo para los años setenta. *Controversia* y la crítica
a las organizaciones revolucionarias 355
Matías Farías

Capítulo 13

Una revista para la "izquierda democrática".
La Ciudad Futura (1986-1989) 399
Ricardo Martínez Mazzola

Presentación

Leticia Prislei

Hace ya algún tiempo empezamos a imaginar un libro colectivo que diera cuenta de las búsquedas que realizamos desde 2008 a partir de nuestra participación en la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano. En ese momento nos encontramos ante el doble desafío de conjugar docencia e investigación, recogiendo, por un lado, el legado que nos dejara Oscar Terán y, por otro lado, ensayando un itinerario abierto a los problemas y las nuevas preguntas que se derivaran de él. El núcleo inicial lo integramos: Leticia Prislei, Ricardo Martínez Mazzola, Karina Vasquez y Daniel Sazbón. Por otra parte, acompasado al crecimiento de la matrícula estudiantil y mediante sucesivas convocatorias se fueron sumando, primero: Matías Farías, Luciano Barreras, Mauro Donnantuoni Moratto, Miguel Faigón, y luego, Ximena Espeche, Alexia Massholder y Natalia Bustelo. A las lecturas y discusiones llevadas a cabo en el seminario interno de cátedra se agregaron las que emergieron en los proyectos UBACyT desarrollados en la Facultad de Filosofía y Letras hasta el presente, tales son: “La cultura populista en Argentina”, “Cultura populista, vanguardias y democracia en la Argentina 1920-1980” y “Combates

intelectuales y políticos en la Argentina, 1920-1980". Así se fueron delineando diseños de investigación que derivaron en proyectos de tesis de licenciatura y de doctorado. Simultáneamente, Leticia Prislei, Karina Vasquez y Ricardo Martínez Mazzola imparten seminarios de grado y posgrado, algunos centrados en revistas culturales, y todo el equipo participa de múltiples encuentros de investigación.

Cabe señalar que el análisis emprendido en estos ámbitos nos permitió explorar los vínculos entre intelectuales, cultura populista, cultura socialista, revolución y democracia en un periplo poco propenso a la linealidad que recorre desde el proceso inicial de conformación de un campo intelectual inscripto en un proceso de democratización social y política hasta la emergencia de una nueva cultura política a partir de una serie de transformaciones en el modo de concebir la política, el espacio público y el rol de los intelectuales que acontecen durante los años de la llamada "transición democrática". Los avances realizados nos permiten analizar continuidades y discontinuidades en las configuraciones intelectuales y en los rasgos políticos culturales del país. Asimismo, se instalan, jugando entre el impulso y el retroceso, las reflexiones y los intercambios de miradas en relación con América Latina. En ese sentido, consideramos que esta publicación contribuye a ampliar el conocimiento en torno a los combates intelectuales y políticos tanto en relación con las redes intelectuales y políticas que se multiplican y confrontan en el campo intelectual argentino, como con las formaciones discursivas que emergen, se desplazan —permaneciendo a veces como residuales— y se sustituyen durante casi cien años.

En cuanto a la escritura de los textos que componen este libro nos centramos en los modos de elaboración del ideario y las polémicas que se suscitaron a partir del análisis de revistas culturales que aparecen como emprendimientos

intelectuales colectivos relevantes del período. Las lecturas compartidas nos llevaron a concluir que las revistas pueden ser consideradas observatorios privilegiados de la actividad intelectual porque configuran estructuras elementales de sociabilidad que permiten analizar el despliegue de las ideas. En esta dirección, nuestro recorrido por las publicaciones ha permitido apreciar los cambios de argumentos, operaciones y estrategias a partir de las cuales sus protagonistas se construyeron a sí mismos y definieron al mismo tiempo las características centrales de las formaciones culturales en las cuales se situaron. El resultado de este trabajo colectivo ha posibilitado la explicitación de las operaciones a partir de las cuales diversas fracciones intelectuales se involucran en identificación o en polémica con las corrientes de ideas que circulan en esos años. Además, la diferenciación y análisis de las redes intelectuales que se articulan en sede rioplatense, alargando sus contactos a Córdoba y más tarde al exilio en México, tornan visibles debates y enfrentamientos —algunos solapados, otros explícitos—, y también permite la emergencia de actividades, ámbitos de encuentro y proyectos compartidos. Así, las diferencias abren todo un juego de confrontaciones —a veces más sutiles, otras veces más explícitas— a partir de las cuales se tramita la competencia por ocupar la centralidad, en la cual cada uno de los actores involucrados interviene a partir de tácticas y recursos diferentes. Por ende, se habilita la localización y la lectura para situar las diferentes coyunturas donde se produce, en algunos casos, el pasaje de pensarse como revista con vocación teórica en el abordaje de los problemas a la derivación en una revista de compromiso programático y político. La inscripción de las publicaciones en cuestión en redes internacionales de circulación de saberes nos permite recortar un nuevo objeto, a saber: la circulación misma de esos saberes. En torno a esto, uno de los

objetivos de conocimiento es el *sentido* de tal circulación. Tradicionalmente pensado en dirección norte-sur, algunas de las publicaciones que conforman nuestro *corpus* nos permiten ubicar momentos en los que este sentido se mueve en dirección sur-sur, e incluso también sur-norte.

Por otra parte, el análisis de las teorías filosóficas e historiográficas con las cuales se pensó el pasado intelectual y el presente del campo filosófico argentino durante su propio proceso de conformación y consolidación, posibilita describir y analizar el enfoque metodológico y los supuestos teóricos presentes en la producción intelectual. A través de las tensiones, las resignificaciones y los desplazamientos conceptuales, puede observarse la construcción de representaciones teórico-metodológicas inmersas en su presente académico-filosófico y político-nacional.

Inscriptos en este horizonte problemático, los autores de este libro transitamos diversos modos de aproximación a nuestro objeto de estudio. En ese sentido, cada capítulo pondera aspectos específicos derivados sea de las particulares condiciones de producción de cada revista, sea de la necesidad de acercar el foco a alguna coyuntura o forma de intervención del colectivo intelectual analizado. De modo que, en la pluralidad de abordajes, adquieren visibilidad múltiples fragmentos del tejido político-cultural del país y del entramado latinoamericano e internacional.

En “La primera década de *Nosotros*: interrogaciones acerca de los intelectuales, Latinoamérica y la política”, Leticia Prislei se centra en los años de la Primera Guerra Mundial, un momento de aceleración y reconfiguración de la problemática intelectual. En ese sentido, los intelectuales ven puesta en discusión tanto su auto-representación cuanto la representación social de su imagen. Al sur del Río Grande, la clave arielista resulta insuficiente y comienza a modularse su redefinición. Por otra parte, la idea de nación —si bien

se coloca en el centro del discurso ideológico-belicista— hace visible sus limitaciones y la demanda de la conformación de colectivos más abarcativos. En nuestro caso, se abre un juego de nominaciones regionales —Latinoamérica, Hispanoamérica, Iberoamérica, Indoamérica— a partir de las cuales se imaginan formas de intervención en el reformulado campo del poder internacional. Así se va configurando la figura del intelectual “maestro de América”. Finalmente, el socialismo segundo-internacionalista resulta desafiado tanto por la guerra como por su correlato ineludible: la revolución. La dirección de *Nosotros* abre un espacio a las interrogaciones y las búsquedas que permitieran alcanzar la consecución de las bases confirmatorias de la materialización histórica de unos tiempos nuevos.

En “Arielismo, Reforma Universitaria y socialismo bolchevique. La revista *Ariel* (1919-1931)”, Natalia Bustelo se sitúa en 1917 cuando un grupo de estudiantes de la Universidad de la República, liderados por el futuro líder de la izquierda nacional uruguaya Carlos Quijano, funda el Centro de Estudios Ariel. Reunidos en una suerte de ateneo, los jóvenes montevideanos escuchan periódicamente conferencias, discuten sobre cuestiones culturales y preparan una revista que se erigirá en la publicación estudiantil uruguaya más animada y prolongada. El capítulo se propone precisar la definición y redefinición del compromiso político propuesto por esos arielistas uruguayos y para ello recorre los cuarenta y un números de la olvidada *Ariel. Revista mensual del Centro Estudiantil “Ariel”*. Ese recorrido permite trazar tres momentos en la identidad política del grupo. En efecto, el artículo muestra que, en sus inicios, el grupo siguió el llamado de Rodó a construir instancias que posibilitaran una formación estética y moral capaz de contrarrestar el utilitarismo predominante en la formación profesionalista; pero, a partir de 1920, sumó a esa

preocupación estética y moral una perspectiva política desde la que bregó por la “revolución en los espíritus” a la que llamaba Barbusse y reivindicó la Reforma Universitaria, a escala continental, y la Revolución rusa a escala internacional; finalmente, hacia 1925, el grupo montevideano redefinió su identidad política para asociar el arielismo al antiimperialismo latinoamericano.

En “La búsqueda de una voz propia: experimentación y conflictos en la vanguardia de los años veinte. El caso de la revista *Martín Fierro*”, Karina Vasquez reconoce que un episodio importante en el campo de las letras y la cultura argentina se produce durante los años veinte, con la aparición de diversas revistas culturales juveniles, asociadas a una profunda renovación estética e ideológica. Suele considerarse a *Martín Fierro* como la revista emblemática de las vanguardias estéticas. En estas lecturas, la radicalidad que se le atribuye a este emprendimiento aparece contrastada con la moderación de otras revistas —como *Proa* o *Valoraciones*— donde se visualiza la presencia de las preocupaciones juveniles ligadas a la renovación ideológica propiciada por la Reforma Universitaria. Si bien esta interpretación tiene el mérito de subrayar la particularidad de las rupturas que propicia la vanguardia estética en la Argentina de los años veinte, eclipsa el hecho de que en realidad *Martín Fierro* no fue un emprendimiento aislado: en sus diversos manifiestos, los jóvenes invocaban la pertenencia a esa “nueva generación” que aspiraba a distinguirse a partir de “una nueva sensibilidad”. Además, muchos de sus protagonistas participaron simultáneamente en varias publicaciones. Pareciera que las formas de sociabilidad, los contactos y la forma como los nombres que circulan en las diferentes revistas están indicando que la renovación estética y la renovación ideológica eran percibidas como distintos matices de una misma empresa compartida que

reconoce un pasado común en la Reforma Universitaria. Desde esta perspectiva, en este capítulo se propone realizar una lectura de *Martín Fierro* que contemple su especificidad, situándola en el contexto de las revistas juveniles del período. Esto llevará a matizar la síntesis entre vanguardia y criollismo que Beatriz Sarlo atribuye a la revista. La lectura de Vasquez enfatizará el americanismo de *Martín Fierro*, una noción claramente ligada con el horizonte reformista, que abre también un espacio de viajes, intercambios y contactos con otras regiones de América Latina (México fundamentalmente, pero también Perú y Chile), y analizará cómo esas búsquedas de nuevas formas de nacionalismo cultural aparecen en las páginas de la revista. Así, en *Martín Fierro* conviven —no sin conflictos— planteos que difieren en torno al vínculo que el presente debe establecer con pasados reales o imaginarios, tensiones y contradicciones que se considera relevante analizar a fin de discernir cómo las vanguardias en la Argentina atravesaron el desafío de repensar la cultura nacional.

En el capítulo “Políticas de la revista *Sur*: formas retóricas de una identidad ‘liberal’”, Mauro Donnantuoni Moratto registra y analiza algunas estrategias retóricas utilizadas en la revista *Sur* para mantener la unidad y coherencia del grupo nucleado en torno a ella durante los años de su oposición al fascismo y al peronismo. Su mayor desafío consistió en preservar la propia identidad ante el carácter dinámico de las formaciones antagónicas dentro de las cuales se definía, especialmente desde el punto de vista social y político. En función de ello puede verse cómo, en ciertas intervenciones concretas, el “liberalismo” y la “apoliticidad” de *Sur* aparecen como dos elementos en tensión que, sin embargo, colaboraron en la estabilización de su discurso, ya que permitieron referir un sistema específico de valores consagrados por la tradición a las representaciones de

la “inteligencia” típicas del grupo a través de una particular prédica democratista.

En “*Sexto Continente*: una apuesta por una tercera posición latinoamericanista en la cultura peronista”, Daniel Szabón señala que dentro del amplio arco de intervenciones intelectuales y culturales del primer peronismo —un campo cuya riqueza y heterogeneidad sólo en las últimas décadas ha comenzado a recibir la atención que reclama—, la revista *Sexto Continente* (1949-1950) se destaca tanto por el alcance de su propuesta, por la que intenta articular una noción amplia de “cultura” con una proyección de la misma de alcance regional, como por la diversidad de sus enfoques, mucho mayor de lo que admitirían las miradas que reducen las contribuciones al mundo de la cultura durante el decenio a simple propaganda oficial o pura evasión defensiva opositora. En este capítulo la apuesta por la integración latinoamericana va de la mano de la fundamentación de la “tercera posición” sobre bases filosóficas, económicas, culturales y geopolíticas, y de un reclamo de revisión histórica del pasado de contornos más tradicionalistas. En este trabajo se intenta repasar las tensiones que se adivinan en sus páginas entre nudos ideológicos y corrientes estilísticas (nacionalismo, antiliberalismo, nativismo, realismo, hispanismo católico, existencialismo, tercermundismo, etcétera), reponer a la publicación en el contexto de otras producciones similares de la época, y finalmente reflexionar acerca del vínculo existente con las esferas de decisión gubernamentales.

En “El semanario *Marcha* entre los años cincuenta y sesenta: entre Montevideo y Buenos Aires, el paisito y la región”, Ximena Espeche sostiene que la publicación fue una tribuna y una escuela intelectual en Uruguay entre su fundación en 1939 y su clausura tras la censura por parte del gobierno militar en 1973. Fue una arena de disputa y

discusión, de crítica al *statu quo* del Uruguay batllista, de un país autopercebido como excepcional. A mediados de los años cincuenta los diagnósticos de una crisis que poco tiempo después sería denominada como “estructural” tuvieron en *Marcha* un espacio privilegiado de análisis. Esos cuestionamientos al Uruguay “de excepción” abrieron una serie de diagnósticos relativos al pasado del país, a su economía, su sistema de partidos y su cultura, y estuvieron signados por un estudio pormenorizado del día a día de las relaciones uruguayo-argentinas, en particular de Montevideo con Buenos Aires. Los *sucesos argentinos*, y en especial el peronismo, redefinieron lo “rioplatense” e hicieron de *Marcha* una tribuna que excedía la orilla oriental. Pero lo “rioplatense” había tenido peso *antes* de que la escena fuese ocupada por el peronismo y el golpe que lo derrocó en 1955. La “cuestión rioplatense” tuvo —incluso desde la fundación del semanario— varios planos (reflexiones, críticas, propuestas). Aquí se analizan los que plantearon Carlos Quijano, Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama. La cuestión rioplatense —que también incluyó la latinoamericana— fue una suerte de consenso en el disenso intelectual, y sobre ella se hace especial hincapié.

En “¿El CEFyL del relevo? La revista *Centro* durante el posperonismo”, Luciano Barreras aborda la revista publicada entre 1951 y 1959 para discutir con la imagen tradicional que la presenta como un “borrador” de la célebre *Contorno* (1953-1959). Si bien existen innegables vínculos y similitudes con el espíritu de “ajuste de cuentas” presente en la publicación de los hermanos Viñas, en este capítulo se intenta mostrar en primer lugar las continuidades del proyecto de *Centro* con la universidad reformista, pero sobre todo con una institucionalidad virtual que se abriría en un eventual momento posperonista y que se identificaba, hasta 1955, con docentes e intelectuales antiperonistas que circulaban por

instituciones como el Colegio Libre de Estudios Superiores y publicaciones como *Imago Mundi*, *Ciudad* e incluso *Sur*. Si por un lado la militancia en el CEFyL y la FUBA hacía sistema con una identidad reformista preperonista, por el otro, en los últimos cuatro números de *Centro* (salidos luego del golpe militar de 1955) encontraremos marcas textuales que señalan el compromiso de algunos de los miembros de la publicación con el proyecto de “modernización” de la universidad.

El trabajo de Alexia Massholder, “Debates y rupturas en el nacimiento de *Pasado y Presente*”, propone una lectura del desprendimiento del Partido Comunista Argentino del grupo de jóvenes que dieron origen a la revista *Pasado y Presente* en 1963, centrada en las condiciones sociohistóricas de aquel momento y teniendo en cuenta los contextos de juventud de sus protagonistas, principalmente Héctor P. Agosti y José Aricó. Mientras que las lecturas tradicionales plantean aquella ruptura como “juvenil”, centrándose en un componente principalmente etario, el trabajo de Massholder se inclina por una mirada más ligada a la disputa política que, aunque con innegables conexiones con los contextos históricos que impregnaron las “juventudes” de sus protagonistas, tenía como eje central la lectura histórico-política de aquel momento.

En el capítulo “Polémica en *Pasado y Presente*. Acerca del diálogo entre cristianos y marxistas”, Leticia Prislei remite a la particular coyuntura histórica de los tempranos años sesenta. En efecto, el Concilio Vaticano II fue el evento que disparó en el campo católico la más significativa reforma de la iglesia en los tiempos modernos. En tanto, al interior del marxismo se instala el problema respecto de la política a seguir con el mundo católico renovado. En sede argentina parte de la tramitación de esta problemática emerge en la polémica que sostuvieron los filósofos Conrado Eggers

Lan y León Rozitchner. Las declaraciones del primero en “Marxismo y cristianismo”, publicado a instancias del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en *Correo de CEFyL* en octubre de 1962, ofició de disparador. La controversia se librará en *Pasado y Presente*, la recién fundada revista disidente del Partido Comunista Argentino, entre mediados de 1963 y comienzos de 1964. El primer texto que se publica es “Marxismo o cristianismo” de León Rozitchner, luego “Respuesta a la derecha marxista” de Eggers Lan y la “Respuesta de León Rozitchner”. Cada uno de los contendientes despliega sus argumentos desde sus propios universos categoriales. Así se discuten la lucha contra la enajenación, la alienación y la dominación del hombre por el hombre transfiriendo al otro lo que cada uno considera las limitaciones teóricas del oponente, al tiempo que pretenden establecer las precondiciones objetivas y subjetivas necesarias para realizar la revolución que se avecina.

En “*Cristianismo y Revolución* o cómo situarse entre las vanguardias y el pueblo”, Leticia Prislei ensaya una aproximación al tono de los tiempos mediante una doble vía. Por una parte, apela al difundido discurso sartreano acerca de la diferenciación entre la figura del militante y su contrafigura, el aventurero, así como al complejo juego que se abre a partir de la dupla disidente/traidor y sus sucesivas recepciones. Por otra parte, tras las huellas del itinerario latinoamericano recorrido por los textos de Régis Debray, se propone visitar la teoría del foco. En ese clima se analiza *Cristianismo y Revolución*. Fundada por Juan Manuel García Elorrio, circula entre diciembre de 1966 y septiembre de 1971. La dirección está a cargo de García Elorrio hasta su muerte, acontecimiento que lleva a su mujer Casiana Ahumada a ejercer esa función a partir del n° 23 publicado en abril de 1970. La revista emerge como un órgano de

oposición a la dictadura de Juan Carlos Onganía y como un espacio de visibilidad para la agenda en construcción de las organizaciones armadas. Son problemas articuladores del texto la relación asimétrica de los vanguardistas en su vinculación con “el pueblo”, así como las condiciones que hicieron posible el desplazamiento hacia la radicalización y las estrategias que se desplegaron en esos años y que se continuaron a partir del golpe de 1976. Asimismo se busca en la configuración del vocabulario político y del montaje simbólico algunas claves para analizar el debate abierto respecto de la experiencia de esos años que se resume en la recurrida opción: terrorismo o violencia revolucionaria.

En “*Antropología 3er Mundo y Envido: las revistas del nacional-populismo universitario en los años setenta*”, Miguel Faigón presenta la experiencia editorial de dos publicaciones periódicas surgidas desde el espacio del nacional-populismo universitario —*Antropología 3er Mundo* (1968-1973) y *Envido* (1970-1973)—, prestando especial atención a las tensiones que en las mismas se planteó entre lo cultural y lo político. *ATM* apareció en noviembre de 1968 bajo el subtítulo *Revista de ciencias sociales* y desapareció menos de cinco años después autodefinida como *Revista peronista de información y análisis*. Pese a su corta trayectoria, le tocaron atravesar tiempos tempestuosos que llevaron a una modificación en el proyecto original. Si en un comienzo *ATM* estuvo animada por el programa de elaborar y difundir una ciencia social nacional, alternativa tanto al cientificismo como al marxismo, a mediados de 1972 se convertiría en una publicación dedicada principalmente a los análisis de coyuntura según la línea política del Peronismo de Base. La trayectoria de *Envido* fue en muchos sentidos similar; nacida en 1970 como un proyecto de intervención político-cultural de un colectivo de intelectuales universitarios vinculados a un peronismo revolucionario en expansión pero todavía

relativamente atomizado, terminaría paulatinamente integrándose al proyecto político de Montoneros y a su estrategia de poder a partir de la coyuntura abierta en 1972 con la unificación de la Juventud Peronista, el surgimiento de la JP Regionales y la campaña electoral presidencial de Héctor Cámpora.

En el capítulo “Un epílogo para los años setenta. *Controversia* y la crítica a las organizaciones revolucionarias”, Matías Farías analiza una revista hecha por intelectuales argentinos exiliados que se editó en México entre 1979 y 1981. La revista constituyó un espacio polémico de redefinición de las filiaciones intelectuales y políticas dentro del heterogéneo exilio argentino en México. En este capítulo se aborda, por un lado, la polémica generada por las críticas de Sergio Caletti al “foquismo”, basadas en una singular reinterpretación de la categoría gramsciana de “hegemonía”; por otro, las respuestas que suscitó la intervención de Héctor Schmucler sobre la actualidad de los derechos humanos, cuya incorporación como temática relevante suponía, en esta lectura, un punto bisagra para las izquierdas argentinas. El análisis de estas dos intervenciones nos permite comprender, entre otras cosas, cómo en *Controversia* se enlazan el cuestionamiento del paradigma revolucionario con el intento de fundar una nueva “izquierda democrática”, de qué modo la “crítica” es imaginada como el atributo definitorio ya no del intelectual revolucionario sino del intelectual democrático, y en qué términos, ya hacia fines de los años setenta, comienza a discutirse si la herencia de la cultura política revolucionaria debía o no convertirse en un legado para las nuevas generaciones políticas argentinas.

En “Una revista para la ‘izquierda democrática’: *La Ciudad Futura* (1986-1989)”, Ricardo Martínez Mazzola se propone abordar una revista clave del debate intelectual de los años de la transición democrática argentina que

impulsó la construcción de una nueva izquierda, democrática y reformista. Como la empresa de renovación del vocabulario y las ideas de izquierda emprendida por los editores de LCF no se inicia con la revista, el capítulo comienza trazando una rápida reconstrucción de sus trayectorias previas. A continuación, se analizan los argumentos desplegados por un conjunto de intervenciones que, reivindicando la importancia de la democracia, discutían tanto sobre las dificultades asociadas a su implantación en la sociedad argentina, como sobre las aporías a que conducía la construcción de un orden autofundado. En tercer lugar, se aborda intervenciones que en la revista ponían en cuestión supuestos fuertes como la centralidad de la clase obrera e incluso la idea misma de revolución. En particular, el autor se detiene en la crítica que desde la revista se hizo a la violencia revolucionaria, problema que se tornó particularmente actual en 1989 con la toma del cuartel de La Tablada por el Movimiento Todos por la Patria (MTP). El capítulo se cierra analizando los sombríos balances que, respecto de la apuesta reformista del alfonsinismo, trazaron los miembros de la revista hacia 1989.

En suma, el relevamiento y el análisis crítico comparativo de la superficie textual de las revistas culturales arrojan múltiples y diversos resultados. Por un lado, permite comprender el complejo entrecruzamiento de diversas fracciones intelectuales, nucleadas por las revistas, en la fabricación de nuestra cultura política. Asimismo se conforma una genealogía basada en las variaciones del modo de pensar las figuras de intelectual en el entero siglo XX, lo cual hace posible distinguir los horizontes teóricos de referencias y las urgencias derivadas de las particulares coyunturas sociopolíticas de producción. Lo dicho abona la hipótesis que sostenemos respecto de que las polémicas devenidas en combates ideológicos políticos dan cuenta de las formas de

la cultura intelectual y política del país, permitiendo comprender las formas y las dificultades de gestionar la elaboración simbólica y práctica de las diferencias y los conflictos.

Capítulo 1

La primera década de *Nosotros*: interrogaciones acerca de los intelectuales, Latinoamérica y la política

Leticia Prislei

Introducción

El colectivo intelectual *Nosotros*¹ constituye un corpus documental donde se manifiestan las expectativas, los temores, las certidumbres, las dudas de un estrato de intelectuales que, sustentados en un estatuto axiológico por el que pretendían armonizar lo bueno, lo justo y lo bello, se vieron condicionados a intervenir públicamente en un mundo cada vez más tensionado por confrontaciones absolutizadoras de las diferencias.

Los directores de la revista, Roberto Giusti y Alfredo Bianchi, pertenecientes a familias italianas recientemente establecidas en el país, valoran positivamente los títulos universitarios y practican una defensa consecuente de la Facultad de Filosofía y Letras que había sido fundada en 1896. Apoyan, además, las iniciativas estudiantiles difundiendo las actividades organizadas desde el área de extensión universitaria y de revistas y, desde luego, la Reforma Universitaria de 1918.

1 Publicación mensual cuya primera época transcurre entre agosto de 1907 y diciembre de 1934. En tanto, una segunda época se extiende desde abril de 1936 hasta diciembre de 1943. En total llegan a publicarse 393 números. Para una caracterización general de la revista *cfr.* Prislei (1995: 3395-3400).

El objetivo y la acción concreta de *Nosotros* en la constitución de una esfera pública de las artes y de las letras se comienzan a consolidar a partir de su décimo aniversario (1917). Por entonces *Nosotros*, la *Revista de Ciencias Políticas* y la *Revista de Filosofía* son los emergentes más representativos de la intelectualidad argentina.

En tanto, en el interior de la publicación, se anuda una amistad de perfiles socialistas que, bajo las figuras tutelares de Alfredo Palacios y José Ingenieros, incluye a Augusto Bunge, Antonio de Tomaso, Ricardo Saéñz Hayes y a los dos directores de *Nosotros*.

La proyección continental de *Nosotros* se inicia al albergar tempranamente en sus páginas la producción intelectual de José Enrique Rodó, Carlos Vaz Ferreira y Pedro Henríquez Ureña. El antiyanquismo arielista, de sesgo espiritualista, constituye el discurso a partir del cual se erige la figura intelectual del “maestro de América” (Prislei, 1992).

Nosotros procura crear una red de relaciones intelectuales en Latinoamérica concretada mediante el intercambio con revistas e intelectuales cubanos, mejicanos, costarricenses, salvadoreños, panameños, venezolanos, colombianos, chilenos, peruanos, brasileños, uruguayos y norteamericanos.² El estallido acontecimental de las primeras décadas del siglo XX y el proceso de democratización de la política argentina emergen en las páginas de la revista. Así, el alborozo por la puesta en vigencia de la Ley Electoral de 1912 resulta atenuado por el estallido de la Gran Guerra. Este último hecho motiva una encuesta acerca de las derivaciones que el conflicto acarrearía a la Argentina y a Latinoamérica.

2 El “solidarismo latinoamericanista” de *Nosotros* se trasluce, a mediados de la década de 1920, en el ofrecimiento para utilizar sus oficinas para celebrar allí las reuniones que condujeron a la formación de la Unión Latinoamericana, integrada, entre otros, por José Ingenieros, José Vasconcelos, Víctor Haya de la Torre, Alfredo Palacios y Alfredo Bianchi.

La problemática que pretendo abordar, y que recorre el período de 1914 a 1918, hace foco en los debates en torno a las asimetrías de poder que alcanzan a los países americanos entre sí y a las que se perciben al interior mismo de las sociedades. En ese sentido, *Nosotros* posibilita recuperar la trama relacional de múltiples voces.

La Guerra Mundial: los intelectuales y la crisis civilizatoria

Apenas conocida la noticia del inicio de la guerra, la dirección de *Nosotros* interviene desde una nota editorial colocándose en una perspectiva que trasciende la coyuntura inmediata y que habilita la elusión de una toma de partido ya que, con motivo de la confrontación mundial desatada en 1914, sostiene: “¿A qué dar el triunfo de ésta o de aquella nación, si ninguna puede legítimamente arrogarse el derecho de ser la única civilizada y la única fecunda de porvenir, y menos en estos momentos?”³ El tono es optimista —y hasta ligero— puesto que, a pesar de los horrores que podían preverse, se suponía que la humanidad saldría fortalecida y renovada al finalizar la contienda.

No obstante, la Gran Guerra irrumpe entre los intelectuales de *Nosotros* a través de la difusión de la noticia de la muerte de dos *dreyfusards*: Charles Peguy y Jean Jaurés. Las reflexiones respecto de la desaparición del primero son indicativas del impacto que esos acontecimientos provocan en la revista. Uno de sus más estrechos colaboradores escribe:

El mundo se ha modificado, en torno nuestro [...] hasta ahora no lo habíamos visto con la dolorosa realidad

3 La Dirección, “La Guerra”, *Nosotros*, agosto de 1914, n° 64, p. 119.

con que nos impone la muerte de Péguy. El artista, el filósofo, el hombre de pensamiento no ha valido en el marco de la acción más de lo que vale un analfabeto [...] el hombre de pensamiento ha valido tanto como el último patán [...]. Esta muerte ejemplar viene a enseñarnos toda la barbarie de la guerra, más bárbara en la sistemática destrucción que hace de las fuerzas del país, de todas sus fuerzas, hasta de las más puras y bellas, sin distinción entre el vulgar campesino cuya vida sin horizonte se mueve en la estrechez animal de las cosas cotidianas y el intelectual cuya amplitud de miras debiera protegerle contra los ataques de la fiera destructora.⁴

La entonación común que recorre los escritos de los intelectuales argentinos, logrando quizás su síntesis más recurrentemente difundida en *El suicidio de los bárbaros* de José Ingenieros, daría cuenta de una percepción colectiva de crisis civilizatoria al trasladar los rasgos degradados de la barbarie al interior mismo de Europa. Por otra parte, el texto de *Nosotros* pone de manifiesto el temor que despierta una nivelación capaz de anular la autoconferida excepcionalidad de los intelectuales.

En el caso de Jaurés, la muerte heroica del pensador socialista asesinado despertaría la polémica en el seno de *Nosotros*. La negativa de Manuel Gálvez respecto de aceptar el reconocimiento público redactado por Roberto Giusti — donde se reivindicaba a Jaurés como integrante de “nuestro bando”— provoca la contra-argumentación irritada del director de *Nosotros*:

4 Juan Mas y Pi, “Charles Péguy”, *Nosotros*, octubre de 1914, n° 66, pp. 70-72.

Jaurés aparte de su condición de socialista militante, fue un luchador incansable por la paz, por la justicia, por la libertad [...]. Jaurés representaba el presente como lo representa la Argentina, así como Francisco Ferdinando de Austria, con quien lo poníamos nosotros en contraposición, representaba el pasado: nada más natural que habláramos de nuestro bando, y el bando contrario ¿O está Gálvez con el otro bando? Buen provecho le haga, pero constituiría entonces una ínfima minoría en nuestro ambiente.⁵

Polémica indiciaria de las tensiones que se manifestarán en el campo intelectual argentino, acompañada por los ecos de la guerra que trastornaba el mundo.

Encuestar para saber: la guerra europea y sus consecuencias en América y Argentina

El estallido de la guerra provoca en los círculos de la intelectualidad argentina la situación inversa a la que se da en los estados nacionales europeos. Allí se exige a los intelectuales, bajo la presión condenatoria de ser declarados “traidores a la patria”, un pronunciamiento público en favor de su nación y en contra del enemigo con el que confrontan. La neutralidad inicial de toda América, que se constituye en política oficial del gobierno argentino (Rosenzvaig, 1985: 143-207), coloca a los intelectuales locales en la posición de jugar sus opiniones transgrediendo la postura política sostenida desde el Estado.

5 La Dirección, “A propósito de nuestra nota sobre Jaurés”, *Nosotros*, septiembre de 1914, n° 65, pp. 314-315.

La parábola que diseña la dirección de *Nosotros* prosigue su rumbo con el llamado a la opinión pensante del país a contestar una encuesta cuyos resultados se publicarán entre enero y mayo de 1915.⁶

Luego de la disputa entre Giusti y Gálvez respecto de la declaración del director de *Nosotros* en favor de Jaurés con motivo de su asesinato, la Dirección abre sus páginas al conjunto del arco ideológico, congratulándose, en el cierre de la encuesta, de la colaboración brindada por profesores universitarios, historiadores, jurisconsultos, periodistas, publicistas, naturalistas, militares y poetas. Gesto que, por un lado, indica la necesidad de mantenerse como referencia de un campo intelectual aún débil y, por otro, homologándose a Italia y Estados Unidos, manifiesta que aún desde la neutralidad resulta valiosa la publicidad del pensamiento de los intelectuales respecto de la contienda.

Ahora bien, en cuanto a los efectos locales de la encuesta, por un lado diarios y revistas porteños comentan la iniciativa; por otra parte, *Nosotros* destaca el cumplimiento sin fisuras de los políticos que desempeñan funciones públicas respecto de la neutralidad establecida por el gobierno, ya que no recibe respuesta ninguna a cien cartas enviadas a los mismos por la revista.

Las repercusiones de la encuesta de *Nosotros* también remiten a una dialógica y cruzada vinculación intelectual de carácter internacional. Por un lado, la revista argentina se congratula de coincidir con la iniciativa que también llevara

6 La encuesta fue respondida por: Augusto Bunge, Luis Gondra, Juan Más y Pi, Guido Cartey, Julio Molina y Vedia, Ernesto Mario Barreda, Clemente Onelli, Jose Torrendell, Gregorio Uriarte, Clemente Ricci, Enrique Herrero Doucloux, Alberto Tena, Ricardo Monners Sans, Emilio Becher, Alfredo López Prieto, José Rosendi, Vicente Sierra, Alfredo Colmo, Víctor Mercante, Horacio Rivarola, Moisés Kantor, Miguel Ángel Rizzi, Alberto Mendioroz, Víctor M. Delfino, José León Suárez, Mariano Barrenechea, Osvaldo Saavedra, José Martínez Jerez, José Gabriel, Arturo Marasso Rocca, Raúl Orgaz, Alejandro Gancedo, José Muzzili, Salvador Debenedetti y Enrique Ruas.

a cabo la prestigiosa *Scientia* de Bolonia, además informa que la revista *La Vie* —a través de Manoel Gahisto— traduce en sus páginas las respuestas de Juan Más y Pi, Ernesto Mario Barreda, Moisés Kantor y Horacio Rivarola, que confirma que “la Argentina espera con confianza de los aliados la Europa del mañana”.⁷ También, Manoel Gahisto, desde la revista *La Caravanne*, dirigida en París por Paul Charrier, ratifica el intento de mantener una comunicación permanente con el movimiento intelectual hispanoamericano. En tanto, Francisco Contreras —redactor de la sección de letras hispanoamericanas del *Mercure de France*—, publica un estudio acerca de la opinión de los intelectuales hispanoamericanos sobre la guerra donde incluye la respuesta de Más y Pi.⁸

Por otra parte, mientras se sustancia la encuesta de *Nosotros*, la revista da a conocer la manifestación latina del 12 de febrero de 1915 que la Sorbona organiza en París, donde participan en representación de sus respectivos países: Deschanel, Lavisse y Richepin por Francia; D’Annunzio y Ferrero por Italia; Blasco Ibáñez por España, el profesor Andreades por Grecia; Xavier de Carvalho por Portugal; y el general Rafael Reyes, ex presidente conservador de Colombia entre 1904 y 1909, para disertar en nombre de las veinte repúblicas de Latinoamérica.⁹ Más que nunca, el latinismo francés trata de concitar por todos los medios el apoyo a la Francia en guerra.

En cuanto a la encuesta realizada por la revista *Nosotros*, cabe diferenciar algunas de las respuestas de los encuestados para construir un muestrario de las representaciones de América que allí se conjugaron. De este modo, Augusto Bunge, tras criticar severamente el latinismo a la francesa

7 “La Vie y *Nosotros*”, *Nosotros*, agosto de 1915, n° 76, p. 239.

8 “Ecos de ultramar”, *Nosotros*, julio de 1917, pp. 515-516.

9 “La gran manifestación latina a la Sorbona”, *Nosotros*, abril de 1915, n° 72, p. 107.

y encolumnarse en la comprensión/defensa de Alemania, avalando al imperialismo cultural como el único legítimo, sostuvo la propuesta de formar una confederación americana bajo la hegemonía cultural —vale decir: sostenedora del ideal democrático— de Estados Unidos, secundado por Brasil y Argentina. Comparten, con matices, esa posición: José León Suárez, propiciando la fraternidad con el norte mediante el fortalecimiento del ABC,¹⁰ y Osvaldo Saavedra, argumentando que la única justificación para armar a los países americanos sería hacerlo en torno a la doctrina Monroe, es decir, conformando una alianza defensiva detrás de Estados Unidos. En tanto, Ricardo Monners Sans sostiene que, sacudido el protectorado europeo, los americanos deberían fomentar un “imperialismo sano” para así constituir dos grandes imperios: el del Norte —con centro en Estados Unidos y que llegaría hasta Panamá— y el del Sur —con eje en la República Argentina que “fraternalmente” uniría desde Venezuela hasta el Estrecho de Magallanes—, persiguiendo el propósito de contrabalancear las ansias expansionistas de los norteamericanos. Gregorio Uriarte, apoyándose en la posición defendida por Joaquín V. González en el Senado de la Nación —que le valiera la traducción de su discurso al inglés y su difusión en Estados Unidos por la Sociedad Americana de Conciliación Internacional—, alienta el acercamiento a Estados Unidos. El resto, de alrededor de cuarenta encuestados, sea practicando una lectura arielista, sea construyendo versiones más economicistas, sea realimentando el latinismo, proponía una unión latinoamericana a partir de la cual se definiera

10 José León Suárez jugaría un rol importante en favor de tesis iberoamericanistas como fundador del Ateneo Hispanoamericano de Buenos Aires, y concitaría en la década de 1920 el reconocimiento de los dirigentes de la Institución Cultural Española (ICE) que operaría en el Plata como custodio de la difusión cultural hispánica. *Cfr.* Ospital (1997: 85-100).

tanto el vínculo con Estados Unidos como con el resto del mundo.

En esa última dirección se juegan otros textos aparecidos entre la centralidad y el margen de la revista. En enero de 1915 el intelectual chileno Armando Donoso remite desde la capital trasandina un extenso artículo sobre Manuel Ugarte que *Nosotros* ubica abriendo ese número de la revista. A partir de reconocer en Ugarte a un ciudadano-escritor, Donoso asevera que los norteamericanos “son superiores a nosotros como elementos disciplinados de trabajo, son superiores en su educación y son superiores en su esfuerzo colosal. La América Latina es para ellos un Campo de Agramante, en el cual imperan el desorden y el desconcierto. Ellos justificarían su protectorado en nombre de la civilización”. Si, por un lado, critica abiertamente las intervenciones de los norteamericanos en Centroamérica, por otro cree tan dificultosa la empresa de contener la expansión económica de los Estados Unidos como la que realiza cada vez con más éxito en el plano cultural. En ese sentido Donoso, recuperando las propuestas de Ugarte, postula el lugar desde donde los intelectuales podrían contribuir a gestar alternativas que ve en vías de realización a partir de la reciente creación de la Liga Intelectual Latino Americana, de los congresos de estudiantes, del aumento de las noticias mutuas entre los latinoamericanos a través del servicio cablegráfico, y el intercambio de profesores y maestros.¹¹

La revista también refiere, en su sección de comentarios bibliográficos, a una tesis de doctorado presentada en la Universidad de Antioquía (Colombia) donde se analiza el estado especial de la América del sur frente a Europa y los Estados Unidos. El tesista concluye que es imposible el panamericanismo por las divisiones, diferencias y

11 Armando Donoso, “Manuel Ugarte”, *Nosotros*, enero de 1915, n° 69, pp. 5-23.

desconfianzas imperantes en América. La unión del conjunto de los latinoamericanos ubicados al sur del río Bravo sería lenta. En cambio, resultaría más pertinente y eficaz la conformación de confederaciones parciales. En ese sentido, se proclama partidario de la unión ideal propuesta por Hostos para la Confederación Antillana; de reunificar las repúblicas Centro Americanas continuando el ensayo fallido de la Gran Colombia; de confederar a Bolivia y el Perú; y de solidarizar las naciones del Plata.

En alerta ante la política norteamericana respecto de las pequeñas naciones de América Central, *Nosotros* también comenta el reciente libro *América latina ante el peligro*, del intelectual costarricense Salvador R. Merlos, donde —según el comentarista— a través de cuatrocientas páginas se explica el odio de estos países hacia los norteamericanos. La simpatía de Merlos por Argentina conlleva el aprecio por la cruzada ugartiana, puesto que contribuiría a despertar la confianza en un posible liderazgo argentino en la región. No obstante, la recomendación acerca de que las naciones centroamericanas superaran las luchas internas para evitar los pretextos aducidos por los norteamericanos para legitimar sus intervenciones, muestra una vez más la complejidad de las percepciones que provocaba el entero cuadro americano.¹²

La ruptura de la neutralidad o el rupturismo moral y sus límites

La decisión norteamericana de irrumpir en el escenario del combate sumado al hundimiento del buque argentino

12 Santiago Baque, "Sobre la política internacional americana, por Rafael Boter" y "América latina ante el peligro, por Salvador R. Merlos", *Nosotros*, agosto de 1915, n° 76, pp. 227-230.

“Monte Protegido” por los alemanes conmueve al conjunto del espectro intelectual y político argentino.

Nosotros abandona la neutralidad a través de una nota editorial que encabeza su edición de abril de 1917. El texto denota una doble tensión. Por un lado se reiteran argumentos en contra de la homologación de su llamado a la ruptura con motivaciones meramente nacionalistas; pero, por el otro, se condiciona la participación en la contienda al reconocimiento y defensa de las soberanías nacionales. En este sentido, se recurre a expresiones vertidas por José Ingenieros en el último número de la *Revista de Filosofía*:

... creemos que debiera exigirse que las naciones europeas reconozcan el principio de nuestra autonomía política continental, constituyendo estados libres con algunas colonias y restituyendo otras a sus soberanías legítimas: desde el Canadá hasta las islas Malvinas. Ese debe ser, lealmente, el resultado de la adhesión americana a los ideales de los aliados; sin ello tendríamos derecho de creer, al final de la partida, que los intereses de los fuertes han jugado, una vez más, con los ideales de los débiles.¹³

13 La Dirección, “América en la Guerra”, *Nosotros*, abril de 1917, n° 96, pp. 435-436. En el mismo número de *Nosotros*, en la sección “La Argentina juzgada en los demás países de América”, se reproducía un artículo del mejicano Carlos Pereyra, escritor y diplomático (hasta pocos meses atrás a cargo de la legación mejicana en Cuba), publicado en la *Revista Contemporánea* que dirigía el escritor Gabriel Porras Tronconis en Cartagena (Colombia). Dicho escrito realizaba una crítica radical al panamericanismo y al monroísmo contraponiéndole la figura del argentino Rosas que habría representado “no sólo en su patria sino en toda América, el papel que la leyenda atribuye a Mr. Monroe”. Se insistía en que la Casa Blanca y el monroísmo habrían estado ausentes cada vez que la América Latina los habría necesitado. Como ejemplo se reiteraría en el texto el caso de las Islas Malvinas que se iba instalando como tierra simbólica irredenta significativa para sectores de la opinión intelectual y política latinoamericana. Pereyra, Carlos, “La Argentina juzgada en los demás países de América. Rosas enseñándole a Monroe los rudimentos del monroísmo”, *Nosotros*, abril de 1917, n° 96, pp. 517-531.

Del mismo modo, la Dirección de *Nosotros* manifiesta una desconfianza crítica en los Estados Unidos por su interesada demora en evitar la catástrofe desatada por los sucesos europeos, al tiempo que propone olvidar los errores pasados y encolumnarse detrás del llamado del presidente Wilson en defensa de la democracia y de los derechos a la vida y a la libertad.

El posicionamiento de los directores de la revista se juega en simultáneo al debate interno que el socialismo argentino sostuvo en el III Congreso Extraordinario del Partido Socialista. Giusti, recientemente afiliado, estaba estrechamente vinculado a Antonio de Tomaso, Mario Bravo y Augusto Bunge, quienes conforman, entre otros, la tendencia rupturista del bloque parlamentario socialista. El complicado intento de conjugar, en este artículo, argumentaciones pro-belicistas con principios pacifistas es una de las muestras de las dificultades del socialismo, y de *Nosotros*, para articular una respuesta ante la encrucijada donde los coloca la intrusión de la Guerra en América.¹⁴

El perfil expansionista norteamericano reaparece, dos meses después, cuando la Dirección de *Nosotros* decide abrir su nuevo número publicando el prólogo de *El Derrumbe* que el escritor dominicano Federico García Godoy le remitiera después que el gobierno militar norteamericano que imperaba en Santo Domingo hubiera secuestrado todos los ejemplares.

En ese mismo número de *Nosotros* se incluye un artículo donde, diferenciándose de la convocatoria rupturista de Lugones, se lee la “neutralidad indo-latina” en clave de reafirmación de la soberanía de los países latinoamericanos

14 La crisis del socialismo no resuelta a pesar del triunfo de las posturas pacifistas en el III Congreso Extraordinario del Partido Socialista finalizaría con la fractura del núcleo que formaría el Partido Socialista Internacional. Al respecto *cfr.* Corbiere (1984).

frente a los europeos que habrían descontado un acatamiento lineal a la intervención de los Estados Unidos y, desde luego, frente a los norteamericanos que el autor de la nota ve como “un monstruo avaricioso de colmillos filudos” dispuestos a abalanzarse sin medida desde Centroamérica hacia el sur.¹⁵

No obstante, la participación militar de los norteamericanos en Europa permite reafirmar la lectura moral reivindicatoria del rol de los Estados Unidos en defensa de los valores distintivos de la civilización moderna renovados en el continente de las promesas: la individualidad, la voluntad, la libertad. Así se comienza a elaborar la noción del “rupturismo moral”.¹⁶ Dicha noción permite transitar por una situación ambigua pudiendo esgrimir el argumento del compromiso intelectual a pesar de las limitaciones que le impone la política del gobierno.

De todos modos las críticas a la neutralidad argentina ejercen presiones sobre los directores de *Nosotros*. La revista cubana *La Reforma Social* a través de su director Orestes Ferrara acompaña —a pesar de un serio conflicto previo con el presidente de su país general Mario Menocal que lo obliga a un exilio temporario en Nueva York— el alineamiento de Cuba con Estados Unidos al declarar la guerra a Alemania. En decidida crítica a la neutralidad de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos, el artículo de Orestes Ferrara transcrito por la revista argentina argumenta, contemplando tanto la dimensión moral como política:

15 Federico García Godoy, “El derrumbe. Prólogo” y Cabrera Arroyo, J., “América en la guerra europea. La neutralidad indo-latina”, *Nosotros*, junio de 1917, n° 98, pp. 229-236 y 245-250 respectivamente.

16 Jorge Walter Perkins, “Las estrellas contra las águilas”, *Nosotros*, agosto de 1917, n° 100, p. 567.

Nosotros publicamos, desde noviembre de 1915 en el periódico francés *Le Matin*, un artículo declarando que toda neutralidad moral era un crimen. Hoy creemos que lo es toda neutralidad jurídica, ya que la suerte del mundo se halla de tal manera comprometida, que la abstención favorece a la odiosa causa de regreso social, de que se han hecho campeones los fuertes poderes del centro de Europa.

De todos modos, lo que resulta más alarmante a la Dirección de *Nosotros*, según declaran en la nota que introducía las opiniones de la publicación cubana, es la advertencia amenazante de que la neutralidad de las naciones sudamericanas daría a los Estados Unidos el derecho de manejarse con entera libertad en la orientación de la política a seguir en todo el continente. A los ojos de *Nosotros*, la situación resultaba preocupante ya que *La Reforma Social*, editada en Nueva York, aparecía como un vocero que traducía los sentimientos de muchos norteamericanos.¹⁷

La respuesta de *La Reforma Social*, centrada en destacar la relatividad de las ideas según los contextos donde se

17 En el artículo Ferrara decía: "la neutralidad en el momento actual sería moralmente un crimen. Pero lo es todavía más en el campo de los intereses latinoamericanos y en los de cada una de las naciones de esta raza. La hegemonía de los Estados Unidos de América en ambos lados del canal de Panamá quedaría reconocida y consagrada. El derecho le vendría del hecho de haber ido al sacrificio de las vidas de sus hijos, al de sus intereses materiales, con una generosidad que por cierto no tiene precedentes; les vendría por haber acudido, con su esfuerzo enérgico y sometién-dose a peligros internos y externos, al llamamiento de un deber histórico, en una hora suprema de necesidad; le vendría por la solidificada amistad con las naciones europeas, que por lo menos, en la futura dirección de las cosas internacionales le dejaría las manos libres en todo el continente. No habría derecho para pedir otra cosa, y un secretario de Relaciones Exteriores podrá decir extendiendo sus miras hasta la Patagonia: 'estos territorios nos interesan, pues la esfera de influencia que sobre ellos ejercitamos nos obliga a una tutela continua y vigilante', imitando así al actual secretario Robert Lansing en su reciente informe sobre la compra de las Antillas Danesas y a propósito de los pueblos del Caribe". En "Amenazas a nuestra soberanía. Orestes Ferrara, la América latina y la gran guerra", *Nosotros*, enero de 1918, nº 105, pp. 5-13.

inscriben, diferencia la amenaza leída por *Nosotros* de lo que consideran es “una patriótica prevención”. Por otra parte, aclaran que no se consideran una expresión de las ideas que circulaban en Estados Unidos. No obstante, reafirman la necesidad de que los latinoamericanos tengan una presencia comprometida en los sucesos que por entonces conmovían al mundo para estar en condiciones de negociar una situación honorable en el mundo de la posguerra. En ese sentido, insisten: “ese sitio de honor, entendemos que no podrá obtenerse con generosas campañas periodísticas aún cuando sean de la elevación mental y moral de la revista *Nosotros* y de la que dirige el egregio doctor Ingenieros”. El tono cortés y conciliatorio del intelectual cubano que pone en discusión la eficacia del “rupturismo moral” se extiende a una declarativa admiración por la “progresista y fuerte república del Sur” cuya soberanía no cree, de todos modos, estar amenazada.¹⁸

Tanto la erizada y pronta protesta de *Nosotros* cuanto las aclaraciones presentadas por *La Reforma Social* exhiben las particulares condiciones de producción de las lecturas que realizan los intelectuales latinoamericanos en esa coyuntura.

La muerte de Rodó y el inicio de una nueva era

En las estribaciones finales de la guerra un acontecimiento inesperado conmueve a los intelectuales latinoamericanos: la muerte de José Enrique Rodó. Reconocido como maestro de la juventud americana, *Nosotros* edita un número extraordinario en su homenaje.¹⁹ Pocos meses después, la

18 Orestes Ferrara, “*La Reforma Social y Nosotros*”, *Nosotros*, mayo de 1918, n° 109, pp. 82-85.

19 *José Enrique Rodó*, *Nosotros*, mayo de 1917, n° 97.

Dirección publica un extenso artículo de Carlos de Velasco —director de la revista *Cuba Contemporánea*— donde se traduce el alcance hispanoamericano que se le reconoce a la prédica rodoniana. El entero entramado del arielismo aparece a la hora de rendir homenaje al maestro muerto: el senado de Venezuela acuerda por unanimidad asociarse al duelo del Uruguay; la Cámara de Diputados de México declara un duelo de tres días y se hace cargo de editar oficialmente *Ariel*, mientras el Centro de Bellas Artes de la capital azteca celebra una solemne velada en memoria de Rodó y las sedes universitarias de México entornan sus puertas en señal de duelo, en tanto la *Revista de Revistas* de México dedica la mayor parte de su edición del 17 de junio a rendir homenaje al escritor uruguayo; también lo honra la Sociedad Jurídico Literaria de Quito y el Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Mientras en Uruguay, la Cámara de Diputados declara día de duelo el del arribo de los restos de Rodó que se repatrían desde Roma, adhieren al mismo la municipalidad montevideana, la Universidad, el Ateneo, las librerías y el Círculo de la Prensa del cual Rodó había sido primer presidente. Sin embargo, el joven director de *Cuba Contemporánea* lamenta el escaso eco despertado en La Habana —en una crítica por elevación al creciente autoritarismo del presidente Menocal— donde sólo algunas publicaciones culturales se pliegan a lo que considera un duelo para toda América.²⁰

Sin embargo, varios indicios señalan la recomposición de los rasgos identitarios de la figura de los maestros de América que se inscribe en los cambios operados en el mundo. No resulta un dato menor que Juan B. Justo, invitado a

20 Carlos De Velasco, "Un duelo de América: Rodó", *Nosotros*, septiembre de 1917, n° 101, pp. 40-60.

compartir el espacio recordatorio de *Nosotros* por el reciente militante socialista Roberto Giusti, rechaza cortésmente la oferta porque, desde su perspectiva, el discurso rodoniano, formalmente bello y hasta académicamente interesante, no cumple ninguna función cognitiva, ni interpretativa o normativa. Es decir, carece del espesor ideológico imprescindible para orientar la reforma social y política que se propone el socialismo. El fundador del Partido Socialista argentino participa, en cierta medida, de la renuencia generalizada de la II Internacional respecto del esteticismo y del modernismo (Lunn, 1982: 46-88), convicciones que, con el tiempo, constituyen una fuente de fricción con la “muchachada romántica amante de las bellas letras”.²¹

De todos modos, en ese momento el magisterio espiritualista de corte individualista de Rodó, que propone hacer de la vida una obra de arte en la cual confluyan la virtud y la belleza en una superior armonía, hasta llegar a concebir la ley moral como una estética de la conducta, resulta resituado. La urgencia con que se plantea la convocatoria a un activismo militante basado en la reforma social contribuye a que, mientras se edita el homenaje a Rodó, el joven director de *Nosotros* reclame la necesidad de maestros que, mediante la ejemplaridad de su vida y la difusión didáctica de un utillaje nocional adecuado para orientar el cambio social, puedan asumir la función de guías de la

21 Justo había escrito: “He leído a Rodó con deleite, he admirado la pureza y la belleza de la forma en que escribía y la elegancia impecable de sus parábolas. Sus temas me han parecido asimismo académicos, no he encontrado en sus ideas fuerza ni originalidad y ni en el libro que dedicó a la juventud, creo que haya sugerido nada. La música me gusta tan solo por lo que suena y me emociona sin preocuparme de interpretarla. Con las letras soy más exigente, y además de sonido le pido un alma viviente y actual. Nuestras realidades y sanas energías hubieran encontrado mediocre expresión en Puvis de Chavannes. Espero mucho más de lo que Ud. ha de pintar con su pluma” (Archivo de Roberto F. Giusti, “Carta de Juan B. Justo a R. F. Giusti”, Buenos Aires, 14 de mayo de 1917).

nueva hora. En ese sentido Giusti, sobreimprimiendo discursos, proclama:

Yo pertenezco a un partido de lucha que confía en el desenvolvimiento gradual de la humanidad hasta realizar una democracia en que haya más pan, más justicia, más verdad, más belleza. A la conquista de todo ello marchó y marchan mis compañeros, por caminos que no son en verdad los señalados por Rodó. El Maestro quería formar nuestro mundo moral, nosotros también, pero por otros medios: transformando y mejorando las condiciones materiales de la existencia, elevando su nivel, a fin de que todo sea propicio y nada adverso al libre y armonioso desenvolvimiento de los hombres. La filosofía moral del maestro, pues, no puede ser aún para nosotros un breviario de acción. Es excelente para individuos aislados, no nos sirve en la obra de regeneración y educación de las masas [...] cuando viva el hombre en la (sociedad) que el Maestro soñó, aunque no nos enseñó a alcanzarla, entonces sí habrá llegado el momento de hacer de nuestra vida una obra de arte.²²

Finalmente, según se consigna en una extensa nota editorial de *Nosotros*, el 11 de noviembre de 1918 la ciudad de Buenos Aires celebra con “delirante e inolvidable entusiasmo” la finalización de la guerra. En correspondencia con las expectativas manifestadas poco antes por Giusti, se desprende que el dato más significativo de la nueva época que se inaugura es la marcha inevitable del mundo hacia el socialismo, sea en su versión reformista, sea

22 Roberto Giusti, “José Enrique Rodó”, en *Crítica y Polémica. Primera Serie*, Buenos Aires, Cooperativa Nosotros, 1917, pp. 44-45.

en la revolucionaria. La Revolución rusa es la confirmación de la abolición definitiva de los resabios feudales y monárquicos.

Pero, además, se concilia fugazmente con Estados Unidos a través de la adhesión al programa wilsoniano: arbitraje, abolición de la diplomacia secreta, desarme universal, libertad de los mares, librecomercio. Un optimismo desbordante atraviesa todo el texto ante la convicción de estar transitando una “hora suprema” donde la “revolución es un hecho” que se concreta en una nueva concepción del Estado, en la desaparición de toda desigualdad legal entre los sexos y en una repartición más justa de la riqueza.

En cuanto a la Argentina, la Dirección de *Nosotros* afirma: “El postulado: ‘quien no trabaja no come’, de la Constitución rusa, y su correlativo que afirma el derecho de todo individuo a una equitativa suma de protección social desde el nacimiento hasta la muerte, no ha de tardar que sean reconocidos también en esta tierra”. Resulta notable la localización en el texto de previsible expresiones ligadas al discurso ingenieriano y al del Partido Socialista, en cruce con nociones provenientes del radicalismo. Estas últimas se usan para interpelar al gobierno nacional demandando la ejecución de una “vasta obra de reparación y conciliación” que culmine en una acción de “redención social” donde colaboren todos los hombres de buena voluntad.²³ Discurso situado en la compleja realidad argentina de un colectivo intelectual que se apresta a incursionar en un tiempo poco propenso a las posiciones conciliatorias.

23 La Dirección, “Nueva Era”, noviembre de 1918, nº 115, pp. 365-373.

Algunas reflexiones más

En suma, durante los años de la Guerra se acelera y reconfigura la problemática intelectual. En ese sentido, los intelectuales ven puesta en discusión tanto su autorepresentación como la representación social de su imagen. Al sur del Río Grande la clave arielista resulta insuficiente y comienza a modularse su redefinición.

Por otra parte la idea de *nación*, si bien se coloca en el centro del discurso ideológico belicista, hace visible sus limitaciones y la demanda de la conformación de colectivos más abarcativos. En nuestro caso se abre un juego de nominaciones regionales: *Latinoamérica*, *Hispanoamérica*, *Iberoamérica* e *Indoamérica*, a partir de las cuales se imaginan formas de intervención en el reformulado campo del poder internacional.

Finalmente el socialismo segundo-internacionalista resulta desafiado tanto por la guerra como por su correlato ineludible: la revolución. La Dirección de *Nosotros* comparte la lectura ingenierana que celebra el fin de la bárbara Europa feudal para dar paso a los tiempos nuevos.

Ahora bien, las búsquedas por acordar y disputar acerca de las configuraciones identitarias colectivas a constituirse en referentes simbólicas articuladoras y las dificultades para delinear las alianzas posibles que permitieran alcanzar la consecución de las bases confirmatorias de la materialización histórica de una nueva era revolucionaria emergen durante los complejos años de la primera posguerra. Las respuestas posibles a dichos interrogantes atraviesan la entera historia de nuestro siglo XX.

Bibliografía

- Corbiere, E. (1984). *Orígenes del comunismo argentino. El Partido Socialista Internacional*. Buenos Aires, CEDAL.
- Lunn, E. (1982). *Marxismo y modernismo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Ospital, M. S. (1997). "Intelectuales argentinos y cultura española en Buenos Aires. Una visión de Síntesis (1927-1930)", *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, n° 13, segundo semestre, pp. 85-100. Santa Fe.
- Prislei, L. (1992). "Itinerario intelectual y político de los Maestros-ciudadanos (del fin de siglo a la década del '20)", *Entrepasados. Revista de Historia*, n° 2, pp. 41-59.
- . (1995). "Nosotros", *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*. Caracas, Biblioteca Ayacucho - Monte Ávila, pp. 3395-3400.
- Rosenzvaig, E. (1985). *Los intelectuales frente a la guerra y la paz. Europa occidental 1914-1919*, tercera parte. Buenos Aires, Leviatán.

Capítulo 2

Arielismo, Reforma Universitaria y socialismo bolchevique

La revista *Ariel* (1919-1931)

Natalia Bustelo

Creemos, acaso con la pedantería que dan los veinte años, en la fuerza incontrastable de la juventud. Y ahora más que nunca, en el momento de desorientación espiritual en que se encuentra la humanidad, le corresponde a América, y dentro de América a su juventud, la nobilísima tarea de lanzar a los cielos la nueva esperanza.

“Nuestro programa”, *Ariel*, n° 1, 1919.

A comienzos del siglo XX las ciudades capitales de ambos márgenes del Río de la Plata registran una importante modernización cultural. Surge impulsada por la rápida inserción económica de la región en el mercado internacional y por el correlativo crecimiento poblacional. Dejando atrás la “gran aldea” de trescientos mil habitantes que retratara Lucio Vicente López en su novela de 1884, el censo de 1914 revelaba una Buenos Aires de un millón seiscientos mil habitantes. Un fenómeno similar —aunque de menor escala— se registraba en la población de Montevideo, donde la cifra de habitantes se elevó de ciento cincuenta mil a más de trescientos mil. Este crecimiento estuvo acompañado de una creciente instalación del conflicto obrero y de la mencionada modernización cultural, la que bajo el impulso de los estudiantes alcanzó también a las casas de estudio.

La renovación cultural tuvo su foco en espacios extra universitarios como las tertulias de café y la prensa. Pero ello

no impidió que, hacia fines de la década de 1910, las universidades registraran un significativo intento de modernizar —y sobre todo de democratizar y politizar— la alta cultura. Este impulso es el que lograría articularse como el movimiento continental de la llamada Reforma Universitaria.

Durante las primeras décadas del siglo XX, tanto la Universidad de Buenos Aires (fundada en 1821 en competencia con la de Córdoba) como la Universidad de la República (creada en 1849 para erigirse, hasta la actualidad, en la única casa de estudios superiores pública del Uruguay) sumaron nuevas carreras e incrementaron fuertemente su matrícula. La emergente clase media lograba una estabilidad económica que le permitía solventar los estudios universitarios de sus jóvenes en espacios, hasta entonces, exclusivos de las élites políticas y sociales. Y como la *high society* no fundó instituciones propias, sus hijos varones convivieron con los jóvenes que ingresaban a la universidad no para obtener la formación y sociabilidad que los reafirmara en su condición de élite dirigente, sino un título de médico o de abogado que les asegurara el progreso social y económico.

Seguramente, el primero que reflexionó de modo sistemático sobre ese proceso en el Uruguay fue el filósofo Carlos Vaz Ferreira (1872-1958), quien en 1908 sostenía, desde ese rechazo a la mercantilización de la vida y ese tono prescriptivo característicos del arielismo, lo siguiente:

Las profesiones liberales tienen entre nosotros *una muy caracterizada y profunda significación democrática* [...]. No hay absolutamente ninguna otra profesión, sea la que sea, comercio, industria, la que ustedes quieran, que permita como aquéllas al que está dotado de talento y voluntad elevarse legítimamente en menos tiempo, sin apoyo de ningún género, sin protectores, sin amigos, sin recomendaciones, sin padres y sin herencias.

[...] Hasta desde el punto de vista puramente social, esa significación democrática de las profesiones liberales, entre nosotros, se manifiesta manteniendo, diremos, una especie de ósmosis continua de las clases, e impidiendo la formación de aristocracias en el mal sentido del término, sean aristocracias de nombre, sean aristocracias de dinero, menos dignas todavía. [...] el ascenso, por esas profesiones, se produce con tanta facilidad que, repito, no se necesita siquiera la vida de una generación; bastan unos cuantos años: los de carrera de un estudiante. (Vaz Ferreira, 1978: 214-215)

Tanto en Montevideo como en Buenos Aires varios de estos estudiantes de clase media fundaron grupos y revistas desde los que reclamaron condiciones que agilizaran y democratizaran la carrera (específicamente, la baja de los aranceles de los exámenes, la ampliación de los cupos de aprobados y la validez de los exámenes de marzo). Pero, sobre todo, esos grupos y revistas se asumieron como “arielistas”, esto es, recogiendo el llamado que había realizado el escritor montevideano José Enrique Rodó en su ensayo *Ariel* (1900), se propusieron como la juventud culta encargada de difundir la cultura grecolatina y de ser la guía moral de la América que se modernizaba.

Hacia fines de la década de 1910 ese llamado arialista tendió a precisar su posición política. La revuelta cordobesa contra las autoridades universitarias con que se iniciaba la Reforma Universitaria, así como las noticias de la Revolución rusa, motivaban una marcada politización de la cultura, de la que no estuvieron ausentes los grupos y revistas estudiantiles. Desde entonces, estudiantes de las distintas universidades del continente se preocuparon por la definición de la “misión social” de la juventud estudiosa y para ello se vincularon con grupos estudiantiles, hicieron

un lugar a las cuestiones políticas y sociales en sus revistas y reuniones, estrecharon lazos con las organizaciones obreras y terminaron por acuñar una perdurable cultura política ligada a la izquierda.

En el caso uruguayo, la Asociación de los Estudiantes de Medicina (1919) y su órgano *El Estudiante Libre* (1919-1956) se erigieron en las instancias que más avanzaron en la democratización académica, mientras que el Centro de Estudios Ariel (1917-1931) y su revista *Ariel* (1919-1931) —liderados ambos por el futuro referente de la izquierda nacional uruguaya Carlos Quijano (1900-1984)— se conformaron en las instancias más comprometidas en una tarea cultural y política que acercara la identidad arielista del estudiante al socialismo.

En este capítulo nos proponemos analizar la animada y prolongada intervención de esos “arielistas socialistas” del Uruguay. Específicamente, buscamos precisar el tipo de cultura política que, hacia la década de 1920, propone el grupo cuando se distancia del battlismo —al que había adherido a comienzos del siglo XX el fundador del arielismo— y reivindica la Reforma Universitaria, a escala continental, y la Revolución rusa, a escala internacional. Para ese análisis dividimos el trabajo en cuatro partes. Primero nos concentramos en la gravitación del ensayo *Ariel* entre los estudiantes universitarios rioplatenses. Luego nos detenemos, por un lado, en la peculiar conciliación entre arielismo y socialismo que propuso el grupo de Quijano y, por el otro, en la vinculación material e ideal de los jóvenes uruguayos con otros grupos e iniciativas estudiantiles. Finalmente, caracterizamos brevemente el pasaje que realiza, hacia 1925, el grupo montevideano, y sobre todo Quijano, desde un socialismo bolchevique hasta una identidad antiimperialista y latinoamericana.

José Enrique Rodó, “maestro de la juventud americana”

En 1900 el escritor y político montevideano José Enrique Rodó (1871-1917) publicaba *Ariel*, un “sermón laico” que sería central en la formación del movimiento modernista, y con el que las letras del continente lograron independizarse de las reglas españolas.¹ Rodó retomó el imaginario romántico aristocrático —de amplia circulación entre los letrados rioplatenses de la época— para proponerle a la juventud culta que se erigiera en la portadora de los valores grecolatinos y cristianos capaces de remediar la crisis moral del fin de siglo. Al enviarle su libro a Miguel de Unamuno precisaba:

Mi aspiración inmediata es despertar con mi prédica, y si puedo con mi ejemplo, un movimiento literario realmente serio correspondiente a cierta tendencia ideal, no limitado a vanos juegos de forma, en la juventud de mi querida América. [...] estoy convencido de que sin una ancha base de ideas y sin un objetivo humano, capaz de interesar profundamente, las escuelas literarias son cosa leve y fugaz.²

Ariel desarrolla esa “base de ideas” a partir de tres núcleos problemáticos. Comienza con un llamado a la juventud a

-
- 1 Real de Azúa realizó dos importantes señalamientos sobre el texto de Rodó. Por un lado, mostró que el género al que pertenece no es el del ensayo sino el de los sermones laicos de fines del siglo XIX. Por el otro, puso en evidencia que sus tópicos retoman sobre todo las preocupaciones del ambiente cultural rioplatense, y que por ello su importante repercusión continental no se debe tanto a su originalidad cuanto a la lograda condensación de preocupaciones comunes. *Cfr.* Real de Azúa (1975). Por su parte, Terán (1986) ha identificado en el *Ariel* y sus resonancias la configuración de un primer antiimperialismo, marcado por una impronta no política sino cultural. En un texto más reciente el mismo autor ha analizado la relación que propuso Rodó entre modernismo literario y modernización político-económica (Terán, 2009). Sobre la misma cuestión, *cfr.* Ramos (2003).
 - 2 Carta de José Enrique Rodó a Miguel de Unamuno (citada en Benedetti, 1966: 166).

recomponer la situación de decadencia, así como a rechazar el utilitarismo y a superar la profesionalización. La tarea de la juventud culta sería la restauración del espíritu integral y del cultivo de la belleza. El segundo núcleo está marcado por la crítica a la mesocracia que produciría la democracia. Ante la posible desnivelación producto del régimen político moderno, los jóvenes deberían:

... insistir en la concepción de una democracia noble, justa; de una democracia dirigida por la noción y el sentimiento de las verdaderas superioridades humanas; de una democracia en la cual la supremacía de la inteligencia y de la virtud —únicos límites para la equivalencia meritoria de los hombres— reciba su autoridad y su prestigio de la libertad, y descienda sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor.³

Finalmente, el texto exalta la “cultura latina” frente a la “nordomanía”. Rodó comienza por enumerar una serie de virtudes ligadas a los Estados Unidos como modelo de civilización (el imperio de la libertad, el culto al trabajo, el afán conquistador del pionero, el espíritu asociativo, la eficacia en la aplicación de la técnica y el instinto de curiosidad insaciable), pero enseguida afirma su célebre frase “aunque no les amo, les admiro” y se pregunta:

¿Realiza aquella sociedad, o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización? ¿Es en ella

3 José Enrique Rodó, *Ariel*, Nueva York, Cambridge University Press, 1967, p. 68.

donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra ciudad perfecta?⁴

La respuesta era decididamente negativa: frente al utilitarismo vacío, a la vaguedad cosmopolita y a la nivelación de la democracia bastarda, impulsados todos por la cultura estadounidense, debe exaltarse a la América Latina como el espacio de florecimiento de los intereses del alma. Nuestro continente propondría otro modelo de modernización que, a diferencia del norteamericano, sería capaz de conjugar la potencia material con los valores del espíritu.

Rodó se encargó de enviar su libro por correo a numerosos intelectuales latinoamericanos y europeos, pero la primera edición de 1900 no logró despertar en la juventud esa “tendencia ideal” que le subrayaba a Unamuno. Fue, en cambio, a partir de la edición de 1907 que varios grupos de veinteañeros y revistas estudiantiles se denominaron “arielistas” y proyectaron, con énfasis diversos, la base de ideas del sermón rodoniano. La proyección fue tal que, como señala Biagini, la juventud constituyó a partir de la visión de Rodó “una matriz germinal doctrinaria que se prolonga operativa y críticamente a su alcance cronológico y a su misma legitimación” (Biagini, 2012: 53). A ello podríamos agregar que, durante las primeras décadas del siglo XX, la “constelación de revistas *Ariel*” se extiende por el continente de modo similar a como lo hará, en las dos décadas siguientes, la “constelación de revistas *Claridad*”.

Respecto de la constelación *Ariel*, si bien es difícil recuperar las múltiples y breves iniciativas estudiantiles de las dos primeras décadas del siglo XX, podemos trazar la siguiente saga. La primera revista *Ariel* parece haber sido la que fundó en 1901 en Maracaibo el joven médico y periodista

4 José Enrique Rodó, *Ariel*, Nueva York, Cambridge University Press, 1967, p. 77.

Jesús María Semprúm (1882-1931). Luego el escritor y editor Joaquín García Monge (1881-1958) publicaría mensualmente entre 1906 y 1917, en San José de Costa Rica, una selección y traducción “de los buenos autores, antiguos y modernos” llamada *Colección Ariel* y compuesta de treinta páginas, aproximadamente.⁵ Otra revista *Ariel* fue fundada en París en 1912 por un veinteañero argentino, el escritor y periodista anarquista Alejandro Sux (seudónimo de Alejandro José Maudet, 1888-1959). Esta *Ariel* llevó el subtítulo de “revista de arte libre” y sólo tuvo cuatro números, interrumpidos seguramente por la demanda judicial que debió afrontar Sux luego de publicar un texto de corte antimilitarista de Rubén Darío, sin la autorización de éste.

En el espacio rioplatense, la primera *Ariel*, “revista mensual de ciencias, letras y artes”, apareció en junio de 1914 en Buenos Aires y fue el órgano de expresión de un grupo de estudiantes universitarios ligado al Partido Socialista. Bajo la dirección de Alberto Palcos, la secretaría de Simón Scheimberg y la tesorería de Gregorio Bermann —tres veinteañeros que en los años siguientes animarían el ala radicalizada de la Reforma—, los cinco números de *Ariel* propusieron una “corrección” de las resonancias aristocráticas y esteticistas del juvenilismo arielista. Junto a las críticas a esas resonancias, el grupo se preocupó por el desarrollo y la difusión entre los obreros de una ciencia ligada al igualitarismo democrático de la cultura socialista. De ahí que en la revista de estos peculiares “arielistas socialistas” confluyeran poemas juveniles de inspiración rodoniana con artículos de intelectuales reconocidos afiliados a la cultura

5 Con esa edición de bajo costo, a la que agregaba un amplio glosario que facilitaba la comprensión a los lectores poco familiarizados con esa literatura, Monge inauguraba su profusa labor democratizadora de la alta cultura. Y mencionemos, al menos, que, cuando estalla la Reforma, su revista *Repertorio Americano* (1919-1958) es central en el tramado de la red continental de los intelectuales reformistas. *Cfr.* Devés Valdéz (2011).

socialista y científicista, la organización de cursos populares destinados a la formación científica de los obreros y la disposición de conferencias para los estudiantes, también marcadas por el científicismo y la preocupación por los problemas sociales.⁶

En 1916 aparecieron otras dos revistas estudiantiles rioplatenses *Ariel*. Éstas se preocuparon por la difusión de la cultura estética y moral y fueron editadas una en La Plata y otra en Treinta y Tres, Uruguay (órgano de la Asociación de Estudiantes Secundarios Cervantes). Además, en 1918 fueron fundadas una *Ariel* en Santiago del Estero y otra en Río Cuarto. Al año siguiente, un grupo de estudiantes secundarios de Buenos Aires, liderado por un joven que jugaría un papel destacado como editor, Samuel Glusberg, creaba otra *Ariel*. Por su parte, a mediados de 1919, el Centro de Estudios Ariel de Montevideo, que lideraba Carlos Quijano, ponía a circular el primer número de la *Ariel* que lograría prolongarse más en el tiempo. Al igual que la porteña de 1914, la revista *Ariel* de Montevideo combinaba el llamado juvenilista de Rodó con el socialismo, e incluso se relacionaba con algunos de los que habían participado de la *Ariel* de 1914. Pero, como veremos, el grupo de Quijano surgía luego del estallido de la Reforma Universitaria y de la Revolución rusa, dos acontecimientos que permitían reemplazar la impronta gradualista del socialismo científicista de los arielistas porteños por un socialismo que simpatizaba con la vía revolucionaria y se referenciaba en la figura de Henri Barbusse.⁷

6 Cuando en enero de 1915 dejó de editarse *Ariel*, estas iniciativas de extensión universitaria fueron impulsadas por prácticamente los mismos miembros reunidos desde entonces en una olvidada "Universidad Libre" (1915-1918) que recogía la tradición del librepensamiento.

7 Además de las mencionadas, en las siguientes décadas fueron fundadas otras revistas *Ariel*: en Santiago de Chile (1925), en Río Cuarto (1926), en Cosquín (1927), en Lima (1928), en Río de Janeiro (1931-1936), en Cuba (1936-1937), en San José de Costa Rica (1937-1942). Sobre la *Ariel* de Río

Los arielistas de Montevideo

En 1917 un grupo de jóvenes montevidéanos, que en su mayoría estudiaba Derecho en la Universidad de la República, comienza a reunirse en el Centro de Estudios Ariel y dos años después pone a circular el primer número de *Ariel. Revista mensual del Centro Estudiantil "Ariel"*. Entre 1917 y mediados de 1920, el grupo parece haber funcionado como una suerte de ateneo, esto es, bajo el liderazgo del joven Quijano los estudiantes se juntaban periódicamente para escuchar conferencias, discutir sobre cuestiones culturales y preparar una revista. Siguiendo el reclamo de Rodó, esas instancias les permitirían a los jóvenes adquirir una formación estética y moral ligada a lo grecolatino, y ello contrarrestaría el utilitarismo predominante en la formación profesionalista que ofrecía la universidad.

El primer número de *Ariel* anuncia como presidente del Centro a Quijano y como redactores-directores de la revista a éste junto a Arturo Lerena Acevedo, Luis E. Piñeyro Chain, Adolfo Coppetti, Eugenio Fulquet y Agustín Ruano Fournier. A ellos se sumaban Justino Zavala Muñiz como secretario de redacción; Alberto Pérez y Vicente Elorza como administradores. Unos números después, *Ariel* consignaba a Quijano como director, cargo que ocuparía junto con la presidencia del Centro hasta 1923, cuando se recibe de abogado y parte a París a estudiar economía y a alentar otras iniciativas estudiantiles.

Durante los años en que Quijano dirigió el Centro y la revista, ésta tuvo una periodicidad inesperadamente regular para las publicaciones estudiantiles de la época. Entre 1919 y 1923 se editaron treinta y cinco números de *Ariel* (la

Cuarto, *cfr.* Prieto (2003). Sobre el arielismo a nivel continental, *cfr.* Devés Valdés (2000) y Real de Azúa (2010).

mayoría de ellos dobles). En cambio, en los ocho años que van de 1924 a 1931, sólo se publicaron seis números.

Asimismo, hacia mediados de 1920 la revista sufrió una significativa redefinición. Los once primeros números tuvieron un tamaño pequeño, fueron impresos en papel de calidad y contaron con unas sesenta páginas cada uno. Si bien se anunciaba una frecuencia mensual, la periodicidad tendió a ser cumplida a través de números dobles. Los estudiantes montevideanos declararon como uno de sus propósitos principales la vinculación con otras asociaciones y propusieron una intervención centrada en la cultura letrada. Se lee en el manifiesto inaugural:

Nuestra obra de cultura será nacionalista y por extensión americana; trataremos así de reflejar en la medida de nuestras fuerzas la vida cultural del país y de América, y como queremos ser la voz nueva, la voz que venga de la juventud [...]. Una obra de mutuo conocimiento intelectual queda aún por realizar, para que se haga carne el ensueño de solidaridad. Conozcámonos y comprendámonos, ese será el primer paso en el camino de la fraternidad continental. Nuestra revista no olvidará esa obra, abierta a todo lo que sea pensar noble, sentimiento elevado, ella pretende hermanar a la juventud de América en la lucha empeñosa por el triunfo de Ariel: un mismo ideal y una misma sagrada inquietud de justicia y amor.⁸

El manifiesto aparecía en el primer número. Éste estaba dedicado al poeta modernista mexicano Amado Nervo, quien acababa de morir en Montevideo cumpliendo el cargo de embajador de la Revolución mexicana. Los números

8 "Nuestro programa", *Ariel*, Montevideo, n° 1, julio 1919, p. 5.

siguientes difundieron las respuestas a la encuesta realizada por *Ariel* sobre el papel social de la Universidad junto con textos literarios y notas sobre literatura y música, provenientes no sólo de los veinteañeros sino también de figuras reconocidas, como Rodó, Vaz Ferreira, Nin Frías, Paulina Luisi y Leopoldo Lugones.

Si bien en los primeros años el grupo de redactores no varió demasiado, la intervención de *Ariel* se modificó fuertemente a partir del n° 12, fechado en agosto de 1920. Se convirtió entonces en una revista escrita fundamentalmente por estudiantes, al tiempo que comenzó a aparecer en formato *tabloide*, papel de baja calidad y no más de veinte páginas. Este diseño, que se mantuvo hasta el cierre en 1931, fue acompañado por la organización en cuatro secciones sumamente estables: “Editoriales”, “Cultura”, “Crónicas” y “Exterior”. A través del nuevo formato los arielistas se propusieron, además de difundir la alta cultura y de vincularse con otros grupos estudiantiles, instruir al pueblo que encabezaría la revolución socialista.⁹ Es que desde 1920 los jóvenes montevidianos se identificaron con el socialismo y hasta que publiquen en 1924 su “revisión de Rodó” entendieron que era legítimo poner en continuidad el llamado arielista con el compromiso socialista. Una continuidad que —como mencionamos— los arielistas porteños de 1914 también habían formulado, pero desde una marcada simpatía científicista, ausente en los montevidianos.

A pesar de su condición estudiantil, los números de 1918 y 1919 de la *Ariel* liderada por Quijano no registraron las resonancias de las revueltas cordobesas que en junio de 1918 iniciaron la Reforma, ni los nuevos estatutos universitarios

9 Una prueba de que el objetivo político no interrumpió los primeros propósitos culturales es la participación del grupo en el homenaje a Rodó de comienzos de 1920 y la posterior preparación de los dos tomos de *Homenaje a José Enrique Rodó*.

conseguidos por los estudiantes argentinos en agosto de ese año. Sin embargo, desde mediados de 1920 los vínculos con los porteños se intensificaron y la misma revista propuso una poco explorada conciliación entre arielismo y socialismo.

Como han analizado Caetano y Rilla (1986), fue en 1927, luego de formarse en economía en París y de desarrollar esa mirada antiimperialista en clave nacional que dejará su impronta en la izquierda uruguaya, que Quijano expuso críticas precisas al arielismo. En efecto, poco antes de regresar a Montevideo, publicaba una carta de lectores en el diario montevideano *El País* (16 de septiembre de 1927) en la que acusaba a su antiguo maestro de carecer de una mirada económica y de alentar un vago idealismo que no aportaba ideales concretos (Caetano y Rilla, 1986). Según veremos en el apartado siguiente, entre 1920 y 1924 Quijano y su grupo ya identificaban esos problemas en el arielismo, pero para superarlos no proponían una *superación* sino la *conciliación* con el socialismo bolchevique, y ello era posible tanto por el horizonte político-intelectual que instalaban las primeras noticias de la Revolución rusa como por la estrecha vinculación que mantenían los arielistas montevideanos con el ala radicalizada de la Reforma en Buenos Aires.

***Ariel*, la aliada montevideana de los estudiantes radicalizados de Buenos Aires**

El segundo número de *Ariel* informa que ha regresado de Buenos Aires el delegado de la revista. Allí se afirma que “su viaje ha tenido como primer resultado positivo, el hacer conocer nuestro Centro por los más distinguidos intelectuales argentinos, al mismo tiempo que fomenta un acercamiento

con los universitarios del vecino país”.¹⁰ La primera evidencia de ese acercamiento se descubre unos meses después. A partir del n° 4-5, *Ariel* publica el siguiente anuncio:

“BASES”

Tribuna de juventud universitaria liberal argentina

PUBLICACIÓN MENSUAL

Director: JUAN ANTONIO SOLARI

Suscripción adelantada (6 Nros) \$ 5,25.- N° atrasado \$ 0,40

Se reciben suscripciones en la Administración de la Revista “Ariel”

Entre mediados de 1920 y mediados de 1922, *Ariel* consigna que su corresponsal argentino es el director de *Bases*. Los ocho números de esta olvidada revista porteña aparecieron entre mayo de 1919 y junio de 1920 y fueron la segunda de las múltiples empresas editoriales que emprendería Juan Antonio Solari.¹¹ El futuro líder del Partido Socialista contaba entonces con diecinueve años y simpatizaba con la fracción internacionalista del socialismo argentino que lideraba Enrique del Valle Iberlucea. *Bases* pretendía contrarrestar el “apoliticismo” alentado por la Federación Universitaria de Buenos Aires (la que acababa de separarse de la Federación Universitaria Argentina en

¹⁰ *Ariel*, n° 2, agosto 1919, p. 103.

¹¹ Agradezco a Ada y Herminia Solari por posibilitarme el acceso a la colección completa de *Bases* y por responder gentilmente a mis inquietudes.

disconformidad con sus posicionamientos izquierdistas). Frente al rechazo a comprometerse en asuntos políticos que manifestaban muchos estudiantes porteños, el epígrafe de *Bases* insinuaba que el liberalismo de la juventud argentina debía ser el jacobino, o bien el del nuevo mundo señalado por Rusia: “Bases mejores y más fuertes sobre las que levantaremos, con amor y con inteligencia, en obra de bondad, de verdad y de belleza, una Argentina más libre y civilizada entre los países civilizados y libres del mundo nuevo que llega”.¹²

Las páginas de esta revista confirman la entonación de “una voz nueva, vibrante y valiente” entre los estudiantes que recuerda Solari (1976: 11). Esa voz desacreditó a la Liga Patriótica Argentina, suerte de guardia civil alentada por la élite política y económica para enfrentar la protesta obrera, e impulsó medidas universitarias radicales, como la suspensión de los exámenes de ingreso o la gratuidad de la educación superior. Pero *Bases* también saludó a la Revolución rusa, pueblo al que debería enlazarse el sentimiento patriótico argentino, puesto que “de la libertad hizo su condición, de la generosidad su culto y de la justicia su idea”,¹³ y con ello a la promoción de una llegada *revolucionaria* al socialismo frente al *gradualismo*, centrado en la sanción de leyes obreras y en la educación de las masas que, en la escala argentina, había diseñado la “hipótesis de Justo”.¹⁴ Cerrada *Bases* a mediados de 1920, la versión radicalizada de la Reforma encontró una nueva plataforma de difusión en la emblemática *Insurrexit. Revista universitaria* (1920-1922), a la que Solari se sumó hasta comienzos de

12 *Bases. Tribuna de la juventud*, Buenos Aires, n° 1, 31 de mayo de 1919, p. 1.

13 “¡Viva Rusia!”, *Bases*, n° 4, 10 de noviembre de 1919, p. 1.

14 Sobre la estrategia para la llegada de la Argentina al socialismo que elabora Justo, *cf.* Aricó (1999).

1922, cuando se plegó a la decisión del Partido Socialista de declararse en contra de la vía revolucionaria.¹⁵

El grupo de Quijano parece haberse entusiasmado con la tribuna de “liberalismo jacobino” de *Bases*, pues los cambios de diseño y de propósitos que registra *Ariel* desde mediados de 1920 no sólo coinciden con la vinculación con Solari, sino que además asemejan notoriamente a ambas revistas. Tanto *Ariel* como *Bases* contaron con la sección “La voz de nuestros muertos”, en la que los jóvenes difundieron reflexiones de quienes consideraban los auténticos ideólogos liberales de Uruguay y de Argentina, respectivamente. Además, Solari cumplió entusiastamente su tarea de mediador entre los grupos rioplatenses, pues desde que asumió la corresponsalia fueron frecuentes en *Ariel* las colaboraciones de jóvenes porteños del ala radicalizada de la Reforma, como Liborio Justo, José Belbey y Gregorio Bermann. Este joven, que había animado el grupo arielista de 1914, saludó en *Bases* la “revolución” estudiantil cordobesa y las que se sucedieron en Santa Fe, Mendoza y Chivilcoy para concluir defendiendo la posición de la fracción izquierdista del Partido Socialista argentino. Declaraba Bermann:

La acción conjunta del proletariado y de los estudiantes llevará a los hombres a liberarse de las fuerzas que los oprimen. El trabajo, en vez de ser un elemento de esclavización, se transformará en un poder de emancipación. Entonces el hombre será factor consciente de su propia historia en vez de ser un elemento extraño que lo mueven. Entonces el hombre creará con la admirable pujanza de su Pensamiento “faro eterno y

15 Para un análisis de la intervención del grupo Insurrexit y la saga de revistas afines, *cf.* Tarcus (2004: 749-772).

el único verdadero en las tinieblas de la vida” —como canta Gorki en su himno inmortal al Hombre—.¹⁶

Unos meses después, Bermann viajaba a Montevideo invitado por el Centro Ariel para difundir ideas similares en el ciclo de conferencias dispuesto por los arielistas en la Universidad de la República. Ese discurso, “La revolución estudiantil argentina”, sería publicado en *La Gaceta Universitaria* de Córdoba y también en *Ariel* de Montevideo.

En el mismo número en que aparecía la primera parte de la conferencia de Bermann, *Ariel* difundía la redefinición de sus propósitos. Explicitando no sólo la intención de corregir las resonancias aristocratizantes del arielismo, sino también la de convertirse en una tribuna de liberalismo jacobino que convergiera con la de *Bases*, declaraban los jóvenes montevidianos:

Nuevamente ARIEL, ahora afirmada en la experiencia de los números anteriores, surge a la lucha. Troqueladas nuestras aspiraciones iniciales en el esfuerzo y en el estudio, hoy, al aparecer con el mismo programa idealista y renovador de antes, hemos ampliado nuestra visión y fortificado la conciencia de nuestra obra [...] el momento es de afirmación. No se puede ir a la lucha sino con ideales absolutos; y si en la conciliación está la verdad, esperemos que esa conciliación la realice la vida. Ser jóvenes y andar buscando prudentemente conciliaciones y ambiguos términos medios, sólo revela cobardía. [...] vivimos un momento de una trascendencia jamás superada en la humanidad, más trascendente y compleja, más “plena” de inquietud, de esperanza y de fervor, que la hora

16 Gregorio Bermann, “La nueva argentina”, *Bases*, n° 5, 5 de octubre de 1919, p. 4.

turbulenta de nuestra emancipación, bebió su Ideal en la gesta de los revolucionarios del 89 y que sólo consagró, bajo la inspiración de la ideología individualista, el principio, estéril en su aislamiento, de la libertad.¹⁷

Como mencionamos, desde entonces los arielistas mantuvieron unidos los reclamos gremiales de los estudiantes con el compromiso de volver a enlazar la libertad con la igualdad y la fraternidad. Y los números siguientes confirman que si esos jóvenes *habían ampliado la visión y fortificado la conciencia de la obra pedida por la hora histórica* era porque habían encontrado dos aliados de diverso relieve. Junto con las iniciativas promovidas por el ala estudiantil radicalizada de Buenos Aires, retomaban el llamado a una “revolución en los espíritus” que, a escala internacional, realizaba Henri Barbusse y su grupo *Clarté*.

Del corresponsal argentino recibieron una serie de colaboraciones que llevaron a que la sección “Cultura” de *Ariel* n° 20 estuviera compuesta íntegramente por textos de jóvenes porteños: a la primera parte de la conferencia de Bermann le seguía “Sugestiones para la renovación de las Letras y de la Filosofía”, una nota breve en la que el antiguo líder del Colegio Novecentista de Buenos Aires y futuro trotskista, José Gabriel, criticaba el futurismo y los “ismos” de moda entre la juventud; luego otro futuro trotskista, primero líder del Partido Comunista, Liborio Justo, alentaba la unión de los estudiantes del continente con “El americanismo universitario”, y José Belbey, director de la sarcástica revista porteña *La Cureta. Órgano de la Agrupación de Estudiantes de Medicina “Pro Reformas”* (1918-1922, 1° época) y futuro intelectual del Partido Socialista, daba a conocer sus poemas “Estudiando... soñando” y “Tienes razón, Bergson”.

¹⁷ “Nuestro Programa”, *Ariel*, n° 12, agosto 1921, p. 3.

En cuanto a la filiación internacional, la breve presentación que inauguraba la sección “Exterior” de ese número volvía sobre el compromiso de realizar de modo integral la obra de los revolucionarios franceses “ya que sólo tuvo consagración en las construcciones sociales el principio primordial de la libertad, no llegándose a la plenitud de los humanos y generosos postulados de igualdad y fraternidad”.¹⁸ Para colaborar en esa obra, los distintos números de *Ariel* daban a conocer los manifiestos y emprendimientos estudiantiles. Entre ellos, la fundación de la Universidad Popular en Lima y de la Universidad de Concepción de Chile así como la aparición de la Asociación de Estudiantes de las Repúblicas Soviéticas y de la efímera Federación de Estudiantes Revolucionaria en Rosario (compuesta por la Liga de Estudiantes Universitarios Libres de Buenos Aires, que animaba el grupo editor de la mencionada revista *Insurrexit*, la Asociación de Estudiantes Revolucionarios de Córdoba y el Centro de Estudiantes Evolución de Rosario). A ello la revista montevideana sumaba la divulgación de los debates producidos en distintos puntos del planeta en torno del lugar de los intelectuales en la revolución socialista.

El n° 12 de *Ariel* publicó el difundido manifiesto “La Internacional de los Intelectuales” que habían firmado Henri Barbusse, Georges Duhamel y Romain Rolland, junto con la respuesta de Máximo Gorki. Luego de leer la convocatoria realizada por los intelectuales franceses a un Congreso Internacional de los Intelectuales orientado a rearmar los vínculos “entre quienes luchan por la paz y el progreso de la humanidad”, los lectores de *Ariel* conocían las críticas que realizaba el orientador cultural de la Revolución rusa: en lugar de una reunión entre intelectuales, Gorki les proponía a estos que asumieran el carácter

18 “Exterior”, *Ariel*, n° 12, agosto 1912, p. 14

trágico de su situación y que se esforzaran por la fusión de “la razón organizada” (de los intelectuales) con “la voluntad exaltada” (del pueblo).

El número siguiente de *Ariel* continuaba esa reflexión a través de la difusión de otro pequeño debate relativo al llamado a una “revolución en los espíritus”, a saber, la carta abierta a Rolland que había redactado el intelectual comunista estadounidense Max Eastmann y la respuesta del francés. Eastmann abría las sospechas sobre el carácter abstracto de la noción de *espíritu* y, citando el *Manifiesto comunista*, consideraba políticamente inviable que los intelectuales se concibieran como una clase privilegiada separada de los trabajadores asalariados. La respuesta de Rolland era breve y tajante: las distancias eran grandes porque “no adhiero a una fe religiosa ni marxista” sino al escepticismo de Montaigne, y en virtud de ello a los valores de una humanidad libre y feliz, pero también a la necesaria libertad de pensamiento”.¹⁹

A pesar de que los arielistas no lograron despertar en los estudiantes montevideanos el entusiasmo que esperaban, sí consiguieron que ese debate sobre el rol del intelectual revolucionario tuviera una versión local. En las notas que componen la sección “Editoriales”, *Ariel* insiste en proponer al Centro de Estudios como el encargado del aspecto cultural del problema social. Y ello “no para oponer, como recurso de baja política, una barrera al clamor por justas reivindicaciones; sino como medio, el más sabio, de garantizar la estabilidad, la salud de los futuros progresos”. El

19 “Max Eastmann y Romain Rolland”, *Ariel*, n° 13-14, septiembre y octubre de 1920, pp. 17-18. La nota siguiente también se ocupa de los problemas del “proletariado intelectual”. Bajo el título “El porvenir de los intelectuales”, los arielistas transcriben parte de la defensa de la tarea intelectual que realiza Paul Boulat, entonces ministro de Instrucción de Francia, porque “muchos de los conceptos enunciados tienen aplicación en nuestro ambiente” (*Ariel*, n° 13-14, septiembre-octubre de 1920, p. 19).

objetivo de ese método sería “lograr para la sociedad por lo menos correlativamente, con antelación si fuera posible, a las conquistas políticas y económicas, una superior unidad de cultura, por expansión de la mejor aquilatada”.²⁰ Los jóvenes compartían con el Partido Socialista uruguayo —que a diferencia del argentino había adherido a la Internacional Comunista— la convicción de que la vía para las conquistas socialistas no era parlamentaria sino revolucionaria; la discusión giraba en torno del peso asignado a la cultura.

Es que al interior del campo de la izquierda revolucionaria uruguaya una empresa que se concentrara en la educación del pueblo no podía ser vista con buenos ojos por quienes concebían que la vanguardia política debía ser exclusivamente obrera y que el objetivo primordial era acelerar su organización. A esos críticos respondían los arielistas con las siguientes definiciones:

No somos indecisos, ni divagamos solemnemente, ni desconocemos cuáles son las exigencias del momento, ni ignoramos nuestro imperioso deber... El nervio central de nuestro pensamiento y de nuestra acción es la “revolución en los espíritus”; conocemos y sentimos la injusticia, sabemos que se impone la “renovación total de los fundamentos económicos”. Iluminados por ese espíritu guía pedimos la reforma total de la Universidad. Porque nuestra obra es obra de cultura y enseñanza y el espíritu que nos dirige en esa obra es el mismo que encarna fundamentalmente el régimen cultural de la República del Soviet. Nos decís indecisos porque no concretamos nuestro programa social, porque declarando nuestra ansia de renovación no corremos a ponernos al lado de los oprimidos [...]. Somos

20 “Extensión universitaria”, *Ariel*, n° 13-14, septiembre-octubre de 1920, p. 3.

un grupo numeroso de estudiantes que guiados por el mismo espíritu renovador, se han unido en la tarea de realizar la cultura...

Puede que la obra total sea de los que como vosotros, quieren dar la justicia al hombre unida a la que, como la de nosotros, quiere alcanzar a los espíritus el pan de la alta cultura...²¹

Esta adhesión a la República de los Soviet se mantenía a distancia del Partido Socialista uruguayo en tanto buscaba un equilibrio entre el obrerismo y una identidad grupal que no renunciaba a su carácter universitario y cultural. Y el equilibrio buscado era similar al propuesto por algunas iniciativas estudiantiles de Buenos Aires y de latitudes más lejanas.

A mediados de 1920, *Bases* dejaba de circular y aparecían dos publicaciones que, al igual que *Ariel*, difundirían una versión revolucionaria de la Reforma Universitaria: *Claridad*, revista editada por el ala radicalizada de los estudiantes chilenos, y la porteña *Insurrexit*, a la que se había sumado Solari y los contados colaboradores de *Bases*. Desplegando la prosa latinoamericanista que se volverá característica de la Reforma, *Ariel* saludaba la aparición de *Claridad e Insurrexit* del siguiente modo:

Con la propia finalidad superior de cultura y de combate, ARIEL siente la hermandad espiritual de aquellos órganos de publicidad que son bandera de idealismos y afirmación en la obra de inspirar a la juventud de América, los deberes que determina el desconcierto de la hora actual.

21 "Nuestra indecisión!...", *Ariel*, n° 13-14, septiembre y octubre de 1920, p. 5.

Con propósito de realizar obra de comprensión y de convencimiento mutuo como primer paso en el camino de la fraternidad americana, ARIEL ofrece, a sus hermanos en ideales, cordial amistad y decidido concurso.²²

Los ideales y la obra que, más allá de las problemáticas universitarias particulares de cada país, hermanaban a estas publicaciones, se ligaban a un socialismo que encontraba en Barbusse y *Clarté* la posibilidad de legitimar un espacio intelectual que adhiriera al comunismo ruso, pero mantuviera una distancia tal con el programa obrerista de la Internacional Comunista capaz de asignarle a los intelectuales el despliegue de una tarea cultural, previa a la revolución y sumamente atenta a la peculiar situación local.

Al igual que sus hermanas, *Ariel* (n° 18-19, enero-febrero de 1921) reproduciría “A los intelectuales y estudiantes de la América Latina. Mensaje de Anatole France y Henri Barbusse”, un manifiesto que destacaba la experiencia del grupo *Clarté* en Francia para proponer la fundación de partidos de intelectuales en nuestro continente y que, a través de la iniciativa de José Ingenieros, tuvo no sólo una fuerte circulación en las revistas de la época sino también una suerte de versión local en la Unión Latino-Americana, sobre la que volveremos.²³ A su vez, la profusa difusión del programa de Barbusse que hasta 1923 realizaron muchas revistas estudiantiles

22 “Claridad e Insurrexit”, *Ariel*, n° 16-17, noviembre y diciembre de 1920, p. 19.

23 Por las cartas conservadas en el Fondo José Ingenieros del CeDInCI sabemos que Ingenieros fue quien se encargó de distribuir el manifiesto en las revistas culturales latinoamericanas. En Buenos Aires el mensaje fue publicado por revistas consolidadas y de amplia difusión como *Revista de Filosofía y Nosotros*, así como por publicaciones estudiantiles izquierdistas como *Insurrexit*, el *Boletín de la Federación Universitaria*, y la *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*.

rioplatenses se advierte en las ironías que lanza en 1921 Solari a esas revistas “avanzadas” que se afanaban por mostrar que su “obra revolucionaria” ha recibido la iluminación del “gran Barbusa”.²⁴

Volviendo a la publicación montevideana, los números de *Ariel* aparecidos entre 1921 y 1923 continuaron la difusión de los emprendimientos estudiantiles radicalizados que se desplegaban en el mundo, al tiempo que llamaron a imitarlos. Asimismo, los jóvenes arielistas asumieron posiciones izquierdistas en cuestiones nacionales e internacionales y se interesaron por la figura de Benedetto Croce. A ello se sumaron, por un lado, la campaña de 1922 por la autonomía universitaria, para la que convocaron al primer diputado socialista de América Latina, Alfredo Palacios (quien entonces había logrado ser elegido decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata, pero se le continuaba negando un cargo titular en la facultad equivalente de Buenos Aires) y, por el otro, la campaña, encabezada por Vaz Ferreira, por la fundación de una Facultad de Filosofía y Letras que, desligada de la habilitación profesional, desarrollara el pensamiento nacional y la investigación desinteresada.

Como mencionamos, la aparición de *Ariel* comenzaría a espaciarse cuando en 1923 Quijano terminó sus estudios. Ese año aparecía sólo un número, fechado en febrero, y para el próximo habría que esperar hasta mediados de 1924. La revista ya no volvería a tener una aparición regular, de todos modos sus jóvenes continuarían alentando la politización de los estudiantes y para ello explorarían otras afinidades políticas.

24 “Nos ha escrito Barbusa”, *Hoy*, Buenos Aires, n° 1, junio 1921, p. 7.

Del socialismo bolchevique al antiimperialismo latinoamericano

Al alejarse Quijano, *Ariel* pasaba a estar dirigida por el joven filósofo marxista Héctor González Areosa, al tiempo que una fracción de arielistas, encabezada por los estudiantes de Derecho Oscar Cosco Montaldo y José P. Cardoso, se desligaba del Centro Ariel para fundar la Asociación Cultural Universitaria (1924-1926) y *Cultura. Órgano de la Asociación Cultural Universitaria* (una revista de veinte páginas de la que aparecieron al menos siete números entre 1924 y 1926). A través de Cosco Montaldo, este grupo mantuvo un estrecho vínculo con la red estudiantil porteña ligada a los proyectos antiimperialistas de José Ingenieros, esto es, el boletín *Renovación* (1923-1930) y la mencionada Unión Latino-Americana (ULA, 1924-1928).²⁵

En junio de 1924 aparecía el primer número de *Cultura* y un mes después el primero de los tres números de *Ariel* que dirigiría González Areosa. El editorial anunciaba la “reinicio” de la revista proponiendo un interesante relato del despertar político del grupo y con ello de su interpretación izquierdista de la Reforma. Declaraban los arielistas que habían perdido la guía de Quijano:

... esa vaga aspiración de idealidad fue haciéndose, luego, idea organizada y sentimiento imperioso.

Empezábamos, entonces, a adquirir conciencia del momento histórico que vivíamos. La crisis espiritual

25 Para una reconstrucción de esta red, *cfr.* Pita González (2009). Si bien los proyectos se mantuvieron a distancia del Partido Socialista y el Comunista, recordemos que desde 1930 muchos de sus animadores se sumaron al primer partido y con el tiempo se convirtieron en sus referentes intelectuales.

de la post-guerra removió nuestros corazones. La nueva sensibilidad y los nuevos valores que surgían nos anunciaban el advenimiento incontenible de otra época. Y entre las incertidumbres y las turbulencias de esa génesis confusa, acogimos con fe el llamado de los hombres que promovían la revolución en los espíritus, la prédica renovadora de los pensadores y el clamor auroral del pueblo ruso. [...] la Universidad vivía tapiada de indiferentismo, ajena a la realidad circundante que pujaba por entrar en los claustros y fecundarlos. [...] [Las Casas de Estudios] en sí mismas se retraen y no buscan al pueblo, tratan de esterilizar todo germen de inquietudes y aspiran a encasillar el espíritu en textos de atiborrado intelectualismo. Las Casas de Estudios preparan profesionales, pero no hombres.

Y así fue que nos lanzamos a redimir la Universidad.²⁶

Allí se afirmaba también que para 1924 “ya había una conciencia colectiva” que sentía los nuevos ideales y “una fuerza juvenil que los imponía”. Pero si ellos eran clave en las campañas democratizadoras que impulsaba el grupo al interior de la universidad, no alcanzaban para que la revista consiguiera reiniciarse. En efecto, más de dos años después, en octubre de 1926, aparecía el primer —y único— número de *Ariel. Boletín del Centro de Estudiantes Ariel*. El n° 37 de la revista recién se publicaría en diciembre de 1927 y, hasta su cierre en 1931, sólo se editarían cuatro números más.²⁷

26 “Reiniciación”, *Ariel*, n° 36, julio 1924, p. 1.

27 En septiembre de 1929 aparece *Ariel* n° 38, también bajo la dirección de González Areosa. Los siguientes números corresponden a mayo y diciembre de 1930 y tienen como redactores responsables a: Arturo Figueredo, Arturo Prünell, Héctor E. Fasanello, Arturo Dubra y Hugo Fernández Artucio. En el último número, fechado en junio de 1931, el único de ese grupo que permanece es

Esta aparición irregular no sólo coincide con el alejamiento de Quijano, sino también con el reflujo del ciclo rioplatense de protestas obreras y la inscripción de la “revolución en los espíritus” y del mismo Barbusse en el Partido Comunista francés. Ante el equilibrio, cada vez más difícil, entre la adhesión al comunismo obrerista, por un lado, y una intervención que no subsuma al intelectual en el reclamo obrero sino que lo construya como un revolucionario abocado a la instrucción de las masas, la democratización de la universidad y el estudio del problema social a escala nacional, por el otro, los estudiantes rioplatenses que perseveran en la identidad socialista buscan nuevos caminos. De esa búsqueda emerge la sensibilidad antiimperialista latinoamericana que terminará caracterizando a la cultura política de la Reforma Universitaria y de la que, a escala rioplatense, su principal maestro no fue Rodó, sino Ingenieros.

Entre 1924 y 1927, años en que *Ariel* dejó de editarse, son los arielistas que abandonaron el Centro para fundar la Asociación Universitaria Cultural y *Cultura* los que realizaron ese recorrido desde el socialismo bolchevique hasta la sensibilidad antiimperialista y latinoamericanista, ligada a la ULA. Ya en su manifiesto inaugural es clara la nueva tarea estudiantil que proponían. La Asociación se presenta como un:

... núcleo activo de hombres jóvenes que, conscientes, de su misión, han decidido lanzarse atrevidos a la cruzada del ideal [...]. Nuestra bandera es la gran bandera de la colectividad estudiantil: la Reforma, que sostendremos siempre para llegar a la emancipación de nuestra Casa de Estudios y para salvaguardar los

Figueredo. Los otros redactores fueron Raúl Capurro, Alfredo Aragona, J. Bentencuaet, S. Fernández Correa y J. Magariño.

fueros inviolables de la cultura nacional [...], para que represente la disciplina de las ideas frente a las vacías alharacas y para que consagre la sensatez de la acción frente a las acometividades de un quijotismo trasnochado. [...] hemos inscripto en nuestro programa de realizaciones el ideal de fomentar la solidaridad estudiantil, que rebasará las fronteras de nuestro ambiente local, para abarcar un amplio programa americanista, inspirado en la ferviente unidad de nuestro continente [...] finalmente, ensanchando aún más el escenario de nuestra acción, haremos de la difusión de la cultura, un verdadero apostolado.²⁸

Los siguientes números precisan las tres tareas que se traza la Asociación. Para “disciplinar las ideas” y lograr “la sensatez de la acción”, convoca a los grupos estudiantiles uruguayos a distintas asambleas en las que debía refundarse una federación estudiantil. Para alcanzar “la ferviente unidad del continente”, saluda la aparición en Buenos Aires de la ULA, envía a su presidente como representante en los actos que ésta organiza y promueve la organización de los intelectuales uruguayos en una sección nacional de la ULA. Finalmente, para difundir la cultura dispone cursos de extensión y ciclos de conferencias. Aunando las últimas dos tareas, a mediados de 1925 la Asociación emprende, junto con la fracción izquierdista de la facultad porteña de Derecho (entonces nucleada en el Partido Unión Reformista Centro Izquierda y en la ULA), un ciclo de intercambio de conferencias entre las ciudades rioplatenses. Según la auspiciosa reseña del boletín *Renovación*, el ciclo buscaba iniciar una activa corriente de intercambio de estudiantes y profesores entre Buenos Aires y Montevideo. En ella se cruzarían

²⁸ “Nuestra idea”, *Cultura*, n°1, junio 1924, p. 1.

conferencias de los argentinos Ingenieros, Palacios, Arturo Orzábal Quintana, Carlos Sánchez Viamonte, Julio González, Florentino Sanguinetti, Mario Sáenz, Juan Carlos Rébora y Ricardo Levene, y de los profesores uruguayos Vaz Ferreira, Emilio Frugoni, Juan Antonio Buero, Santín C. Rossi y Dardo Regules.²⁹

El ciclo se inició en 1925 con una conferencia de Sánchez Viamonte del lado uruguayo y una de Frugoni del lado argentino. A ellas les siguieron, ese mismo año, otras tres disertaciones en Uruguay. Como en los viajes anteriores, los líderes argentinos arribaban al país vecino acompañados por un grupo de estudiantes que participaban de la ULA o del Partido Unión Reformista Centro-Izquierda. Esos disertantes fueron Palacios, Sanguinetti y Orzábal Quintana.³⁰

Al iniciarse el ciclo en Buenos Aires, Cosco Montaldo fue el encargado de presentar a su maestro Frugoni. Luego de recordar que la voluntad de democratización del gobierno uruguayo distanciaba a su país del resto de los países de América, al punto que allí no existían “intelectuales de combate”, el joven formulaba definiciones que nos permiten advertir cómo el llamado de Barbusse a un frente intelectual

29 “Crónicas”, *Renovación*, Buenos Aires, año 3, n° 8, agosto 1925, p. 3. Recordemos que la mayoría de las figuras argentinas mencionadas formaban parte de la primera comisión directiva de la ULA y estaban vinculadas a la fracción izquierdista de la Reforma en la Facultad porteña de Derecho. Más precisamente, Palacios presidía la ULA, Sánchez Viamonte era el secretario y éste junto a Sanguinetti y González organizaban la mencionada fracción reformista a través de su condición de consejeros estudiantiles del Consejo Directivo de la Facultad de Derecho. Además, Sánchez Viamonte, González y Carlos Amaya dirigían la revista platense *Sagitario*, fundada en mayo de 1925 como órgano cultural de la ULA.

30 Sólo hemos accedido a la conferencia de Sanguinetti. Ésta llevó el título de “Reforma y contrarreforma en la Facultad de Derecho de Buenos Aires” y consistió en una síntesis ejemplarizante de la campaña que por entonces realizaban los Consejeros Estudiantiles de esa facultad. *Cfr.* Del Mazo, *La Reforma Universitaria*, 3 tomos, La Plata, Centro de Estudiantes de Ingeniería, 1941, t. III, pp. 302-313.

revolucionario, entre los arielistas ligados a la Reforma, se resignificaba en clave latinoamericanista:

La juventud del Uruguay quiere ahora incorporarse a la gran falange.

De ahí el significado trascendente de esta obra de intercambio. Por encima de todo, estos torneos intelectuales, desprovistos de protocolos y estiramientos, provocarán el conocimiento personal entre los estudiantes y entre los intelectuales de ambos países. Los libros son medios imperfectos para la transfusión de ciertas ideologías; en sus páginas se esteriliza el pensamiento y se enfría la pasión. Nuestra obra, de grandes proyecciones internacionales y sociales, no podrá prosperar sino al calor de la amistad, porque ella tiene la prodigiosa virtud de crear la simpatía entre los hombres.³¹

Como señalaba el manifiesto de la Asociación, la obra de la juventud reclamaba mucho más que la amistad latinoamericana. De ahí que el antiguo arielista enunciara a continuación un llamado a los universitarios a ingresar tanto a los partidos políticos como al partido latinoamericano de intelectuales que acababan de fundar Ingenieros y la fracción izquierdista de la Reforma porteña. Prácticamente glorificando el discurso de Ingenieros en homenaje a Vasconcelos, declaraba el joven:

Al lado de los partidos políticos nacionales, renovados y transformados, debemos crear partidos ideológicos

31 Cosco Montaldo, "La juventud universitaria uruguaya", *Acción Universitaria*, Buenos Aires, n° 13, agosto de 1925, p. 2.

de intelectuales de carácter continental, para realizar los superiores fines de la colectividad americana. Es por esto que no es aventurado afirmar que la creación de la Unión Latino-Americana es un acierto luminoso, y que está llamada a ejercer una influencia decisiva en el Continente. Los problemas que se plantea hoy la Unión Latino-Americana son precisamente los que ofrecen verdadero interés actual e indiscutible trascendencia, entre ellos la lucha contra las tiranías en América (y he ahí el ejemplo del Perú, de Venezuela y de Bolivia) y la lucha contra el imperialismo yanqui y la diplomacia del *dollar*, que ha venido a desnaturalizar la doctrina de Monroe, transformando el principio de defensa contra el intervencionismo europeo, en el principio de hegemonía yanqui y de absorción imperialista. [...] Una gran fe nos posee a los universitarios de la nueva generación. Los grupos intelectuales se han buscado y han comenzado a elaborar una conciencia continental que adquiere admirable vigor.³²

Como enuncia aquí Cosco Montaldo —y muestran los documentos compilados por Del Mazo—,³³ los grupos formados por intelectuales que hicieron sus primeras intervenciones políticas en torno de la Reforma recién tienden a buscarse para desplegar una red antiimperialista de alcance continental hacia 1925. Y otro itinerario que confirma ese rasgo es el del joven Quijano.

Durante su estadía parisina Quijano también se interesó por precisar el antiimperialismo que venía a denunciar la ULA. En junio de 1925 participó de la “Comisión de Solidaridad con los pueblos del nuevo continente” que

32 *Ibid.*

33 Del Mazo, *op. cit.*

fundó Ingenieros en París a través de un acto y un pronunciamiento contra las amenazas imperialistas del secretario de Estado Kellogg contra México. Quijano e Ingenieros estrecharon por entonces una breve y significativa amistad: juntos partieron a conocer el México revolucionario y, si a su regreso a Buenos Aires, Ingenieros fallecía, el itinerario político-intelectual de quien se convertiría en el máximo representante de la izquierda nacional uruguaya estaría desde ese año marcado por la denuncia imperialista en el continente. Más precisamente, Quijano encontró en la revista cultural de la ULA, *Sagitario*, la plataforma de difusión de sus primeros textos antiimperialistas, pero además, el mismo mes de octubre de 1925 en que moría Ingenieros, regresaba a París para fundar la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA, 1925-1933), una agrupación formada por estudiantes e intelectuales que, proponiéndose como una suerte de sucesora de la Comisión de Solidaridad y como la filial de la ULA, procuró organizar la denuncia parisina del imperialismo en Latinoamérica.³⁴

El n° 7 de *Sagitario* publica “De Poincaré a Poincaré pasando por Herriot”, un artículo en el que Quijano explica para el ámbito rioplatense el conflicto político que vive el parlamento francés. El número siguiente (correspondiente a julio-agosto de 1927) ofrece la primera entrega de “Nicaragua. Los procedimientos del imperialismo yanqui”, versión escrita de la conferencia que Quijano había pronunciado en

34 Un interesante estudio de la AGELA puede consultarse en Taracena (2006). Allí no sólo se reconstruyen las actividades de la asociación, sino que, a partir de la lectura de los archivos policiales parisinos, se repone la repercusión que tenían esas actividades y la preocupación que causaba al gobierno. Taracena recupera también el elocuente retrato de Quijano que realizaba en 1926 otro participante de la AGELA, Miguel Ángel Asturias. Éste lo caracteriza como: “*Manager*, cabeza y pies de la Asociación general de estudiantes latino-americanos de París. Literatofobo, poetafobo, viviseccionista y hombre-sandwich de las ideas renovadoras de la América”.

un acto parisino de la AGELA y que representa su primer análisis sistemático del imperialismo padecido por América Latina. *Sagitario* acompaña esa publicación con su propia declaración antiimperialista, “Nicaragua”, y anuncia que el texto de Quijano aparecerá en cinco entregas, pero los jóvenes platenses no pueden cumplir su promesa, pues luego de la tercera entrega del ensayo, *Sagitario* deja de editarse.³⁵

A fines de 1927 no sólo desaparecía *Sagitario* sino que además se interrumpía el ciclo de intercambio de conferencias rioplatenses y la ULA entraba en una fuerte crisis debido a las tensiones entre Palacios y Orzábal Quintana pero también al cuestionamiento que realizaba el antiimperialismo obrerista que proponía la Liga Antiimperialista Sección Argentina (LASA), ligada al Partido Comunista.³⁶ Frente a esa crisis González anunciaba, en un discurso difundido por *Sagitario*, la fundación del frustrado Partido Nacional Reformista. Del lado uruguayo, la Asociación de Cosco Montaldo se disolvía pero el Centro Ariel conseguía, después de más de dos años, poner en circulación un nuevo número de su revista. Allí es notoria la incorporación —que persistirá en los números siguientes— de la problemática imperialista continental así como la vinculación con la red antiimperialista y reformista de Buenos Aires.

Ariel n° 37 se abre con “La Revisión de Rodó”, manifiesto que reconoce la inicial inspiración rodoniana del grupo que fundó Quijano en 1917, pero luego de ese reconocimiento pronuncia una distancia rotunda: “La dinámica de nuestros gestos no puede ensayar la sonrisa amable y

35 Ese año el ensayo de Quijano también es publicado en entregas por el diario *El País* de Montevideo. Y al año siguiente es editado como folleto por la AGELA en la Agencia Mundial de Librería de París. Respecto de *Sagitario* y el reformismo platense, *cfr.* el documentado trabajo de Graciano (2008).

36 Esta presionaba para que la ULA perdiera su condición de partido exclusivamente de intelectuales. *Cfr.* Pita González (2010: 115-154).

serena en que se expresa el idealismo de Rodó. El maestro ha dejado de ser una presencia activa en nuestra formación espiritual”.³⁷ Los reformistas montevidianos se vinculan con los reformistas argentinos que también se había desligado tanto del socialismo bolchevique como de Rodó, para formular un antiimperialismo no ya cultural sino económico —que continuaba preocupado por la organización de los intelectuales—. Esa vinculación se evidencia en la adhesión del Centro Ariel a los “principios generales de la Unión Latino-Americana, los cuales tienden a concertar, en amplio programa, las aspiraciones sociales, políticas y culturales que mueven a la juventud latinoamericana”³⁸ y la transcripción de la carta que habían recibido de Palacios en calidad de presidente de la ULA, y Fernando Márquez Miranda (1897-1961) en calidad de secretario. Y los montevidianos también tomaron partido en las tensiones que atravesaban la red antiimperialista porteña, pues en 1927 Orzábal Quintana fundaba la breve Alianza Continental, a la que se sumaron los arielistas del grupo liderado por Cosco Montaldo y Cardoso.

Tanto los reformistas argentinos como los uruguayos no lograrían inscribir el movimiento de la Reforma en un horizonte político que visibilizara la denuncia antiimperialista realizada por los universitarios, y en los años próximos se sumaron a los partidos políticos existentes. La mayoría de los animadores porteños de la ULA se incorporaron al Partido Socialista. En cuanto a los uruguayos, mientras que en 1929 Quijano fundó la “Agrupación Nacionalista Demócrata Social”, ala izquierdista del Partido Nacional, Cosco Montaldo se convirtió a mediados de 1926 en dirigente batllista y, desde esa posición polemizó, en las

37 *Ariel*, n° 37, diciembre de 1927, p. 2.

38 *Ariel*, n° 37, p. 19.

páginas de *Nosotros*, la revista cultural argentina más importante de la época, con la mirada del Uruguay propuesta por Vasconcelos en una de las obras que construían el latinoamericanismo: *La Raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur* (Caetano, 2011: 109-133).

A modo de conclusión

Desde ese malestar cultural que promovía la fundación en 1917 del Centro Ariel hasta la denuncia del imperialismo estadounidense sobre Latinoamérica emprendida por el mismo centro y, sobre todo, por los grupos creados por sus antiguos líderes, pasando por la “revolución en los espíritus”, los estudiantes rioplatenses recorrieron un largo camino en la construcción de una cultura política ligada a la Reforma Universitaria.

Si bien el arielismo parece tener una relación estrecha con las iniciativas estudiantiles preocupadas por la cultura ética y estética, los números de la revista montevideana *Ariel* aparecidos entre 1920 y 1923 permiten recuperar una peculiar vinculación del arielismo con el socialismo bolchevique. El estallido de la Reforma, las noticias de la Revolución rusa y el agitado ciclo rioplatense de protestas obreras parecen haber despertado el entusiasmo revolucionario no sólo de los obreros y los intelectuales, sino también de varios estudiantes universitarios. Bajo ese entusiasmo, los jóvenes esbozaron una breve pero animada ala radicalizada de la Reforma que estaría marcada por el intento de acompañar los reclamos estudiantiles —relativos, sobre todo, a la renovación docente y curricular y a la democratización de la universidad— con la instrucción de los obreros que encabezarían la revolución socialista.

Pocos años después, el reflujo del movimiento obrero y el avance de la línea obrerista en el comunismo organizado (a pesar de que esa línea se consolida en 1927) parecen haber aislado y condenado a la disolución iniciativas estudiantiles como las de *Ariel*. Pero ese despertar político de los estudiantes había llegado para quedarse, y hacia 1925 la nueva coyuntura política abría la posibilidad de una reorganización de los grupos estudiantiles e intelectuales en torno de la prédica antiimperialista centrada en Latinoamérica. Y esta reorganización no sólo pervivirá como un núcleo tanto de la cultura política de la Reforma como de la profusa intervención de Quijano en la izquierda uruguaya y latinoamericana, sino que además, en las décadas de 1930 y 1940, es la que se combinará con la prédica antifascista.

Bibliografía

- Aricó, J. (1999). *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Benedetti, M. (1966). *Genio y figura de José Enrique Rodó*. Buenos Aires, Eudeba.
- Biagini, H. (2012). *La contracultura juvenil. De la emancipación a los indignados*. Buenos Aires, Capital Cultural.
- Caetano, G. (2011). "José Vasconcelos y su paso por el Uruguay de los años veinte", *Secuencia*, México, n° 80, mayo-agosto, pp. 109-133.
- Caetano, G. y Rilla (1986). *El joven Quijano, 1900-1933: izquierda nacional y conciencia crítica*. Montevideo, Banda Oriental.
- Devés Valdéz, E. (2000). *Del Ariel de Rodó a la CEPAL*. Buenos Aires, Biblos.
- . (2011). "Las redes de la intelectualidad periférica entre 1920 y 1940: intento de una cartografía y de un planteamiento teórico", *Cuadernos del CILHA*, Mendoza, vol. 12, n° 1.

- Graciano, O. (2008). *Entre la torre de Marfil y el compromiso político. Intelectuales de la izquierda argentina 1918-1955*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Pita González, A. (2009). *La Unión Latino Americana y el boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*. México, El Colegio de México.
- . (2010). “La LASA: opiniones y representaciones a través de la prensa periódica (1926-1929)”, *Intelectuales y antiimperialismo: entre la teoría y la práctica*. México, Universidad de Colima.
- Prieto, O. (2003). *Arielismo y socialismo en Río Cuarto*. Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Ramos, J. (2003). *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Real de Azúa, C. (1975). “*Ariel*, libro porteño”, *Historia visible e historia esotérica*. Montevideo, Arca-Calicanto.
- . (2010). *Significación y trascendencia literario-filosófica de “Ariel” en América entre 1900 y 1950*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Solari, J. A. (1976). *Iniciación*. Buenos Aires, edición privada.
- Taracena, A. (2006). “Descubrir América en Europa: la asociación general de estudiantes latinoamericanos de París (1925-1933)”, Calvo, Th. y Musset, A. (comp.). *Des Indes occidentales à l'Amérique Latine*, vol. 2. México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Tarcus, H. (2004). “Revistas, intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la Argentina de los veinte”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXX, n° 208-209, julio-diciembre, pp. 749-772. Pittsburg.
- Terán, O. (1986). “El primer antiimperialismo latinoamericano”, *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires, Catálogo.
- . (2009). “El *Ariel* de Rodó o cómo entrar en la modernidad sin perder el alma”, Weinberg, L. (comp.), *Estrategias del pensar I*. México, UNAM.
- Vaz Ferreira, C. (1978). *Moral para intelectuales*. Caracas, Fundación Biblioteca de Ayacucho.

Capítulo 3

La búsqueda de una voz propia: experimentación y conflictos en la vanguardia de los años veinte

El caso de la revista *Martín Fierro*

Karina Vasquez

Es sabido que un episodio importante en el campo de las letras y la cultura argentina se produce durante los años veinte con la aparición de diversas revistas culturales juveniles, asociadas a una profunda renovación estética e ideológica reclamada por jóvenes intelectuales que una y otra vez no vacilan en reiterar la común pertenencia a una “nueva generación”.

Si bien es posible reconocer en estos diversos emprendimientos marcas afines —tales como la voluntad de ruptura con la generación anterior y la consiguiente búsqueda de nuevos horizontes teóricos en donde anclar aquellas nuevas “formas del pensamiento y de la acción”—; suele considerarse a *Martín Fierro* como la revista emblemática de las vanguardias estéticas, aquella en la cual —como sugiere Sarlo (1988: 95-ss.)— “lo nuevo” aparece de forma excluyente como el fundamento que dirige la legitimidad. En estas lecturas, la radicalidad que se le atribuye a *Martín Fierro* —como la revista que permite articular en su presentación y lenguaje motivos de ruptura con el paradigma modernista— aparece contrastada con el moderación de otras revistas —como *Proa* o *Valoraciones*— donde “las huellas de un

espíritu marcado por el arielismo y la nueva moral juvenil surgida de la Reforma Universitaria” son leídas como la marca de una “contaminación estilística e ideológica” que ya no se encuentra presente en *Martín Fierro* (Sarlo, 1988: 108). Si bien esta interpretación tiene el mérito de subrayar la particularidad de las rupturas que propicia la vanguardia estética en la Argentina de los años veinte, eclipsa el hecho de que en realidad *Martín Fierro* no fue un emprendimiento aislado: en sus diversos manifiestos, los jóvenes invocaban la pertenencia a esa “nueva generación” que aspiraba a distinguirse a partir de “una nueva sensibilidad”. Además, muchos de sus protagonistas participaron simultáneamente en varias publicaciones: así, por ejemplo, se registra en el caso de Borges, quien fue uno de los directores de la segunda época de *Proa*, publicaba sus textos más combativos en *Inicial*, pertenecía al círculo íntimo de *Martín Fierro*, y sus intervenciones encontraron un espacio también en *Valoraciones*. Los comentarios y las fotos que aparecen en las revistas muestran que las reuniones se articulaban en torno a cenáculos literarios que con frecuencias sostenían sus discusiones en cafés y banquetes varios donde participaba un amplio espectro de la llamada “nueva generación”. Entonces, pareciera que, independientemente de que algunos emprendimientos pongan un énfasis más fuerte en la renovación estética y otros más bien se concentren en diversos materiales vinculados a una renovación ideológica, los contactos, las formas de sociabilidad y la manera en que los nombres circulan en las diferentes revistas está indicando que esas líneas eran percibidas como distintos matices de una misma empresa compartida. Contra el positivismo, los excesos verbales del modernismo y la incipiente profesionalización de la generación anterior, estos intelectuales —mayormente nacidos a comienzos del siglo XX— se proponen llevar a cabo un esfuerzo de actualización de la cultura.

Desde esta perspectiva, nos proponemos aquí realizar una lectura de *Martín Fierro* que contemple su especificidad, situándola en el contexto de las revistas juveniles del período. Esto nos llevará a matizar la síntesis entre vanguardismo y criollismo que Sarlo atribuye a la revista. Nuestra lectura va a enfatizar el americanismo de *Martín Fierro*, una noción claramente ligada con el horizonte reformista que abre también un espacio de viajes, intercambios y contactos con otras regiones de América Latina (México fundamentalmente, pero también Perú y Chile), y va a mostrar cómo esas búsquedas de nuevas formas de nacionalismo cultural aparecen, en las páginas de la revista, atravesadas por tensiones y conflictos. Desde la perspectiva sostenida por Jean François Sirinelli (1986), Michel Trebisch (1992) y Jacqueline Pluet-Despatin (1992), nos proponemos visualizar la revista como espacio plural, heterogéneo, donde se ensayan y compiten diversas posiciones, argumentos, apropiaciones y críticas. Como espacio de sociabilidad, la revista es un emprendimiento compartido del cual se elige participar, pero en este caso con frecuencia acoge líneas que se disparan en distintas direcciones, marcando un momento muy específico de la historia literaria argentina donde es posible la convivencia —no exenta de conflictos, pero en líneas generales pacífica— de perspectivas claramente diferentes —e incluso, a veces, opuestas—.

Ya desde su primer número se presenta como un “periódico quincenal de arte y crítica libre”.¹ En esta presentación encontramos el formato de la revista que *Martín Fierro* va a conservar hasta el final: a diferencia de las otras revistas juveniles de esos años —como *Inicial*, *Valoraciones*, *Sagitario*

1 Cfr. *Revista Martín Fierro 1924-1927. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1995, p. 1. Todas las citas de la revista pertenecen a esta edición (en adelante *MF*), donde la numeración es consecutiva.

o *Proa*, que elegían un formato pequeño tipo libro— *Martín Fierro* adopta el formato tabloide: pretende ser un periódico de pocas páginas, de aparición quincenal (aun cuando esta regularidad no fue estricta, se mantuvo la periodicidad la revista, que a veces era quincenal, a veces mensual, y a veces espaciaba sus apariciones un poco más).

El director, Evar Méndez² —un publicista y poeta de la generación anterior, que en general es el autor de los artículos e intervenciones firmados por “la Dirección”— tuvo éxito en convocar a un amplio espectro de colaboradores, entre los cuales cabe mencionar a Jorge Luis Borges, Eduardo González Lanuza y Francisco Luis Bernández — que habían participado del ultraísmo español—, a Oliverio Girondo, el autor de *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*; el entonces joven poeta Leopoldo Marechal, el arquitecto Alberto Prebisch, interesado en la introducción de la arquitectura moderna en Buenos Aires, los artistas plásticos Xul Solar, Pedro Figari y Emilio Pettorutti, junto a algunos nombres de la generación anterior que se suman a la “nueva generación” como Ricardo Güiraldes y Macedonio Fernández.

Con respecto al formato, otro rasgo que resulta interesante destacar es la presentación gráfica que distingue al proyecto de *Martín Fierro*: el cuidado en el diseño de la página, las viñetas, la incorporación de ilustraciones, son elementos que también definen el tipo de emprendimiento que se quiso construir. Esta forma revela la voluntad de captar o seducir a un público amplio. Junto a las fotos e ilustraciones, otro elemento a tener en cuenta es la publicidad: la publicidad de libros —que nos muestra los circuitos de librerías y editoriales “amigas”, que publicaban avisos en la revista—, pero también la publicidad de elementos de la

2 Sobre Evar Méndez, *cfr.* Greco (2013).

vida cotidiana —la propaganda de puloil, cigarrillos, autos, etcétera—.

Ya desde el primer número encontramos la indicación —que se mantendrá en los números sucesivos— que se trata de la “segunda época” de la revista. Y la primera editorial, “La vuelta de *Martín Fierro*”, sugiere una línea de continuidad con aquella primera revista, también llamada *Martín Fierro*, que había fundado Evar Méndez en 1919. Dice:

Vuelve ahora “Martín Fierro” y aunque los tiempos no son, exterior y aparentemente los mismos, hacemos nuestro el antiguo programa, en todo cuanto la actualidad reclama, como acción imperiosa a la juventud pensante que ha de dirigir, o por lo menos influenciar, con sus pensamientos o sus hechos, el desenvolvimiento de la vida argentina.³

De hecho, no parece la presentación de una revista de vanguardia. Y, en este sentido, *Martín Fierro* es heterogénea, hecho que reconoce el propio Evar Méndez en un discurso pronunciado en un banquete en su honor que aparece en las páginas de la revista:

... este periódico, que comenzó —ya que no podía o no quería prolongar la actitud sociológica rebelde de 1913—, por ser una hoja destinada a dar cauce a la libertad de expresión del pensamiento, en primer lugar, y a empezar para combatir la estulticia, o para remover las conciencias, el humorismo y la sátira, resultara, a poco, el vehículo de la joven literatura, un reflejo bastante fiel del movimiento intelectual presente. Y he aquí que el caso de un escritor y más periodista que

3 La Dirección, “La vuelta de *Martín Fierro*”, *MF*, año I, n° 1, febrero 1924, p. 1.

tal, como yo perteneciendo a una generación anterior, y que ya debiera situarse en la retaguardia, haya contribuido, sin proponérselo previamente y no por cierto a despecho, la primera parte de la evolución que va dejando mostrarse a los nuevos valores intelectuales.⁴

Claramente, Evar Méndez tenía presente las transformaciones de la revista, y el modo —un poco casual, casi como un efecto no buscado— en el que, bajo el propósito general de renovar el ambiente, se encuentran lo viejo y lo nuevo. Hay una actitud de Evar Méndez que propicia ese encuentro: aquella que lo inclina hacia el gesto inclusivo. Así, en “¿Quién es ‘Martín Fierro?’”⁵ —la primera presentación general de los integrantes de la revista que realiza en el n° 12/13 de noviembre de 1924—, el director reúne en el “núcleo activo” de *Martín Fierro* a sus antiguos compañeros de pluma (como Leónidas Campbell y Héctor Carambat, redactores y fundadores de la anterior *Martín Fierro*, junto con los jóvenes como Córdoba Iturburu, Oliverio Gironde y Alberto Prebisch, entre otros). Y, además, al “núcleo activo”, adiciona lista de “Colaboradores (adherentes o simpatizantes con el programa de *Martín Fierro*)”, de autores que enviaron textos, de accionistas, etcétera. Es decir, hay varios círculos concéntricos de colaboradores, simpatizantes y adherentes que orbitan en torno a un numeroso “núcleo activo”; lo cual genera un efecto inclusivo, que matiza considerablemente el tono de diatriba jocosa y agresiva que permea muchas intervenciones de la revista.

¿Por qué la revista se llama *Martín Fierro*? En “Vanguardia y criollismo. La aventura de *Martín Fierro*”, Sarlo sugiere que el nombre no se puede explicar por la historia exterior, es decir

4 “Notas de ‘Martín Fierro’. La comida en honor de Evar Méndez. Discurso de Evar Méndez”, *MF*, año II, n° 16, 5 de mayo 1925, pp. 108-110.

5 Evar Méndez, “¿Quién es ‘Martín Fierro?’”, *MF*, año I, n° 12-13, octubre-noviembre de 1924, p. 87.

por el hecho de que Evar Mendez dirigió una revista con ese mismo nombre en 1919. Para la autora, esa primera editorial, “La vuelta de *Martín Fierro*” no se refiere tanto a la “reaparición de un periódico anterior”, sino al regreso del héroe, el gaucho Martín Fierro, concebido como “esencia nacional” y encarnado, esta vez, en la vanguardia (Sarlo, 1983: 153-154). Creo esta interpretación tiene un problema: es retrospectiva. Esto significa que supone que en 1924 el proyecto de esta revista ya estaba armado. Y, si analizamos detenidamente la publicación, no parece que fuera así, por varias razones.

Primero, como dijimos, se trataba de un grupo heterogéneo, atravesado por tensiones y conflictos. Tampoco es claro que desde el comienzo la revista se haya planteado como una revista de vanguardia. La intervención de los jóvenes se hace más patente desde la publicación del Manifiesto en el n° 4, pero si bien es posible discernir un arco de intereses, lecturas y en ocasiones referencias comunes que distingue al arco juvenil de los viejos colaboradores (a excepción de Macedonio), tampoco encontramos entre ellos unanimidad de posiciones.

Tal como veremos más adelante, podemos sostener que la síntesis entre vanguardia y criollismo no está en la revista: esta funcionó más bien como laboratorio o banco de prueba que abrió el debate y las discusiones sobre este tema.

El “Manifiesto de ‘Martín Fierro’”⁶ —que aparece en el n° 4— es un texto importante en la revista, que configura un tipo de intervención que acerca a la revista al espectro de las vanguardias. De hecho, comienza interpelando al público de un modo jocoso y agresivo. Y en toda la primera parte del Manifiesto, podemos encontrar ecos del planteo que organiza Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo* (1923). Allí, Ortega sostenía la necesidad de concebir la “nueva

6 “Manifiesto de ‘Martín Fierro’”, *MF*, año I, n° 4, mayo de 1924, pp. 25-26.

sensibilidad” como una nueva actitud vital que planteaba la reconciliación de las formas —institucionales, políticas, culturales, etcétera— con el contenido vital del que obtienen su sentido más profundo. La hipótesis de Ortega —basada explícitamente en Simmel— es que los acelerados procesos de modernización habían independizado esas formas, es decir, habrían producido el efecto de que dichas formas proliferaran separadas de su contenido vital. Pero, a diferencia de Simmel —para quién esa disociación constituye una “tragedia”, básicamente porque no tiene solución—, Ortega consideraba que la tarea de los jóvenes era —tal como afirmaban las vanguardias— la reconciliación entre las formas y la vida.⁷ Los jóvenes debían abocarse a la tarea de encontrar o crear formas nuevas —culturales, artísticas, políticas, etcétera— que esta vez sí expresaran una particular actitud vital.

Pareciera que las referencias que utiliza Girondo en el “Manifiesto de Martín Fierro” van en esa dirección:

Frente a la impermeabilidad hipopotámica del honorable público.

Frente a la funeraria solemnidad del historiador y del catedrático, que momifica cuanto toca.

Frente al recetario que inspira las elucubraciones de nuestros más “bellos” espíritus y a la afición al ANACRONISMO y al MIMETISMO que demuestran.

Frente a la ridícula necesidad de fundamentar nuestro nacionalismo intelectual, hinchando valores

7 *Cfr.* especialmente los apartados “La idea de las generaciones”, “Cultura y vida” y “El doble imperativo” en Ortega y Gasset (1992: 5-8 y 13-24). Sobre la recepción de Ortega y sus emprendimientos editoriales, *cfr.* Vasquez (2003: 167-188).

falsos que al primer pinchazo se desinflan como chanchitos.

Frente a la incapacidad de contemplar la vida sin escalar las estanterías de la biblioteca.

Y sobre todo, frente al pavoroso temor de la juventud a equivocarse que paraliza el mismo ímpetu de la juventud, más anquilosada que cualquier burócrata jubilado.⁸

Es decir, frente a la solemnidad, el anacronismo, el intelectualismo, los falsos valores; frente a formas que han cristalizado, se han hieratizado, y ocluyen las necesidades vitales:

Martín Fierro siente la necesidad imprescindible de definirse y de llamar a cuantos sean capaces de percibir que nos hallamos en presencia de una NUEVA sensibilidad y una NUEVA comprensión, que al ponernos de acuerdo con nosotros mismos, nos descubre panoramas insospechados y nuevos medios y formas de expresión.⁹

Ciertamente, *Martín Fierro* no explicita demasiado en qué consiste esa “nueva sensibilidad”. En el n° 5/6 se publican las contestaciones a una encuesta sobre “la nueva sensibilidad argentina”,¹⁰ pero más allá de eso, no encontramos un debate explícito sobre el tema. Llama la atención la frecuencia

8 “Manifiesto de ‘Martín Fierro’”, *MF*, año I, n° 4, mayo de 1924, pp. 25.

9 *Ibid.*, p. 25.

10 “Contestaciones a la encuesta de ‘Martín Fierro’: 1. ¿Cree Ud. en la existencia de una sensibilidad, de una mentalidad argentina? 2. En caso afirmativo, ¿cuáles son sus características?”, *MF*, año I, n° 5-6, 15 de junio 1924, pp. 38-40.

con la que aparece aludida esta noción de la “nueva sensibilidad” interpretada en clave generacional, lo cual nos lleva a la pregunta de por qué entonces dicha noción no está explicitada. Una hipótesis es que se trata de un término común —de hecho, aparece en casi todos los manifiestos de esos años—, ampliamente difundido, que hacía referencia a un conjunto amplio de lecturas compartidas, algunas quizás más citadas que leídas, que remiten justamente a una serie de tópicos que Ortega elabora y recoge en *El tema de nuestro tiempo*.

El Manifiesto presenta también una clara toma de partido frente al arte moderno —a la que se busca enlazar con una tradición que es concebida como un “álbum de familia”—. Del mismo modo, así como proclama “la importancia del aporte intelectual de América, previo tijeretazo a todo cordón umbilical”, afirma también la apertura cosmopolita. Hay una tensión entre americanismo y cosmopolitismo, pero *Martín Fierro* pretende mantener activos los dos polos: tanto la afirmación de la independencia intelectual americana —que implica la toma de distancia de Europa—, como la apertura universalista que la lleva a usar el dentífrico sueco, las toallas de Francia y el jabón inglés. Y, finalmente, encontramos la frase multicitada: “*Martín Fierro* tiene fe en nuestra fonética, en nuestra visión, en nuestros modales, en nuestro oído, en nuestra capacidad digestiva y de asimilación”.¹¹

Tal como se ha sostenido, aquí encontramos la fórmula que sintetiza la mayor apuesta de las vanguardias: la “fe en nuestra fonética”, el trabajo con el lenguaje, la identificación de “lo propio” con una modulación o un tono específico, a partir del cual sería posible pensar la construcción de una literatura nacional capaz de ingresar legítimamente en el canon de la cultura universal. Si bien esta formulación es

11 “Manifiesto de ‘Martín Fierro’”, *MF, op. cit.*, 25.

muy sugestiva, en las páginas de la revista no vamos a encontrar unanimidad en torno a los elementos —del presente y del pasado— que intervendrían en la construcción de esa voz propia —como vamos a ver más adelante, a propósito de las críticas a los ensayos criollistas de Borges—; más bien conviven —y compiten— diferentes proyectos que se inscriben en esa dirección.

En el n° 7 la revista publica una crítica al Manifiesto, “Martín Fierro y yo”, firmada por Roberto Mariani, un joven escritor del “grupo de Boedo”.¹² Las críticas de Mariani contra la revista se concentran en dos puntos principales.

12 La designación de “grupo de Boedo” remite a jóvenes escritores ligados a los ámbitos de izquierda, quienes —en líneas generales— ponían el acento en la función social del arte, y en algún sentido propiciaban un acercamiento temático a sectores inmigrantes y populares. Entre estos escritores, podemos mencionar a Roberto Mariani, Elías Castelnuovo, Lorenzo Stachina, Alvaro Yunque, César Tiempo, Pedro Juan Vignale, Luis Emilio Soto. Tenían sus propias publicaciones: *Extrema Izquierda*, que comienza a aparecer en agosto de 1924, *Los Pensadores* que también se inicia en diciembre de 1924, y su sucesora, *Claridad*, que surge en 1926. Tal como señala Horacio Salas en el “Estudio preliminar” que precede a la edición facsimilar de la revista, con frecuencia *Martín Fierro* responde y se burla ácidamente de esta postura. Sin embargo, la oposición Boedo-Florida debe ser matizada por las razones que cita el propio Salas. Primero, como se ve en las páginas de la revista, los escritores del “grupo de Boedo” aparecen con frecuencia en las páginas de la revista y en las actividades que realiza *Martín Fierro*. Segundo, según los testimonios de Córdova Iturburu, Nalé Roxlo, Borges, César Tiempo y González Tuñón, la rivalidad no fue mucho más que una broma entre escritores que compartían lazos de amistad y camaradería. Tercero, tampoco es del todo pertinente la especulación que asocia a los jóvenes de *Martín Fierro* con una clase media-alta y a los escritores izquierdistas con un origen proletario, porque —salvo en los casos de Ricardo Güiraldes y Oliverio Girondo, que contaban con una considerable fortuna personal— tanto los jóvenes de Boedo como los de Florida se ganaban la vida frecuentando las redacciones de los periódicos, ocasionalmente en la docencia y en el empleo público, o en el ejercicio de alguna actividad privada. Cuarto y último, las fronteras entre uno y otro grupo eran muy lábiles, tal como muestra el caso de los hermanos González Tuñón, que sostenían una militancia de izquierda y participan también activamente del emprendimiento de *Martín Fierro*. En líneas generales, concordamos en que es reconocible en *Martín Fierro* una diferencia con respecto al grupo de Boedo, en tanto “la vanguardia avanza una posición anticontenidista que afirma, consecuentemente, la radical autonomía del arte” (Sarlo, 1988: 105). Pero hay que tener en cuenta que esta diferencia —que, por momentos, aparece colocada en primer plano— no genera, al interior de *Martín Fierro* un enfrentamiento o una deslegitimación tajante de “los otros”.

El primero de ellos tiene que ver con la figura de Leopoldo Lugones. Dice Mariani:

Hay un pecado capital en MARTÍN FIERRO: el escandaloso respeto al maestro Lugones. Se lo admira en todo, sin reservas; es decir: se lo adora como prosista, como versificador, como filólogo, como fascista. Esto resbaló de respeto comprensivo e inteligente a idolatría de labriego asombrado. El asombro es antiintelectual.

¡Qué gesto el de MARTÍN FIERRO si se encarara con el maestro gritándole groseramente de esta guisa:

Maestro, su adhesión al fascismo es una porquería!¹³

Vamos a abordar a continuación la relación de *Martín Fierro* con Lugones. Aquí solo me gustaría dejar planteada esta primera crítica de Mariani y señalar que la revista responde a esta provocación con otra: ese número se abre con una enorme caricatura de Lugones que ilustra el artículo “Ecce homo”, texto que continúa en la página siguiente, por lo cual mientras en una columna se lee la crítica de Mariani, en otra situada en la misma página, encontramos un desmedido elogio a Lugones, donde explícitamente Evar Méndez, autor de la nota, se niega a cuestionar el fascismo del poeta:

Y he aquí el hombre que no tiene miedo de echarse encima las consecuencias de coincidir con los que sienten el fracaso de la democracia, la inutilidad de los parlamentarios y quisieran el gobierno de los mejor calificados, y llega a dar conferencias en la Liga Patriótica, se niega a solidarizarse con Unamuno en contra del

13 Roberto Mariani, “Martín Fierro’ y yo”, *MF*, año I, n° 7, julio 25 de 1924, p. 46.

Directorio, cree en Italia a pesar de Mussolini. ¿Vamos a repudiarlo por eso? No. Aunque no estemos de acuerdo, seguiremos creyendo a Lugones la cabeza más alta y firme de la América intelectual.¹⁴

El segundo problema que señala Mariani tiene que ver con la tensión cosmopolitismo/criollismo; en definitiva, Mariani se pregunta qué tiene de criollista una revista tan cosmopolita como *Martín Fierro*: “¿Por qué los que hacen MARTÍN FIERRO —revista literaria—, se han puesto bajo la advocación de tal símbolo, si precisamente tienen todos una cultura europea, un lenguaje literario complicado y sutil, y una elegancia francesa?”¹⁵

Censurando la opción cosmopolita, Mariani les reprocha que se dejan seducir por “mediocres brillantes” —como Ramón Gómez de la Serna o Paul Morand—, mientras no leen o no promocionan lo suficiente a jóvenes contemporáneos argentinos, como su amigo Nicolás Olivari.

Retomemos el primer cuestionamiento que realiza Mariani, la relación de *Martín Fierro* con Leopoldo Lugones. Sabemos que, para ese entonces, el autor de *El Payador* gozaba de un prestigio indiscutible en el campo intelectual, consagrado como poeta y ensayista. Si bien su trayectoria política es compleja, para los años veinte se inclinaba por posiciones claramente antiliberales, antidemocráticas y militaristas. Tal como señala Fernando Devoto, el discurso pronunciado por el poeta en Lima, en ocasión del centenario de la batalla de Ayacucho en 1924 (“La hora de la espada”), levantó una ola de reacciones indignadas en toda Hispanoamérica (Devoto, 2002: 145-ss.). Ya vimos que *Martín Fierro*, aún en desacuerdo, no impugnó el fascismo

14 EV (Evar Méndez); “Ecce homo...”, *MF*, año I, n° 7, julio 25 de 1924, pp. 45-46.

15 Roberto Mariani, “Martín Fierro’ y yo”, *op. cit.*, p. 46.

del maestro. Sin duda, Lugones era literariamente un punto de partida para la nueva generación, pero el único que sostiene un enfrentamiento fuerte con esta figura es Borges. Y no lo sostiene en *Martín Fierro*: sus artículos más fuertes e incisivos contra Lugones los publica en *Inicial*. ¿Por qué? Podría aventurarse la hipótesis de que tal vez en *Martín Fierro* no había espacio simbólico para ese enfrentamiento, ya que en las páginas de la revista Lugones aparece frecuentemente bajo el halo de la admiración y el respeto.

Y esto puede verse, por ejemplo, en la polémica que inaugura Leopoldo Marechal, en el n° 26, en el artículo “Retrueque a Leopoldo Lugones”, continuada por el propio Marechal en el n° 32, con otro artículo titulado “Filípica a Lugones y a otras especies de anteayer”. En el primer artículo Marechal¹⁶ comienza dirigiéndose a su “venerable maestro y tocayo Leopoldo Lugones” y más adelante aclara —como si hiciera falta— que “no es lugonófono”, es decir no tiene “fobia contra Lugones”. Toda esta intervención destila una profunda admiración, y pareciera que lo que pretende no es instalar una disputa sino un amable intercambio con el maestro sobre una cuestión que para 1926 resultaba totalmente anacrónica: el tema de la rima y la versificación, que era importante en el proyecto estético de la poesía modernista pero que ya no tiene demasiado sentido seguir discutiendo en 1926.

En el segundo artículo, el de la “Filípica a Lugones y a otras especies de anteayer”¹⁷ del n° 32, encontramos un Marechal que reacciona frente a la indiferencia del maestro. Lugones ignoró olímpicamente esa invitación al “diálogo”.

16 Cfr. Leopoldo Marechal, “Retrueque a Lugones”, *MF*, año II, n° 26, diciembre 29 de 1925, p. 188.

17 Cfr. Leopoldo Marechal, “Filípica a Lugones y otras especies de anteayer”, *MF*, año III, n° 32, pp. 231-232.

Marechal lee esa indiferencia como una negativa, y hace como si Lugones le hubiera contestado indirectamente, de hecho dice “pareció contestarme en un artículo sobre la rima”. Y va a insistir en un artículo más fuerte, que en realidad reprueba que Lugones no se constituya en su interlocutor, es decir que el maestro no lo reconozca. Claramente, este tipo de interpelación no cuestiona el lugar central que Lugones ocupaba en el campo intelectual de los años veinte. Cuando estos jóvenes piensan en destronar al modernismo, no piensan específicamente en Lugones, porque para la mayoría Lugones está más allá del modernismo, salvo la gran excepción de Borges, que sí hace de Lugones uno de sus blancos por excelencia, pero claramente no en las páginas de *Martín Fierro*.

Habíamos señalado que el segundo problema que subraya Mariani —que aquí tomamos como punto de partida para el análisis de la revista— tiene que ver con las tensiones entre cosmopolitismo y criollismo. En su crítica, claramente el autor impugna el cosmopolitismo de *Martín Fierro*. Si bien en el número siguiente la respuesta de la redacción enfatiza ese cosmopolitismo, que estaría justificado, por un lado, en la necesidad de atender a las “sugestiones del momento” y, por otro, en la segura posesión de la lengua (“todos somos argentinos sin esfuerzo, porque no tenemos que disimular ninguna pronunzia exótica”),¹⁸ cabría preguntarnos cuáles son los límites de esa apertura cosmopolita. París era, para la mayoría de los participantes de *Martín Fierro*, el centro indiscutible de la renovación literaria y estética; pero la relación con las novedades que ese centro produce es un tanto marginal. Es cierto que no falta alguna nota sobre Giraudoux y alguna otra sobre Paul Morand, pero la

18 “Suplemento explicativo de nuestro ‘Manifiesto’”, *MF*, año I, n° 8-9, 6 de septiembre de 1924, p. 56.

mayoría de las referencias al ámbito parisino provienen de amigos, Valery Larbaud y Supervielle, interesados en la revista a partir de Ricardo Güiraldes, y más adelante, en 1926, a partir de las colaboraciones que reciben de Francisco Contreras (un chileno radicado en París), Marcelle Auclair, otra joven chilena, y su prometido Jean Prevost. Oliverio Girondo, en su gira europeo-americana, pasa por París; sin embargo la mayoría de las novedades que trae son de México y de España, donde la editorial Calpe publica su libro *Calcomanías*. Con frecuencia, en sus “Notas”, *Martín Fierro* informa que algún amigo o colaborador se encuentra de viaje en París. ¿Por qué, entonces, comparativamente tan escasa atención a aquel que constituía el centro intelectual por excelencia? Porque la revista no está interesada en reseñar en general las “novedades” del mundo contemporáneo: su “cosmopolitismo” en realidad encubre una agenda de contactos, que en el caso de París eran —salvo algunas excepciones— bastante pobres, registrándose la mayoría de esos contactos en el ámbito español y latinoamericano.

En relación con esto, *Martín Fierro* tiene un problema con los españoles, y de ahí la insistencia con la que se empeña en afirmar que “ya no somos hispanoamericanos”. Por un lado, como ha señalado Beatriz Sarlo, no es difícil leer los postulados estéticos de *Martín Fierro* (la predilección por la poesía, el culto a la imagen y la metáfora, la necesidad de liquidar la estética recargada del modernismo, la desaparición de la rima y la atención a los valores visuales y plásticos) en línea de continuidad con aquellos defendidos por el ultraísmo español (Sarlo, 1983: 161-163). Esta convicción se veía reforzada por el hecho de que tanto Borges como González Lanuza habían participado activamente en las revistas ultraístas, y por el interés que manifestaban los intelectuales españoles en los nuevos autores argentinos, en general leídos y apreciados por aquellos en un contexto que

colocaba a la renovación argentina como una “hija dilecta” de la nueva literatura española.

De hecho, ya en el tercer número, en las “Notas al margen de la actualidad”, *Martín Fierro* se queja de que Federico de Onís se había propuesto “reivindicar para España nuestro ‘Martín Fierro’, o más propiamente revelar a los parisien-ses su españolismo”,¹⁹ españolismo que la revista se esfuerza en negar rotundamente. Esto no impide que Guillermo de Torre insista recurrentemente con estos tópicos en su “Carta abierta a Evar Méndez”: en efecto, no deja de subrayar la continuidad entre “Martín Fierro” y el “fervor innovador” de las revistas ultraístas españolas como *Grecia*, *Ultra*, *Tableros*, *Cervantes* y *Cosmopolis*; se empeña en mostrar que son los jóvenes argentinos quienes a través de Gironde muestran un interés en el acercamiento a España y solicitan la colaboración de los nuevos escritores españoles, y —lo que quizás resulta más relevante— celebra el hecho de que Francia ya no es una “inevitable fuente de conocimiento” porque “se acentúa en las repúblicas hispanoamericanas la corriente que las lleva hacia España”.²⁰

Hay que señalar que *Martín Fierro* no le contesta directamente a Guillermo de Torre en 1925. La revista reacciona contra esta posición de manera general en sus artículos contra el hispanoamericanismo, donde —por ejemplo— con un tono un tanto prepotente, Pablo Rojas Paz se pregunta: “¿ejemplo de qué nos puede dar España en estos momentos?”.²¹ Es cierto que, a pesar de estos exabruptos,

19 “Notas al margen de la actualidad”, *MF*, año I, n° 3, 15 de abril de 1924, p. 18. El autor se refiere en primera instancia al poema de Hernández, pero la queja tan explícita contra la “pretensión de subalternarnos” sugiere que la referencia podría extenderse a la revista.

20 Guillermo De Torre, “Carta abierta a Evar Méndez”, *MF*, año II, n° 18, 26 de junio de 1925, p. 120 y *MF*, año II, n° 19, 18 de julio de 1925, p. 136.

21 Pablo Rojas Paz, “Hispanoamericanismo”, *MF*, año II, n° 17, 17 de mayo de 1925, p. 112. Allí, el autor sostiene con respecto a España: “Su literatura está constituida, en su gran parte, por co-

la impugnación directa al planteo de Guillermo de Torre demora dos años: recién surge en 1927, con ocasión de la famosa polémica sobre el meridiano intelectual.²²

En relación con esta demora podríamos decir que en 1925 *Martín Fierro* no estaba en condiciones de romper relaciones con el circuito español porque era este circuito uno de los que mayor interés manifestaba con respecto a la producción argentina contemporánea: la editorial Calpe publica —como ya dijimos— el libro *Calcomanías* de Gironde; *Revista de Occidente* —que en ese entonces tenía una difusión y un prestigio continental— acoge las colaboraciones de Borges y de Gironde, reseña favorablemente a Güiraldes, manifiesta atención por la obra de Figaro y de Pettorutti; Ramón Gomez de la Serna era un escritor de prestigio por esos años, que correspondía generosamente a la admiración que le tributaban los martinfierristas, etcétera. Es decir, para mediados de la década, cuando recién estaban apareciendo y consolidándose nuevas editoriales, como la de la revista *Proa* o *Inicial*, romper abiertamente con los contactos y los lazos españoles que efectivamente

mentaristas y glosadores. ¿Qué nos pueden enseñar estos que no sea de segunda mano?”.

- 22 La polémica sobre el meridiano intelectual tiene lugar en 1927 y las encendidas respuestas de los argentinos ocupan buena parte de los últimos números de *Martín Fierro*. Guillermo de Torre inicia esta polémica a partir de un artículo, titulado precisamente “Madrid, Meridiano intelectual de Hispanoamérica” (*La Gaceta Literaria*, año I, n° 8, 15 de abril de 1927, p. 1). Allí planteaba: “¡Basta ya de tolerar pasivamente esa merma de nuestro prestigio, esa desviación constante de los intereses intelectuales hacia Francia! Frente a los excesos y errores del latinismo, frente al monopolio galo, frente a la gran imantación que ejerce París cerca de los intelectuales hispanoparlantes tratemos de polarizar su atención, reafirmando la valía de España y el nuevo estado de espíritu que aquí empieza a cristalizar en un hispanoamericanismo extraoficial y eficaz. Frente a la imantación desviada de París, señalemos en nuestra geografía espiritual a Madrid como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre España y Europa”. Si uno lee con atención, no hay muchas diferencias entre este planteo y el que realiza en la “Carta Abierta” de 1925. Pero, en 1927, los jóvenes argentinos manifiestan su rotundo rechazo a esta idea, generando una áspera polémica con los españoles, que tuvo repercusiones en toda América Latina.

facilitaban una difusión continental de jóvenes autores era un despropósito. Había que buscar otros sintagmas que permitieran afirmar la diferencia sin que se constituyera como ruptura. Y uno de ellos va a ser el americanismo. En otras palabras, ¿qué tiene *Martín Fierro* para oponer a esas voces que subrayan su filiación española? Y aquí encontramos dos elementos fundamentales: el reclamo de pertenencia a un horizonte americano, la afirmación —en la clave vasconceliana— de un “mundo joven” donde es factible un nuevo renacimiento; y, en segundo lugar, los esfuerzos tendientes a la afirmación de un nacionalismo cultural. Creo que los dos caminos están implicados, pero uno —el del americanismo— resultaba relativamente más fácil que el otro. Veamos por qué.

Habíamos dicho que *Martín Fierro* no responde a la “Carta abierta” de Guillermo de Torre, salvo que podamos considerar como una respuesta la reseña sobre el libro de Torre, *Literaturas europeas de vanguardia*, reseña que firma Borges y *Martín Fierro* publica inmediatamente después de la segunda entrega de la Carta de Torre.²³

La primera parte de la reseña constituye una enunciación del tema del libro y una encendida alabanza del autor: “Libro tan honesto, tan grande, tan sin chirluras de erudición y de opinión, es casi milagroso en pluma tan joven”. Inmediatamente después de este preámbulo halagador, comienzan las críticas. Ya la primera es una crítica devastadora: Borges le reprocha el afán de construir genealogías, y de acomodar las novedades de las vanguardias en una sucesión lineal donde cada movimiento desplaza y supera al anterior. Como dice Borges, el problema es que “también podemos retrucarle con su propio argumento y señalarle

23 Cfr. Jorge Luis Borges, “Guillermo de Torre - Literaturas europeas de vanguardia”, *MF*, año II, n° 20, 5 de agosto de 1925, p. 142.

que esa primacía del viernes sobre el jueves, del hoy sobre el ayer, ya es achaque del jueves, quiero decir del siglo pasado. No Spengler, sino Spencer, es el pensador del despuesismo de Torre”.²⁴

Borges está señalando que la aparente modernidad del libro debe mucho a una concepción de la historia propia del siglo XIX. Por si esto fuera poco, la reseña continúa: “Ya me cansó la discordia —dice el autor— y anoto, en son de toda paz, una observación que su lectura afianzó en mí: la influencia irrecusable que los norteamericanos han ejercido en la literatura europea”.²⁵

Y, después de destacar los “nombres amplísimos” de Walt Whitman, Emerson y Edgar Allan Poe, concluye afirmando: “hoy nos llega el turno a nosotros, los americanos del Sur, los de la sorna y la serena incredulidad”.²⁶ Por el contexto, es claro que ese “americanos del sur” se refiere al “nosotros, los escritores argentinos”, pero mantener la denominación de “americanos” es relevante para subrayar que América tiene algo que oponer a Europa, frente al libro en general (las literaturas europeas de vanguardia), y frente a Guillermo de Torre y los españoles en particular.

Es interesante comparar la actitud de Torre, que está casi siempre subrayando el rol fundamental de España como promotora y cabeza de las vanguardias latinoamericanas, con la “Salutación” de Ramón Gómez de la Serna. Allí, el escritor español apela al tópico del americanismo en evidente gesto de simpatía hacia los jóvenes argentinos:

Yo voy buscando eso que es la principal virtud del pueblo nuevo y original, su desobediencia a esa

24 *Ibíd.*, p. 142.

25 *Ibíd.*, p. 142.

26 *Ibíd.*, p. 142.

solemnidad ya del todo desprestigiada en la vieja Europa. [...] Lo nuevo tiene que resplandecer en América donde no hay ningún viejo fanatismo que detenga la aurora esperada.²⁷

Gómez de la Serna ofrece una versión del americanismo que en general los participantes de *Martín Fierro* conocían de sus estrechos contactos con sus amigos de *Valoraciones e Inicial*, tópico que ponen en acto en diversas ocasiones con el objetivo de reivindicar el potencial renovador de este “nuevo mundo”, inscribirse ellos mismos en la lista de las élites que procuran la reconciliación del arte con la vida y ampararse en un “nosotros” —claramente perfilado para 1925— que subraye la distancia del ultraísmo español. Otra forma en que funciona esta estrategia se ve claramente en el n° 42 de la revista, donde estalla la polémica sobre el “meridiano intelectual”. Las opiniones y retruques de los argentinos aparecen en las páginas 6 y 7; pero las primeras páginas del número *Martín Fierro* las dedica a México con ocasión de la visita de Alfonso Reyes. En la página 2 aparece una “Carta a Guillermo de Torre”, de Jorge Cuesta,²⁸ que acusa al español de realizar juicios apresurados sobre la actual poesía mexicana, ignorando prácticamente todo sobre el tema. La carta de Jorge Cuesta es durísima, y de parte de la revista sólo aparece la siguiente aclaración: “*Martín Fierro* saluda a Alfonso Reyes y, con motivo de su presencia en Buenos Aires, dedica estas páginas a México. Con ellas presenta a los argentinos algunos de sus grandes

27 Ramón Gómez de la Serna, “Salutación”, *MF*, año II, n° 19, 18 de julio de 1925, p. 131.

28 Jorge Cuesta fue un escritor mexicano, organizador de la *Antología de la poesía mexicana moderna* (1928) que sirvió de plataforma para la presentación y difusión del grupo de “Contemporáneos”. Luis Maristany señala que dicha antología “cumplía un papel semejante al que desempeñaría, para los poetas de la generación del 27, la antología de Gerardo Diego del 32” (Maristany, 1992: 14). Jorge Cuesta, “Carta al señor Guillermo de Torre”, *MF*, año IV, 10 de junio - 10 de julio de 1927, p. 352.

artistas y poetas nuevos entre los cuales él se cuenta”.²⁹ Nada más. Entretanto, el contenido del artículo —que insiste en subrayar que los juicios de Torre están avalados exclusivamente en su ignorancia— prepara al lector para lo que va a leer en las páginas 6 y 7, donde los jóvenes argentinos —esta vez sí— le contestan de una forma rotundamente negativa a la propuesta de Torre de considerar a Madrid como el meridiano intelectual de Hispanoamérica.

Ahora bien, retomando la pregunta principal, los martinfierristas ¿tienen algún otro recurso, además del americanismo, que zanje el tema de la diferencia frente a los españoles? Ya vimos que, en términos generales, no hay una propuesta estética a nivel teórico que subraye las diferencias con el ultraísmo. El mandato de reconciliar la “forma” con la “vida” está presente en *Martín Fierro*; el problema para estos jóvenes es encontrar qué elementos conforman ese contenido tan particular de la “vida”, o bien cómo definir “lo propio”. Recordemos que, en el caso rioplatense —también podría predicarse lo mismo de otros casos latinoamericanos en los años veinte, como el de México o Brasil—, la novedad no pasa para estos jóvenes por la experimentación formal con el lenguaje; más bien el desafío es encontrar la forma que pueda expresar un contenido propio, es decir, que pueda universalizar lo particular.

Con respecto a ese contenido, por momentos *Martín Fierro* se esfuerza por proponer un “tipo argentino” o una “sensibilidad argentina”. Así, por ejemplo, en el n° 3, cuando denuncia la pretensión de Federico de Onís de reivindicar para España “nuestro *Martín Fierro*”, la nota de la redacción apela, muy precariamente, a ese “tipo argentino”:

29 Nota inserta en el artículo de Jorge Cuesta, *Ibid.*, p. 352.

Porque no quieren creer sus políticos, escritores, hombres de ciencia que ya no somos hispanoamericanos por otro cosa que no sea el habla, que los inmigrantes de veinte países distintos, con sus idiomas, sus gustos, sus costumbres y sus religiones, han formado un *tipo argentino* que muy poco tiene que ver con el español ni aún con el criollo del coloniaje, y que se está elaborando aquí un tipo étnico, acaso el definitivo argentino, que, a Dios gracias, será cada vez menos ibérico...³⁰

Como vemos, esta apelación es paradójica en varios sentidos. Por un lado, por su inestabilidad: el “tipo argentino” se “ha formado” y, al mismo tiempo, “se está elaborando”, lo cual junto a la mención de que “será cada vez menos ibérico”, induce a pensar que, en definitiva, ese “tipo argentino” todavía no es. Y, por otro lado, porque en general *Martín Fierro* se muestra renuente a rescatar el aporte inmigrante.

Apenas dos números después, *Martín Fierro* publica las contestaciones a la encuesta sobre la “sensibilidad nacional”: las respuestas muestran en general el fracaso de esta iniciativa.³¹ Por más que Oliverio Gironde considere que la pregunta es una “simple agachada de *Martín Fierro*, puesto que *Martín Fierro* no puede dudar de la existencia de una mentalidad y una sensibilidad argentina”,³² lo cierto es que la mayoría de los encuestados dudan de esa tal sensibilidad. Existe, sí —afirman las respuestas— un movimiento general de renovación, un movimiento hacia “lo nuevo” que se manifiesta a nivel mundial en los diversos campos de la cultura, y la Argentina es parte de esa “actualidad”. Pero, de ahí

30 “Notas al margen de la actualidad”, *MF*, año I, n° 3, 15 de abril de 1924, p. 18.

31 “Contestaciones a la encuesta de ‘Martín Fierro’: 1. ¿Cree Ud. en la existencia de una sensibilidad, de una mentalidad argentina? 2. En caso afirmativo, ¿cuáles son sus características?”, *MF*, *op. cit.*, pp. 38-40.

32 *Ibíd.*, p. 39.

a que exista una “sensibilidad” o una “mentalidad” argentinas, y que sus características puedan ser especificadas, hay un abismo que aparentemente ninguno de los encuestados —ni siquiera el propio Girondo— se atreve a saltar.

Podría argumentarse que tanto la apelación al tipo nacional como la búsqueda de definir una “sensibilidad argentina” son ensayos, apenas tentativas que aparecen en los primeros números de la revista. Vista en una perspectiva de conjunto, no podría decirse que la revista intente la definición de un “tipo nacional”, pero necesita rescatar alguna particularidad para oponer a los españoles en primer lugar, y en segundo lugar para legitimar la renovación que intenta como un modo de plasmar una “personalidad propia”.

En este sentido, *Martín Fierro* no cuenta con un “tipo nacional”, no cuenta con una “sensibilidad” o una “mentalidad” argentinas, no cuenta con una cultura autóctona afirmada por la tradición, ni tampoco, en general, sus integrantes se muestran dispuestos a reconocer aquellos productos de la cultura popular que —como el tango— llevan la marca de la hibridez o de la “mezcla”. ¿A qué recurrir entonces? A la inflexión de la lengua, al reclamo de un “tono” propio, o como diría Girondo, a “la fe en nuestra fonética”.

Sabemos que esta fue quizás la mayor apuesta de *Martín Fierro*, verdadero centro de un nacionalismo cultural de nuevo tipo que propone la vanguardia (Sarlo, 1983: 152-ss; 1988: 98-ss.). Pero me gustaría mostrar que posiblemente este camino tampoco estaba exento de dificultades y desacuerdos, las cuales resultan visibles en la recepción ambigua de los primeros ensayos de Borges, *Inquisiciones* y *El tamaño de mi esperanza*, publicados respectivamente en 1925 y 1926. El cruce entre cultura europea y criollismo que Borges propone en esos ensayos,

en ocasiones, desconcierta a sus compañeros de *Martín Fierro*. De hecho, en la elogiosa reseña de *Inquisiciones* que presenta la revista, Sergio Piñeiro manifiesta algunas reservas:

Personalmente, Borges ha deslizado para mí un defecto, sin importancia casi, en esta recopilación de artículos publicados en varias revistas nuestras y extranjeras: su criollismo. Creo que no es necesario referirse al lazo, al rodeo ni a los potros para ser y manifestar alma de gaucho. En Borges, esto es lejano. Casi me atrevo a asegurar que constituye en su vida un recuerdo heredado. Luego, dice de memoria. Noto algo de artificial imaginativamente en el criollismo del poeta.³³

Es decir, en la crítica de Piñeiro, el movimiento es alabar la erudición de Borges, su “claridad de ideas”, su “conocimiento preciso del valor de las palabras”, las metáforas, etcétera, pero condena el criollismo, como un agregado artificial, como un elemento inactual que Borges agrega “de memoria”.

Una mayor reticencia provoca *El tamaño de mi esperanza*. Si bien hay una brevísima nota crítica que presenta elogiosamente al libro, no faltan las impugnaciones que sin mencionar directamente a Borges, remiten claramente a él. Así, en “Criollismo y metafísica”, Antonio Vallejos dice:

Tenemos un espíritu notorio, evidente en sí mismo por su propio fervor. Un criollismo ametafísico, precisamente. Un criollismo que no es evocador de calles muertas, ni pasadero de épocas y de nombres, sino ambicioso de futuro, celoso de presente como los

33 Sergio Piñeiro, “*Inquisiciones*, por Jorge Luis Borges”, *MF*, año II, n° 18, 26 de junio de 1925, p. 122.

relojes. Pampa, boleadoras, Rosas y suburbio, son accidentes de nuestro criollismo, que estarán en nosotros por fijación sentimental, en devoción; pero nunca en anhelo...

Inquieta ver en compañeros de talento, la frente ciega y la espalda vidente. Como no ven los días de hoy sino mañana en su ayer respectivo, no tienen otro gozo que la recordación; y el camino les va pasando debajo de los pies sin darle ocasión de ambicionarlo. Así se explica esta paradoja: auspicar el nacimiento de cultura, y clamar por el sepulturero al mismo tiempo; y así también esa nostalgia ñoña, y ese truco de símbolos, y ese extranjerismo temporal que se acomoda en barrios de recuerdo, en tanto que otros miran descomponerse y crecer los edificios de gimnasia del progreso.³⁴

Más adelante, en “El gaucho y la nueva literatura rioplatense”, Leopoldo Marechal insiste en plantear nuevamente el tema:

Las letras rioplatenses, tras un discutible propósito de nacionalismo literario, están a punto de adquirir dos enfermedades específicas: el gaucho y el arrabal. Nada habría de objetable en ello si se tratara del campesino actual, que monta un potro y maneja un Ford con la misma indiferencia; pero se refieren a ese gaucho

34 Antonio Vallejos, “Criollismo y metafísica”, *MF*, año III, n° 27 y 28, mayo 10 de 1926, p. 197. Recordemos que en el ensayo que da su título al libro, Borges escribió: “No se ha engendrado en estas tierras ni un místico, ni un metafísico, ¡ni un sentidor ni un entendedor de la vida! Nuestro mayor varón sigue siendo don Juan Manuel [Rosas]: gran ejemplar de la fortaleza del individuo, gran certidumbre del saberse vivir...”. *Cfr.* Borges, “El tamaño de mi esperanza” y “La pampa y el suburbio son dioses” (1993: 11-14, 21-25). Estas breves referencias son suficientes para identificar claramente al interlocutor criticado por Antonio Vallejo.

estatuable, exaltado por una mala literatura; a ese superhombre de cartón que, abandonando a su pobre leyenda, quiere hoy erigirse en arquetipo nuestro [...]. Nuestra incipiente literatura debe arraigarse en el hoy, en esta pura mañana en que vivimos. [...] *Aferrarse a un mezquino ayer como el nuestro es revelación de pobreza.*³⁵

En *El tamaño de mi esperanza* Borges también subraya la “esencial pobreza de nuestro hacer”, y rechaza tanto el “progresismo” —que es, dice el autor, “someternos a ser casi norteamericanos o casi europeos, un tesonero ser casi otros”—, como el “criollismo” en su acepción corriente que “hoy es palabra de nostalgia” (1993: 11-14). Hasta aquí pareciera que Borges coincide con Marechal en el rechazo a cierto tipo de criollismo; pero más adelante nuestro autor vuelve sobre la “esencial pobreza de nuestro hacer”, señalando:

Somos unos dejados de la mano de Dios, nuestro corazon no confirma ninguna fe, pero en cuatro cosas sí creemos: en que la pampa es una sagrario, en que el primer paisano es muy hombre, en la reciedumbre de los malevos, en la dulzura generosa del arrabal. Son

35 Leopoldo Marechal, “El gaucho y la nueva literatura rioplatense”, *MF*, año III, n° 34, 5 de octubre de 1926, p. 258. El subrayado es mío. Señalo también que Marechal muestra otra actitud frente al Borges poeta: de hecho, celebra el criollismo de *Luna de Enfrente*, en su reseña publicada en el n° 26. Pero en ese mismo número, Marechal inicia una respetuosa polémica contra Lugones, a propósito del uso de la rima en la poesía. La reseña sobre Borges comienza señalando “Creo que la lectura de este volumen es el mejor argumento contra las viejas teorías de Lugones”. Leopoldo Marechal, “Luna de enfrente, por Jorge Luis Borges”, *MF*, año II, n° 26, 29 de diciembre de 1925, p. 190. Me parece plausible sostener que el criollismo del Borges poeta no genera demasiados problemas, al contrario: ofrece un modelo que oponer al Lugones poeta. El desconcierto surge cuando ese criollismo aparece en el ensayo. Una excelente reflexión sobre las diferentes posiciones de Lugones, de Marechal y de Borges en torno a la polémica sobre la poesía la podemos encontrar en el artículo contemporáneo de Pedro Henríquez Ureña, “En busca del verso puro” (en *Valoraciones*, n° 11, enero de 1927, La Plata, pp. 3-6).

cuatro puntos cardinales los que señalo, no unas luces perdidas. (1993: 21-25)³⁶

Como sugieren las perspectivas de Antonio Vallejo y Leopoldo Marechal, pareciera que *Martín Fierro* en conjunto no está dispuesta a aceptar esos “cuatro puntos cardinales”. Frente a las reticencias que provocan estos primeros ensayos de Borges, encontramos los elogios que suscita el *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes, donde su gaucho sí es “sintetismo por excelencia”,³⁷ en gran parte porque el destino del protagonista más joven de la novela es precisamente —como diría Marechal— “manejar el Ford”. Es decir, frente a ese “mezquino ayer”, hay una tradición, un gesto del siglo XIX, propio de la generación del 80, que *Martín Fierro* recupera en la insistencia con la que proclama que “lo propio” o la “nacionalidad” está en un futuro que puede construirse exclusivamente a partir del presente.³⁸ Desde esa exaltación de la

36 Del ensayo “La pampa y el suburbio son dioses”, que comienza de la siguiente manera: “Dos presencias de Dios, dos realidades de tan segura eficacia reverencial que la sola enunciación basta para ensanchar cualquier verso y nos levanta el corazón con júbilo entrañable y arisco, son el arrabal y la pampa. Ambos ya tienen su leyenda y quisiera escribirlos con dos mayúsculas para señalar mejor su carácter de cosas arquetípicas...”. En su artículo, Marechal no sólo subrayaba que el “arrabal” era una de las enfermedades específicas que estaban a punto de adquirir las letras rioplatenses, sino que además, ya sobre el final de su artículo, propone: “Olvidemos al gaucho. En el umbral de los días nuevos crece otra leyenda más grande y más digna de nuestro verso, puesto que está en nosotros y se alimenta con nuestros años” (“El gaucho y la nueva literatura rioplatense”, *op. cit.*, p. 258).

37 Cfr. S. P., “*Don Segundo Sombra*, relato de Ricardo Güiraldes”, *MF*, año III, n° 33, 3 de septiembre de 1926, p. 248. Para la relación Borges-Güiraldes, cfr. Sarlo (1993: 65-ss.).

38 Fernando Devoto (2002: 8-ss.) destaca que en el siglo XIX los “padres fundadores” (fundamentalmente Sarmiento y Alberdi) se caracterizaron por “la férrea voluntad de cancelar el pasado, y al hacerlo, fundar una nueva nación que reposara sobre nuevas bases, sobre nuevos mitos, sobre nuevos sujetos”. A su modo, la versión historiográfica del general Mitre acentúa también esta tensión hacia el futuro, en tanto plasma el mito de “destino de grandeza” que le cabe a la República Argentina en manos de una élite caracterizada como liberal, criolla y porteña. Es decir, el proceso

escena urbana moderna, la figura del gaucho —asociada a un pasado que los procesos acelerados de modernización dejaron demasiado atrás— se impugna como “artificial”, es decir, falsa, inauténtica.

Y esto suscita problemas porque la empresa de “renovación de la cultura” era concebida como la posibilidad de crear formas nuevas, que esta vez no estarían alienadas de la vida, sino más bien serían capaces de expresarlas, tornando universal la propia particularidad. Pero, en términos generales, pareciera que no hay en *Martín Fierro* un consenso compartido con respecto a los rasgos que definirían esa particularidad. La falta de dicho consenso, en ocasiones, inclina la balanza hacia aquello que no se está dispuesto a renunciar, esto es: la exaltación de la modernidad urbana.

Ante las dificultades para encontrar una conjunción o un acuerdo compartido entre la exaltación de la modernidad urbana —universal— y la construcción de rasgos propios, diferenciados, particulares —en definitiva, nacionales—, *Martín Fierro* recurre con frecuencia al americanismo. Esta inclusión en un “nosotros” más amplio, a partir del cual la revista se ubica como parte del “despertar intelectual de América Latina”, le sirve como carta de presentación para sostener su cosmopolitismo; pero también de cara al nacionalismo la referencia americanista cumple la función de apaciguar las discusiones y tensiones en torno al contenido que sostiene la búsqueda de “formas nuevas”.

El americanismo diseña un campo de inclusiones que además devolvía a los jóvenes rioplatenses una imagen grata, dado que con frecuencia los intelectuales aludidos explícita o implícitamente en las referencias de *Martín Fierro* veían a Buenos Aires como el futuro de sus propias ciudades

de construcción del Estado durante el siglo XIX insiste particularmente en la necesidad de ruptura y abolición del pasado.

latinoamericanas, como la “París sudamericana”. Por eso, frente al cosmopolitismo, el americanismo ofrecía la ventaja de subrayar una identidad común; frente a los problemas que planteaba la conformación de un nuevo nacionalismo cultural, acentuaba la tensión hacia el futuro.

Bibliografía

- Borges, J. L. (1993). *El tamaño de mi esperanza*. Buenos Aires, Seix Barral.
- Devoto, F. (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Greco, M. (2013). “Entre el modernismo y la vanguardia: Evar Méndez (1885-1955)”, *Badebec, Revista del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, n° 4, marzo. Rosario. En línea: <http://www.badebec.org/badebec_4/sitio/index.php>.
- Maristany, L. (org.) (1992). “Contemporáneos” - José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Salvador Novo - *Poesías*. Málaga, Anaya & Mario Muchnick.
- Ortega y Gasset, J. (1992). *El tema de nuestro tiempo. La rebelión de las masas*. México, Porrúa.
- Ory, P. y Sirinelli, J.-F. (2007). *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días* (trad. Evelio Miñano). Valencia, Universitat de Valencia.
- Pluet-Despatin, J. (1992). “Une contribution a l’histoire des intellectuels: les revues”, Racine, N. y Trebitsch, M., *Sociabilites Intellectuelles. Lieux, Millieux, Reséaux, Cahiers de L’IHTP*, n° 20, pp. 125-136. París, CNRS.
- Salas, H. (1995). “Estudio preliminar. El salto a la modernidad”, *Revista Martín Fierro 1924-1927*. Edición Facsimilar, pp. VIII-XV. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes.
- Sarlo, B. (1983). “Vanguardia y criollismo: La Aventura de *Martín Fierro*”, Altamirano, C. y Sarlo, B., *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- . (1988). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires, Nueva Visión.

- _____. (1993). *Borges, un escritor en las orillas*. Buenos Aires, Espasa Calpe/Ariel.
- Sirinelli, J.-F. (1986). "Le hasard ou la nécessité? Una histoire en chantier: l'histoire des intellectuels", *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, n° 9, enero-marzo, pp. 97-108.
- Trebisch, M. (1992). "Avant-propos: la chapelle, le clan et le microcosme", Racine, N. y Trebitsch, M., *Sociabilites Intellectuelles. Lieux, Millieux, Réseaux, Cahiers de L'IHTP*, n° 20, pp. 11-21. París, CNRS.
- Vasquez, K. (2003). "De la modernidad y sus mapas. Revista de Occidente y la 'nueva generación' en la Argentina de los años veinte", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 14, n° 1, pp. 167-188. Universidad de Tel Aviv.

Capítulo 4

Políticas de la revista *Sur*: formas retóricas de una identidad “liberal”

Mauro Donnantuoni Moratto

Introducción

Ha sido habitual distinguir a la revista *Sur* como un espacio en el que confluía un sector de la intelectualidad definido corrientemente como *liberal*, en contraposición a otros grupos de la cultura letrada.¹ De tal suerte, los escritores vinculados a la red intelectual organizada por Victoria Ocampo alrededor de la publicación suelen ser percibidos como un conjunto social fácilmente identificable a través de un perfil ideológico más o menos homogéneo. La propia Victoria Ocampo ha insistido retrospectivamente, a partir de los años cincuenta, en la pertenencia política de la revista a una “línea liberal” (Pasternac, 2002: 109). Sin embargo, y al mismo tiempo, ha afirmado repetidas veces el carácter apolítico de la publicación, en tanto su objeto excluyente era el arte y las demás expresiones del “espíritu”. *Liberalismo* y *apoliticismo*, entonces, han sido dos ingredientes esenciales de la percepción que la revista construía de sí

1 Para un acercamiento al mapa intelectual argentino correspondiente a la época de formación y consolidación de la revista *cf.* Terán (2008: 51-70) y Gramuglio (2001: 331-381). En ambos trabajos, la noción de “liberalismo” sigue resultando útil para su caracterización, aunque con cierta incomodidad. Para el primero, el grupo *Sur* se ubica —aun reconocida su diversidad interna— dentro de un “liberalismo aristocrático, espiritualista y cultural” (Terán, 2008: 61).

misma y de la imagen que proyectó hacia afuera, sin que se intuyera una posible paradoja en la intersección entre un posicionamiento ideológico determinado y una actitud de distanciamiento.²

Sin embargo, no resultaría sencillo registrar en la revista una preocupación central y expresa por sostener una posición doctrinaria fuerte, si por tal entendemos la afirmación de un cuerpo más o menos coherente y sistemático de ideas, adoptado explícitamente y puesto como fundamento de la acción y la opción partidaria. De hecho, sólo ocasionalmente hallamos en sus páginas alusiones al liberalismo como teoría filosófica, política o económica, y no siempre ni necesariamente han sido elogiosas.³ Entonces,

-
- 2 En buena medida, la paradoja pudo disolverse bajo el supuesto de que la política y la literatura son esferas independientes entre sí, de modo que se podría suscribir al liberalismo dentro de la primera y negarlo dentro de la segunda. Así, Victoria Ocampo pudo afirmar: "En el dominio político, *Sur* tuvo siempre la misma línea liberal. Siempre estuvo contra las dictaduras y los totalitarismos de cualquier índole. Fue decididamente antitotalitaria, sin por eso olvidar un instante los valores eternos de las admirables naciones que tuvieron que padecer semejante enfermedad. En el dominio literario *Sur* puso, por encima de todo, la calidad del escritor, cualesquiera fuesen sus tendencias. Las Letras no tienen nada que ver con el sufragio universal, ni con la democracia, ni con la caridad cristiana: o se vale, o no se vale. Es una ley muy dura. Inconmovible. Se aplica a todas las artes. Muchos no quieren hoy admitirlo. Por eso es tan poco grato llevar encima la responsabilidad de una revista; revista que no se pretende infalible, pero que obedece a su ley" ("Vida de la revista *Sur*. 35 años de una labor", *Sur*, n° 303-305, noviembre de 1966 - abril de 1967, p. 16). El malestar de las últimas oraciones muestran hasta qué punto, no obstante, resultaba difícil mantener la "pureza" de ambos niveles. En todo caso, cualquier revisión superficial de la revista puede advertir que, a partir de los años 1936-1939, las orientaciones ideológicas han tenido al menos el mismo peso que las literarias como criterio de selección y exclusión de los colaboradores. Sobre el contraste entre la inclusión de autores nacionalistas durante las primeras apariciones de la revista y su exclusión a partir de esos años, *cfr.* King (1986: 73-77).
 - 3 Es cierto, sin embargo, que algunos de los miembros del grupo han sostenido explícitamente una adhesión doctrinaria al liberalismo, pero ello ha debido en general expresarse por fuera de la revista. Paradigmático fue el caso de la publicación *Liberalis*, cuya reivindicación del liberalismo era una línea editorial explícita, y de la que participaron escritores muy cercanos a *Sur*, como F. Romero, E. Sábato, B. Canal Feijóo, F. Ayala y C. A. Erro. No obstante, este tipo de proyectos no dejaban de presentar algunas limitaciones discursivas similares a las que expondremos en

¿en qué sentido pudo identificarse a *Sur* con una “línea liberal”? En verdad, lo que en la caracterización de *Sur* se ha pensado bajo la noción de *liberalismo* es una serie de inflexiones verbales en que se expresaba la adhesión a un democratismos cosmopolita, individualista y humanista. Pero tal adhesión, lejos de representar la defensa explícita de un cuerpo de ideas sobre los mecanismos de gobierno, las formas de la organización del cuerpo social o un programa de dirección política, ha consistido principalmente en la construcción de un complejo discursivo a partir del cual se organizaba un sistema definido de valores particulares; ellos mismos, por supuesto, articulables sólo como momentos de un vocabulario que se fue vinculando a aquel núcleo “democrático”: “libertad”, “persona”, “espíritu”, “inteligencia”, “orden”, “civilización”, “moral”, “justicia”, “cultura”, “decencia”, fueron significantes típicos de la retórica de *Sur* que pretendían definir una posición ideológica, pero que condensaban una carga afectiva que se alimenta del conjunto resumido bajo el término “democracia”. Esa carga afectiva procedía de la fuerza subyacente de un imaginario identitario compartido sobre la figura del escritor o del artista, al que remitían subrepticamente esos valores. El intelectual era representado como un individuo autónomo, consciente y autotransparente, integrado a una minoría esclarecida (la “inteligencia”) portadora de virtudes intelectuales y morales aseguradas por su vínculo esencial con la cultura europea, y guardiana de las verdades universales del espíritu, por contraposición a la naturaleza

este capítulo respecto de *Sur*. Como lo indica Fiorucci, en *Liberalis* la definición del liberalismo como ideología era más bien “laxa” y remitía primeramente a un conjunto de consignas en que se expresaba el rechazo al fascismo y al peronismo, operando como un factor identitario antes que como un verdadero interés teórico o político por ciertas “ideas”. Cfr. Fiorucci (2011: 151-156, especialmente 153).

materialista, opresiva y mesocrática de las masas.⁴ Por tanto, “libertad”, “justicia”, “cultura” y los demás, en tanto referían indirectamente a esa identidad, se conformaron como dispositivos de autoafirmación que cobraban consistencia en su subsunción conjunta e inmediata a una manera reivindicativa de hablar sobre la “democracia”.

Posiblemente, la densidad de este “liberalismo” se alcanzaba porque nunca esta operación, por la que ciertos elementos axiológicos ocultaban su naturaleza afectiva en su remisión inmediata a un vocabulario ideológico, se volvía explícita. Como dice John King:

... *Sur* defended value but never defined it: standards are “known”, they are not defined, in fact probably could not be defined. *Sur* addressed a group of ideal readers and made a perfectly circular value judgement, recalling the English critic Leavis’ famous remark: “That is so, isn’t it?” If the readers did not feel or know “that” already, it could not be explained to them. Taste could only be upheld by a few intellectuals who preserved a middle ground which was located in the realms of the spirit, but which was notionally determined, in the last instance, by history.⁵

4 Sobre este imaginario y las relaciones que se establece en su interior entre los valores “liberales”, el discurso democratista y el distanciamiento político, *cfr.* Pasternac (2002: 21-53, 42-52, 238-239), King (1986: 44-46, 70-72, 198-200), Gramuglio (2001: 342-348, 362-372), Fiorucci (2011: 125-126, 137-139), Terán (2008: 61-63) y Warley (1983: 12-14).

5 “*Sur* defendía ciertos valores pero nunca llegaba a definirlos: las pautas estaban ‘dadas’, y no requerían ser definidas; de hecho, probablemente, no podrían haber sido definidas. *Sur* interpellaba a un grupo de lectores ideales mediante un juicio de valor perfectamente circular que recuerda la célebre acotación del crítico inglés Leavis: ‘Esto es así, ¿o no?’ Si los lectores no sentían o no conocían ya ‘esto’, tampoco habría sido posible explicárselo. Las formas del buen gusto solamente podían ser conservadas por unos pocos intelectuales, quienes custodiaban una zona neutral ubicada en el reino del espíritu, pero que, en última instancia, era determinada en su significado por la historia” (King, 1986: 76, trad. del autor).

Justamente, *Sur* no podía definir sus valores “liberales” porque ello hubiera implicado hacerlos depender de un entramado conceptual explícito (una doctrina, por ejemplo) al interior del cual ganaran un significado concreto, desnudando su naturaleza relativa, ya que en ese caso su “verdad” dependería de la posibilidad de sostener la legitimidad de ese entramado conceptual al nivel de la disputa política. Antes bien, en el discurso de *Sur*, la “civilización”, la “libertad”, los “derechos del hombre”, la “dignidad del individuo” o “la nobleza del espíritu”, junto con todas sus retraducciones ideológicas (democratismo, antitotalitarismo), funcionaron como términos primitivos cuyo sentido y validez se daba por evidentes y universales. Como sugiere el pasaje de King, por otra parte, la eficacia de ese discurso fue posible gracias a que *Sur* disponía de una referencia histórica concreta que permitiera una *comprensión intuitiva* de su tabla de valores: la tradición político-cultural vinculada con las fases clásicas del proyecto de la *élite* dirigente argentina (la “línea Mayo-Caseros”, como se la llamaría, y que podría incluir sin desarmonías los símbolos de 1880 y el Centenario). Así, en una primera instancia, el “liberalismo” de *Sur* consiste en un simple gesto de identificación prerreflexiva con una cierta trama de herencias e imaginarios culturales, que de alguno u otro modo han sido vinculados históricamente con una noción algo autóctona de liberalismo (y posiblemente de ella recibiera su nombre: “liberalismo”).⁶

Pero, además, ese mismo proceso de identificación que lleva a cabo la revista es en sí mismo histórico y, por tanto, en una segunda instancia, el “liberalismo” de *Sur* es el modo concreto como la propia revista fue construyendo discursivamente ese autorreconocimiento a partir de una serie de

6 Sobre esta filiación con la tradición liberal argentina, particularmente representadas por las generaciones del 37 y del 80, *cfr.* King (1986: 7-13).

valores heredados. En este sentido, la axiología “liberal” de *Sur* no puede reducirse a un conjunto cerrado y definitivo de símbolos reapropiados del pasado, sino que ese mismo legado tuvo que ser rearticulado a partir de las experiencias sociales en que el propio grupo se vio involucrado. Desde este punto de vista, el auge del nacionalismo, la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial y, finalmente, el advenimiento del peronismo al poder, deben contarse como los grandes acontecimientos frente a los cuales este colectivo debió posicionarse.⁷ Dentro de este proceso, aquellos valores ganaron significado y eficacia al interior de la prédica antifascista, cuya pregnancia social trascendía largamente los límites de la revista. De este modo, el *antifascismo* del que participó *Sur* puede ser visto como el espacio discursivo del cual tomó a préstamo el juego de oposiciones antagónicas con las que esta “franja liberal” formó su propia identidad social y organizó sus valores “liberales”. Por supuesto, esta identidad antagónica era en sí misma política; por lo que el *apoliticismo* predicado era el ingrediente retórico que disimulaba esa su raíz política y contingente.⁸

7 El impacto de estos eventos en la constitución del perfil ideológico de *Sur* ha sido señalado muchas veces. Cfr. King (1986: 2, 64-70, 95-101, 129-132), Pasternac (2002: 111-187) y Gramuglio (2001: 364-367).

8 Esta dimensión política no pudo, sin embargo, dejar de ser reconocida por *Sur*, pero no como constitutiva de su propia posición, sino como un asedio a su distanciamiento espiritualista por parte de circunstancias “externas”. Así se expresaría Guillermo de Torre: “En cuanto revista de expresión esencialmente literaria, *Sur* no estaba obligada a intervenir en otros debates, los más amplios que ha suscitado y sigue suscitando la situación del mundo. Pero en cuanto revista hecha por intelectuales humanamente sensibles a tales pugnas, tampoco hubiera podido dejar de llamarse a la parte, lo que no quiere decir tomar partido, rigurosamente hablando, sino de modo más sencillo hacerse presente, por libre decisión y no por impulso coactivo; sobre todo una vez que comenzaron las confusiones y la libertad absoluta de expresión experimentó las primeras amenazas” (“Evocación e inventario de *Sur*”, *Sur*, n° 192-194, octubre-diciembre de 1950, p. 22) Además, en el número de la revista que, como veremos, representó de algún modo el ingreso de *Sur* a la “política”, se dice: “No nos interesa la cosa política sino cuando está vinculada con lo espiritual. Cuando los principios cristianos, los fundamentos mismos del espíritu aparecen amenazados

En este trabajo quisiera analizar algunos de los gestos y recursos principales de los que se sirvió *Sur* con el fin de constituir, afirmar y conservar esa identidad en el transcurso de un tiempo conflictivo y bajo la necesidad de ajustarse a diferentes circunstancias políticas. Para ello me concentraré en la comparación de dos números sobresalientes que recortan la década de su enemistad con el peronismo, ya que los mismos dan una buena muestra de las continuidades retóricas y las persistencias representacionales que fueron sostenidas a lo largo de ese período. Se trata del n° 129 (julio de 1945) y el n° 237 (noviembre-diciembre de 1955), los que pueden ser puestos fácilmente en relación, no sólo por estar igualmente atravesados por un fuerte contenido político,⁹ sino también por presentar algunos rasgos particulares que les dan cierto aire de familia.

por una política, entonces levantamos nuestra voz. Esta revista no tiene color político, como no sea el color que impone a una inteligencia la defensa honrada de esos principios, de esos fundamentos" ("Posición de *Sur*", *Sur*, n° 35, agosto de 1937, p. 7). Por su parte, Gramuglio (1986: 32-39) resaltó la "politicidad" de *Sur* como un rasgo definitorio de su ubicación simbólica al interior de la trama cultural.

- 9 Este sentido político distingue particularmente a estas dos entregas. En primer lugar, ellas contrastan con el tipo de intervención política propio de los fascículos intermedios (1946-1955), por el carácter explícito de su alusión al adversario, mientras que durante los años del peronismo en el poder, las críticas al mismo fueron casi siempre indirectas y por referencias oblicuas (King, 1986: 136-139 y 145-150). Un análisis pormenorizado de la actuación de *Sur* durante el primer peronismo, en el que se destaca ese aspecto y la persistencia de los temas antifascistas, puede encontrarse en Fiorucci (2011: 123-142). En segundo lugar, estos números se diferencian de los publicados previamente, ya que la enunciación política estará mayormente a cargo de escritores nacionales (o que se desempeñan en el ámbito local, como Guillermo de Torre), lo que no resultaba tan corriente en los años treinta, cuando primaba "la tendencia a delegar la enunciación del discurso político en un conjunto bastante reducido de voces europeas que se juzgan autorizadas, mientras que los miembros del consejo argentino lo recogen y reelaboran con menor frecuencia e intensidad" (Gramuglio, 1986: 35).

La consigna y la formación de una intervención colectiva

En primer lugar, a diferencia de la generalidad de los fascículos de la revista, estos dos números se destacan por estar presentados con sendos *títulos* que intentan organizarlos temáticamente.¹⁰ El aspecto general que ganará esa unidad temática no será, en ninguno de ambos casos, la proliferación de un debate interno entre distintas perspectivas individuales, sino el acomodamiento de sus diferentes colaboraciones a una misma plataforma interpretativa, a la que en todo caso enriquecen con diversas inflexiones particulares. La eficacia de esta articulación radica en que la amplitud temática denotada por la superficie semántica de estos títulos (usual en una convocatoria general al intercambio intelectual) tiene por referencia oblicua una situación coyuntural acuciante que obliga con urgencia al posicionamiento ético bajo las formas principales de la condena o la aprobación morales, aunque ello no sea una demanda expresa de la propia revista. De esta forma, los autores se ven movidos a adoptar una determinada posición “política” que tiende a coincidir con la postura común de la revista, ya que la misma está de algún modo previamente constituida en el vocabulario general compartido. De esa manera, la homogeneidad alcanzada en estos números puede ostentar el aspecto de una *intervención colectiva*, donde los desarrollos individuales parecen quedar subsumidos a una posición prefigurada en el imaginario y en la retórica de esta intelectualidad.

10 La revista ha recurrido sólo ocasionalmente a estos títulos para organizar monográficamente algunos números, generalmente bajo el tono de consignas. Así, además de los dos números que comentamos, puede mencionarse, a modo de ejemplos, el n° 46 de julio de 1938 (“Defensa de la inteligencia”), el n° 61 de octubre de 1939 (“La guerra”) y el n° 190-191 de 1950 (“Los derechos del hombre”). Sobre los números especiales, que no siempre llevaban título, *cfr.* Villordo (1993: 244-245).

Así, por su parte, el n° 129 aparece encabezado por el título “Declaraciones sobre la paz”, motivo que a un nivel abstracto sin dudas hace sistema con el cosmopolitismo humanista de la revista,¹¹ pero que acentúa su fuerza pragmática por la presencia fantasmal de los últimos clamores de la Guerra Mundial, a pocas semanas de la rendición del Eje. De tal modo, todo el trasfondo político e ideológico originado en el contexto europeo en torno a los avatares de la guerra, y las réplicas que el mismo tuvo en la escena local, colma el horizonte de las consideraciones en torno a la paz. Sin duda, entonces, el argumento más frecuente y visible —por momentos, simplemente supuesto— a lo largo de los artículos vincula estrechamente la posibilidad de un mundo pacificado con la eliminación del fascismo y el nazismo.¹² Pero éstos no son tomados sino secundariamente como las fuerzas políticas concretas que

11 Así, por ejemplo, el texto aportado por Eduardo González Lanuza dice: “Pero hay un impedimento fundamental que remover si la especie humana debe sobrevivir como tal, que consiste en el derecho que cada nación se arroga de gobernar sus acciones de acuerdo con principios morales distintos y muchas veces opuestos a los que rigen las conductas de las personas. En nombre de las todopoderosas necesidades políticas [...], los ciudadanos se han acostumbrado a transigir y aun a elogiar las habilidades de los gobernantes que dejan de lado los inhibidores escrúpulos morales para sacar momentáneo provecho para la ‘colectividad’ [...], desconociendo que actualmente la colectividad humana es una sola, nos guste o no. Las más grandes naciones deben ir acostumbrándose al papel de simples provincias. El maquiavelismo político, de que ninguna nación del mundo está completamente exenta, es el veneno oculto que nutre las raíces de todas las guerras” (“Frente al futuro inmediato”, *Sur*, n° 129, julio 1945, p. 23). Sobre la presencia del motivo pacifista a través de la figura de Huxley en la revista, *cfr.* Pasternac (2002: 158-160).

12 “La paz debe significar, en consecuencia, una unión de la más firme voluntad para extirpar del mundo —donde quiera que se hallan— las raíces de una concepción política cuyos frutos han sido, son y serán sangrientos” (Sebastián Soler, “Paz política y política de paz”, *Sur*, n° 129, p. 13). “Esta guerra ha sido desencadenada por el fascismo. Pero es lícito preguntar: ¿qué desencadenó el fascismo? La respuesta es de la más grande importancia, porque si no son extirpadas las raíces que produjeron este bárbaro movimiento, es casi seguro que un nueva guerra, más destructora, seguirá a la que termina” (Ernesto Sabato, “La única paz admisible”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, pp. 28-29).

fueron derrotadas por los aliados. Antes bien, ellos representan fenómenos sociales, culturales, espirituales y psicológicos cuya expansión y eficacia no puede determinarse por la carta geopolítica bosquejada por la victoria bélica. El fascismo es una amenaza que se infiltra al interior de todas las sociedades e inculca el germen de la guerra, de modo tal que la paz se hace inviable con su presencia.¹³ Por eso, Guillermo de Torre no puede dar la guerra por terminada:

Culmina una victoria, la más ardua y deseada. Pero la guerra no terminó completamente. Ni siquiera en Europa. Derrotada la fiera nazi en su cubil nativo, la guerra sigue, debe seguir inexorablemente. Y no sólo contra el nazifascismo amarillo, no sólo contra el totalitarismo solapado o vergonzante de ciertos países que nos son tan próximos, sino también contra todas las larvas y supervivencias de ese régimen escondidas en otras naciones. Inclusive en las victoriosas...¹⁴

La percepción de una belicosidad constitutiva del fascismo arraigada en las dimensiones más intangibles de las sociedades ha sido tan fuerte que la misma ha podido conmover incluso la propia posición pacifista.

Guerra de espíritus y métodos, de adversos conceptos de la vida y del mundo, tanto como de tanques, ametralladoras y superfortalezas aéreas. En una

13 Cfr. por ejemplo Ernesto Sabato, "La única paz admisible", *Sur*, n° 129, *op. cit.*, pp. 29 y 41-43; Guillermo de Torre, "Introducción al mundo de la paz", *Sur*, n° 129, *op. cit.*, pp. 52-53; Eduardo González Lanuza, "Frente al futuro inmediato", *Sur*, n° 129, *op. cit.*, pp. 21-23; Juan Adolfo Vázquez, "Si vis pacem para pacem", *Sur*, n° 129, *op. cit.*, pp. 45-46; y Luis Emilio Soto, "Paz militante", *Sur*, n° 129, *op. cit.*, pp. 77-78.

14 Guillermo de Torre, "Introducción al mundo de la paz", *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 52.

pluralidad de dimensiones finca su verdadero carácter, su singularidad, su aire de cruzada, su grandeza sobre el horror. [...] Y este rasgo superior de guerra ideológica hará que la paz no surja plenamente hasta que el último enemigo haya sido abatido o privado de toda capacidad de dañar. Y no sólo en los campos de batalla, no sólo en el interior de las ciudades, sino en las últimas madrigueras, en el reducto de las conciencias hostiles.¹⁵

Esta suerte de equivalencia del problema de la paz con la recusación del fascismo garantizará la univocidad política de esta *intervención colectiva*, tensionada subrepticamente por la competencia ideológica que podría haberse supuesto *a priori* entre, por ejemplo, la filiación socialista de Anderson Imbert, el comunismo de Ernesto Sabato o el liberalismo conservador de Guillermo de Torre; e incluso el apoliticismo pretendido de Borges u Ocampo. En todo caso, la homogeneidad alcanzada logrará que domine la serie de motivos que típicamente articula el pensamiento espiritualista de *Sur* con la retórica del democratismo antifascista. Así, no dejarán de entrar armoniosamente en el sistema de referencias comunes, por ejemplo, los tratamientos sobre la defensa de la democracia y su fortaleza,¹⁶ la identificación con Occidente,¹⁷ el rechazo al

15 *Ibid.*, p. 53.

16 "Tenía que ser vencida [la 'concepción dictatorial, autoritaria y mesiánica'], porque el espíritu siempre vence, y de la guerra ha nacido ese fortalecimiento universal de las ideas de democracia y de libertad que en la paz se nutren y en la paz han de dar sus frutos. Ahora ya saben bien de qué es capaz la democracia 'decadente'" (Sebastián Soler, "Paz política y política de paz", *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 14). *Cfr.* también Guillermo de Torre, "Introducción al mundo de la paz", *Sur*, n° 129, *op. cit.*, pp. 55-56.

17 "... ese hecho jubiloso que nadie ignora y que justiprecian muy pocos es la victoria de Inglaterra. Decir que ha vencido Inglaterra es decir que la cultura occidental ha vencido, es decir que Roma ha vencido..." (Jorge Luis Borges, "Nota sobre la paz", *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 9). "La paz se ha dignado regresar —ojalá que para siempre— a Europa, y es tanto lo que tenemos de europeos,

nacionalismo,¹⁸ la supeditación de la noción de soberanía al derecho e instituciones internacionales,¹⁹ la valoración del individuo (la persona espiritual) frente al colectivo,²⁰ el rol de la intelectualidad esclarecida,²¹ entre otros.

Por su parte, la consigna “Por la reconstrucción nacional” que encabeza el n° 237 de 1955 apenas disimula el aire de celebración causado por la reciente caída del gobierno de Juan Domingo Perón y su reemplazo en el poder por las facciones pro occidentales de las Fuerzas Armadas Argentinas. Por supuesto, la idea de *reconstrucción* ya supone la percepción de un momento de *destrucción* previo a partir del cual se piensa la posibilidad de reconfigurar las diferentes dimensiones de la vida nacional. Pero ese momento negativo cobrará en esta *intervención colectiva* mayor relevancia que el momento positivo o constructivo, de modo que en general la reflexión no estará enfocada en el

que ya nos parece que ella impera en todo el mundo” (Eduardo González Lanuza, “Frente al futuro inmediato”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 21).

- 18 “El nacionalismo, aunque tome las formas aparentes de la disciplina, es siempre, dentro de la civilización, una fuerza caótica. Es grito, no conversación” (Enrique Anderson Imbert, “Los derechos del hombre”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 17), “Porque la carga de primitivismo, que cada ser humano reprime en sí, encuentra su liberación aplicada al nacionalismo...” (Eduardo González Lanuza, “Frente al futuro inmediato”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 24). *Cfr.* también Guillermo de Torre, “Introducción al mundo de la paz”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 61.
- 19 *Cfr.* Sebastián Soler, “Paz política y política de paz”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 13; Eduardo González Lanuza, “Frente al futuro inmediato”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 23; y Guillermo de Torre, “Introducción al mundo de la paz”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 63.
- 20 “En la política y en la guerra se debe considerar al hombre como un número en la estadística, individuo indiferenciado que integra masas, unidad que forma cantidades. La paz requiere que se vea en cada hombre más que un par de brazos o un estómago. [...] El político no se dirige a hombres concretos, a almas, sino a abstracciones. Aunque quisiera, el político no podría tener en cuenta los millones de hombres concretos de su país o del mundo. Quien se interesa por el prójimo como ser concreto se dirige obligadamente a unos pocos. Sólo así el espíritu alcanza al espíritu. Y la paz es, precisamente, de competencia del espíritu” (Juan Adolfo Vázquez, “Si vis pacem para pacem”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, pp. 46-47). *Cfr.* también Guillermo de Torre, “Introducción al mundo de la paz”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 62; y Bernardo Canal Feijoo, “Pax nobis”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, p. 67.
- 21 *Cfr.* Luis Emilio Soto, “Paz militante”, *Sur*, n° 129, *op. cit.*, pp. 74-78.

diagrama de un proyecto futuro, sino más bien a la diagnóstico del pasado reciente o, en todo caso, a una evaluación de la situación en que el peronismo había dejado al país y a las condiciones de su superación inmediata; condiciones que, en todo caso, dependerían más de una impugnación sistemática del peronismo que de la afirmación de un modelo político independiente. El nombre más general y común que determinará el contenido de este abordaje de la *destrucción* será el de “tiranía” (y algunos equivalentes como “dictadura”, “despotismo”, “totalitarismo”), que funcionará como el sustituto casi permanente del tema de la reconstrucción, en tanto eje explícito de la publicación. Es a través de esos nombres —que suponen la continuidad entre fascismo y peronismo, pero a su vez insinúan una cierta diferencia—²² que el discurso de *Sur* pudo desplegar el antagonismo a partir del cual reconocer su propia posición. Así, en contraposición a la gama de elementos que se vincularían con la “tiranía” (irracionalidad, barbarie, vulgaridad, resentimiento, caos, hedonismo, ignorancia, etcétera), pudieron ser desplegados a lo largo de la publicación aquellos valores que

22 Ese parentesco entre fascismo y peronismo será postulado explícitamente en varias oportunidades a lo largo de este número. Pero al mismo tiempo, siempre se filtrará en el discurso la *diferencia*, aunque bajo modalidades despectivas, tomando al peronismo como una versión degradada de los totalitarismos europeos (“copia”, “chabacanería”, “ridiculez” —incluso, su carácter moderado— serán calificaciones diferenciadoras para el *fascismo peronista*). Así, por ejemplo, González Lanuza escribe: “El retardado discípulo de tales maestros [Hitler, Mussolini y Stalin] careció de esos elementos [los de la inteligencia]. Su voluntad prepotente al servicio de una inteligencia menos que mediocre, y por lo tanto siempre segura de sí misma, y celosa hasta más allá de lo ridículo de la inteligencia ajena, jamás ocultó su menosprecio hacia los ‘sabios’ [...], pero sin embargo no pudo eludir la necesidad de sustentar su plagiado fascismo, oportunamente improvisado cuando el original se derrumbaba, con el andamiaje teórico de un sistema” (“Rescate de la cordura”, *Sur*, n° 237, noviembre-diciembre de 1955, p. 50). *Cfr.* también Norberto Rodríguez Bustamante, “Crónica del desastre”, *Sur*, n° 237, p. 110; Victoria Ocampo, “El hombre del látigo”, *Sur*, n° 237, p. 131; Manuel Río, “La consolidación de la libertad”, *Sur*, n° 237, p. 32; Guillermo de Torre, “La planificación de las masas por la propaganda”, *Sur*, n° 237, p. 63; Víctor Massuh, “Restitución de la verdad”, *Sur*, n° 237, p. 107; y Héctor Pozzi, “Sobre las defensas del espíritu”, *Sur*, n° 237, p. 45.

componían la identidad “liberal” de *Sur* (civilización, cultura, espíritu, conciencia moral, orden, refinamiento, decencia), articulados en torno al núcleo principal de la “libertad”, obturada por el régimen depuesto y, por tanto, postulada como lo *otro* de la “tiranía”. Precisamente porque la libertad que se sentía avasallada era el símbolo de la propia identidad²³ es que el impacto del enfrentamiento con la tiranía pudo ganar un tono tan dramático, íntimo y perturbado:

... debimos pasar por una serie interminable de ignominias, asistir impotentes a la instauración paulatina de un régimen que nos fue asfixiando con sus ingredientes de vergüenza.²⁴

23 De hecho, aunque en general la figura de la libertad avasallada tomará formas muy generales, como el sentimiento de opresión, el clima persecutorio y el riesgo de la cárcel y la tortura, en muchos momentos —algunos principales— la misma queda reducida a la *libertad de expresión* y de *pensamiento* y, de manera algo oblicua, a la dignidad del intelectual. Esa sinécdoque ya quedará habilitada desde el inicio por el epígrafe de Paul Valéry que abre este n° 237, y que denuncia el encarnamiento del fascismo contra la “inteligencia” (investigadores, catedráticos, “creadores independientes de riqueza espiritual”) y la pronunciación de “la doctrina del Estado [...] contra la integridad y la dignidad del pensamiento” (*Sur*, n° 237, p. 1). La inscripción misma de ese pasaje debajo de la consigna “Por la reconstrucción nacional” y su referencia implícita al peronismo propone una transposición del cuadro europeo descrito por Valéry al ámbito local, y una interpretación dominante de la opresión dictatorial como ataque al intelectual. Poco más abajo, el texto que cumple el rol editorial finaliza con la siguiente afirmación: “Consecuente con su línea de conducta, SUR afirma, una vez más, que considera indispensable la libertad de expresión por ser ella fundamento de toda libertad y garantía de la dignidad humana.” (Victoria Ocampo, “La hora de la verdad”, *Sur*, n° 237, p. 3). Finalmente, la relación que se establece en muchos artículos entre “libertad” y “verdad” (ésta última entendida como esfera de competencia de los intelectuales), por oposición a la relación entre “dictadura” y “mentira”, facilitará ese sentimiento de victimización (la opresión es negación de la verdad, del intelectual) que domina buena parte del discurso de *Sur*, y que podemos explicar parcialmente como una tensión constitutiva entre su propia identidad y el adversario respecto del cual se define. *Cfr.* como ejemplos Victoria Ocampo, “La hora de la verdad”, *Sur*, n° 237, pp. 4-5 y 7-8; Héctor Pozzi, “Sobre las defensas del espíritu”, *Sur*, n° 237, pp. 43-44; Víctor Massuh, “Restitución de la verdad”, *Sur*, n° 237, pp. 107-108. *Cfr.* también Altamirano (2001: 20-21).

24 Norberto Rodríguez Bustamante, “Crónica del desastre”, *Sur*, n° 237, p. 110.

Puede decirse sin exagerar que vivíamos en un estado de perpetua violación.²⁵

En la conciencia de cada uno la realidad circunstante se asimilaba a las vergüenzas secretas que corroen el sentimiento de la dignidad individual al exponerla a la posibilidad del ridículo...

Pensar libremente bajo una dictadura —pensar, a secas— supone librar a cada instante una batalla, convertida, por la humillante presencia física, en una laceración interna.²⁶

Tan fuerte resultó la definición de identidades que este antagonismo produjo en el discurso de la revista, que las mismas pudieron adoptar la forma más cruda de una mutua exclusión entre un “ellos” peronista y un “nosotros” antiperonista, en la que el uso de los *pronombres personales plurales* (tanto explícitos como tácitos) demuestra el nivel de compromiso afectivo colectivo involucrado en esa construcción retórica:

Hasta ayer nomás, triunfantes, creían que no existíamos. [...] Nosotros aguardábamos en la desconfianza, en las reuniones prohibidas, en la confortación amistosa, en las entrelíneas de algún artículo. Ellos habían confundido su propio desenfreno con la realidad del país. Este espejismo llegaba a convencernos: [...] creíamos, por momentos, que nosotros no éramos el país, sino un empeño gratuito [...] llegábamos a creer que

25 Victoria Ocampo, “La hora de la verdad”, *Sur*, n° 237, p. 5.

26 Héctor Pozzi, “Sobre las defensas del espíritu”, *Sur*, n° 237, pp. 44 y 46.

ellos, en su orfandad de improvisadores, pesaban más que las lentas acumulaciones de nuestro pasado.

¿Pero de dónde salieron esas armas gloriosas [...] Vinieron, sin duda, desde el corazón del país, desde el fondo insospechado de nosotros mismos. [...] La libertad trajo una restitución de la verdad argentina: ahora podemos palpar los rostros y conocernos más allá del odio y la violencia.²⁷

Como se ve, el pasaje crea un espacio simbólico identificado con el país y disputado por dos entidades contradictorias que, por tanto, no pueden coexistir en él; no pueden ser ambas verdaderas en relación con ese espacio que establece los marcos de pertenencia. Pero a su vez, sólo es posible determinar la posición verdadera por la falsedad de su contraria; lo que convierte a la mentira del *otro* en el elemento constitutivo de la propia verdad. Al cabo del argumento, atrapado en ese juego de alteridades tensionadas, será la *libertad* — como condensación de los valores “liberales” del grupo — el *deus ex machina* que promueva la reconciliación entre la “realidad” (la verdad argentina) y “nosotros”, obviando que ese “nosotros” se vuelve tal por la presencia de

27 Víctor Massuh, “Restitución de la verdad”, *Sur*, n° 237, p. 107. La polarización entre “ellos” y “nosotros” seguirá estructurando la mayor parte del artículo de Massuh: “Ellos resultaron una gran credulidad, una esperanza culpable...”; “Ellos podrán ahora deshacer el hecho de la plaza pública...”; “Nosotros hemos necesitado de la libertad para saber que somos capaces de ponernos por encima de nosotros mismos...” (pp. 107-108). Sólo luego de insistir sobre esta alternativa, Massuh puede pasar al terreno neutro de las virtudes de la libertad. Entonces, el sujeto no será un “ellos” o un “nosotros”, sino “la formación espiritual del pueblo argentino” y la democracia. Es recién en este suelo neutro que Massuh puede reinstalar la retórica clásica del “liberalismo” de *Sur*: “Pero, eso sí, sólo allí [en la democracia] encontraremos la condición necesaria para el ejercicio autónomo de nuestra voluntad, un mínimo campo donde el espíritu humano podrá intentar la realización de la justicia, la búsqueda de la verdad y el gozo de la belleza” (p. 109).

“ellos”.²⁸ De esta forma, la unidad del sujeto de esta enunciación colectiva —la posibilidad de un “nosotros”— se alcanza nuevamente por la vía política que asocia la propia posición democratista a una idea de reconstrucción que niega aquello *otro* que supone, esto es, la destrucción tiránica.

Podría conjeturarse que la posibilidad de conformar *intervenciones colectivas* del tipo del que acabamos de analizar —la interpelación a un grupo de intelectuales con consignas generales que tienen por referencia oblicua un evento particular concreto que obliga al pronunciamiento moral— se sostiene en la preexistencia de un imaginario común que de algún modo determina una reacción relativamente uniforme en ellos y torna previsible, por tanto, la coincidencia de las diferentes enunciaciones en una posición compartida. En este sentido, sería tentador afirmar que las continuidades discursivas detectadas suponen la relativa inmutabilidad de ese imaginario común (la línea “liberal”) a lo largo de los diez años que separan ambas intervenciones, ya que en él se fundan. De ese modo, podría entenderse —acaso apresuradamente— que estas páginas no son más que la superficie textual en las que ese imaginario “liberal”, preexistente y constituido independientemente de esa escritura, se manifiesta y gana publicidad. Sin embargo, la propia operación editorial de estos dos números muestra que es la misma revista la que, en momentos de fuerte conmoción, intenta preservar su

28 En otros pasajes aparece con fuerza este rasgo reconciliador de la libertad con la verdad: “Al período que acaba de concluir en nuestra república se lo califica, ahora, de tiranía. La palabra [...] no suena, hoy, demasiado a hueco o a falso. Ayer era imposible para muchos siquiera pensarla. Parecería que la libertad no sólo *permite hablar* de tiranía; acaso gracias a la libertad *podemos concebir* el régimen tiránico como tal” (Héctor Pozzi, “Sobre las defensas del espíritu”, *Sur*, n° 237, p. 43, subrayado en el original). Por su parte, Victoria Ocampo mantendrá la relación entre libertad y verdad, pero invertida. Ya la libertad no será *reveladora*, sino la verdad *liberadora*: “Sí. Moralmente, bajo la dictadura uno se sentía más libre en la cárcel que en la calle. Y se sentía uno más libre porque allí se vivía más cerca de la verdad” (Victoria Ocampo, “La hora de la verdad”, *Sur*, n° 237, p. 5).

propia identidad axiológica, reconstituyéndola en el medio social del lenguaje. Esa operación, que sólo puede realizarse retóricamente, ganará su forma más *literal* en los “editoriales” que abren ambos números y, sobre todo, en lo que esos dos textos *repiten*.

El sistema de citas y la conservación de la propia identidad

En efecto, otro punto de familiaridad entre ambos números se halla en los textos que funcionan como sus respectivos editoriales, con la instrumentación de un mismo gesto retórico anclado en los mismos contenidos textuales. Ese recurso consiste en la organización de un complejo sistema de citas que la revista hace de sí misma, replicando en cada publicación sus propias palabras del pasado, de modo tal que la eficacia de las mismas se ajuste a las circunstancias que las reclaman en cada ocasión. *Sur* se cita, citándose; cita sus propias citas, iterando el contenido de sus propias intervenciones en cada caso, como si cada vez que se pronuncia sobre los hechos, en coyunturas diferentes, se tratara, en el fondo, de una misma intervención; pero permitiendo a su vez que los efectos de sentido se diversifiquen en contacto con las nuevas situaciones.

En el n° 129 de 1945, Ocampo *cita* un pasaje de la propia revista de septiembre de 1939²⁹ (primer nivel de la cita) en el que a su vez se *citaba* “algunas líneas” de otro número de agosto de 1937³⁰ (segundo nivel de la cita), alegando

29 Se trata del n° 60 de septiembre de 1939.

30 Se trata del n° 35 de agosto de 1937. El texto citado es el célebre editorial titulado “Posición de *Sur*” —aparentemente escrito por Mallea, según se refiere en Oscar Hermes Villordo, *op. cit.*, p. 229— en el que la revista responde a un ataque de la publicación católica *Criterio*. Sobre este enfrentamiento particular, puede consultarse King (1986: 64-68) y Pasternac (2002: 122-126). Pero lo que me interesa destacar es que, significativamente, *Sur* concibió retrospectivamente a ese

que “nos parece oportuno volver sobre ellas” (1939). No es poco relevante el carácter de *oportunidad* que se le asigna a esta citación múltiple, ya que lo que se quiere enfatizar precisamente es la pertinencia de unas mismas palabras en contextos históricos diferentes. Esas palabras —oriundas de 1937, pero recogidas de 1939— son: “Queremos continuar en la tradición profunda de nuestro país que es una tradición democrática”. Luego de recogidas —en 1939— estas palabras de 1937, el pasaje de 1939 continúa desagregando lo que permanece implícito en ellas:

Conocíamos, sí, las deficiencias de los regímenes democráticos —deficiencias inherentes a todo lo humano—. Pensábamos que podrían corregirse y que eran, de cualquier modo, preferibles al sistema de bárbaros atropellos y al ordenado desorden de los totalitarismos. Lo que ignorábamos era hasta qué punto de farsa, de indignidad, de traición y de vileza organizadas podían llegar las dictaduras de izquierda o de derecha. Ahora lo sabemos.³¹

enfrentamiento y su respuesta de 1937 como el momento inaugural de su ingreso *forzado* a la disputa política, como puede comprobarse en la continuación del pasaje citado más arriba (nº 9) de Guillermo de Torre: “Sin más rodeos, la coyuntura [para intervenir en el debate político] le fue proporcionada a *Sur* por una alusión maliciosa de cierta revista donde se pretendía catalogar embozadamente como ‘comunista’ tal posición libre. ‘Posición de *Sur*’ se titulaba el artículo editorial donde hubo de salirse al paso de tan estrecha adscripción, demarcando límites. [...] Por lo demás, aprovechando márgenes de circunstancias, *Sur* —aunque tímidamente, a mi parecer, como si no creyera demasiado en el peligro, aunque sólo se le abrieran plenamente los ojos, como a tantos otros, cuando la ‘bestia motorizada’ comenzó a avanzar, concretamente, cuando la caída de Francia— no dejó de seguir definiéndose. Por vía oblicua, apostillando la repercusión intelectual de ciertos hechos políticos, mediante la denuncia irónica de ridículos o desafueros, subrayó su actitud en varios sueltos y particularmente en algunas notas del ‘Calendario’...” (Guillermo de Torre, “Evocación e inventario de *Sur*”, *Sur*, nº 192-194, pp. 22-23).

31 Victoria Ocampo, “Declaraciones sobre la paz”, *Sur*, nº 129, p. 7.

Aunque el rápido desplazamiento desde la noción de “*tradición* democrática” a la de “*régimen* democrático” intenta vestir de un aspecto conceptual a la posición adoptada por *Sur*, la matriz moralizante de esta embestida demuestra que a la base de ese posicionamiento *democrático* no actúa un concepto de la organización política del cuerpo social (que es lo que sugiere la noción de *régimen*), sino un conjunto de valores historizados (esto es, una *tradición*) que se percibe amenazados y que se intenta proteger precisamente con la certeza moral que domina el discurso. La “evidencia” de la validez de esa plataforma axiológica que se intenta “conceptualizar” con la noción de “democracia” habilita la condena de un adversario que contradice su bondad inherente. Las argumentaciones sobre la legitimidad política de la democracia frente al totalitarismo entonces se vuelven superfluas. Pero de manera inversa, la esencialidad que esa “tradición profunda” mostraba en su enunciación original de 1937 desnuda su fragilidad en la versión de 1939, ya que su bondad sólo parece poder afirmarse en relación con la maldad de su oponente. La democracia exhibe su relatividad en el hecho de que es “preferible” al totalitarismo.

Para poder despegar a la propia identidad democrática de este círculo de dependencia respecto del contrincante totalitario, la contraposición moral entre ambas posiciones tuvo que perfeccionarse en un nivel eminentemente formal: los defectos de la democracia no son intrínsecos a la misma (de hecho, son herencia de un nivel más alto y universal: lo humano en cuanto que tal), mientras que los del totalitarismo corresponden a su propia estructura interna (sistema bárbaro, “ordenado desorden”, vicios “organizados”). Es esa inherencia del error —su desvío y su monstruosidad intrínsecos— la que parece tener por consecuencia necesaria su propia anulación moral. De tal suerte, la

revista parece querer resaltar una especie de carácter contradictorio del totalitarismo, por contraposición a su propia coherencia; coherencia que se ve representada en la constante reinscripción de *Sur* en la genuina tradición nacional a través de los años (1937, 1939, 1945).³² Continúa el pasaje de 1939:

Nosotros no somos neutrales. No lo éramos en agosto de 1937. Defendíamos entonces lo que seguimos defendiendo hoy. Defendíamos lo que ya corría peligro y levantábamos nuestra voz contra una política que paraliza la inteligencia y a la vez destruye los principios de la moral evangélica [...].

Para nosotros un acto degradante es siempre degradante, aunque favorezca el interés nacional.

Nosotros necesitamos creer que nuestro país se conduce como una persona decente.

Otra idea de la patria no nos cabe en el corazón ni en la cabeza.³³

Estas palabras corren el argumento hacia el contenido propiamente político de la intervención. La negación de la neutralidad alude directamente a una toma de posición determinada que adquiere su primer nivel semántico de

32 Por supuesto que estamos desplazándonos entre dos sentidos diferentes del término "coherencia"; entendido, por un lado, como persistencia en una misma posición, y, por el otro, como ausencia de contradicción lógica. Pero es este desplazamiento el que está precisamente a la base del gesto retórico de *Sur*, ya que su coherencia en el primer sentido (sugerida en el mismo sistema de citación) parece querer contraponerse a la "incoherencia" del totalitarismo, en el segundo sentido.

33 Victoria Ocampo, "Declaraciones sobre la paz", *Sur*, n° 129, pp. 7-8.

la guerra europea y rechaza la tradicional posición oficial argentina ante los conflictos del viejo continente.³⁴ Pero en seguida esa posición política se apoya en la impugnación de “una política” determinada que ataca precisamente los valores afirmados por el “liberalismo” de *Sur*, designados aquí con los nombres de la *inteligencia* (asociado al elitismo espiritualista)³⁵ y de la *moral evangélica* (asociado al personalismo humanista de *Ésprit*).³⁶ Es la persistencia (“defendíamos entonces lo que seguimos defendiendo hoy”) en ese rechazo a lo que asedia la propia identidad la que justifica la posición —política— anti-neutralista. Esta proclama *política* de base *moral*, que apunta a posicionarse principalmente en la disputa ideológica nacional, exhibe su doble naturaleza en las últimas líneas del pasaje: la oposición entre *degradación* y *decencia*³⁷ se sobrepone al arbitraje del “interés nacional”, entendido evidentemente en un sentido material (¿económico, social?) en el que se decide la pragmática espuria de la lid política. Esa noción de *interés nacional* es suplantada por la de *patria*, de raíz emocional e intelectual (“en el corazón ni en la cabeza”) —es decir, ajustada a la retórica espiritualista de *Sur*—, habitada por un imperativo

34 Sobre la oposición a la neutralidad en *Sur*, *cfr.* Pasternac (2002: 153-166), donde expone las tensiones que provocaba en el núcleo de *Sur* el rechazo de la neutralidad respecto de la exigencia de independencia del intelectual. Además, esta misma autora resalta la intención opositora que ese rechazo a la neutralidad suponía en el contexto local (2002: 169).

35 *Cfr. ibid.*, pp. 21-53, especialmente 25-29.

36 Sobre la influencia del personalismo cristiano en la revista, *cfr.* King (1986: 61-64) y Pasternac (2002: 94-109).

37 Sería interesante desagregar los sentidos sedimentados en el uso que Ocampo y algunos de sus compañeros hacen de la noción de *decencia*. Aunque en primer lugar tiene una connotación eminentemente moral, vinculada con las buenas formas del comportamiento, no parece dejar de arrastrar un fuerte sentido clasista —asociado a los usos y gustos de las familias patricias— que ya no se aplica a las acciones particulares, sino a las personas en su constitución misma. Este matiz quizá estaba un poco en desuso a la sazón, pero tuvo fuerte pregnancia en las capas aristocráticas de la sociedad porteña de principio de siglo. A simple modo de ejemplo, puede verse las referencias a la *decencia* en Altamirano y Sarlo (1997: 185).

de dignidad definido por los valores que actúan a la base de la identidad del grupo.

Acabada la cita, continúa Ocampo:

Hoy, en julio de 1945, no cambiaríamos una coma a lo que decíamos entonces. Exceptuando a España, el nazi-fascismo ha sido barrido de Europa. Quisiéramos poder decir otro tanto de América, del mundo entero. Todavía es demasiado pronto, quizá. La enfermedad se había generalizado a tal punto que los focos de infección todavía permanecen activos, aquí y allá, bajo las formas más imprevistas, más nocivas.³⁸

Recién con esta adenda se realiza la operación retórica iniciada con el encadenamiento de citas, ya que marca la prolongación de aquellas palabras del pasado a la situación presente. Pero esa prolongación cobra sentido en un contexto plenamente particularizado: el contexto local (o los *contextos locales*), en sus múltiples escalas, desplegadas por el efecto sinecdóquico de “América, el mundo entero” y el efecto deíctico del “aquí y allá”. *Sur* cierra de algún modo el ciclo de su propia coherencia con la prolongación de la condena al enemigo derrotado. Acabada la larga historia de aberraciones cuya culminación celebra este n° 129 bajo los auspicios de la paz, la revista se muestra retrospectivamente en la misma posición desde la que encaró inicialmente esa historia, garantizada por la sucesiva remisión a sí misma. Y sin embargo, la sutura de ese círculo de la coherencia no acaba de cerrar la herida moral (la conmoción de los propios valores), porque la dimensión política de la propia intervención no puede dejar de anticiparse a la continuación de la lucha en el terreno nacional. La guerra terminada

38 Victoria Ocampo, “Declaraciones sobre la paz”, *Sur*, n° 129, p. 8.

en Europa recién comenzaba en el país y las formas que aquí cobre no podrán percibirse sino como prolongación de las que dominaron su escenario original.³⁹ Para marcar esa expansión, el vocabulario morboso con que cierra este pasaje —y que será típico en la mayoría de los autores de *Sur* para referirse tanto al fascismo, al totalitarismo, como al peronismo—⁴⁰ se mostraba particularmente elocuente. Así, el grupo de intelectuales que se aferraba a aquella “tradición democrática” de la élite liberal argentina se predisponía a *percibir totalitarismo* allí donde sintiera que su propia escala de valores resultase vulnerada, precisamente porque esos mismos valores, como ingredientes esenciales de su propia constitución identitaria, componían un sistema cerrado en su común oposición a un enemigo específico. Mientras ese enemigo fuera el mismo, ellos habrían de ser *los mismos*.

En la apertura del n° 237, Ocampo apelaría nuevamente al mismo sistema de citas, anclando en las mismas palabras y en los mismos contextos.⁴¹ Pero, a diferencia del n° 129, la

39 La idea de una continuación de la guerra más allá de la capitulación del Eje es desarrollada explícitamente por Guillermo de Torre, “Introducción al mundo de la paz”, *Sur*, n° 129, pp. 52-54. Por otra parte, la preocupación por la expansión del totalitarismo en el contexto local se repite, por ejemplo, en Enrique Anderson Imbert, “Los derechos del hombre”, *Sur*, n° 129, p. 19.

40 Así, en este n° 129, González Lanuza dirá: “Se debe cauterizar la horrible pústula. ¡Bien por la muerte de Mussolini! Cada miembro de la Gestapo responsable de crímenes debe ser eliminado, no por venganza, ni siquiera por justicia; no se hace justicia con el cólera morbo: se desinfecta, nada más. Pero Franco no es una menos repugnante supuración...” (“Frente al futuro inmediato”, *Sur*, n° 129, p. 22); Guillermo de Torre: “...a todos logró contagiarnos de un modo u otro ese virus tremendo” (“Introducción al mundo de la paz”, *Sur*, n° 129, p. 54) y “...el empleo obligatorio de la cirugía aséptica para extirpar la gangrena nazi” (pp. 55-56). A su vez, en el n° 237 encontramos expresiones como la siguiente: “Las tiranías son siempre como las pestes” (Silvina Ocampo, “Testimonio para Marta”, *Sur*, n° 237, p. 47).

41 Al comienzo del artículo propiamente dicho (“La hora de la verdad”, *Sur*, n° 237, p. 3), la autora aclara que estos párrafos que abren el fascículo debieron ser publicados en el número anterior, en respuesta al llamado a la pacificación que hiciera Perón en junio de 1955. No interesa a mi análisis el contexto de producción de este “editorial”, sino el efecto que se esperó de su publicación

pertinencia de esa iteración en 1955 es marcada desde un comienzo, ya que es la primera frase la que anuncia la continuidad con el pasado: “A Sur le bastaría repetir, hoy, lo que ya declaró en agosto de 1937, hace exactamente 18 años...”. Esta anticipación o prioridad de la *actualidad* ganada por las viejas declaraciones del grupo dará lugar a la siguiente conclusión principal:

Declarábamos, en 1937, que queríamos una cultura más auténtica. Durante 25 años hemos trabajado, dentro de nuestras posibilidades, para ayudar a su desenvolvimiento. Sin caer en un detestable fariseísmo, podemos invocar hoy ese hecho. [...] Nuestro derecho a exponer nuestro punto de vista, hoy, se basa en ese ayer: 25 años de labor.⁴²

Como puede verse, el acento de esta enunciación estará puesto en la propia persistencia de la revista en sus convicciones primeras, antes que en el particular juego de oposiciones en que esas convicciones se fundaban. En definitiva, esta intervención parece alterar significativamente el sentido del lenguaje de 1945 (lenguaje extraído de un pasado anterior): ya no está dirigido a prevenirse contra la expansión de la enfermedad fascista, sino a afirmar la propia sanidad; la profilaxis —en definitiva, sus valores “liberales”— que los mantuvo puros al correr de los años. Esa alteración del sentido de las palabras pasadas fue posible gracias a la ruptura del encadenamiento que lograba atar a los pasajes de 1937 y 1939 entre sí y con sus respectivos contextos. En efecto, desde un punto de vista formal, el sistema de citas repuesto

en diciembre de 1955, con el gobierno de Perón ya depuesto, de modo que mi interpretación atenderá sólo a ese nuevo contexto de publicación.

42 *Ibíd.*, p. 2.

aquí se distinguirá del de 1945 por el hecho de que los pasajes de 1937 y 1939 serán, en esta ocasión, citados de manera independiente, disolviéndose su conexión original (establecida en 1939 y recuperada en 1945), de modo que su relación con el contexto de 1955 no esté mediada por el escalonamiento de niveles de citación. De esa manera se logra resaltar el mero contenido de los pasajes citados y su adecuación inmediata a la situación presente.

Gracias a ello, la comprensión de la *tradición democrática* nacional a la que *Sur* adscribía en 1937 ya no estará a cargo de las palabras de 1939 por las que se contraponía los “régimenes democráticos” a los “totalitarismos”, sino que se le permitirá al propio texto de 1937 —citado más extensamente— dar cuenta de su propio sentido.

Queremos cosas concretas.

Queremos continuar en la tradición profunda de nuestro país, que es una tradición democrática.

Queremos un país mejor, una cultura más auténtica, una sociedad menos contaminada y más justa, una verdad menos confinada.

Todas las persecuciones sectarias —sean de raza, sean políticas, sean persecuciones disimuladas bajo formas codificadas y legales— nos parecen igualmente odiosas.

Lo que nosotros perseguimos es una lucha contra la persecución misma.

Estamos contra todas las dictaduras, contra todas las opresiones, contra todas las formas de ignominia

ejercida sobre la oscura grey humana que ha sido llamada la santa plebe de Dios.⁴³

Aunque esa comprensión sigue suponiendo el juego de oposiciones sobre el que se construía la propia identidad de *Sur*, su acento no estará puesto en la contraposición respecto de un adversario, sino en destacar las notas “positivas” de la propia posición (particularmente, sus deseos, sus aspiraciones y su relación con el *espíritu* —la cultura, la verdad—), lo que le permite pensar en 1955 sus propias continuidades independientemente de aquello *otro* respecto de lo cual esas continuidades cobraron sentido en cada *oportunidad* (adversarios, coyunturas, contextos, amenazas, etcétera) y, por tanto, concluir su añeja colaboración con “una cultura más auténtica” como un rasgo inherente de la propia *tradición democrática* en la que la revista se inscribió en 1937, y se reinscribe de manera directa en 1955.⁴⁴ Así, derrotado definitivamente el enemigo respecto del cual *Sur* constituía su propia posición, fue necesario buscar los mecanismos para afirmarla positivamente, con independencia de toda alteridad. Para ello, la nueva apelación al símbolo de una

43 *Ibíd.*

44 Como puede verse, aunque en este pasaje prevalece una caracterización más bien positiva de la revista, no deja de insinuarse, al menos en un plano muy general, un núcleo de referencias oposicionales (especialmente, en la última oración). No obstante permanecer en un segundo plano argumentativo, una declaración directa de esas referencias aparecerá por fuera de la cita misma, en el preciso gesto por el cual la nota (nivel cero de citación) nos recuerda que esas palabras de 1937 estaban “contestando a lo que de nuestra revista opinaba, censurándola, cierta publicación católica: nos acusa de izquierdismo” (p. 2). De tal suerte, aquella dimensión negativa queda excluida del *texto* (1º nivel de la cita) en el que se apela a la *tradición democrática* con la que *Sur* pretende definirse positivamente, de modo que el rasgo político-oposicional de la intervención quedará tan sólo vinculado con los contextos de enunciación (la coyuntura particular de 1937), pero no con la enunciación misma (la afirmación de la tradición democrática). Ello demuestra que *Sur* no puede omitir completamente el escorzo político-oposicional de su intervención, puesto que constituye su identidad en un nivel profundo, pero a su vez debe ponerlo entre paréntesis, porque la extinción de aquello que la define (esto es, la caída del peronismo) debe ser celebrado.

cultura auténtica —que no había sido convocado en 1945— será muy propicia, ya que refuerza la separación de la esfera espiritual respecto de la política, permitiendo reinstalar el apoliticismo mediante el cual la revista podía afirmar su autonomía en la *interioridad* de la literatura. Por su parte, el pasaje de 1939 referido a la neutralidad de *Sur* también parece quedar desvinculado de su contexto político original marcado por las opciones políticas de la guerra europea, ya que su marco de comprensión inmediato tampoco se liga a la oposición entre democracia y totalitarismo.⁴⁵ Así, su rechazo general a “una política que paraliza la inteligencia y a la vez destruye los principios de la moral evangélica” puede referirse sin ambigüedad al peronismo; esto es, a la coyuntura local recién abolida (la *destrucción* tiránica) y sustituible por aquella positividad que “paralizaba” (el elemento de la *re-construcción*).

Conclusión

El n° 129 y el 237 de la revista *Sur* son una clara muestra de la capacidad que tenía un grupo intelectual de producir determinadas enunciaciones colectivas a través de las cuales exhibir una cierta unidad identitaria, de modo de poder

45 En realidad, el encadenamiento entre los pasajes de 1937 y 1939, anulado formalmente, es reestablecido materialmente en el nivel cero de las palabras presentes, de 1955 (es decir, por fuera de las citas mismas): “En septiembre de 1939, con motivo de la guerra mundial, nos pareció oportuno recordar aquellas palabras [las de 1937] y las volvimos a publicar” (p. 2). Entonces, la relación entre los dos pasajes no es reinstalada a partir de ellos mismos, sino que es recuperada por fuera de sus contenidos y formas enunciativas originales. De este modo, tanto la relación de la *neutralidad* con el juego de oposiciones políticas (democracia-totalitarismo) como su contextualización (la guerra europea) son agregados como elementos extrínsecos al significado “interno” del pasaje citado. Como se apuntó en la nota anterior para el pasaje de 1937, ello ocurre porque, no pudiendo ser totalmente ignoradas, esas referencias tampoco pueden ser esenciales, ya que los elementos empíricos de que dependen (el fascismo, el peronismo) han desaparecido.

ocupar un sitio en el mapa cultural de su época (los *sitios* del “liberalismo” y de la “literatura pura”). Pero como toda identidad, la ostentada por estos escritores no podía sino tener la precariedad de una sincronía en la que la coherencia y autoclausura quedan aferradas a la ficción de un instante, cristalizada en la frágil estabilidad de una escritura particular. Por ello, para que ese proceso de identificación pudiera ser completo, la identidad construida debió poder ser replicada en diferentes tiempos a través de los cuales ella sea la *misma*; siendo sin embargo siempre *otra*. Para conservar la ilusión identitaria, *Sur* tuvo que saber afirmar su propia diacronía, reconstituyéndose en la cadena de sus propias palabras, constantemente diferidas. Quizás “liberalismo” y “apoliticidad” no hayan sido, dentro del discurso analizado, más que las figuras en que toma cuerpo la necesidad de afirmar y negar simultáneamente la raíz de nuestra propia condición: la política, como el campo de sentido dentro del cual toda entidad colectiva juega su ser.

Bibliografía

- Altamirano, C. y Sarlo, B. (1997). *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Ariel.
- Altamirano, C. (2001). “¿Qué hacer con las masas?”, Sarlo, B. (coord.), *La batalla de las ideas*. Buenos Aires, Planeta-Ariel.
- Fiorucci, F. (2011). *Intelectuales y peronismo (1945-1955)*. Buenos Aires, Biblos.
- Gramuglio, M. T. (1986). “*Sur* en la década del 30: una revista política”, *Punto de Vista*, n° 28, noviembre, pp. 32-39.
- . (2001). “Posiciones, transformaciones y debates en la literatura”, Cattaruzza, A. (dir.), *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, pp. 331-381. Buenos Aires, Sudamericana.

- King, J. (1986). *Sur. A study of the Argentine literary journal and its role in the development of a culture, 1931-1970*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Pasternac, N. (2002). *Sur: una revista en la tormenta. Los años de formación: 1931-1944*. Buenos Aires, Paradiso.
- Terán, O. (2008). "Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980", *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Villordo, O. H. (1993). *El grupo Sur. Una biografía colectiva*. Buenos Aires, Planeta.
- Warley, J. (1983). "Un acuerdo de orden ético", *Punto de Vista*, n° 17, abril-julio.

Capítulo 5

Sexto Continente: una apuesta por una tercera posición latinoamericanista en la cultura peronista

Daniel Szabón

Mucho han tenido que avanzar los trabajos sobre la relación entre intelectuales y peronismo para alejarse del transitado lugar común que suponía a la misma intersección como aberrante, insustancial o directamente inexistente. La existencia de iniciativas oficiales de organización y regimentación al interior del campo cultural y artístico, así como el fuerte tono anti-intelectualista utilizado en diversas oportunidades por integrantes del elenco oficial, han tendido a orientar la mirada de los investigadores, reduciendo su lectura de las producciones intelectuales del período a los extremos de simple propaganda para los adherentes al justicialismo o pura evasión defensiva, en el caso de sus opositores.¹ Afortunadamente, esta laguna está comenzando a colmarse, y en las últimas décadas abordajes recientes han permitido recuperar la complejidad de un campo cruzado por tensiones y divergencias que la caracterización distante del “intelectual peronista” como entidad uniforme

1 Por falta de espacio, citemos rápidamente múltiples y valiosos trabajos como los de Fiorucci (2011), Plotkin (1993), Buchrucker (1987), Neiburg (1988), Rein, Barry, Acha y Quiroga (2000).

no lograba recuperar.² Diferencias ideológicas, académicas, estilísticas, de tradiciones de procedencia y proyección futura de sus miembros, etcétera, obligan a una aproximación más atenta; contribuir a avanzar en esa dirección es lo que pretende este capítulo.

La revista

Dentro del amplio y diverso arco de intervenciones del período, la revista *Sexto Continente* (en adelante, *SC*) se destaca tanto por el alcance de su propuesta, en la que se intenta articular una renovada noción de “cultura” con una proyección de la misma en un sentido regional, como por su incompleta realización, reveladora de las tensiones que cruzan el campo de relaciones entre el universo intelectual y el político-estatal. Aparecida a mediados de 1949 y prolongando su continuidad hasta fines del año siguiente, *SC* fue una publicación dirigida primeramente por Armando Cascella y Alicia Eguren, y luego de su quinto número, por Cascella y Valentín Thiébaud.³ Durante su muy breve existencia llegó a editar ocho números en seis ejemplares, cuyas fechas de aparición reflejan su irregularidad: el n° 1 en julio de 1949; el 2 en septiembre; el 3-4, de octubre-noviembre; casi un año más tarde, en septiembre de 1950, aparecería

2 Una reciente compilación de Panella y Korn (2010) analiza unas doce publicaciones distintas, entre las cuales nombramos a *Cultura*, *Continente* y la *Revista de Educación*; fuera de ellas, se pueden agregar otras como *Hechos e Ideas*—estudiada en su época peronista por Cattaruzza (1993)—, *Latitud 34*—objeto de estudio de Korn (2011)— o *Argentina*—estudiada por De Arce y Girbal-Blacha (2014)—.

3 El peso mayor parece hacer recaído sobre Cascella. Escritor y periodista, nacido en 1900, con larga trayectoria en distintas publicaciones literarias desde los años veinte (formó parte de *Campana de Palo*), cercano al nacionalismo, Cascella tendrá una importante participación en distintos emprendimientos culturales del período, como *Cultura*, *El Argentino* de La Plata y *La Prensa* (luego de su expropiación).

el n° 5, seguido en octubre por el 6 y finalizando con otro número doble, el 7-8, de noviembre-diciembre de 1950. No siendo una publicación oficial, la revista se vendía a un precio inicial de \$2 por ejemplar, que se elevó luego a \$3.⁴

Sus autores, identificados genérica y más o menos explícitamente con el movimiento justicialista, provenían del mundo de la cultura en un sentido muy amplio del término: los había escritores como Leopoldo Marechal, Arturo Cancela, Armando Cascella o el español Ramón Gómez de la Serna, filósofos como Carlos Astrada, Octavio Derisi o Homero Guglielmini, poetas como José María Castiñeira de Dios, Marta Granata o la propia Alicia Eguren, un importante número de historiadores (José María Rosa, Ernesto Palacio, Alberto Ezcurra Medrano), ensayistas (Raúl Scalabrini Ortiz, Ramón Doll), periodistas (Valentín Thiébault), constitucionalistas (Arturo Sampay), actores, dramaturgos, críticos, etcétera.⁵ Si bien se anuncia en todos sus números que la revista “no publica sino trabajos inéditos y originales”, una revisión más atenta permite descubrir que buena parte de su producción ya había sido publicada anteriormente.⁶

Rasgo distintivo de la concepción amplia de *cultura* que manejará la revista, en ella se publicarán también textos sobre economía, geopolítica o políticas sanitarias, cumpliendo con la declarada negativa de los editores a subordinar el

4 Como referencia, *Mundo Peronista* costaba \$1,50 y *Mundo Deportivo* \$0,60; por su parte, la humorística *Descamisada* tenía un valor de \$0,20 y la *PBT* de la época peronista, \$1.

5 Gran parte de los autores que aparecen en *SC* venían teniendo una participación relevante en diferentes espacios de producción intelectual y cultural vinculados con el gobierno peronista, como la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, la Junta Nacional de Intelectuales, la Sociedad Argentina de Escritores, etcétera.

6 El artículo de Octavio Derisi había aparecido en la revista de estudiantes de Filosofía y Letras de la UBA, *Amicitia*, en 1946, el de López Albújar, en *Amauta*, ya en 1927; en el caso de los textos de Avanza, Carlos y Federico Ibarguren, y Raúl Scalabrini Ortiz, se trata de conferencias pronunciadas anteriormente.

mundo productivo al artístico e intelectual, en lo que puede leerse como una crítica por elevación al marfilismo espiritualista de publicaciones como *Sur*. En muchos casos, estas notas son firmadas por funcionarios, como el ministro de salud Ramón Carrillo, el economista Basilio Serrano o el estadístico Carlos Correa Avila.⁷

Aunque los núcleos de procedencia de los colaboradores de *SC* son variados, la mayor parte pertenecía a los espacios de circulación de ideas del nacionalismo católico de las décadas anteriores. Esto es notorio en buena parte de los escritores, así como con los autores especializados en temas históricos; también es el caso del constitucionalista Sampay, el folklorista Di Lullo, el diputado Díaz de Vivar y los economistas Correa Avila y Serrano. La presencia de la Iglesia queda más diluida en el espacio dedicado a los trabajos filosóficos, donde el nombre de monseñor Derisi quedaba en minoría frente a existencialistas como Astrada, Guglielmini y Virasoro.⁸

A pesar de los muchos nombres vinculados al elenco gubernamental, *Sexto Continente* no funcionó nunca como publicación oficial, ni parece haber contado con un aporte financiero sustancial de parte del Estado, más allá del publicitario. Las amargas quejas a las autoridades por el precio del papel, precisamente en el último número aparecido,⁹ y el prolongado hiato entre su tercera y cuarta entregas, permiten sospechar que el vínculo con los centros de decisión era más problemático que lo que una mirada apresurada

7 Estos últimos vinculados al llamado "Grupo Bunge", formado alrededor de Alejandro Bunge desde la década de 1930.

8 Esta tensión entre catolicismo y existencialismo filosóficos se expresó en numerosos espacios intelectuales vinculados al peronismo; *cfr.* entre otros el trabajo de Korn sobre *Cultura* en Panella y Korn (2010).

9 Pero también en el anterior, cuyo editorial fustiga con el título de "Anticultura" "el precio astronómico [y] prohibitivo de los libros actuales".

por sus páginas podría indicar. Resta aún por determinar si tales dificultades fueron únicamente financieras o de índole política, habida cuenta de la presencia en SC de varios indicadores de cercanía con el proyecto trunco encabezado por el gobernador Mercante en la provincia de Buenos Aires.¹⁰

No son muchos los trabajos que han intentado alguna aproximación a SC. Su nombre suele aparecer referido como ejemplo de las dificultades de intervención del peronismo en el campo cultural, tomándola como caso paradigmático del “programa cultural peronista”,¹¹ o incluso como el “único intento serio de crear una revista peronista de cultura”.¹² Esta última afirmación parece difícil de sostener, en función del abigarrado paisaje de publicaciones similares, con las que son notorias sus diferencias tanto en orientación ideológica como en el alcance del programa cultural que la anima, así como en el éxito relativo de las distintas empresas.¹³ Lejos de contar con el monopolio de la palabra oficial en el terreno cultural, la de SC se entiende mejor como expresión de un sector distintivo dentro de la polifonía de fuerzas, corrientes, tradiciones y orientaciones vinculadas de alguna u otra forma al movimiento peronista.

10 Las numerosas publicaciones y notas sin firma en las que se alaba la labor de la administración Mercante en la provincia acompañan a la revista en todos sus números. Varios de los colaboradores de SC publicaban además en *Cultura*, publicación oficial del gobierno bonaerense: a los propios directores Cascella y Eguren se agregan Avanza, Astrada, Marechal, Derisi, Gómez de la Serna, Puga Sabaté, Villanueva, García Martínez, Granata, Ellena de la Sota y Horia.

11 Ejemplos de ello: King (1986), Plotkin (1993), Fiorucci (2007, 2009 y 2011), Avellaneda (1983), Goebel (2011), entre otros. Recientemente han aparecido dos trabajos sobre la revista, el de Pifano (2010) y el de Martínez Gramuglia (2007 y 2008).

12 Es la tesis de Plotkin (1993: 59).

13 La revista *Cultura*, editada por el gobierno de la provincia de Buenos Aires, publicó doce números entre 1949 y 1951; *Hechos e Ideas*, en su segunda época, en cambio, editó noventa y tres números, de 1947 a 1955; similar en su orientación, *Continente* llegó a publicar ciento tres números, también en el período 1947-1955.

En cuanto a la organicidad y solidez interna del proyecto cultural de *SC*, aunque las posturas no son uniformes,¹⁴ parece claro que, si bien la animaba una propuesta definida, ello no es suficiente para hablar de un proyecto coherente y sostenidamente llevado adelante. Demasiadas líneas internas cohabitaban en *Sexto Continente*, escasamente soldadas, con nulo diálogo entre ellas y con una marcada dificultad de conducción editorial que las permitiera articular en un resultado final armónico. Las afinidades entre los distintos grupos de colaboradores, muchos de los cuales compartieron previamente espacios comunes de pertenencia, parecen haber tenido un peso mayor en su orientación que la existencia de un programa común consensuado o impuesto.

Núcleos de contenidos y afinidades

SC se presenta con una primera división en sus contenidos: una sección inicial más bien “doctrinaria”, en la que figuran las notas más medulares acerca de tópicos históricos (con énfasis en la difusión de las tesis revisionistas) y de política internacional, con el propósito de remarcar el contenido continental americanista de la “tercera posición”, y en menor proporción filosóficas (en las que conviven el existencialismo de Astrada o Guglielmini con el tomismo de Derisi), un distrito que incluye también artículos de temática económica, demográfica, sanitarista, etcétera;¹⁵ la

14 Mientras que Avellaneda (y en menor medida Martínez Gramuglia) coinciden en marcar el carácter programático de la publicación (Avellaneda habla del “proyecto *Sexto Continente*”, sintetizado en su “programa de integración latinoamericana”, *op cit*, p. 28), King y Plotkin enfatizan más bien la dispersión “indigesta” de sus contenidos —“mezcla incoherente de nacionalismo, nativismo, catolicismo derechista y elogios al régimen”, en Plotkin (1993: 78)—.

15 Raúl Guillermo Carrizo, “Fundamentos económicos de la revolución argentina”, *SC*, n° 2, agosto-septiembre de 1949, pp. 50-57; Carlos Correa Avila, “Los problemas demográficos argentinos”,

otra sección, más vinculada a las formas tradicionales de discusión cultural, en la que además de las colaboraciones de distintos autores se ofrecen espacios fijos dedicados a la crítica de literatura, plástica, teatro, poesía, cine, etcétera, y donde las plumas generalmente se repiten, con un criterio de especificidad relativa de los columnistas.¹⁶

A esta partición se le puede yuxtaponer otra, la que separa a los artículos de autores que escriben sin mención geográfica alguna, de las colaboraciones que dan sentido al programa explicitado en su editorial inaugural: las notas provenientes de países del “sexto continente”, precedidas en cada caso por una explícita referencia a su origen: Ecuador, Bolivia, Perú, Colombia, Guatemala, México, Chile y Brasil.¹⁷ No se advierte demasiada integración entre estos espacios, más allá de que en cada uno de ellos se argumente en la misma dirección: el fomento de un latinoamericanismo de naturaleza tanto geopolítica o económica como literaria o genéricamente artística.

El proyecto de intervención cultural de *Sexto Continente* parece entonces circular por distintas vertientes, que pueden converger y cruzarse, pero en general tienden a correr en paralelo. Sin embargo la sutura de estas líneas yuxtapuestas puede intentarse a partir de dos derivas argumentales, que son precisamente las que pueden sostener la tesis de un “proyecto” orgánico: una crítica a la concepción tradicional de cultura, y la proyección de la “tercera posición”

SC, n° 3-4, octubre-noviembre 1949, pp. 58-71; Arturo Sampay, “El espíritu de la reforma constitucional”, SC, n° 1, julio 1949, pp. 13-26; Ramón Carrillo, “El problema de la financiación de la salud pública”, SC, n° 1, pp. 60-73.

16 Joaquín Linares sobre teatro, Lucas Rivara escribía sobre música, Pilar de Lusarreta lo hacía sobre plástica, Elsa Galvé o Miguel Tato sobre cine, etcétera.

17 Con la notoria excepción del primer número, que se abre con una breve nota del mexicano José Vasconcelos en la que saluda el avance en la integración entre Colombia, Venezuela y Ecuador: “La Gran Colombia Resucita”, SC, n° 1, pp. 6-8.

justicialista como “conciencia continental” de la región. Si por la primera se busca fusionar en un mismo proyecto editorial la crítica poética o cinematográfica con el análisis de los problemas de financiación de la salud pública o de los problemas demográficos argentinos, por la segunda se deduce de la crítica del capitalismo norteamericano y el colectivismo soviético una reivindicación de las potencialidades abiertas para una América Latina unida espiritualmente en la religión católica y la pertenencia al tronco cultural hispánico.¹⁸

Ambos puntos aparecen expuestos en el editorial de presentación del primer número de la publicación, en el que se anuncia “el alba de una nueva ciudadanía: la del sexto continente”, para lo cual la revista se propone avanzar en el conocimiento integral de la región, objetivo para el cual:

... hemos de intercambiar datos y anhelos, así como nuestros pueblos se intercambian ya hombres y mercaderías. Publicaremos aquí sueños y cifras [...] estudios políticos, económicos y sociales. La literatura, y la música y las artes plásticas, ocuparán en nuestra atención el mismo plano que la industria edilicia, y la algodónera, y la agricultura y la ganadería [...]. Pues es una enorme mentira que la dignificación de la Patria y su resonancia en el mundo exterior se halla únicamente a cargo de los artistas e intelectuales, con artero olvido del rol que en el progreso común corresponde al obrero, al labriego, al político, al artesano y al soldado. Para nuestro criterio actual, el primer ganadero que se fue a Inglaterra a importar toros de raza era un soñador de tanta alcurnia, y su obra fue tan

18 La presencia de textos provenientes del Brasil (escritos en portugués) no es obstáculo para esta reivindicación del idioma castellano como factor aglutinante e identitario.

patriótica y trascendente, como pudo serlo en su hora
la de Rivadavia, Ameghino o Leopoldo Lugones.¹⁹

De un propósito semejante se desprendería la simetría que opondría a los dos “proyectos”: al culturalismo espiritualista y europeizante de *Sur* se le contrapondría, entonces, un latinoamericanismo que concibe a la vida cultural de los pueblos en el mismo plano que sus realizaciones materiales. Aunque estas afirmaciones sugieren un programa coherentemente trazado, distinto es el panorama cuando se observa con mayor atención a la publicación en su conjunto.

“Tribunal de pensamiento latinoamericano”

Entendida como proyecto alternativo y especular a *Sur*, espacio de promoción e intercambio cultural entre los países latinoamericanos (el “sexto continente” de su título), la revista explicita su objetivo de estimular “la unión espiritual” de las naciones de la región.²⁰ Un mapa del continente americano, cortado a la altura de México, oficia desde el primer número como marca gráfica identitaria de la publicación. Este latinoamericanismo, si bien por una parte está en sintonía con algunas de las vetas ideológicas y políticas presentes en el peronismo, tanto desde un punto de vista cultural como en la orientación de su política y economía exteriores, por otra formaba parte de la tradición que por lo menos desde el modernismo literario tendía a una mayor convergencia entre las producciones culturales regionales.²¹

19 Editorial, SC, n° 1, pp. 1-5.

20 Lo hace ya desde su subtítulo, primero “Revista de cultura para América Latina”, luego “Tribunal de pensamiento latinoamericano”.

21 Citemos por brevedad el clásico trabajo de Real de Azúa (1977: 41-75).

Desde el antiyanquismo espiritualista arielista hasta el antiimperialismo de Manuel Ugarte o del grupo FORJA, pasando por el reformismo universitario y el euroindianismo de Ricardo Rojas, el latinoamericanismo contaba para la época con nutridos antecedentes de los que abreviar, no siempre consonantes entre sí. Un interesante antecedente de *Sexto Continente* en este sentido será la revista *Itinerario de América*, editada entre 1939 y 1940 por el nacionalista forjista Atilio García Mellid, de estrechos lazos con varios de sus integrantes;²² al igual que la revista dirigida por Cascella, *Itinerario...* contó con corresponsales en diferentes países de la región, como el peruano Luis Alberto Sánchez, el boliviano Porfirio Díaz Machicao, la uruguaya Ana María Clulow y el ecuatoriano Jorge Icaza (Lafleur, Provenzano y Alonso, 2006; Kuon Arce, Gutiérrez y Viñuales, 2008).

También *SC* presentará al público argentino autores extranjeros, los cuales a partir del n° 2 eran introducidos desde el sumario de la portada en función de sus países de pertenencia, a razón de cuatro o cinco naciones por número, aunque esta regularidad admitió oscilaciones.²³ Por otra parte, este latinoamericanismo se reflejaba en la enumeración de los “Directores de *Sexto Continente* para América Latina”, algunos de los cuales fueron también autores de contribuciones publicadas.²⁴ Los nombres de estos

22 Así como en los años treinta García Mellid compartió con varios integrantes de *SC* su militancia forjista, en la década siguiente hará lo propio con la pertenencia al Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas.

23 Así, el n° 1 contó con dos colaboraciones de este tipo, de México y Ecuador; en el n° 2, el total se elevó a ocho (dos de Brasil, Perú y Ecuador, y una de Colombia y Uruguay); en el n° 3-4, descendió a cinco (dos de Perú y una de Ecuador, Colombia y Brasil); en el n° 5, nuevamente bajó a cuatro (Bolivia, Colombia, Chile y Perú), número que se repite en el 6 (Bolivia, Brasil, Colombia y Uruguay); finalmente, el n° 7-8 contó con sólo tres artículos para esta sección, provenientes de Guatemala, México y Chile.

24 Desde el primer número el directorio listó representantes de Chile, Venezuela, Brasil, Perú, Ecuador y México, a los que luego se les agregaron Colombia y Bolivia.

colaboradores son diversos, con algunas repeticiones,²⁵ así como el alcance de sus temáticas, que incluyen narrativa y poesía, pero pueden ir desde la ensayística de interpretación nacional a la presentación panorámica del estado del arte o las letras en sus países de origen, pasando por problemas de índole histórica o política. También es muy diversa la calidad y prestigio de los autores, que van desde autores reconocidos (como el mexicano Vasconcelos, el ecuatoriano Jorge Icaza, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias o el peruano Enrique López Albújar) a poetas o escritores noveles, pasando por funcionarios, diplomáticos, agregados culturales, economistas y un buen número de periodistas especializados en temas culturales.

Más allá de su renombre, algunas firmas eran más familiares para los lectores porteños, por tratarse de autores radicados en nuestro país (como Asturias, Icaza, el colombiano Osorio Lizarazo, o el boliviano Carlos Montenegro). Los textos eran inéditos, con la notable excepción del célebre ensayo de López Albújar “Sobre la psicología del indio”, que tanto escándalo suscitara a la hora de su publicación en la *Amauta* de José Carlos Mariátegui casi veinte años antes. Esta intención manifiesta de difundir las letras y la cultura de la región se prolonga, además, en la presentación regular de autores extranjeros, en gran parte latinoamericanos, tanto en las secciones fijas de crítica cultural (plástica, teatro, música, cine, literatura), como en las orientadas a temáticas económicas o geopolíticas. Además, a partir del quinto número existirá una sección llamada “Ritmo de América”, en la que se comentan noticias breves relativas a los países de la región de temática variada, así como una reseña de publicaciones culturales regionales.

25 Enrique López Albújar y Carlos Montenegro contribuyen con dos notas cada uno, y J. A. Osorio Lizarazo con tres.

El criterio de selección de los autores y países es ecléctico; la desigual distribución de los países representados, por la que se observan varias repeticiones por un lado y ausencias notables por el otro,²⁶ hace pensar que primó un criterio de afinidades y contactos personales más que de una decisión editorial clara. La orientación de las notas también evidencia una diversidad similar: mientras que en algunas de ellas la valoración del legado hispánico aparece en primer lugar como fundamento de la pertenencia al espacio cultural común (nominado como “hispanoamericano” antes que “latinoamericano”), en otras se enfatiza más el componente indígena, como en el cuento “Cholo Ashco” del ecuatoriano Icaza.²⁷

Sin embargo, la veta indigenista llama más la atención por su ausencia que por su presencia en *SC*. Es muy probable que la cercanía de la mayor parte del elenco de la revista a círculos y órganos de pensamiento vinculados con el tradicionalismo hispanista católico opere como factor de selección de las contribuciones en este sentido. La elogiosa reseña que recibe la *Tradición y unidad del idioma*, donde Herrero Mayor afirma el papel del castellano como “instrumento ecuménico de conquista”, sintoniza con colaboraciones como la del colombiano Osorio Lizarazo, para quien la “inmensa aventura de la conquista española y portuguesa” fue lo que le otorgó “sentido de unidad” al continente, fusionando y reemplazando la “esencia racial” autóctona y logrando que “el hombre americano empezara a adquirir fundamentos para una clasificación étnica especial”. La agresiva requisitoria de un autor como el peruano Bernal contra el indigenismo es ilustrativa:

26 A pesar de figurar en el directorio, no hay ninguna contribución que provenga de Venezuela; tampoco del Paraguay.

27 *SC*, nº 1.

En la valoración de la integración de los elementos que componen el amasijo de los bienes folklóricos peruanos se ha acentuado mucho, sin conocimiento ni medida, la opinión de la mayoritaria fuerza e integración de lo “indígena”, pero esta tesis es y ha sido una predica y un afán político ardientemente defendido y planteado por la generación de escritores y políticos que insurgieron con el grupo de la revista *Amauta*, que comandara el impenitente marxista José Carlos Mariátegui, cuyas teorías han hecho un daño del que todavía el Perú no se repone.²⁸

¿Un canon alternativo?

Si la contraposición de *SC* con la que se ofrecía desde espacios como la revista *Sur* puede sostenerse en lo que hace al alcance y el sentido de su proyección internacional, más difícil resulta pensar en la revista como un espacio de legitimación alternativa de escritores y poetas, una suerte de “contra-canon”.²⁹ En realidad, una buena parte de las plumas que tendrán cabida en la revista gozaban de bastante figuración previa en las letras locales, más allá de que efectivamente la profunda divisoria de aguas que significó el peronismo al interior del campo literario haya generado el oscurecimiento de algunos nombres dentro de los espacios tradicionalmente destinados a la consagración de autores. El criterio de aparición dentro de la revista no parece haber sido tanto la promoción de nuevos nombres sino más bien la mayor o menor cercanía a núcleos de sociabilidad o

28 Dionicio (sic) R. Bernal, “Lo Español en los Bienes Folklóricos Peruanos”, *SC*, n° 2, pp. 79-89.

29 Tesis sostenida por ejemplo por Avellaneda (1983).

afinidades preexistentes, así como, concomitantemente, la pertenencia a lineamientos ideológicos relativamente bien definidos, los cuales no remiten únicamente a su vinculación con el justicialismo, sino que pueden rastrearse en las décadas anteriores.

Por ejemplo, los posicionamientos dentro del universo de escritores argentinos con motivo del estallido de la Guerra Civil Española son una huella visible en *SC*, cuando se advierte que en el manifiesto publicado en 1936 contra “los crímenes” de los “partidarios de la república comunista”, que apoya a quienes “reivindican heroicamente la nacionalidad, la religión y las gloriosas tradiciones de su patria” aparecen entre muchas otras las firmas de Carlos Ibarguren, Arturo Cancela, Leopoldo Marechal, Ramón Doll, Homero Guglielmini, Pilar de Lusarreta, y el propio Armando Cascella, todos los cuales colaborarán luego en la revista. Este clivaje se mantendrá en 1945, cuando queda conformada la ADEA (Asociación de Escritores Argentinos), en disidencia con la tradicional entidad que nucleaba a los autores locales (la SADE), en una suerte de cristalización institucional de la anterior separación, ahora bajo el signo de la mayor o menor cercanía con la experiencia peronista. Entre los miembros de ADEA encontramos a varios de los ya mencionados, junto con otros como Castiñeira de Dios, y figuras que si bien no escriben en *SC*, recibirán recensiones elogiosas, como Manuel Gálvez.³⁰

A este núcleo de pertenencia común —el de los escritores más vinculados con el nacionalismo católico que se acercarán al peronismo— se le puede agregar otro, con el que en algunos casos se solapa, no sin ciertas contradicciones: el de los autores que reconocen algún tipo de participación en la experiencia de FORJA en los años treinta, un foco de gran

30 Por *La muerte en las calles*, *SC*, n° 3-4, pp. 120-121.

irradiación en estas décadas, aunque con mayor potencia desde otras páginas como las de la ya mencionada *Cultura*. Además del caso obvio de Raúl Scalabrini Ortiz,³¹ se pueden contabilizar aquí los casos de Julio César Avanza, Vicente Trípoli o Roque Raúl Aragón. Nacionalistas de ambas vertientes (la católico-tradicionalista y la popular-yrigoyenista) compartirán así las páginas de *SC*, aunque los espacios en los que se muevan tenderán a ser más bien estancos.

Podría agregarse a estos dos grupos un tercero, mucho más informal: el conformado por los escritores y poetas que se nucleaban en la llamada “peña de Eva Perón”, suerte de círculo literario que se reunía regularmente con Evita en el Hogar de la Empleada General San Martín para protagonizar tertulias literarias. Pertenecieron a este grupo colaboradores de *SC* como Castiñeira de Dios, Julio Ellena de la Sota, Enrique Lavié, Héctor Villanueva y la poetisa María Granata. La cercanía con los círculos del poder político no debe ser entendida como el único factor aglutinante de este agrupamiento; a muchos los unía además un mismo corte generacional (formaban parte de la “generación del 40”), así como su participación en otros emprendimientos literarios de la época.³²

Más allá de estas disparidades, lo que hace difícil ver a *Sexto Continente* como el intento de constitución de un espacio de consagración alternativo es el relativo poco espacio que tiene la sección de crítica literaria, correlativo quizás de la ya mencionada negativa de sus directores a aceptar concepciones tradicionales de “cultura”. No sólo en cuanto a la cantidad de páginas que se le otorga (aproximadamente diez por número, sobre un total en promedio de ciento

31 Tanto como colaborador como en cuanto objeto de reseña, por *Tierra sin nada, tierra de profetas*.

32 Como *Latitud 34*, *Perfil*, *Correo literario*, *Sed*, *Verde memoria*, etcétera; cfr. Lafleur, Provenzano y Alonso (2006).

cuarenta páginas por edición), sino sobre todo por el empleo que se hace de ellas. En la sección que la revista destinaba al comentario literario (“Los libros”), la crítica literaria debe convivir con valoraciones que se sostienen en argumentaciones que provienen de otros campos: ejemplo de ello es la valoración positiva que merece el *Adán Buenosayres* de Marechal por ser “un libro esencialmente cristiano”,³³ similar al que recibe Enrique Lavié por *Memorias de mi soledad*: “el poeta expone su raíz cristiana, función social de su poesía que sale virgen de cualquier manoseo de los críticos existencialistas”.³⁴ Signo más claro de la dilatación del espacio extra literario es el hecho de que la sección sea utilizada para comentar textos históricos,³⁵ filosóficos³⁶ o de política internacional.³⁷ Simétricamente, las críticas que reciba una figura central en la construcción del “canon” literario como Ricardo Rojas no serán por su *Historia de la literatura argentina* sino por su excesivo apego al constitucionalismo (Ramón Doll) o por sus artículos sobre Rosas (Ezcurra Medrano).

El lugar subordinado que le reserva SC a la crítica es también evidente en las tensiones respecto a la valoración que merecen en ella ciertas corrientes y estilos. Lejos de una postura editorial única, el eclecticismo de los juicios publicados es más bien la norma, a pesar de que se haya preferido ver en algunas notas la marca distintiva de la publicación.

... un retrato que no contenga conexiones de parecido naturalista con el retratado, no es un retrato [...] el más auténtico artista plástico, desde el punto de vista de

33 J. A. Martínez, SC, n° 2, p. 149.

34 Raúl de Ezeiza, SC, n° 3-4, p. 122.

35 *San Martín íntimo*, de Ibarguren, o *Historia de las ideas políticas en Argentina* de Vicente Sierra, reseñados por Ramón Doll; la biografía Carlos Antonio López, de Justo Pastor Benitez.

36 *Filosofía de la estética*, de Jaime de Mahieu.

37 *La lucha por el imperio mundial*, de James Bunham.

la realidad nacional, es el que representa con visos de similitud el fenómeno argentino en su doble aspecto geográfico y etnográfico sin descuidar todas aquellas otras manifestaciones de nuestro horizonte cultural [el arte de los argentinos] tiene que programarse con el criterio afín a la representación de nuestra fisonomía geográfica, de la de sus habitantes y sus costumbres...³⁸

Este crudo naturalismo que reclama Jorge Berystain está en sintonía con otras notas de tono similar, como la del crítico cinematográfico Miguel Paulino Tato, quien no dudará en proponer “medidas drásticas [...] quemar buena parte de lo hecho y encauzar las conciencias hacia la comprensión de esta realidad viva que es Latinoamérica”.³⁹ Una misma exigencia de “autenticidad” expresiva del arte respecto a la “realidad” nacional o regional se observa en varios artículos, la cual, unida a la explícita equiparación entre artistas e intelectuales con “obreros, labriegos y soldados” reclamada en el primer editorial, ha permitido que se compare la postura de *SC* con el “realismo socialista soviético”, en evidente oposición al juicio estético que se encontraría en las páginas de *Sur* o del suplemento cultural de *La Nación*.⁴⁰

Tal nítida oposición sólo es posible, sin embargo, a condición de desatender otros artículos presentes en *SC*, que apuntan en una dirección bastante divergente. Por ejemplo, la que se puede encontrar en varias notas firmadas por Alicia Eguren (“no estimo mucho el teatro realista [...] recoger los parlamentos de todos los días, sin la sutil elaboración

38 Jorge Beristayn, “La realidad argentina en el arte”, *SC*, n° 2, pp. 127-130.

39 “El séptimo arte como expresión auténtica del Sexto Continente”, Miguel P. Tato, *SC*, n° 5, septiembre de 1950, pp. 98-99.

40 La expresión es de Avellaneda y la retoma explícitamente King; también Plotkin echa mano del artículo de Beristayn.

de la poesía, es la mitad del camino del arte”⁴¹ o por Vintila Horia, para quien la novela nunca creará “nuevos moldes de vida, como la filosofía o la poesía” ya que “sus páginas no hacen sino reflejar, más o menos fielmente, los acontecimientos y los rumores de la vida”.⁴² Tampoco resulta sencillo adscribir a una línea editorial definitivamente realista la atención dispensada por la revista a la “metafísica paradójal” de Macedonio Fernández, objeto de un extenso y elogioso estudio que parte de distinguir al autor del *Museo de la novela de la Eterna* de aquellos que aún no pudieron “desprenderse todavía del lastre realista”.⁴³

La identidad nacional, en el porvenir

Si resulta difícil pensar a *SC* como órgano de crítica cultural que condene o absuelva a autores u obras de acuerdo con líneas más o menos definidas de juicio, es porque tal criterio de demarcación falta, del mismo modo que parece ausente una voz editorial única de la revista que unifique las posturas en la materia. Esta polifonía tampoco implica un espacio de debates; los autores no parecen dialogar entre sí, sino más bien hablar en paralelo. Así, en el mismo número donde Beristayn reclama enfáticamente por la imposición oficial de “directivas uniformes” para la plástica nacional, que auspicien “las actividades estéticas tendientes a glorificar a la patria, a nuestros fundadores y héroes, a los hechos sobresalientes de la historia, y a eternizar en el lienzo o en la piedra nuestra fisonomía como nación”, se publicó

41 Crítica a *La muerte de un viajante*, Alicia Eguren, *SC*, n° 6, octubre de 1950, pp. 103-104.

42 “Es otro prejuicio romántico esta realidad vivida, madre del naturalismo documentario, tan virtualmente artificial como puede serlo un producto de la imaginación de quien nunca haya viajado”.

43 J. A. Martínez, “Macedonio Fernández, metafísico paradójal”, *SC*, n° 6, p. 12.

la nota de Julio César Avanza que, en otro terreno artístico, defiende una postura mucho más matizada en cuanto a las características que debería tener una “literatura nacional”.⁴⁴

Allí, quien por entonces fuera ministro de educación del gabinete de Domingo Mercante en la gobernación de la provincia de Buenos Aires ofrecía una interpretación sobre los aportes a la constitución de tal literatura que, si bien incluía previsiblemente a la gauchesca y al folklore popular, rescatando explícitamente nombres de figuras más o menos orgánicamente vinculadas con el gobierno peronista,⁴⁵ también abría su enumeración a la incorporación de figuras tan alejadas de identificarse con el proyecto justicialista como Ricardo Rojas, Ezequiel Martínez Estrada, Bernardo Canal Feijóo o Jorge Luis Borges (estos últimos, a su vez, notoriamente críticos de la obra de Martínez Estrada), todos los cuales habían aportado sus contribuciones “a este intento siempre inconcluso de filiar el alma nacional, a esta tarea de reconocer la jerarquía de lo propio, de atraer todas las fuerzas del espíritu sobre los temas consustanciales con el alma auténtica de la patria”.⁴⁶

Lejos de afirmarse en variantes más esencialistas del nacionalismo cultural, Avanza propone un recorrido integrador que recoge sincréticamente aportes varios, pero que sobre todo enfatiza el carácter abierto e inacabado del proceso de construcción de una cultura propia. No es de extrañar, en consecuencia, que su examen del *Martín Fierro* esté coloreado por tonalidades más cercanas al pesimismo

44 Julio César Avanza, “Hacia el concepto de literatura nacional”, *SC*, n° 2, pp. 30-37. Aunque la revista no lo aclara, se trata de una conferencia dictada por Avanza en julio de 1949 en Radio Provincia. Sobre Avanza y su papel en el proyecto de Mercante, *cfr.* Korn, “La revista *Cultura* (1949-1951): una sutil confrontación” (en Panella y Korn, 2010); también Panella (2009).

45 Como el folklorista Juan Alfonso Carrizo, que presidía desde 1943 el Instituto Nacional de la Tradición, o el también tradicionalista y revisionista Pedro de Paoli.

46 Avanza, “Hacia un concepto...”, *op. cit.*, p. 35.

martínezestradiano que a la épica lugoniana o al tradicionalismo de De Paoli; en la lectura de Avanza, si no se discute el lugar de la obra de Hernández como “primer monumento” de nuestra literatura (aunque sin privarse de señalar su carácter más porteño que verdaderamente “nacional”), el rasgo distintivo es el carácter trágico de su protagonista:

Más que el gaucho bravío, que el prófugo de la justicia, que el tremendo enjuiciador de su tiempo y de su patria, nos importa el hombre, su tránsito doloroso por este mundo, la frustración de su destino que el mismo reconoce y canta [...]. El pesimismo sustancial del poema, la desesperada imprecación del héroe [...] nos hace creer que *Martin Fierro* no importa sino una tremenda negación, que su mensaje no es más que el trémolo solitario y acusador de quien no percibe sino el fracaso de su propia vida, el derrumbe de un mundo que conoció como propio, en cuyo reemplazo no alcanza a percibir qué cosa puede reemplazarlo.⁴⁷

Pero esta “sombria tragedia” encarnada por un héroe que busca superar su “contradicción esencial” sin lograrlo, es ubicada en el pasado; la Argentina de hoy necesita “otra clase de héroes, otro tipo de próceres”. Para Avanza el gran poema nacional está entonces aún por escribirse, en sintonía con las realizaciones de la etapa que se ha abierto en 1945; el horizonte de la “literatura nacional” se ubica no en el pasado, ni en la tradición hispánica ni en el criollismo de la gauchesca, sino que se proyecta hacia adelante:

Para los hombres de este tiempo, al filo aún de una revolución que ha sacudido y desgajado muchas de

⁴⁷ *Ibíd.*

nuestras arraigadas creencias [...] es menester escribir el gran poema nacional, la gran obra [...] la realización artística de lo que nuestro pueblo ha conseguido [...] por la obra de su conductor eminente, en el terreno de lo institucional o de lo económico. El gaucho “Martin Fierro” queda atrás, figura detenida en la historia...⁴⁸

Que esta mirada abierta al futuro no es una aislada opinión en la revista lo prueba la presencia, en su primer número, de una breve nota donde Homero Guglielmini contrapone la mirada negativa del espacio pampeano en Sarmiento y Martínez Estrada (“reactivo disolvente” que “pulveriza” al hombre)⁴⁹ con la que acababa de ofrecer Astrada en *El mito gaucho*. A pesar de ciertas reservas que le merece el empleo de las categorías del existencialismo europeo para el caso argentino, Guglielmini destaca la “fuerza ética y pragmática potencial” que se desprende de la “voluntad de afirmar un mito heroico argentino” en la interpretación astradiana. Esta “voluntad moral [...] crea

48 *Ibíd.*, p. 36. En este sentido, Avanza se encuentra muy lejos del pesado tradicionalismo que se puede hallar en otros espacios de producción cultural vinculados con el gobierno peronista. Compárese con las palabras pronunciadas por el propio Juan Domingo Perón en 1947: “buena parte del gran legado cultural que recibimos de España la hemos olvidado o la hemos trocado por advenedizos escarceos introducidos a la par por los potentados que dilapidaban sus fortunas en ciudades alegres y cosmopolitas y regresaban cantando loas a su propia disipación, y por los venidos de los bajos fondos de cualquier parte del mundo, que llegados a nuestras playas y a fuerza del número y por obra del contacto directo y constante con nuestro pueblo lograban infiltrarle un indefinible sentimiento de repudio de las manifestaciones espontáneas de todo lo tradicional hispano-criollo”; *Discurso del Presidente de la Nación Argentina General Juan Perón. Pronunciado en el acto de homenaje tributado por las universidades argentinas al otorgársele el título de Doctor “Honoris Causa” por su obra en favor de la cultura nacional*, 14 de noviembre de 1947. Para una relativización de este tipo de intervenciones de Perón, *cfr.* Winston (1983: 305-332).

49 En realidad, Guglielmini discrimina entre dos Sarmientos, el “Grande” y el “Pequeño”; a este último adscribe la mirada negativa sobre “el mal argentino”.

su propia realidad en el acto mismo de quererla”;⁵⁰ el rasgo decisivo de la argentinidad es así la libertad creadora y la proyección hacia el porvenir:

El paisaje característico argentino —la Pampa— es él mismo como la forma pura del espacio. Allí la historia no ha congestionado su tráfico, como en el paisaje europeo; allí hay que hacerla a la historia, todavía, hay que recomenzarla [...] hay un espacio moral argentino, un espacio histórico que llenar, hay un que-hacer futuro. La Argentina es futurista.⁵¹

Europa en el “Sexto Continente”

Tratándose de una publicación que doctrinariamente pretende “estimular la unión espiritual y el conocimiento integral de los distintos países que forman ese ideal de familia de naciones que se conoce por América Latina”, resulta llamativo el peso que tiene en sus páginas la presencia de pensadores europeos. La difusión de la visita del filósofo español Eugenio d’Ors, que mereció una amplia cobertura,⁵² lo mismo que el anuncio de la llegada del jurista alemán Hans Kelsen,⁵³ van de la mano con la importancia que le otorgó la revista a la salutación que le brindaran en España con motivo de su aparición,⁵⁴ o con la atención brindada al impacto de nuestro país en los jóvenes intelectuales

50 Homero M. Guglielmini, “Dos interpretaciones de la Pampa”, *SC*, n° 1, p. 52

51 *Op. cit.*, p. 50.

52 Incluyendo un resumen de sus conferencias sobre “La ciencia de la cultura”, *SC*, n° 7-8, noviembre-diciembre de 1950, pp. 84-103.

53 *SC*, n° 1, *op. cit.*, pp. 81-84.

54 Editorial “Sexto Continente en la madre patria”, *SC*, n° 3-4, pp. 9-13.

españoles.⁵⁵ Esta preocupación es consistente con la línea que siguen los artículos sobre política internacional, en los que se recalca el lugar de la región como parte de la “civilización occidental”, sobre todo frente al comunismo ruso y luego chino;⁵⁶ como afirma su director Cascella: “Nosotros, los latinoamericanos, somos *casi* Europa. Hemos heredado su sangre, su cultura, su alma”.⁵⁷

Como se advierte, la razón de esta presencia se finca en motivos sobre todo ideológicos, lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta el peso del hispanismo católico en la formación de varios de los animadores del emprendimiento, y la acogida brindada por SC a autores e ideas vinculados de uno u otro modo a las experiencias europeas autoritarias actuales o pasadas en la Europa de la primera mitad del siglo. Evidencia clara del peso de estas motivaciones se encuentra precisamente en el ya referido comentario acerca de los lazos entre las “nuevas promociones españolas” (es decir, franquistas) y nuestro país, ya que a diferencia de ellas, para los republicanos “los vínculos hispano-argentinos nada significan [...] encandilados por el jacobinismo liberal, la historia y el pasado no tienen valor...”.⁵⁸

La notoria presencia de este tipo de contribuciones y figuras cercanas al pensamiento fascista es llamativa, contrastando con su escaso peso en otras publicaciones similares como *Cultura* o *Hechos e Ideas*, y quizás explican el apresuramiento con el que se ha querido hacer de ella el

55 J. A. Martínez, “La Argentina en la actual promoción intelectual española”, SC, n° 5, pp. 112-117. Aunque menor, también mereció espacio otra visita, la del historiador suizo Gonzague de Reynold, católico maurrasiano y furiosamente anticomunista (Horia, “Crónica de ideas”, SC, n° 3-4, pp. 117-18).

56 “A nadie se le oculta ya que la lucha es ahora entre dos mundos: Oriente y Occidente”, Armando Cascella, “La revuelta del hombre amarillo”, SC, n° 5, p. 42.

57 “Conciencia continental latinoamericana”, SC, n° 2, p. 2.

58 J. A. Martínez, “La Argentina en la actual promoción intelectual española”, SC, n° 5, p. 122.

ejemplo paradigmático del “proyecto cultural” del peronismo. En *SC*, no sólo escriben autores argentinos con simpatías más o menos veladas hacia el movimiento italiano, como los Ibarguren, Carlos y Federico, sino que sobre todo es notoria la participación de autores europeos de compromiso más o menos activo en sus países de origen con los gobiernos de los países del Eje que acaban de caer derrotados en la Segunda Guerra. De estos emigrados, dos tiene presencia activa: uno es el franco-belga Jaime María (Jacques) de Mahieu, autor de una nota sobre “El valor social de la propiedad”⁵⁹ y reseñado elogiosamente por su *Filosofía de la estética*. Mahieu, figura de relativa importancia en movimientos como *Action française* y el rexismo belga, funcionario del gobierno colaboracionista de Vichy y participante de la ofensiva militar nazi en la Unión Soviética tendría una activa presencia en nuestro país en diferentes ámbitos, entre ellos la Universidad de Cuyo, donde unos años más adelante publicaría un trabajo donde colocaba a la “tercera posición” justicialista en la estela del catolicismo social: “La Tour du Pin, precursor de la Tercera Posición”.

La otra figura proveniente del viejo continente es el rumano Vintila (Vicente) Horia, una de las contadas firmas en repetirse en varios números como crítico de temas literarios y de cultura en general. Funcionario de la dictadura pro-Eje de Antonescu (aunque luego arrestado por los nazis), de una religiosidad profundamente espiritual, Horia, quien vivirá en Buenos Aires de 1948 a 1953 (cuando se radicará en la España franquista, donde morirá cuarenta años más tarde) tendrá una activa participación en *SC*, con secciones fijas como “Revista de revistas” o “Crónica de ideas”, o notas puntuales, como la reseña a *La hora veinticinco*, la novela del

59 *SC*, nº 7-8, pp. 57-64.

también rumano (y antisemita) Constantin Gheorghiu.⁶⁰ A esto se debe agregar que en el n° 6, la colaboración que informaba sobre “La moderna poesía brasileña” estuvo firmada por otro rumano emigrado, esta vez a Río de Janeiro: el escritor y poeta Stefan Baciu.⁶¹ Que la promocionada divulgación de la cultura americana quedaba en manos de un europeo emigrado es iluminador acerca de la laxitud del proyecto de intervención cultural que se proponía SC.

En la misma línea, es de notar la atención que reciben dos publicaciones, *Dinámica Social* (cuya aparición es saludada cálidamente en el editorial del n° 6, que le dedica varios párrafos) e *Histonium*, “Revista Mensual Ilustrada”, otra de las contadas revistas que tenían propaganda en las páginas de *Sexto Continente*. Aunque su nombre está prolijamente ausente en ambos casos, tanto *Dinámica Social* como *Histonium* fueron editadas por el italiano Carlo Scorza, último Secretario del Partido Nacional Fascista luego de la caída de Mussolini, y quien en 1950 fundara en Argentina el Centro de Estudios Económico-Sociales (donde formalmente se editaba *Dinámica Social*). En ambos emprendimientos colaboraban habitualmente, además, los ya mencionados Horia y De Mahieu.

¿Qué decir de la presencia de este núcleo de autores y referencias? ¿Indica una decisión programática de los responsables editoriales de la publicación de dar cabida y divulgar a estos “nostálgicos del Nuevo Orden”? La ecléctica naturaleza del proyecto SC y las ya señaladas debilidades en cuanto a su conducción editorial parecerían más bien hablar de iniciativas puntuales de algunos de sus miembros,

60 Horia tendrá un papel similar en *Cultura*. La impronta rumana en *Sexto...* es aún mayor, ya que una de las pocas publicaciones que publicitaba era *Romania*, “Revista de política y literatura publicada en rumano y en castellano”, de la que el propio Horia figura como uno de los directores.

61 Stefan Baciu, “La moderna poesía brasileña”, SC, n° 6, pp. 66-71.

facilitadas por la existencia de afinidades con otros colaboradores, tanto desde el punto de vista de las orientaciones ideológicas como por la participación compartida en círculos de sociabilidad y espacios de producción tanto anteriores como paralelos a *SC*. Esta última razón resulta aún más plausible si notamos que uno de los factores principales de proximidad entre los emigrados europeos y sus colegas locales fue su pertenencia al tronco común de la cultura “latina”, lo que en muchos casos no era más que un subterfugio para referir al catolicismo, a partir de la equivalencia entre la oposición latino-anglosajón y católico-protestante. Su director lo expuso claramente en el n° 2, al lamentar “la irremediable decadencia [...] de aquella parte de la cultura de Europa que comenzó a traicionarse a sí misma cuando se dejó infiltrar por el espíritu de la Reforma, la Europa envenenada por el virus anglosajón del luteranismo”.⁶²

Del latinoamericanismo a la “tercera posición”

Más que la pertenencia a una cultura regional común, que parecía ser más bien objeto de construcción antes que un dato de la realidad, la unidad entre las naciones del “Sexto Continente” era entendida fundamentalmente desde el punto de vista geopolítico. Era así como se presentaba a su público en su primer número:

Los hombres y mujeres que editan sexto continente parten de esta premisa: que la América Latina constituye, por sí, un continente indiviso y perfectamente diferenciado, cuyo porvenir inmediato es el de gravitar considerablemente como unidad económica

62 Armando Cascella, “Conciencia Continental Latinoamericana”, *op. cit.*, pp. 1-8.

y como ente espiritual en los destinos del mundo contemporáneo.⁶³

La unidad de la región implicaba entonces una explícita oposición a la división “hemisférica” del mundo característica de la Guerra Fría, interpretada como “amenaza de absorción imperialista”.⁶⁴ Así, el del latinoamericanismo parece deslizarse hacia uno de los núcleos temáticos doctrinariamente más denso de la publicación: la defensa de la “tercera posición” justicialista en un panorama mundial dominado por la disputa entre los dos “imperios” en pugna, Estados Unidos y la Unión Soviética.

Este tópico está presente desde perspectivas distintas pero en este punto convergentes, como los que apuntaban a la necesidad de fomentar la integración económica regional, o los que abordaban el tema desde un ángulo más geopolítico.⁶⁵ Este último será el caso de la principal voz de la revista en la materia, su director Armando Cascella, quien se preocupará por el lugar que ocupará la región en un mundo marcado por la decadencia de Europa, el imperialismo norteamericano y el azote de la “ola asiática, en cuyo tope ondea la insignia de la hoz y el martillo”,⁶⁶ entre los cuales una nueva conflagración se juzga inevitable. En este panorama:

63 “El Sexto Continente”, editorial, *SC*, n° 1, pp. 1-5.

64 Cascella, “Conciencia continental latinoamericana”, *op. cit.*, p. 8.

65 Del primer caso es ejemplo Carlos Montenegro: “De la economía mundial a las economías regionalizadas”, *SC*, n° 7-8, pp. 104-106; del segundo, además de Joaquín Díaz de Vivar Cascella, “Crisis de la política de equilibrio en el mundo del poder”, *SC*, n° 2, pp. 9-15, y Norberto Gorostiaga, “Orígenes del A.B.C.”, *SC*, n° 5, pp. 14-20.

66 “Posición de América Latina frente a la guerra futura”, *SC*, n° 1, pp. 40-48. El tema se reitera en “La revuelta del hombre amarillo”, también de Cascella, ahora con tonos aún más marcadamente racialistas: “Estamos asistiendo a la sublevación del Asia. Esta es la Revuelta del Hombre Amarillo. Revuelta latente desde hace siglos bajo la piel, los huesos y el alma subconsciente de la raza amarilla”, *SC*, n° 5, pp. 33-49.

... la tercera posición sienta una premisa completamente nueva [...] la indispensable correlación entre la paz interna y la paz internacional [...]. Ni conflictos de clases, ni guerras internacionales [...]. Paz social, apoyada sobre la única base posible: la justicia social [...]. La tercera posición es [...] la proyección de la doctrina justicialista en el plano internacional.⁶⁷

La defensa doctrinaria del justicialismo como síntesis de los sistemas enfrentados a nivel planetario, es decir, el capitalismo y el comunismo, alimentaba textos de mucha mayor densidad teórica, como los del constitucionalista Arturo Sampay o los de los filósofos Carlos Astrada y Miguel Ángel Virasoro, desde perspectivas no del todo concordantes. En el primer caso, la explicitación del carácter no-capitalista de la reforma constitucional por entonces en curso conduce a una crítica al individualismo liberal y al *homo oeconomicus* capitalista desde una “concepción cristiana del hombre” que se sostiene en referencias tomadas de la encíclica papal *Quadragesimo Anno* de Pío XI o del reformista católico-social francés La Tour du Pin. La función del Estado como organizador político de la sociedad —en sintonía con las tesis de la “comunidad organizada” que ese mismo año habían sido presentadas por el propio Perón en el I Congreso Nacional de Filosofía— es para Sampay la única garantía contra el “des-orden” que genera el capitalismo “anarquizador del orden social”. La constitución justicialista, por lo tanto, proyecta:

67 Cascella, “Trascendencia de la Tercera Posición”, *SC*, n° 7-8, pp. 5-26. La atención hacia esta proyección se reflejará también en el interés que le dispensará la revista a las opiniones sobre el peronismo por parte de observadores internacionales como el francés Pierre Fréderix y el norteamericano James Burnham.

... un orden económico justo, corrector del capitalismo burgués que declina ante nuestros ojos [como] afirmó Perón: “pensamos en una Nueva Argentina profundamente cristiana y profundamente humanista” [...]. Esta concepción informa las directivas del orden económico establecido en la Constitución, y abona la fecunda y promisoro tercera posición argentina: ni capitalismo burgués, el de la libertad sin deberes sociales que se resuelve en la libertad de pocos para esclavizar a muchos, ni totalitarismo, el de deberes sociales sin libertad personal, sino libertad, acompañada de deberes sociales, en un orden justo.⁶⁸

Aunque sin referir explícitamente a la “tercera posición”, esta misma línea de argumentación que anuda la “comunidad organizada” (aquí, “sociedad orgánica”) con la crítica tanto a la “antinatural” y “antisocial” propiedad individualista como al estatismo de la propiedad colectiva (cuidadosamente distinguida de la “comunitaria”), se encuentra en el trabajo del emigrado francés Jaime María de Mahieu sobre el “valor social de la propiedad”:

La forma comunitaria devolverá a la propiedad su pleno valor social, justamente proclamado por la Constitución argentina. De nuevo legitima, en la medida en que consolidará o reconstituirá los grupos básicos sin los cuales toda colectividad humana no es sino una horda, la propiedad tomará otra vez su sentido histórico en el marco de una reestructuración completa de la sociedad contemporánea que el liberalismo individualista lleva a la catástrofe, y contribuirá

68 Arturo Sampay, “Espíritu de la Reforma Constitucional argentina”, *SC*, n° 1, pp. 13-26.

a devolver al mundo occidental el orden natural de su tradición.⁶⁹

Abrevando en fuentes distintas (cuando no directamente opuestas), los textos de Astrada y Virasoro apuntan sin embargo en una dirección similar. Formados en el existencialismo de cuño heideggeriano que viene de colisionar en el citado Congreso de Filosofía con el tomismo aristotélico,⁷⁰ ambos filósofos coincidirán con la percepción del constitucionalista en el carácter superador del sistema justicialista respecto al capitalismo, aunque desde perspectivas que los llevan a dialogar principalmente con el legado del pensamiento de Marx. En Astrada, la crítica a “los representantes del marxismo vulgar” (aprovechando los aportes de Sombart y Weber) es el camino hacia una “expansión del materialismo dialéctico” tanto más necesaria ahora que el espíritu capitalista está en declive “por obra del advenimiento de un nuevo ethos, encarnado en un nuevo tipo humano, portador de una distinta valoración de la vida”. Ante la inminente llegada de esta sociedad inédita, ahora ya sin lucha de clases, se impone una reformulación superadora del marxismo, que si teóricamente se finca en la axiología de Scheler, políticamente se expresa en el triunfo de los principios de “justicia social”:

Un nuevo tipo de hombre hoy recorta su perfil en medio de la vorágine social contemporánea [...]. El nuevo ethos exige una democracia de la posesión de los bienes materiales, y no de la cultura. Pero esta forma de convivencia está animada por un imperativo ordenador que,

69 Jaime María de Mahieu, “Valor social de la propiedad”, *SC*, n° 7-8, 57-64.

70 Presente en *SC* a través de Octavio Derisi: “Las dos concepciones fundamentales de la filosofía”, *SC*, n° 3-4, pp. 43-46.

en la jerarquía de los valores, coloca la cultura [...] y sus factores existenciales, por encima de la mera posesión [...]. Los hombres serán iguales en el goce y posesión de aquellos valores más bajos [...] y harto desiguales en lo que se refiere a valores cada vez más elevados en la jerarquía axiológica [...]. La justicia social traerá consigo democracia económica, como base de la comunidad popular, y una rigurosa escala selectiva, como fundamento de la comunidad de la cultura.⁷¹

Mucho más extensa (y notablemente densa en su prosa para una revista no especializada en filosofía) es la colaboración de Virasoro, quien, al igual que el autor del *Mito gaucho* dialogará con Marx, aunque apoyándose más explícitamente en las críticas del existencialismo heideggeriano a las “síntesis fatales” hegelianas entre la esencia interior del hombre y su proyección exterior en el trabajo; frente a ella, postulará una “dialéctica existencial” superadora, de la cual tanto el cristianismo católico y protestante como el idealismo absoluto son “cristalizaciones provisorias”. Partiendo del hecho de que la existencia “sólo puede realizarse en función del mundo y en unidad con el mundo”, y dado que el modo peculiar burgués de existencia es el modo inauténtico de la propiedad (“en la existencia burguesa el hombre no es auténticamente, sino que posee”), el marxismo, reconocido como “movimiento de la existencia hacia su autenticidad”, por entender “la verdad de que sólo el trabajo es creador”, es criticado por estar “inficionado por las ideologías mecanicistas”, lo que le impide reconocer al mundo como “autorrealización de la existencia”. Para superar estas “formas impropias” en las que la existencia no logra manifestarse “en su totalidad y armonía”, habrá que esperar a su realización en el justicialismo:

71 Carlos Astrada, “El hombre del nuevo ethos y el marxismo”, *SC*, n° 1, pp. 9-12.

La armonía e integración de estas dispares formas existenciales exige que ellas sean traducidas a una forma única que siendo expresión de la más auténtica esencialidad del ser, deberá ser *el trabajo*. El Estado deberá adoptar la forma de una república o democracia de trabajadores, en la que las demás clases no se encuentren suprimidas o subyugadas sino interiormente asimiladas y transformadas en clases creadoras [...]. Este Estado en el que todas las clases sociales son reconocidas como manifestaciones diversas de una sola libertad trascendente [...] es el *justicialismo*. En el justicialismo se realiza la síntesis de las diversas posibilidades distributivas de los bienes y las fuerzas, y la existencia única se eleva a la conciencia de su universalidad, que no es ahora ya universalidad meramente abstracta y pensada, sino viviente y concretamente encarnada en el Estado [...]. El sentido del desenvolvimiento social-espiritual de la época puede configurarse entonces como un proceso de integración, de estas dos caras abstractas del ser, en las que se manifiesta dialéctica y contradictoriamente una substancia universal única.⁷²

La historia revisada

Si la defensa de la “tercera posición” se liga con la propuesta programática de la revista de reforzar los lazos políticos, económicos y culturales con la región, y al mismo tiempo con el intento de consolidación de los fundamentos filosófico-políticos de la doctrina justicialista, también se proyectará hacia atrás, en dirección a una relectura del pasado histórico nacional. Por esta vía llegamos al último

72 Miguel Ángel Virasoro, “El trabajo y la dignidad del Ser”, SC, n° 7-8, pp. 27-41.

de los grandes “núcleos temáticos” presentes en *SC*, el de los trabajos de cuño historiográfico, animados todos ellos más o menos explícitamente por la intención de discutir con lo que ya desde hacía más de una década se venía presentando (con afán deliberadamente polémico) como la “historia oficial”. Aunque tema y autores estuvieron por completo ausentes del primer número de *SC*, desde el segundo su presencia iría en aumento, tanto en número como en extensión.

Pertenecen a este grupo de intervenciones los artículos firmados por José María Rosa, Ramón Doll, Carlos y Federico Ibarguren y Alberto Ezcurra Medrano, aunque la vitalidad de la presencia de la corriente revisionista en *SC* se traduce asimismo en otros nombres, los de autores que en mayor o menor medida podían considerarse cercanos a ella pero cuyas contribuciones a la revista no versaron sobre temas históricos. Es lo que ocurre con el forjista Raúl Scalabrini Ortiz, con el diputado radical Joaquín Díaz de Vivar, y aún más con el también diputado Ernesto Palacio, por entonces una de las figuras centrales de la corriente. Si a esta enumeración se le agrega la presencia del revisionismo como objeto de recensión elogiosa, tanto en la sección de crítica de libros (como ocurre con Carlos Ibarguren y Vicente Sierra) como en notas formando parte del cuerpo principal de la publicación (es el caso del propio Ernesto Palacio), se tendrá una imagen más cabal del peso de este núcleo de afinidades en la revista.

Para la época en la que comienza a aparecer *SC*, la corriente revisionista llevaba ya casi dos décadas de creciente presencia en diferentes espacios de producción y difusión intelectual, durante las cuales había logrado ganar en visibilidad y consolidación orgánica. Desde los años del Centenario (pero de modo más sostenido en la década de 1920), la creciente profesionalización e

institucionalización de los estudios históricos había permitido su estabilización alrededor de una serie de espacios destinados a la investigación y la preservación del patrimonio documental, y que, con cierto grado de autonomía, contaban con el reconocimiento y, sobre todo, el sostén financiero del Estado.⁷³ Este proceso repercutió también en la cristalización de centros de discusión y producción de quienes, desde posiciones variadas, tendían a discutir algunos de los puntos consensuados de la imagen del pasado nacional que se elaboraban aquellos autores que gozaban de una mayor centralidad en el naciente campo historiográfico (con los que, sin embargo, compartían más ámbitos de producción y circulación de ideas de lo que se desprendería del tono encrespado de sus recusaciones).⁷⁴ Si el deslizamiento entre discusión política y reflexión histórica venía siendo habitual por lo menos desde los años del Centenario, la llegada al país de la “tormenta del mundo” en los años treinta fortalecerá esta deriva; al quedar en discusión abierta algunos de los postulados básicos sobre los que se sostenía la idea compartida de país hasta el momento, un gran número de autores (escritores reconocidos muchos de ellos) se vieron así transformados, en palabras de uno de sus más importantes exponentes, en “historiadores a la fuerza” (Irazusta, 1975).

Uno de los muchos espacios que permitieron avanzar en la organicidad e institucionalización del revisionismo

73 Apretadamente citemos aquí a las diversas Secciones, Institutos o Centros de Estudios e Investigaciones Históricas de distintas universidades, los varios profesorados nacionales, la Sociedad de Historia Argentina, la Asociación Argentina de Estudios Históricos, el Instituto Sanmartiniano, y, sobre todo, la Academia Nacional de Historia a partir de 1938 (anteriormente, Junta de Historia y Numismática). *Cfr.* Cattaruzza (2001: 107-139).

74 De entre la amplia bibliografía al respecto, *cfr.* Cattaruzza (2001) y Devoto y Pagano (2004 y 2009).

fue el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, establecido por un grupo de figuras vinculadas a la tendencia en 1938, y desde donde rápidamente comenzarían a intervenir en la arena pública a través de publicaciones contra lo que comenzaron a llamar *La historia falsificada*, tal el título de uno de sus primeros trabajos editado al año siguiente a su creación.⁷⁵ A los autores que en él se dieron cita no los unía simplemente el ánimo de discutir con los relatos “oficiales” del pasado, sino sobre todo una común pertenencia a un ideario en el que confluían el tradicionalismo católico hispanista con un nacionalismo antiliberal que abrevaba en el maurrasianismo francés. Un repaso rápido de algunos de los nombres que forman parte del Instituto al filo de 1940 permite apreciar que en él se halla uno de los núcleos de procedencia de buena parte de los nombres de SC: los articulistas ya mencionados, Palacio, Rosa, Ezcurra Medrano, y los Ibarguren (padre e hijo), estuvieron entre ellos, así como autores reseñados en SC como Manuel Gálvez y Vicente Sierra.

La referencia a la figura de Rosas es significativa porque, contrariamente a lo que se ha tendido a ver simplificada, el del revisionismo y el del “rosismo” no fueron universos necesariamente homologables,⁷⁶ como así tampoco fue mecánica la adscripción de ambos mundos (es decir, rosistas y revisionistas) al peronismo, si bien

75 Ernesto Palacio, *La historia falsificada*, Buenos Aires, Difusión, 1939. El libro era una versión ampliada de un artículo publicado en la *Revista* del Instituto en 1938, “La historia oficial y la historia”; *cfr.* Devoto y Pagano (2009). Como señala Cattaruzza, la fórmula “historia falsificada” ya había sido utilizada anteriormente por autores vinculados a la izquierda como Rodolfo Ghioldi y Alvaro Yunque; *cfr.* Cattaruzza (2003).

76 Tampoco la reivindicación de la figura de Rosas fue patrimonio de la corriente, ni tampoco todos sus integrantes que sí incursionaron en ella lo hicieron desde las mismas coordenadas; *cfr.* Cattaruzza (2003) y Devoto y Pagano (2009).

es cierto que la experiencia política iniciada por la revolución de junio de 1943 operó para muchos de ellos, como para tantos otros, como un verdadero “succionador de temas” que redefinió los lineamientos del espacio entonces en formación.⁷⁷ Ajustando la mira, digamos entonces que SC le abrió sus páginas a una sección específica del revisionismo: nacionalista, hispanista, rosista y afín al peronismo. Varios de sus integrantes venían intentando decididamente aprovechar la coyuntura abierta en 1943 para ocupar espacios en ámbitos oficiales; su éxito fue más bien escaso, sobre todo luego de 1945, dado el prácticamente nulo interés del gobierno peronista por apoyar orgánicamente sus batallas, más inclinado a absorber sincréticamente tanto la línea histórica que reivindicaba el legado rosista con la clásica liberal, y a privilegiar en consonancia el culto al panteón tradicional de héroes patrios.⁷⁸

La producción del grupo en SC será consistente con las líneas que venían desarrollando desde fines de la década anterior: crítica al liberalismo, recuperación del peso de la tradición hispánica en la conformación de la historia nacional y reivindicación de Rosas como defensor de la soberanía frente al imperialismo. En sintonía con el latinoamericanismo de la revista, Rosa publica una reivindicación de Artigas como “prócer de la argentinidad”. Los miembros del Instituto parecen haberse comportado como grupo cerrado, como lo evidencia el virtual monopolio que ejerció en los hechos en relación con el tratamiento de los temas

77 La expresión es de Carlos Altamirano (2001). Si bien Gálvez, Doll, Sierra o Palacio adherirán con entusiasmo al peronismo, figuras tan centrales en la corriente como los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta militarán en la oposición al nuevo gobierno, lo cual llevará por ejemplo a la partida del primero de ellos del Instituto Juan Manuel de Rosas; *cfr.* Devoto y Pagano (2009).

78 Sobre las iniciativas revisionistas por incorporarse a los espacios educativos oficiales, *cfr.* Devoto y Pagano (2009). Sobre la posición del peronismo respecto a la historia “oficial”, *cfr.* además Winston (1983).

históricos, tanto en la publicación de artículos específicos,⁷⁹ como en sección de crítica literaria, donde se apeló al tradicional mecanismo de legitimación de reseñas cruzadas al interior del grupo y descalificaciones a su exterior.⁸⁰ También es notable en el mismo sentido que ninguno de los varios colaboradores provenientes del forjismo (comenzando por el propio Raúl Scalabrini Ortiz) incurrió en la materia; para ellos el espacio en la revista parece haber quedado limitado a la producción o análisis de textos literarios o ensayísticos.

Entre Pinedo y San Miguel

Es difícil saber el alcance de la difusión de *SC*; no conocemos demasiadas referencias en publicaciones de la época, y ello no sólo —como sería de esperar— en las vinculadas con el antiperonismo, sino tampoco en las más afines al movimiento justicialista. Es significativa la ausencia de menciones al respecto en *Hechos e Ideas* y aún más en *Cultura*, donde sólo dos veces se menciona a *SC*, significativamente, en sendas notas al pie de artículos firmados por dos de sus ex directores, ya desaparecida la revista.⁸¹

79 De las siete notas publicadas sobre temas históricos, cinco fueron firmadas por integrantes del Instituto; las excepciones, "Orígenes del A.B.C.", del abogado nacionalista Norberto Gorostiaga y "Por una historia leal", del escritor y poeta español José Gabriel, refieren más a la integración regional que a la historia nacional.

80 Así, Ramón Doll comenta favorablemente *San Martín íntimo* de Carlos Ibarguren, *Historia de las ideas políticas en la Argentina* de Vicente Sierra, y *Teoría del Estado* de Ernesto Palacio, mientras que Ezcurra Medrano censura dos trabajos sobre San Martín y Rosas de Ricardo Rojas.

81 La primera es una referencia a una nota de Armando Cascella hecha por el propio Cascella ("Hacia una cultura social", *Cultura*, nº 9, 1951, p. 15; el artículo referido es "Trascendencia de la Tercera Posición"); la otra, más extensa, es una cita de Alicia Eguren a la crítica de Vintila Horia a la novela del también rumano Gheorghiu, *La hora veinticinco* (en "La hora veinticinco", *Cultura*, nº 11, 1951, p. 103).

Tampoco sabemos de su efectiva circulación en el resto del continente, en función de su “directorio” internacional. Se podría suponer que era distribuida en embajadas, agregadurías y otros espacios de intercambio cultural, pero sólo en el terreno especulativo.

Por su contenido y su formato, pesadamente textual y prácticamente sin acompañamiento de ilustraciones, parece claro que *SC* no era una revista que apuntaba al gran público. Si bien su precio no era excesivamente elevado, se encontraba lejos de los valores que le hubieran permitido una difusión masiva. Los repetidos pedidos de colaboración al lector y las pocas propagandas comerciales que aparecían en sus páginas, (peleterías, anilina, librerías, revistas amigas) permiten dudar del éxito editorial alcanzado por la empresa.⁸² Por el contrario, la presencia de publicidad oficial en *SC* es nutrida: a más de las propagandas explícitas de distintos organismos públicos (IAPI, diferentes ministerios, gobierno y dependencias de la provincia de Buenos Aires), en varios números la revista brinda espacio para la publicación de largas notas sin firma que difunden la acción del gobierno nacional o bonaerense.⁸³

A pesar de ello, el fluctuante ritmo de edición de *SC* y su abrupta discontinuación indican que este vínculo con las esferas de gobierno no fue suficiente: desapareció tempranamente, a fines de 1950, sin que nada hiciera

82 El de su sostenimiento financiero fue un problema compartido por varios emprendimientos editoriales durante la época peronista; compárese con el caso de *Descamisada*, *cfr.* Marcela Gené, “Descamisada. La revista imposible”, en Panella y Korn (2010).

83 “La reforma constitucional. Exposición del pensamiento oficial formulado por el ministro del interior Borlenghi, ante el Senado”; “El sistema bancario al Servicio de la Economía Nacional”, “Un rasgo revolucionario del gobierno del Cnel. Mercante: el Turismo Social”, “La Cultura al Alcance del Pueblo en la Provincia de Buenos Aires. Desarrolla una obra extraordinaria la Subsecretaría de Cultura del Ministerio de la Gobernación”, etcétera.

presagiar que el n° 7-8 sería el último.⁸⁴ Buena parte de sus integrantes continuaría vinculado a proyectos editoriales cercanos al gobierno, por lo que no parece que la razón de su final haya que buscarla en un cambio de afinidades ideológicas. Quizás el realineamiento en la orientación de la política internacional del gobierno a partir de 1950, mucho más cercana a las posiciones de EE.UU. y alejada en los hechos de la “tercera posición”, incidió en la terminación del proyecto de *Sexto Continente*.⁸⁵

¿Era entonces *Sexto Continente* una revista orgánicamente vinculada con algún “proyecto cultural” proveniente de esferas oficiales? El panorama descrito hasta aquí parece más bien apuntalar otra lectura, más matizada: la de un espacio habitado por voces y miradas mucho más diversas que las de un moncorde y cerrado discurso oficial, cuya propia existencia en este terreno debería revisarse. Quizás el error esté en pensar que la adhesión de las figuras de la cultura y el pensamiento a un movimiento político a cargo de la dirección del Estado implicaba su pura aceptación a directivas verticalmente impartidas. Es posible que su posición esté más cerca de lo que expresaba una figura cuya adhesión al peronismo fue problemática, y de quien la misma revista destacaba por su “soledad creadora y batalladora, tan distinta de la que adorna a algunos mediocres”.⁸⁶

84 En él se anunciaba la aparición en los próximos números del *México esdrújulo* de Jesús Flores Aguirre.

85 En términos concretos, los cambios implicaron un apoyo decidido a la política de Washington en la Guerra de Corea, la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y el establecimiento de acuerdos para reactivar el comercio y las inversiones de capital en el país.

86 Vicente Trípoli, reseña a *Tierra sin nada, tierra de profetas*, SC, n° 2, p. 144. Sobre la ambigua relación entre Scalabrini Ortiz y el gobierno de Perón, *cfr.* Galasso (2008).

Es Raúl Scalabrini Ortiz quien a la hora de alabar las “extraordinarias aptitudes y facultades” de “este Juan Domingo Perón con que el Destino dotó a nuestra patria en momento tan excepcional”, se siente obligado a recurrir a un sugestivo giro dialéctico:

... entre la concepción o la enunciación de una idea y su realización media un mundo de dificultades más difíciles de concebir que la idea misma [...]. La habilidad del realizar se exhibe en el conjugamiento de esas tensiones, para que se neutralicen en la concesión obligada de una posibilidad de libertad. Hay muchos actos [...] de la política interna y externa del general Perón, que no serían aprobados por el tribunal de las ideas matrices que animaron a mi generación [...] No se trata de optar entre el general Perón y al arcángel San Miguel. Se trata de optar entre el general Perón y Federico Pinedo [...]. En [ese] enfrentamiento [...] debemos cuidar nuestras apreciaciones para que no contradigan nuestras ideas generales. Debemos cuidar nuestras ideas para que no se opongan a nuestros sentimientos y cuidar nuestros sentimientos para que permanezcan adheridos al sentimiento de las grandes masas populares que llevan en sí la mayor cercanía de la verdad política.⁸⁷

87 Raúl Scalabrini Ortiz, “Palabras de esperanza para los que pueden ser mis hijos”, *SC*, n° 3-4, pp. 38-39. Según Galasso, Scalabrini estaba convencido de que la publicación de este artículo fue la razón de la desaparición de *Sexto Continente*—cuyo director, Cascella, era su amigo personal— (Galasso, 2008: 385-386). No hemos encontrado otras fuentes que avalen esta hipótesis; por otra parte, si bien la revista interrumpe su aparición después de este número, la retomará unos meses después, por tres números más.

Bibliografía

- Altamirano, C. (2001). "¿Qué hacer con las masas?", Sarlo, B., *La batalla de las ideas (1943-1973)*, t. VII. Buenos Aires, Planeta-Ariel.
- Avellaneda, A. (1983). *El habla de la ideología*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Buchrucker, C. (1987). *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Cattaruzza, A. (1993). "Una empresa cultural del primer peronismo: la revista *Hechos e Ideas* (1947-1955)", *Revista Complutense de Historia de América*, n° 19.
- . (2001). "La historia y la profesión del historiador en la Argentina de entreguerras", *Saber y tiempo. Revista de Historia de la Ciencia*, n° 12, pp. 107-139. Buenos Aires, UNSaM.
- . (2003). "El revisionismo histórico, itinerario de cuatro décadas", Cattaruzza, A. y Eujanian, A., *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960*. Buenos Aires, Alianza.
- De Arce, A., Girbal-Blacha, N. (2014). "Argentina. Revista mensual, 1949-1950. ¿Una bisagra cultural del peronismo?", *Pilquen*, vol. 17, n° 1, junio. Viedma, Universidad del Comahue.
- Devoto, F. y Pagano, N. (2004). *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Buenos Aires, Biblos.
- . (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Fiorucci, F. (2007). "La administración cultural del peronismo. Políticas, intelectuales y Estado", *Latin American Studies Center*, n° 20. University of Maryland, College Park.
- . (2009). "Los marginados de la Revolución: los intelectuales peronistas 1945-1955", *La Memoria de Nuestro Pueblo*, n° 5(54), febrero, pp. 17-21. Rosario.
- . (2011). *Intelectuales y Peronismo 1946-1955*. Buenos Aires, Biblos.
- Galasso, N. (2008). *Vida de Scalabrini Ortiz*. Buenos Aires, Colihue.
- Goebel, M. (2011). *Argentina's Partisan Past: Nationalism and the Politics of History*. Liverpool, Liverpool University Press.

- Irazusta, J. (1975). *Memorias. (Historia de un historiador a la fuerza)*. Buenos Aires, Culturales Argentinas.
- King, J. (1986). *Sur. A study of the Argentine literary journal and its role in the development of a culture, 1931-1970*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Korn, G. (s/f). "Latitud 34, una zona de frontera", *No retornable*. En línea: <<http://www.no-retornable.com.ar/v12/teatro/korn.html>>.
- Kuon Arce, E., Gutiérrez, R., Viñuales, G. M. (2008). *Cuzco - Buenos Aires. Ruta de Intelectualidad Americana (1900-1950)*. Granada, Universidad de San Martín de Porres.
- Laflaur, H., Provenzano, S., Alonso, F. (2006). *Las revistas literarias argentinas 1893-1967*. Buenos Aires, El 8vo. loco.
- Martínez Gramuglia, P. (2007). "La práctica crítica como juicio ideológico: Sexto Continente", *Question*, n° 14. La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.
- . (2008). "Presentación", *Sexto Continente*. La Plata, Archivo Provincial del Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires.
- Neiburg, F. (1988). *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires, Alianza.
- Panella, C. (comp.) (2009). *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*. La Plata, Instituto de Cultura de la Provincia de Buenos Aires.
- Panella, C., Korn, G. (comps.) (2010). *Ideas y debates para la nueva Argentina. Revistas culturales y políticas del peronismo (1946-1955)*. La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.
- Pifano, A. (2010). "La idea de unidad latinoamericana en *Sexto Continente* (1949-1950)", *Actas del II Congreso de Estudios sobre el Peronismo*. Red de Estudios del Peronismo.
- Plotkin, M. B. (1993). *Mañana es San Perón: Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista 1946-1955*. Buenos Aires, Ariel.
- Real de Azúa, C. (1977). "El modernismo literario y las ideologías", *Escritura. Teoría y críticas literarias*, n° 3, pp. 41-75. Caracas.
- Rein, R., Barry, C., Acha, O., Quiroga, N. (2000). *Los estudios sobre el primer peronismo. Aproximaciones desde el siglo XXI*. La Plata, Instituto Cultural de

la Provincia de Buenos Aires, Dirección Provincial de Patrimonio Cultural, Archivo Histórico "Dr. Ricardo Levene".

Winston, C. (1983). "Between Rosas and Sarmiento: Notes on Nationalism in Peronist Thought", *The Americas*, vol. 39, n° 3, enero.

Capítulo 6

El semanario *Marcha* entre los años cincuenta y sesenta

Entre Montevideo y Buenos Aires, el paisito y la región¹

Ximena Espeche

Introducción

A mediados de siglo XX, en el marco de lo que fue conocido como una “crisis estructural” —económica y política—, muchos de los intelectuales uruguayos que participaron en el semanario *Marcha* objetaron la imagen del Uruguay como país de excepción, y para ello abordaron diversos temas: las posibilidades de integración económica del país, el tipo de cultura que le era propia, y los vínculos económicos, políticos y culturales con sus vecinos, entre otras. *Marcha* fue el objetivo de una crítica como el objeto de una disputa: qué hacer con el Uruguay.

Pero esos cuestionamientos que abrieron una serie de diagnósticos relativos a la historia, la política, la economía y la cultura del país, y que no fueron privativos del semanario, estuvieron signados desde esta publicación en el análisis de las relaciones argentino-uruguayas, y en particular con Buenos Aires. Los *sucesos argentinos* y en especial el peronismo y su imbricación con la cultura y la política uruguayas redefinieron lo “rioplatense”, que ciertamente había tenido

1 Este trabajo retoma algunos temas abordados en “*Marcha* del Uruguay hacia América Latina por el Río de la Plata” (2010a) y “Lo rioplatense en cuestión” (2011).

peso *antes* de que la escena fuese ocupada por el peronismo y el golpe que lo derrocó en 1955.² *Marcha* gracias a esos *sucesos* se transformó en una tribuna que excedía claramente la del país de origen. La “cuestión rioplatense” supuso, entonces, varios planos entre los que se destacan los de Carlos Quijano, Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama. En otras palabras, esta cuestión, como la “latinoamericana”, fue una suerte de consenso en el disenso intelectual, y sobre ella nos detendremos.

Marcha: tiempo y espacio

Entre su fundación y clausura por la dictadura militar, *Marcha* (1939-1974) se instituyó en un faro, en agenda, tribuna y escuela intelectual en el Uruguay. En los años sesenta fue parte ineludible de la constelación político-cultural latinoamericana, cuyo objeto principal fue el de los debates en torno a América Latina, la revolución y el Tercer Mundo. Es cierto que la historia político-cultural del Uruguay no se reduce a *Marcha*, pero también lo es que el semanario es fundamental para que ella se vuelva más comprensible: ayudó a construir una “conciencia crítica” haciendo de ésta un mito duradero (Rama, 1972; De Armas y Garcé, 1997; Gilman, 1993; Rocca, 1993).

Muchos de quienes escribieron en el semanario pusieron al Uruguay, a su cultura, su política, su historia y su día a día en el foco de una mira que apuntó contra la creencia en la “Suiza de América”. Es decir, la idea de que era un lugar excepcional en una región subdesarrollada, y todo eso

2 Sobre la importancia del peronismo para la deriva “rioplatense” de *Marcha*, *cfr.* el estudio preliminar acerca de la recopilación de numerosa correspondencia y artículos que explicitan estos préstamos, diálogos y polémicas entre intelectuales argentinos y uruguayos (Rocca, 2012).

gracias al peso que había tenido el batllismo: el “sistema” que, a principios del siglo XX, habría llevado al país a condiciones que se prefiguraron como armónicas y de larga vida consignadas en una síntesis un poco exagerada como un país cosmopolita, de “clases medias”, socialmente calmo y económicamente estable.³

La “viabilidad” del Uruguay como Estado-nación —en tanto que la dimensión del futuro en el campo del desarrollo histórico, social, político, cultural y económico— se asentaba en la materialidad de esos logros y, al mismo tiempo, en la confianza de que éstos se adaptarían al paso de los años (Caetano, 1991). El contexto internacional y el lugar que ocupaba el Uruguay —en especial su vinculación con Inglaterra— hacían de él una democracia política y social acorde con esa imagen de “la Suiza de América”. La crítica al batllismo desde *Marcha*, es cierto, no fue ni uniforme ni desestimó esos logros.

Para muchos, uno de los datos certeros de la “crisis estructural” fue la victoria del Partido Blanco, y especialmente de su fracción hegemónica herrerista en las elecciones de 1958. El gobierno saliente, presidido por Luis Batlle Berres (1897-1964) entre 1954 y 1958, había hecho de la figura de su tío, Batlle y Ordóñez, una tradición sobre la que construir una línea de legitimidad hacia su propio gobierno. La victoria del Partido Blanco —en una alianza con la Liga de Acción Ruralista— se apoyaba justamente en desestimar la legitimidad del neo-batllismo a partir de lo que éste había establecido como más legítimo: el batllismo. El desarrollo

3 José Batlle y Ordóñez (1856-1929) fue el dirigente de una de las fracciones del Partido Colorado que presidió el Uruguay por dos períodos: 1903-1907 y 1911-1915. Durante los gobiernos de Batlle y Ordóñez se llevaron a cabo una serie de reformas que impulsaron el establecimiento de una democracia política y social. El partido Colorado es uno de los dos partidos llamados tradicionales en Uruguay. El otro es el partido Nacional o Blanco. El líder de la fracción mayoritaria del partido Nacional fue Luis Alberto de Herrera.

económico colaboraba para dar argumentos a quienes en 1958 asumían el gobierno. El fin de la Guerra de Corea (1950-1953) daba cuenta de los estertores de una economía que había subsistido gracias a los períodos bélicos o a sus coletazos de “entreguerras”. Esto le había dado un mínimo de industrialización aunque a expensas del sector agroexportador basado en un régimen de propiedad considerado intocable. El estancamiento de los sectores productivos, la reducción de las inversiones y el deterioro de los términos de intercambio hablaban a mediados de los años cincuenta tanto de un comercio exterior exangüe como del lugar relativo que ocupaba el país en la división internacional del trabajo: lejos, ciertamente, del país de excepción (Frega, 1993; Ruiz, 2010).

Marcha: comienzos

Fundado por el abogado Carlos Quijano (1900-1984), con la colaboración del historiador de las ideas Arturo Ardao (1912-2003) y el pedagogo Julio Castro (1908-¿1977?), *Marcha* predicó el antiimperialismo, el nacionalismo, el latinoamericanismo y el cuestionamiento a los modos de hacer política y cultura en el país.⁴ El semanario seguía —redefiniendo— la línea de otras publicaciones que Quijano había encabezado, en general vinculadas a su militancia político-partidaria, como el diario *El Nacional* y el semanario *Acción* (los últimos ligados a la agrupación que Quijano lideró, la

4 Sobre la figura de Quijano en el período ligado a los reformismos universitarios latinoamericanos *cfr.* el artículo de Natalia Bustelo en este mismo volumen. Agrego aquí que Quijano fue, entre muchas cosas, un “cronista” de la crisis, un “formador-divulgador” de teoría económica, analista político-económico y polemista insistente que definió sus posicionamientos siempre atento a una idea de coherencia (ética, ideológica y política) cruzada con una idea también de cómo operar sobre diferentes coyunturas.

Agrupación Nacionalista Demócrata Social, fracción minoritaria dentro del partido Blanco). El ánimo de *Marcha* fue el de un órgano de “formación de opinión”, de actualización cultural, de puesta al día de noticias internacionales y nacionales. En principio, no reputó como órgano de ninguna agrupación política, pero sí estuvo vinculado con las reflexiones y disputas de la izquierda no partidaria. Y excedió sus páginas para formar en los años sesenta y principios de los setenta la Cinemateca *Tercer Mundo* y la serie de publicaciones monográficas “Cuadernos de Marcha”. Entrados los años setenta, fungió como expresión del recientemente creado Frente Amplio. En 1974, la dictadura militar censuró y cerró el semanario. Quijano, Ardao y otros se fueron al exilio, y Castro fue detenido-desaparecido en 1977 (en 2012 el Equipo de Antropología Forense argentino reconoció como suyos los restos encontrados en el Batallón de Paracaidistas n° 14, en Toledo, Uruguay).⁵

Escenarios/divisorias: arena y escuela, secciones y partes

Marcha fue una arena intelectual porque uno de los ejes principales fue el de la crítica y desmenuzamiento del *statu-quo* político y cultural, en principio uruguayo, y la insistencia de que ello se lograba a partir de la formación de opinión y, ciertamente, de la polémica. Fue una “escuela” para lo que sería la llamada “generación del 45” o “generación crítica”, según dos de quienes asumieron la dirección de la sección “Literarias” del semanario, los docentes y críticos literarios

5 La ANDS comenzó como una fracción minoritaria del partido Nacional (de la que Quijano fue diputado entre 1928-1930) para definirse como un nuevo lema en 1946. Para Quijano, *Marcha* había sido una “modesta tarea de docencia” que ampliaba la acción política —“en su esencial sentido”— y que no la reducía, entonces, a la acción partidaria y electoral. “A rienda corta”, *Marcha*, n° 925, 22 de agosto de 1958, pp. 1-4.

Emir Rodríguez Monegal (entre 1945 y 1957) y Ángel Rama (entre 1959 y 1968). La existencia de dos nombres para llamar a la generación da cuenta además de una disputa por el liderazgo generacional, de otra correlativa a los modos de comprender el análisis y divulgación cultural, pero que estuvo a la vez plagada de consensos. En ambos, se trató de una generación que asumió estar, como si se dijera, “preparada para el análisis” de la crisis, y que desconfió de la “excepcionalidad” con la que hasta ese momento se había caracterizado al país. Se trató de una generación que renovó el estudio y producción cultural (narrativa, poesía, ensayo, historia, etcétera), que participó en la creación y ampliación del mercado editorial (revistas, semanarios, Feria del Libro) y que habría marcado un antes y un después respecto de la vinculación entre los artistas y el Estado (a la que consideraban como prebendaria).

Para Rodríguez Monegal, *Marcha* podía dividirse, además de en “secciones” que fueron cambiando con los años, en dos partes: una política (las “páginas de adelante”) y otra cultural (“las páginas de atrás”). Esa divisoria entre los “temas” de las “páginas de adelante” (centradas en una bajada de línea que heredaba el antiimperialismo, latinoamericanismo y nacionalismo de la ANDS) no tenía, en principio, ninguna interlocución con las “páginas de atrás”, específicamente en la férrea dirección de él mismo, que produjo un salto cualitativo —comenzado por quien fuera el primer secretario de redacción del semanario, el narrador Juan Carlos Onetti— en la crítica literaria: la importancia de la modernización de los procedimientos narrativos, el ingreso de la literatura anglosajona pero también de un muy —y tempranamente— valorado Jorge Luis Borges, y la insistencia en que había valores universales a los que la literatura local (uruguaya y/o latinoamericana) debía aspirar. La relación de la perspectiva de Rodríguez Monegal con las

apuestas teórico-críticas de la revista porteña *Sur* es un dato de parentesco indudable (Rocca, 2004 y 2006).

Habrían sido las investigaciones en historia de las ideas de Arturo Ardao las que habrían puesto más en contacto ambas partes, pero fue con Ángel Rama —también reconocido lector de *Sur*— que los temas de la parte política ingresaron en la parte cultural. Rama, un “hermeneuta de la hora”, mencionó en 1960 que la Revolución cubana había sido “el hecho cultural del año”, e insistió en reafirmar una voluntad latinoamericanista y antiimperialista sin desconocer ni mucho menos abjurar de las condiciones que hacían posible una autonomía relativa del universo de la cultura. Rama quedaba así como la avanzada de Quijano en la parte cultural. Tanto Rama como Rodríguez Monegal fueron, como una ojeada somera por las discusiones vinculadas al canon de la literatura latinoamericana del llamado “Boom” de los años sesenta puede comprobar, articuladores centrales de lo que en esos años fue objeto de discusiones constantes: qué era y cómo debería ser la crítica y la literatura latinoamericanas (Gilman, 2002; Rocca, 2006).

Quijano y el “temita” de la Cuenca del Plata

Marcha en los años cincuenta ya era muy conocida en Buenos Aires, y además, una lectura que hiciera hincapié en la sección de “Cartas de Lectores” podría ver allí casi siempre alguna firma que se situaba en Buenos Aires o aledaños. Todas las secciones se hicieron eco del peronismo como “caso” (“Literarias”, “Cine”, “Cartas de Lectores”) y esto abarca mucho más que el ingreso del tema por el “Editorial”, en general bajo la pluma

de Quijano.⁶ En definitiva, la coyuntura argentina era central para las páginas de *Marcha* y en particular para su director. El semanario se mostró así, como afirma Rocca, en un escenario productivo y maleable para intercambios que no eran necesariamente nacionales. Aunque podemos afirmar que, en efecto, en el mismo momento en que *Marcha* conquistaba un público, los *sucesos argentinos* la transformaron en un semanario más “rioplatense”, vale la pena atender a otro problema: la importancia del “tema” rioplatense había sido, al menos desde las apuestas de su director, una condición *sine qua non* antes de que en el horizonte estuviese la experiencia peronista.⁷

En otro lado acerqué un breve estudio sobre el modo en que Carlos Quijano había seguido desde siempre las propuestas de integración económica en Europa y América Latina teniendo en cuenta la importancia que éstas implicaban para la viabilidad de un país como Uruguay (Espeche, 2010b). Los editoriales dedicados a los modelos de integración económica que recuperaban como la más propicia la de la Cuenca del Plata a comienzos de los años cuarenta, por ejemplo, dan cuenta de esa estrategia planteada como una sumatoria geopolítica de círculos concéntricos: primero el Río de la Plata, después la región, etcétera.⁸ Sobre todo, la importancia regional de esas integraciones y, más aún, la atención que debía ponerse en un espacio geográfico que, según la propia institución del Estado-nación uruguayo, tenía a la Argentina y al Brasil como dos de sus principales

6 Para otra mirada sobre la perspectiva de Quijano en relación con el peronismo, *cfr.* Vior Eduardo (2003).

7 Discuto aquí la perspectiva de Pablo Rocca (2012).

8 “Panamericanismo, no; acuerdos regionales, sí”, *Marcha*, n° 57, 26 de julio de 1940, pp. 1-4.

garantes.⁹ Para Quijano, la cuestión siempre había estado en defender la autonomía del país (la “patria chica”) teniendo en cuenta la posibilidad de que ella fuera incorporada a una —todavía por construir— “patria grande”.

Esta referencia es útil porque hace evidente la importancia de esa relación entre Uruguay, Argentina y Brasil (especialmente entre los dos primeros), la historia que la nutre y la conflictividad que encierra. Entonces, mirar hacia la otra orilla era fundamental porque justamente el peso de la coyuntura permitía hacer ingresar el “tema argentino” para reflexionar sobre Uruguay (y con el tema “latinoamericano” pasaba lo mismo). Cuando Quijano escribió sobre los fusilamientos que llevaron a cabo fuerzas de la policía bonaerense contra una serie de personas acusadas de ser militantes peronistas y de haber estado vinculadas al levantamiento del teniente general Valle en José León Suárez (provincia de Buenos Aires), ponía el eje en el pasado —considerado común— para pensar el presente y reflexionar sobre el futuro.¹⁰ Ese pasado fue el que Ardao sintetizó afirmando que la “ex provincia del antiguo Virreinato del Río de la Plata” había sido “tributaria de los centros de cultura trasplatenses” y que ello habría terminado, “la verdadera bifurcación universitaria y cultural de los dos países del Plata”, con la batalla de Caseros.¹¹

9 La concepción de “Estado tapón” proviene del análisis del origen de Uruguay como cuña entre Argentina y Brasil; esto es, a partir de la firma del tratado preliminar de paz en 1828 por parte de estos dos últimos países, y cuyo garante había sido Inglaterra.

10 Sobre esos fusilamientos, el escritor y periodista argentino Rodolfo Walsh escribiría su ya conocida obra *Operación masacre*. La totalidad de los números de *Marcha* puede consultarse en: <<http://www.periodicas.edu.uy/>>.

11 Otro tema sería el de definir si, en efecto, fue en Caseros donde se produjo esa final separación y no más bien con el fin de la Guerra del Paraguay. Arturo Ardao, “La independencia uruguaya como problema”, *Uruguay. Las raíces de la independencia, Cuadernos de Marcha*, n° 4, agosto de 1967, pp. 83-96.

En el editorial de Quijano “Estas manchas de sangre”, los acontecimientos repercuten y amplifican problemas que se ven en una línea temporal que aúna pasado (el período rosista, el fusilamiento de Dorrego, el peronismo), con presente (los fusilamientos de la Revolución libertadora) y futuro (el desarrollo de los acontecimientos argentinos, las relaciones entre ambas orillas). Y que además, no parecen implicar un lugar residual de Uruguay para con Argentina, sino el reconocimiento de una historia compartida. Es cierto que Quijano siempre tuvo en cuenta una fraternidad también conflictiva y que, en algunas coyunturas particulares, evaluó como la incidencia “sub-imperial” de Argentina para con Uruguay.¹² Insistió a lo largo de toda su vida en el tema de la región, tal como lo haría en un editorial titulado “La Argentina y nosotros”, donde lo rioplatense parecía estar signado por grandes esperanzas y, también, grandes peligros.¹³ Aunque no nos detendremos aquí en ello, vale la pena apuntar que las insistencias no necesariamente suponen afirmaciones idénticas sobre los mismos temas, siempre atendía —siguiendo una serie de temas y enfoques— a la coyuntura.

12 Carlos Quijano, “Morir oriental”, *Marcha*, n° 1309, 9 de febrero de 1968, p. 2. Sobre la conflictividad de las relaciones argentino-uruguayas durante el peronismo, en particular el análisis sobre la interpretación de las relaciones de Argentina para con Uruguay como los intentos fallidos de diversas administraciones (como la de Bartolomé Mitre en los albores de la Guerra del Paraguay) por reestablecer los antiguos dominios del Virreinato del Río de la Plata; *cfr.* Oddone (2004).

13 Carlos Quijano, “La Argentina y nosotros”, *Marcha*, n° 844, 21 de diciembre de 1956, p. 1.

Rodríguez Monegal y Rama: entre la generación del 45 y la generación crítica

Rodríguez Monegal y Rama fueron contendientes en casi todo, y especialmente en los enfoques ideológico-metodológicos sobre la crítica literaria, y no por la falta o sobreexposición de literatura latinoamericana en las páginas del semanario. Rodríguez Monegal defendió el trabajo de la crítica en el estudio y/o recupero de la producción de los mejores en el que no entraba el peso de la historia. Jorge Luis Borges funcionó en su crítica como un parámetro ineludible a la hora de pensar a la literatura como una “máscara de la identidad” que se reproducía a sí misma teniendo como fuentes más literatura, y de cualquier lugar, sin pensar que fuese una suerte de reflejo del medio. Rama, por el contrario, supuso que la literatura y la crítica se desenvolvían y estaban afectadas en y por la historia, pero sin dejar de reflexionar sobre las especificidades de la práctica literaria: la literatura no podía ser vista como una experiencia pura del lenguaje.

Rama defendió su interés por el pasado como modo de transformar el presente oponiéndose a lo que consideraba en Rodríguez Monegal era un interés por un pasado evocativo. Para este último, el Sur fue una suerte de complemento del Norte, porque la autonomía de la literatura hispanoamericana era imposible. En cambio, para Rama, el Sur podía volverse Norte porque la literatura se reintegraba a la dinámica general en contacto con la serie social, y esto la dotaba justamente de autonomía. Si para Rodríguez Monegal el Sur funcionaba como un complemento, era porque la utopía de la unidad latinoamericana no había tenido en él la determinación política de Rama (Rocca, 2006: 195).

Estos modos disímiles de enfocar la crítica literaria también tiene un correlato en el modo en que cada uno explicó,

caracterizando, porque eran parte de una generación a la que también nominaron de distinta manera. La disputa por el nombre de la generación fue gradual, y fue también adquiriendo mayor peso al tranco de la recepción y peso específico que fue teniendo la Revolución cubana en los posicionamientos intelectuales —leídos bajo la matriz del “compromiso”—. Es decir, cuando pareció ser indiscernible que ser intelectual y de izquierda pareció constituir un pleonasma (Gilman, 2002).

Rodríguez Monegal y Rama, al principio disconforme con el término y lo que éste suponía, usaron una categoría ya cristalizada gracias a las teorías de José Ortega y Gasset, un visitante ilustre de las ciudades del Río de la Plata, de su discípulo Julián Marías y de otras reflexiones en boga vinculadas a los estudios e historias literarias entre los años cuarenta y cincuenta del siglo XX (que discutieron y/o ajustaron a la de los dos primeros).¹⁴ Para Ortega y Gasset (1923) el flujo de la historia era posible a través de las generaciones, porque se trataba de un método y una forma específica de comprender el transcurrir de la historia: “el gozne sobre que ésta ejecuta sus movimientos”. Agrupaba entonces a “los hombres de su tiempo” y era mensurable de acuerdo con dos factores: la edad (la fecha de nacimiento) y según el contacto vital entre sus integrantes.

Tanto para Rodríguez Monegal como para Rama, cada generación tenía así tres etapas (de gestación, gestión y

14 Entre otros, *cfr.* Emir Rodríguez Monegal, “Sobre las generaciones literarias”, *Marcha*, n° 526, 5 de octubre de 1951, pp. 14-15 y *Literatura uruguaya de medio siglo*, Montevideo, Alfa, 1966; Ángel Rama, “Generación va, generación viene”, *Revista Clinamen*, n° 5, mayo-junio, Montevideo, 1948, pp. 52-53; “Testimonio y confesión y enjuiciamiento de 20 años de literatura uruguaya”, *Marcha* N° 966, segunda sección, 3 de julio de 1959, pp.16B- 22B y 30B-31B, p. 16B pero también en “Lo que va de ayer a hoy”, *Marcha*, n° 1220, año XXI, 28 de agosto de 1964, pp. 2-9, p. 2, y con mayor despliegue en “La conciencia crítica”, *Enciclopedia Uruguaya*, Montevideo, n° 56, noviembre de 1969.

retirada), cuya periodicidad era mensurable en aproximadamente quince años cada una. Y para ambos las generaciones se agrupaban de acuerdo con una suerte de pauta vital, el peso de las experiencias que definían de este modo las lecturas, los cruces y trayectorias, los problemas considerados comunes y centrales.¹⁵ Si uno de los principales aglutinadores generacionales fue el de la “crisis”, necesariamente este aglutinante no funcionó de igual modo ni al mismo tiempo para cada uno de ellos. Pero lo que sí fue común fue que al asumir que la “crisis” era la marca generacional, la propia generación quedaba legitimada para el diagnóstico y las propuestas de acción.

Rodríguez Monegal: la “cortina de lata” y la República de las Letras

Montevideo era a mediados de los años cincuenta una ciudad que parecía dar buena cuenta de la adaptación periférica al capitalismo y, sobre todo, era una ciudad que parecía haber sido construida gracias a la impronta del battlismo: cosmopolita, de clases medias, culturalmente despierta y ávida de sensaciones y receptora de exilados de todo el mundo. En 1936, la Guerra Civil Española había traído a varios; el peronismo había hecho lo propio con algunos argentinos.¹⁶ Esa recepción de exilados parecía darle, como una suerte de “confirmación”, la imagen de “resguardo de la civilización” frente a regímenes despóticos (es decir, recortaba su imagen en la ciudad que había acogido a los exilados del romanticismo rioplatense durante el rosismo).

15 Cfr. en principio, Emir Rodríguez Monegal, “Sobre las generaciones literarias”, *op. cit.*, y Ángel Rama, “Generación va, generación viene”, *op. cit.*

16 En el caso español, la actriz Margarita Xirgú y el filósofo José Bergamín; en el argentino, los historiadores José Luis Romero y Emilio Ravignani.

Según un estrecho colaborador de *Marcha*, en Buenos Aires el semanario se recibía de forma asidua. Y, tal como lo muestran una serie de entrevistas a ciertos intelectuales porteños, muchos de ellos la contaban como una publicación infaltable (Alfaro, 1988). El escritor argentino Tomás Eloy Martínez (1985) decía que a fines de los años cincuenta “las páginas culturales de la revista *Marcha* y de los diarios *El País* y *El Día* que se publicaban en Montevideo, se convirtieron en la única brújula de referencia crítica para los jóvenes creadores de la Argentina”. Y *Marcha* excedió, como tribuna, el territorio. Por ejemplo los hermanos David e Ismael Viñas —jóvenes estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, renovadores de la crítica literaria y antiperonistas, pero para quienes la Revolución libertadora había abierto una hendidura irreconciliable en esa entente antiperonista—, firmaban varios artículos y también utilizaban el semanario como arena para sus propias disputas.¹⁷

Un recorrido por las páginas de *Marcha* en el período que va de 1955 a 1958 permite ver el modo en que sobre todo, desde la sección “Literarias” que dirigía en ese entonces Rodríguez Monegal, parecía recuperarse un ámbito común, una *República de las Letras* que tenía como identidad primordial el Río de la Plata. No en vano, afirmó en el conjunto de ensayos conocidos como “El juicio a los parricidas”, que la “cortina de lata” se había caído y que, entonces, dos generaciones separadas por ella se reencontraban para

17 Cfr. por ejemplo la carta que David Viñas le escribiera al crítico teatral Carilla (quien había publicado en otro sitio una mala crítica a una obra de Viñas recientemente estrenada) y la breve polémica entre Roberto e Ismael Viñas por la actuación del historiador José Luis Romero en la Sociedad Argentina de Escritores. Viñas David, “Una carta polémica”, *Marcha*, n° 900, 14 de febrero de 1958 (en respuesta a una crítica de J. J. Carilla por el estreno en Buenos Aires de su obra *Sara Goldman*). Ismael Viñas, “La confusa situación argentina”, *Marcha*, n° 831, 22 de septiembre de 1956. Roberto, “El caso Sábato y la libertad de prensa”, *Marcha*, n° 829, 7 de septiembre de 1956.

conocerse y analizarse mejor.¹⁸ La metáfora volvía sobre la “cortina de hierro” que hacía de la Berlín de posguerra dos ciudades. Como analogía, le servía a Rodríguez Monegal para justificar en un mismo movimiento el análisis de sus contemporáneos de la otra orilla, para marcar diferencias entre ambas generaciones pero, también, para hacer de Buenos Aires “objeto” de análisis, y —tal como lo muestran otros espacios dentro del mismo semanario— una “enclave” de la propia publicación.¹⁹

Esa “otra orilla” porteña funcionaba entonces como algo que se había, como si dijéramos, recuperado para pensar una comunión intelectual, pero para pensarla realizando el análisis de sus componentes. El término “generación” y, luego, el de “parricidas”, venía a disponer el juego de forma tal que fuera (o intentara ser) legible en todas sus facetas. Los “parricidas” le permitían mostrar en espejo la que consideró necesaria autonomía que debía dársele a la literatura, porque a esos parricidas “no les interesa el valor literario por sí mismo”, y porque omitían en sus análisis “lo literario esencial”. Estas marcas suponían una separación respecto del “concepto de la crítica tal como se la ejerce en esta orilla”. Era, así, un modo de diferenciación factible —¿deseable?, ¿necesaria?— entre los intelectuales del Río de la Plata.

18 El texto se publicó en cuatro números de *Marcha* a fines de 1955 y comienzos de 1956. Fue reeditado en Argentina ese mismo año. En el texto, Rodríguez Monegal hizo un relevamiento de la producción de los nuevos escritores-intelectuales porteños: Héctor A. Murena, Ismael y David Viñas, Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Kusch, León Rozitchner, Adolfo Prieto, Noé Jitrik, Ramón Alcalde, Juan José Sebreli, entre otros. Muchos estaban nucleados en torno de revistas tales como *Contorno* y/o se agrupaban por ser estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es un estudio que, visto en perspectiva, definió varios de los más reconocidos ejes de análisis sobre la generación de los “contornistas” o los “denuncialistas”, cuestión que ameritaría un estudio aparte.

19 Cfr. la sección “Buenos Aires” dirigida por el argentino César Fernández Moreno en 1957, en la que se informaba de la cartelera teatral y cinematográfica porteña, entre otras noticias y polémicas culturales.

Ángel Rama: comparaciones generacionales

Si para Rodríguez Monegal, una vez caída la “cortina de lata”, la *República de las Letras* podía completarse con la generación de escritores argentinos, para Ángel Rama lo que había que recordar ya después de 1959 era menos la *República de las Letras* que la posibilidad concreta de recuperar Argentina en tanto que partícipe de una unidad política-cultural. Allí, la mención de “rioplatense” adquiriría sentido estratégico (y con esto Rama reafirmaba los lineamientos del director del semanario): de la región al continente (Rama, 1972: 135; Gilman, 2009: 161-190).

El debate por cómo nombrar a su generación estaba en consonancia con disputas que se arrastraban de tiempo antes, pero que a la luz de su nueva posición en el semanario suponían definir que era imposible considerar dos “partes” (política-cultural) sino una sola, que atendiese a las tensiones inherentes entre ambas, a la luz de una disputa constante contra el imperialismo y la reacción conservadora. Con motivo de la celebración del vigesimoquinto aniversario del semanario, en 1964, el último número de agosto tenía una segunda sección cuyo motor principal fue el de revisar el pasado de *Marcha* y de “Literarias”, pero como si se tratase de una plataforma para el futuro. Y esa ligazón estuvo organizada bajo un rezo particular “Hacia una cultura nacional”.

En el ensayo de Rama titulado “Lo que va de ayer a hoy” (y que fue seminal para lo que luego desplegó con mayor atención en *La conciencia crítica* de 1969 y, ya definitivamente, con *La generación crítica*), la generación y *Marcha* se volvieron una entente: leyendo, oponiéndose, negándola, escribiendo y así “se formó una generación”, y se llamaba “de *Marcha*”. Rama incluyó al semanario en un entramado de *continuo* generacional que podía tener a su vez

ramificaciones variadas, pero sobre todo sustentadas en una “espinas dorsal” antiimperialista que volvía, siempre, al semanario.²⁰ Y, especialmente, renegó del nombre que Rodríguez Monegal había elegido porque, decía, estaba mal usado, porque nunca podría dar buena cuenta de la correspondencia entre un nuevo tipo de problemas y un nuevo grupo de escritores: el número no ayudaba en nada porque supuestamente no ayudaba a revisar procesos sociales y políticos. Y, en particular, no permitía ligar a esa generación con otras contemporáneas del resto del subcontinente, en especial con la de Argentina. Este último punto, sin plantearlo directamente, parecía desestimar el ensayo de Rodríguez Monegal sobre los parricidas. En definitiva, el cambio a la propuesta que aquí detallaba Rama le permitiría, finalmente, lograr una transformación que fue parte de su producción como crítico, la de transformar la historia intelectual uruguaya en un fenómeno para nada extraño en comparación con otras de la región.²¹ Otra forma de alegar su no excepcionalidad.

Bibliografía

Alfaro, H. (1988). *Navegar es necesario*. Entrevistas de Claudia Gilman a David Viñas, Noé Jitrik y Roberto García Lupo, entre otros. Montevideo, inédito.

Caetano, G. (1991). “Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario”, Achugar, H. y Caetano, G. (comps.), *Identidad uruguaya ¿mito, crisis o afirmación?* Montevideo, Trilce.

De Armas, G. y Garcé, A. (1997). *Uruguay y su conciencia crítica: intelectuales y política en el siglo XX*. Montevideo, Trilce.

Espeche, X. (2010a). “*Marcha del Uruguay hacia América Latina por el Río de la*

20 “Lo que va de ayer a hoy”, *Marcha*, op. cit.

21 *Ibíd.*, p.7.

- Plata”, Altamirano, C. (dir.), *Historia de los intelectuales de América Latina. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, pp. 211-234. Buenos Aires, Katz.
- . (2010b). “Morir o vivir ‘oriental’. Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y el problema de la integración latinoamericana y revolucionaria de Uruguay”, *Revista Contemporánea*, n° 1. Montevideo, Universidad de la República.
- . (2011). “Lo rioplatense en cuestión”, *Cuadernos del CILHA*, año 12, vol. 14, mayo, pp. 154-172. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.
- Frega, A. (1993). “Como el Uruguay no hay. Consideraciones en torno al Estado ‘neobatllista’ y su crisis”, *Encuentros. Revista de Estudios Interdisciplinarios*, n° 2, pp. 91-103. Montevideo, CEIL/CEIU/FCU.
- Gilman, C. (1993). “Política y cultura: *Marcha* a partir de los años 60”, *Nuevo texto crítico*, vol. VI, n° 11, primer semestre, pp. 153-186. California, Stanford University.
- . (2002). *Entre la pluma y el fusil. Dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- . (2009). “El factor humano y una rivalidad histórica: Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal”, Maíz, C. y Fernández Bravo, A., *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina*, pp. 161-190. Buenos Aires, Prometeo.
- Martínez, T. E. (1985). *Ángel Rama o el placer de la crítica*. En línea: <<http://www.sololiteratura.com/ramaeloymartinez.htm>>.
- Oddone, J. (2004). *Vecinos en discordia*. Montevideo, El Galeón.
- Ortega y Gasset, J. (1923). “El tema de las generaciones”, *El tema de nuestro tiempo. La rebelión de las masas* (1992). México, Porrúa.
- Rama, Á. (1972). *La generación crítica*. Montevideo, Arca.
- Rocca, P. (ed.) (2012). *Revistas culturales del Río de la Plata. Diálogos y tensiones (1945-1960)*. Montevideo, Universidad de la República-CSIC.
- . (1993). “35 años en *Marcha*”, *Nuevo texto crítico*, pp. 3-151. California, Stanford University.
- . (2004). “Sur y las revistas uruguayas”, *Revista Iberoamericana*, vol. LXX, n° 208-209, julio-diciembre, pp. 811-824.
- . (2006). *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: Dos caras de un proyecto latinoamericano*. Montevideo, Banda Oriental.

- Ruiz, E. (2010). "El Uruguay próspero y su crisis. 1946-1964", Frega, A. *et al.*, *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*. Montevideo, Banda Oriental.
- Vior Eduardo, J. (2003). "Perder los amigos, pero no la conducta. Tercerismo, nacionalismo y antiimperialismo; *Marcha* entre la revolución y la contrarrevolución (1958-1974)", Moraña, M. y Machín, H. (eds.), *Marcha y América Latina*, pp. 79-122. Pittsburg, Universidad de Pittsburg.

Capítulo 7

¿El CEFyL del relevo?

La revista *Centro* durante el posperonismo¹

Luciano Barreras

¿Borrador de *Contorno*?

Las referencias a la revista *Centro*² han señalado reiteradamente su vinculación con el proyecto de *Contorno*,³ su

- 1 Algunos fragmentos (en general en una versión más extensa) de este texto fueron publicados en "La revista *Centro* en el tránsito de los 50 a los 60", *Cuadernos del Sur*, n° 42, Bahía Blanca, 2015. En el presente trabajo ampliamos algunas referencias en torno al "relevo" universitario y a la relación con los "mayores".
- 2 Publica catorce números entre noviembre de 1951 y el cuarto trimestre de 1959, cuando su último número es acusado de inmoralidad y secuestrado por el contenido del cuento "La narración de la historia", de Carlos Correas. Surgida del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras (CEFyL) de la UBA, se plantea desde el principio como un espacio antiperonista, que mantiene continuidad con la tradición reformista expresada en *Verbum*, anterior revista del centro de estudiantes. Junto a los sectores que ven al reformismo como una herencia apropiable, encontramos también un sector estudiantil humanista católico y antiperonista, lo que da cuenta de su carácter frentista. Por sus páginas pasan firmas que se harán conocidas con el correr de la década (y que por entonces circulaban como alumnos por las aulas de la Facultad): Ramón Alcalde, Jaime Rest, David e Ismael Viñas, Oscar Masotta, Darío Cantón, Eliseo Verón, Tulio Halperin Donghi, Adolfo Prieto, Juan José Sebrelli, Jorge Raúl Lafforgue, Adelaida Gigli, Ana Goutman, Noé Jitrik, León Rozitchner, Regina Gibaja, Carlos Correas y Francisco Urondo entre otros. Sobre *Centro* cfr. Warley y Mangone (1984: 40-51).
- 3 *Contorno* publica diez números (los seis últimos dobles) y dos *Cuadernos* entre noviembre de 1953 y abril de 1959. Desde el n° 1 Ismael Viñas ocupará la dirección (y además aportará, junto con Susana Fiorito, los fondos para la edición), a la que se sumará, a partir del segundo, David Viñas. En el n° 5/6 aparece un comité de redacción confirmado por el núcleo central de la revista: los hermanos Viñas, Noé Jitrik, Adelaida Gigli, Ramón Alcalde y León Rozitchner, al que se sumará

carácter de “borrador” o “antecedente” de esta última, más precisamente. Los trabajos señeros de Oscar Terán presentan a ambas revistas como puntos de origen de una nueva intelectualidad, aludida como franja denunciacionista o crítica, diferenciada tanto respecto de sus “padres” liberales como respecto del peronismo mandante (así como del antiperonismo en el poder después de septiembre de 1955). La versión más sofisticada de esta tesis aparece formulada en términos del “efecto Prygogine”, según el cual el “Dios fuerte” de la Revolución, y el “Príncipe débil” encarnado por la baja institucionalidad política (estatal, de organizaciones sociales o partidos políticos) otorgan una gran libertad a la producción intelectual —e incluso la sobredimensionan—. Así concluye Terán:

Se ofrecerían, a partir de ello condiciones aptas para el perfilamiento más nítido de una zona cultural segregada institucionalmente del poder político y auto-legitimada ideológicamente en dicha marginalidad por el hecho de que sus miembros no se solidarizan con el pasado liberal de sus antecesores pero tampoco se sienten parte de la cultura peronista (Terán, 2013: 202).⁴

Adolfo Prieto en el último número doble. Además del grupo nucleado en el comité de redacción, hay presente otros dos: el trío compuesto por Oscar Masotta, Juan José Sebrelli y Carlos Correas (caracterizados por un marcado sartrismo y una simpatía por el peronismo) y, en los primeros números, un sector cercano a Murena y a Martínez Estrada conformado por Rodolfo Kusch y Francisco Solero. Hay además colaboradores esporádicos que provienen de la militancia estudiantil en el Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, como Eliseo Verón (quien por entonces firmaba como Ernesto Verón Thirión), Tulio Halperín Donghi y Rodolfo Pandolfi. Sobre *Contorno* ver los trabajos mencionados en la nota respectiva, así como los que se incluyen en la bibliografía al final de este tomo.

- 4 En un texto anterior Terán (1986: 225) había expuesto una tesis similar, según la cual “por no estar sujeta a una interpretación partidaria, ni a una estructura institucional, ni a una fuerte tradición cultural, los intelectuales de aquella franja conformaban una suerte de capa flotante capaz de

De estas caracterizaciones resulta una imagen que explicita un humor generacional de “ajuste de cuentas” (con los liberales, así como también con la izquierda tradicional) que se tramitaría primero en una clave literaria que, luego de la caída del peronismo, viraría cada vez más hacia un registro teórico-político (e incluso político a secas si se considera la adhesión a la campaña que termina conduciendo a la presidencia a Arturo Frondizi).

Sin desconocer la validez de los rasgos enumerados a la hora de situar históricamente a la “franja denunciadora”, su proyecto cultural y su actitud respecto de quienes los antecedían (su “parricidio” ya sea de padres liberales o comunistas, así como su distancia respecto del peronismo), sostenemos que esta imagen está fundamentada especialmente en *Contorno*, en cómo se la pensó sobre todo a partir de principios de los años ochenta cuando comienza a constituirse en objeto de interés historiográfico.⁵ Dicho de otro modo: el objetivo de este capítulo no consiste en rechazar esta caracterización, en cuya estela se han escrito valiosos trabajos

mostrar una versatilidad y desprejuicio mayores ante la reinterpretación del peronismo que la que se manifestaba no sólo desde el liberalismo, sino también desde la izquierda tradicional”.

- 5 En los primeros números de *Punto de Vista* encontramos un interés por la publicación que no cesará de crecer en los años siguientes y cuyo resultado será una profusa bibliografía que podemos ordenar, en líneas generales, en un doble registro: aquellos trabajos interesados en la renovación de la crítica literaria operada en los primeros seis números de la revista, por un lado; por el otro, las investigaciones orientadas a pensar el vínculo entre intelectuales y política en los años sesenta, que trabajan especialmente los últimos cuatro números. Ejemplo de lo primero es “Los dos ojos de *Contorno*” de Sarlo (2007), publicado originalmente en 1983 en *Revista Iberoamericana*, así como “Panorama de la crítica” de Cella (1999). En el segundo registro encontramos los textos de Terán ya mencionados, así como *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, de Sigal (2002), y la lista dista de ser exhaustiva.

como los de Avaro y Capdevila (2004)⁶ y Acha (2008),⁷ por mencionar dos ejemplos. Lo que se busca, por el contrario, es resaltar aspectos de *Centro* que han quedado un tanto desdibujados por la poderosa imagen irradiada a través de la reconstrucción histórica del itinerario de la “franja denunciante”, especialmente en *Contorno*. Sostendremos entonces que si bien no se puede soslayar esta línea interna “parricida” que luego desemboca en *Contorno*, sin embargo en los catorce números de *Centro* encontramos numerosas marcas textuales a partir de las cuales se puede plantear una continuidad con la tradición liberal (en el amplio sentido en el que se utiliza el término en las investigaciones arriba citadas)⁸ al interior de la universidad. Continuidad no exenta de incomodidades y diferencias, pero que conserva esas disidencias dentro de un plano interno, sin rupturas fuertes ni “parricidios”.

- 6 La investigación plasmada en este trabajo está construida sobre el presupuesto de la existencia de un grupo generacional “denunciante” que realiza una serie de definiciones y balances críticos en torno a la cultura argentina. Si bien las autoras toman intervenciones procedentes de varias revistas (*Contorno*, *Centro*, *Las ciento y una*, *Ficción*, *Liberalis*, *Fichero*, *Ciudad y Buenos Aires Literaria*) las firmas de todas las intervenciones compiladas y comentadas coinciden las del núcleo central de *Contorno* (el comité editor) más Masotta, Sebrelli y Correas, también contornistas (con la única excepción de la nota editorial de *Las ciento y una*, redactada por Murena).
- 7 Aquí encontramos también la preocupación por determinar las características y alcances del mentado proyecto generacional. Se sostiene, en este contexto, que *Centro* “anticipa los rasgos esenciales de *Contorno*” y que a partir de la salida de esta última, “ambas revistas constituyen espacios de circulación de los manifiestos de la nueva generación en gestación” (p. 158).
- 8 Como ha señalado Fiorucci (2011: 153), durante los años del peronismo, el liberalismo funciona como un aglutinante del mundo intelectual antiperonista: “una de las consecuencias de la emergencia del peronismo (posiblemente no buscada) fue hacer que el liberalismo volviera a adquirir un rol preponderante en ciertos ámbitos del campo intelectual, como un discurso de consenso e incluso una identidad, al menos hasta septiembre de 1955”. Se trata además de un término que, al menos parcialmente, era utilizado por varios de los actores aquí involucrados (especialmente los integrantes de la “franja denunciante”) para diferenciarse de sus mayores, como lo atestigua la gran cantidad de impugnaciones en esta clave que aparecen en sus publicaciones. Cfr. por ejemplo Osiris Troiani, “Examen de conciencia”, *Contorno*, n° 7/8, 1956, pp. 9-11 y León Rozitchner (1959), “Un paso adelante, dos atrás”, *Contorno*, n° 9/10, 1959, pp. 1-15.

El CEFyL a comienzos del peronismo

Antes de explayar algunas de estas marcas textuales, resulta de utilidad repasar los antecedentes de la configuración político-estudiantil de la que surge *Centro*.⁹ En principio, habría que recordar que las organizaciones estudiantiles, entre las que se cuenta visiblemente el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras (CEFyL), habían tenido una intensa actividad política durante los años 1945, 1946 y principios de 1947, cuyos puntos destacados fueron la “primavera democrática” de comienzos de 1945 (cuando se inicia un proceso de normalización universitaria que tiende a devolver la autonomía a las universidades y durante el cual el reformismo gana las elecciones estudiantiles y ocupa consecuentemente los centros), el conjunto de protestas que siguen a la represión de una manifestación que festejaba la rendición de Japón, que concluyen en tomas de sedes universitarias, a las que el Poder Ejecutivo responde con clausuras y, por último, la adhesión a la Unión Democrática en ese mismo año de 1945. La derrota de esta última en las elecciones de febrero del año siguiente significó un duro golpe para todas las organizaciones estudiantiles. Sin embargo, la actividad continuó en un clima enrarecido por la renovada intervención de las universidades así como por las numerosas cesantías, despidos y renunciaciones de profesores durante ese año.¹⁰ El proyecto de ley universitaria fue el detonante de una nueva ola de protestas que culmina con una huelga estudiantil que suponía la no asistencia a las mesas

9 Me baso principalmente en la reconstrucción propuesta por Warley y Mangone (1984) y en los capítulos pertinentes presentes en Buchbinder (1997).

10 Hacia fines de 1946 el número, entre cesanteados y renunciados, ascendía a 1.250, una tercera parte del cuerpo profesoral de las universidades nacionales, según los datos aportados por Mangone y Warley, *op. cit.*, p. 25. Sigal (2002: 32) proporciona números precisos para la Universidad de Buenos Aires: 32 fueron cesanteados y 116 renunciaron durante 1946.

de exámenes, lo que determinó el debilitamiento paulatino de la medida de fuerza, que va a ser levantada por la Federación Universitaria Argentina (FUA) en diciembre de 1946. La promulgación de la ley universitaria en 1947 dio el golpe de gracia al movimiento estudiantil, ampliamente derrotado: ese año la FUA será ilegalizada y su presencia en los años inmediatamente posteriores será limitada y clandestina. La actividad será reiniciada recién a comienzos de la década de 1950, en concomitancia con las primeras señales de agotamiento económico del gobierno peronista, y en torno a una agenda marcada por conflictos como el asesinato del dirigente estudiantil comunista Jorge Calvo y la detención del estudiante de Química, Ernesto Bravo (quien logra su libertad un tiempo después), así como por el nuevo impulso logrado por los sindicatos estudiantiles impulsados por Perón para competir con los centros de estudiantes reformistas —como la Confederación General Universitaria (CGU)—. El caso de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, de donde surge *Centro* —cuyo primer número aparece en noviembre de 1951— es particularmente importante en tanto se trató de una de las pocas facultades (junto con Derecho) en donde, además de discutir las condiciones generales de funcionamiento surgidas de la ley universitaria y de la Constitución de 1949, se discuten también los contenidos curriculares de las carreras, habida cuenta del papel preponderante que jugaron los sectores nacionalistas y católicos luego de la expulsión de buena parte de los profesores liberales. Esto determina una característica adicional del objeto aquí en cuestión: si normalmente las revistas funcionan como espacios de sociabilidad en los que es posible acumular capital social y cultural, este aspecto está hipertrofiado en *Centro*, dada la situación “anormal” en la que el grueso de los profesores prestigiosos se encuentran afuera de la universidad, lo que determina en ellos una actitud de

mayor apertura hacia los sectores estudiantiles en los que la identidad reformista sigue siendo importante, y que además ocupan el Centro de Estudiantes, envían representantes a la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) y editan la revista. Dicho de otro modo: la situación de buena parte del *staff* profesoral, con alto reconocimiento pero afuera de la universidad, junto con el papel político e intelectual que desde el Centro de Estudiantes se pretende cumplir, propicia un “diálogo de generaciones” que facilita a los jóvenes un capital social e intelectual mucho mayor. Algo de esto reconoce Miguel Murmis (en Toer, 1988: 24) en una entrevista:

Nosotros teníamos un referente que eran los intelectuales que habían quedado afuera de la universidad. Muchos de ellos, en las épocas en que se podía daban cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores, que utilizaba el edificio de la Sociedad Científica Argentina... incluso se daba un tipo de relación personal que no teníamos para nada en la Universidad, éramos amigos de esa gente, íbamos a la casa, nos prestaban libros. Nuestra vida intelectual transcurría en relación a esta gente.

La hipótesis que guía la lectura de *Centro* aquí propuesta supone que las redes de sociabilidad y alianzas político-intelectuales surgidas de esta coyuntura serán de importancia unos años después, cuando se reorganice la universidad, tras la caída de Perón. Una consecuencia lógica de esto es que la continuidad aquí tramada limita la extensión de la caracterización “parricida” al interior de esta generación a un grupo, el que conformará *Contorno*. En contraste, otros sectores de esta generación mantendrán una relación menos polémica con los mayores y varios de ellos apostarán, llegado el caso, a una universidad “modernizada”.

Centro como revista institucional

En los primeros diez números, aquellos que coinciden con el peronismo en el poder (el grueso del contenido del n° 10 ya estaba elaborado cuando se produce el golpe de 1955), estos vínculos no se suelen explicitar en el contenido de los artículos (muy cercanos al registro monográfico y con temas exclusivamente académicos, por lo que la actualidad política queda excluida),¹¹ sino en las secciones periféricas de la publicación (aquellas dedicadas a dar cuenta de la actividad del CEFyL o a reseñar las novedades editoriales del mundo intelectual inmediato) así como en el elemento visual, en la diagramación. Respecto de esto último, ya desde el diseño de tapa encontramos una propuesta que podríamos caracterizar como ordenada y mesurada (y que contrasta claramente con la que tendrá *Contorno*):¹² se organiza

-
- 11 Rasgo que *Centro* comparte con una revista como *Imago Mundi* que, en tanto publicación de intelectuales liberales y socialistas (en especial Romero) excluidos de la Universidad peronista, podría pensarse como complementaria del proyecto de *Centro*. Volveremos sobre esto más adelante. Por otro lado, el rasgo monográfico y especializado del contenido puede también interpretarse como un compromiso por producir conocimientos de excelencia, algo que, según los participantes de esta experiencia, no se encontraba ni en la Universidad peronista ni en sus publicaciones.
 - 12 En donde el diseño es desmesurado y más bien primitivo: dos columnas con poco margen entre sí, márgenes exteriores también exiguos, así como poco espacio entre artículos, que pueden incluso comenzar en la parte inferior de la hoja. Esto, sumado a la ausencia casi total de imágenes, genera la impresión de dos "cintas" continuas de palabras que ocupan la totalidad de la publicación. David Viñas sostiene en un reportaje que la diagramación fue copiada de *Las ciento y una* (revista dirigida por H. A. Murena, cuyo único número sale a la luz en junio de 1953 y en la que participan varios de los que más adelante formarán parte de la experiencia de *Contorno*) algo que salta a la vista ni bien se las coteja: doble columna, similar disposición de artículos (que pueden comenzar a mitad de página), exiguos márgenes exteriores, similar posición del nombre de la revista y del sumario. Sea como fuere, el innegable contraste entre esta diagramación y la de *Centro* puede ser interpretado (como intentaremos en lo que sigue) en términos de una inserción institucional diferenciada al interior de la "cultura universitaria": en los márgenes *Contorno*, y plenamente inscrita en ella, *Centro*. Por otro lado, el diseño de *Centro* es muy similar al de los últimos números de *Verbum*, anterior revista del CEFyL, interrumpida durante el peronismo e identificada con la universidad reformista. Respecto del testimonio mencionado ver

y jerarquiza la información de modo claro, la tapa funciona como presentación del número, pero no avanza sobre el contenido (tenemos que esperar hasta que terminen las páginas de publicidad, que comienzan en la segunda hoja y ocupan seis o siete carillas, para encontrar el primer artículo o ir hasta el final para leer el sumario). Se percibe la existencia de un criterio de diseño, es evidente que no se trata de una sencilla acumulación de palabras escritas. Podemos interpretar este orden y esta medida en vinculación con la inserción plenamente institucional de la revista como órgano del Centro de Estudiantes de la universidad. Esta inserción es reforzada por la presentación vertida en la primera hoja, en la que se alude sucintamente al origen y motivos de la revista, asociados con esta adscripción institucional:

El Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, afiliado a la Federación Universitaria de Buenos Aires, edita la revista "CENTRO", cuya aparición, prevista en los estatutos de la entidad, tiene por objeto ofrecer lugar de publicación a los trabajos intelectuales de todos sus socios, en gran parte alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras.

De este modo, la imagen pública que la revista presenta se atiene plenamente a su inserción institucional, el proyecto de la revista, al menos una parte importante de él, está explicitado en ese contenido que dialoga con la tapa y en la "medida" del diseño. El título de la revista también se inscribe directamente y sintetiza esta condición institucional: "Centro" (de estudiantes de...). Además, no sólo la tapa y la primera hoja remiten a esta particular condición, sino que también el cierre (previo al sumario, que es lo último que aparece) es

David Viñas, "Nosotros y ellos: David Viñas habla sobre *Contorno*", *Punto de Vista*, nº 13, 1981, pp. 9-12.

institucional: allí mencionan a la FUBA, abajo al Centro de Estudiantes, y luego a la comisión directiva en el período pertinente.

Establecido esto, surge una pregunta: ¿de qué institucionalidad se trata? En consonancia con los antecedentes históricos arriba enumerados, un recorrido por sus páginas confirma que no se trata de la institucionalidad realmente existente, esto es, la universidad peronista de fines de 1951, sino de una institucionalidad *virtual* que remitiría por un lado a la universidad preperonista y por otro a una eventual universidad posperonista. Una evidencia bien notable de esta adhesión en los primeros diez números (aquellos que, como ya dijimos, coinciden con el peronismo en el poder) es la nota editorial del n° 1, en la que se traza una genealogía de la revista que la vincula con *Verbum*, anterior publicación del CEFyL, que había dejado de salir en 1948 y que poseía una larga tradición vinculada al desarrollo de la universidad liberal y profesionalista: desde su primer número, de 1905, pasan por sus páginas decenas de docentes que ocupan los puestos académicos más significativos. Según Warley y Mangone (1984: 40), “mantener abierto este canal de expresión [en 1948, cuando se publica el n° 90] era entroncar con esa tradición, dotar de un medio al saber científico que los cuadros reaccionarios y eclesiásticos ligados al peronismo habían desplazado de la universidad”. En esta “Presentación”, que funciona como nota editorial del n° 1, se caracteriza al CEFyL como aquello que se mantiene por detrás de los cambios y las discontinuidades de las publicaciones, y a su vez, se critica al peronismo gobernante en la clave dominante del período: el comienzo del fin fue 1943, cuando “se había iniciado el proceso que hizo que el último número de *Verbum*, el 90, salido en 1948, fuera una voz del pasado que seguía resonando cuando ya eran otros el local que ocupaba el Centro, la Facultad, los

profesores”.¹³ El CEFyL es presentado entonces como un núcleo de resistencia frente al “colapso de 1945”.¹⁴

Además de esta nota editorial vamos a encontrar, diseminadas a lo largo de las páginas de *Centro* durante esta primera etapa, una multiplicidad de marcas de esta oposición a la institucionalidad realmente existente (peronista) así como gestos hacia los intelectuales “mayores”, liberales en muchos casos y liberal-socialistas¹⁵ en otros, que eran percibidos como aliados en esta disputa. En el n° 3, por ejemplo, en el que presentan un concurso literario para universitarios, convocan para constituir el jurado a ex profesores alejados de las aulas durante el peronismo, como José Luis Romero y Vicente Fatone.¹⁶ Otra de las marcas de esta oposición a la

13 “Presentación”, *Centro*, n° 1, Buenos Aires, 1951, p. 2.

14 Esta idea de “resistencia” no sólo tenía resonancias políticas que remitían al frente antiperonista de las elecciones de 1946, sino que, como lo sugiere la cita de Kive Staiff que incluimos a continuación, constituía también un modo usual en el que los actores culturales antiperonistas concebían su tarea política: “en un clima de oscurantismo cultural, estos teatros [se refiere al teatro independiente] eran vistos como pequeños bolsones de *resistencia* y contaban con seguidores leales” (citado en Sigal, 2002: 36).

15 Respecto del Partido Socialista se ha mostrado la parábola que conduce desde un economicismo librecambista que distingue la identidad socialista de la de un vago liberalismo, ejemplificado en Justo, hasta una inflexión ética y pedagógica que piensa al liberalismo en términos de libertades civiles y valores civilizatorios, encarnado por Ghioldi. Sobre esto *cfr.* Martínez Mazzola (2011). También se ha señalado la oposición de algunos militantes socialistas a estas posturas. Sobre esto último *cfr.* Herrera (2004 y 2005). Para los problemas aquí en cuestión destacamos caso de José Luis Romero, conocido militante socialista, director de *Imago Mundi* y ulterior rector-interventor de la UBA. Su oposición a la línea de Ghioldi parece incluso no pasar desapercibida por algunos de los denunciantes, como Ismael Viñas, quien además de colaborar durante la intervención de Romero recoge algunas de las discusiones internas del Partido Socialista en su último artículo en *Contorno*: “Orden y progreso”, *Contorno*, n° 9/10, 1959, pp. 15-75.

16 Esto se publica en el n° 3 de *Centro*, que sale a la luz en septiembre de 1952, al final del número, en página no numerada, antes del “cierre” institucional. Se debe hacer notar que ambos formarán parte del directorio de *Imago Mundi* y que en 1955, junto a José Babini —también integrante de aquella publicación—, formarán parte de la terna propuesta por la FUBA para la intervención de la UBA. Se debe aclarar además que José Luis Romero no había desarrollado su carrera profesional en la UBA sino en la Universidad de La Plata, mayormente.

institucionalidad realmente existente la encontramos en la sección final, denominada “Estudiantiles”, destinada a dar cuenta de las actividades del Centro, en la que reseñan actos de resistencia al gobierno, por ejemplo la huelga organizada por la FUBA en junio de 1951 a causa del secuestro de un estudiante de Química (Ernesto Bravo, a quien ya aludimos). En esta breve nota hacen una lista de los estudiantes de la Facultad que sufrieron prisión.¹⁷ También aquí aparecen quejas en torno a los cursos de capacitación política que llevaron a protestas que terminaron en el encarcelamiento de algunos estudiantes.¹⁸ En esta misma sección, rebautizada “Del Centro”, encontramos además referencias a un debate sobre la Reforma Universitaria (una de cuyas preguntas centrales era “¿qué significa hoy ser reformista?”) así como una nutrida bibliografía sobre el tema;¹⁹ también aparece un texto firmado por la FUBA en el que se formula una firme oposición a la nueva ley universitaria que se discutía por entonces (y que reemplazaría a la 13.031 promulgada en 1947).²⁰ Además, también en esta sección, frente de una intervención de Ángel Vasallo en la que se argumenta que el Congreso de Mendoza y algunos discursos de Perón constituyen las muestras más válidas de la actividad filosófica del momento, los integrantes de *Centro* ensayan una defensa de la calidad docente y filosófica de profesores privados de sus cátedras: Francisco Romero, Vicente Fatone, Risieri Frondizi y Aníbal Sánchez Reulet son nombrados. También se destaca la labor del Colegio Libre de Estudios Superiores y en especial la cátedra de Filosofía Alejandro Korn.²¹ Para

17 “Huelga de junio 1951”, *Centro*, n° 3, septiembre de 1952, p. 55.

18 “Los cursos de capacitación política”, *Centro*, n° 4, diciembre de 1952, pp. 52-53.

19 “Debate sobre la reforma universitaria”, *Centro*, n° 7, diciembre de 1953, pp. 61 y ss.

20 “Ante la nueva ley universitaria”, *Centro*, n° 8, julio de 1954, pp. 48-50.

21 “Una clase de filosofía”, diciembre de 1953, *Centro*, n° 7, p. 61. Como nota adicional, podemos agregar que a partir de las páginas de publicidad ubicadas al principio de la revista podemos

cerrar esta enumeración, un último e importante reconocimiento a la tarea intelectual de los “padres” liberales y liberal-socialistas es la reseña de *Imago Mundi* presente en el n° 7. Allí el reseñista no sólo reconoce la calidad intelectual del staff de la revista cuando afirma que “entre sus colaboradores se encuentran los mejores especialistas del país”,²² sino que también los contrapone con los sectores que ocupaban por entonces la universidad: la revista es presentada como “un símbolo inverso de la atonía e incapacidad para la vida intelectual a que han llegado nuestras llamadas Facultades de Humanidades”. Frente a los obstáculos que la situación general de la cultura por entonces presenta, “el acto de darle vida [a *Imago Mundi*] quiere ser afirmativo, aún a costa de todas las dificultades y de la falta de algunos factores importantes que podrían hacerlo realmente fructífero, a la vez que signo consecuente con toda una situación”.²³ Se trata de la afirmación de un proyecto que varios de los protagonistas de estas experiencias estarían en condiciones de acompañar en poco tiempo, cuando las condiciones por entonces imperantes se modifiquen subrepticamente.

El relevo universitario en las páginas de *Centro*

La institucionalidad “virtual” arriba mentada parece ser compatible con la idea de una “universidad en las sombras”

reconstruir una red de publicaciones pertenecientes al mundo de los intelectuales liberales y liberal-socialistas: la revista *Sur* y su casa editorial figuran en los primeros cinco números, *Ciudad* e *Imago Mundi* aparecen en el n° 9, *Sagitario* en el n° 10. También, claro, están presentes las publicaciones de camaradas generacionales como *Las ciento y una* (en el n° 5), *Contorno* (a partir del n° 7). En el último número figura una publicación de la “nueva izquierda” como *El grillo de papel* y otra estudiantil vinculada al reformismo: *Revista del mar dulce*.

22 Rodolfo Borello, “*Imago Mundi*”, *Centro*, n° 7, 1953.

23 *Ibíd.*, p. 52.

recogida por Oscar Terán en su trabajo sobre *Imago Mundi* (1988: 3-7). Allí se sostiene que en las páginas de esa publicación (cuya vida se extiende entre septiembre de 1953 y junio de 1956) se dibuja el rostro de una universidad alternativa a la peronista, un proyecto orientado a encarar un serio intento de actualización de la cultura nacional y de articulación con algunos de los focos teóricos más estimulantes del mundo intelectual de Occidente. Además de la voluntad de rigor anunciada como objetivo en la “Presentación” del primer número (rigor que, al igual que para la revista del CEFyL, sugieren ausente de la universidad peronista y sus publicaciones), la importancia inusual que se le otorga a la sección de reseñas da cuenta de un intento por construir una “biblioteca itinerante” que destaca aquello que está excluido de la universidad oficial. Estos rasgos hacen pensar en una confluencia entre ambas publicaciones. Terán, de hecho, dedica un breve pasaje a las relaciones entre la publicación de la revista dirigida por José Luis Romero por un lado, y *Centro* y *Contorno* por el otro. Señala que, más allá de algunas coincidencias, “sin embargo, existe una tonalidad diversa para dar cuenta de la crisis y un sesgo parcialmente distinto para tematizar el fenómeno peronista por parte de la joven intelectualidad crítica que al poco tiempo generaría procesos disyuntivos” (Terán, 1988: 5); es decir, se mantiene en la descripción ya aludida aquí: la franja denunciacionista convive de manera conflictiva con los “mayores” al interior de un espacio antiperonista al que contribuirá a fracturar luego de la caída de Perón.²⁴ Omar Acha (2008: 151-152) di-

24 Y al igual que en ocasiones anteriores las fuentes que utiliza para sostener esta afirmación remiten otra vez a participantes de la experiencia de *Contorno*: alude al texto de Adelaida Gigli en el n° 6 y el de David Viñas en el n° 10 de *Centro*. Cfr. Terán (1988: 5). Por otro lado, la “tonalidad diversa” alude al impacto que produce cierta lectura de algunos textos de Sartre, que permiten articular una “ética de las manos sucias” que colabora con un diagnóstico en el que el peronismo ya no aparece como un elemento exógeno

ferencia también ambos proyectos: mientras *Imago Mundi* imagina un quehacer intelectual por la senda de una práctica universitaria normalizada, científica y profesional, para los jóvenes de *Contorno* por su parte, si bien desean un porvenir universitario, “lo esencial se dirime en la crítica cultural conducida por una sensibilidad de izquierda”.

Si bien reconocemos que estas descripciones son muy atinadas en lo que respecta a la “franja denunciante”, en lo que sigue intentaremos mostrar un grado de continuidad mayor entre algunos participantes de *Centro* (que no formaban parte orgánica del proyecto de *Contorno*) y sus “padres” liberales y liberal-socialistas, especialmente en lo que tiene que ver con el “relevo universitario” posterior a 1955.

En principio, como ya indicamos rápidamente, el n° 10 de *Centro* ha sido citado para ilustrar el desacuerdo entre la “franja denunciante” y sus mayores y así ubicar a la publicación del CEFyL bajo la égida del proyecto plasmado en *Contorno*. Cabe aclarar que este número de *Centro* es bastante particular por una serie de razones: si bien ve la luz en noviembre de 1955, el grueso del material ya había sido elaborado antes de los sucesos de septiembre. Pero no solo eso: se trata de un número especial concebido como una fuerte intervención de cara a la universidad peronista en ocasión de los cincuenta años del nacimiento del CEFyL. Para ello, los jóvenes intelectuales convocan a figuras notables del campo antiperonista: ex docentes, reformistas, ex militantes del centro, escritores. La lista de adhesiones publicada en las primeras páginas es ilustrativa: Aníbal Sánchez Reulet, Jorge Luis Borges, José Luis Romero, Enrique Anderson Imbert, Adolfo Carpio, Alfredo Palacios, Horacio Rivarola, Norberto Rodríguez Bustamante, Ricardo Rojas,

a la tradición nacional, sino como el emergente de una crisis política y cultural que no deja sectores incontaminados.

Vicente Fatone son algunos de los nombres que figuran. Como se ve, muchos de ellos provienen del campo liberal y socialista, algo que se repite entre los articulistas en donde encontramos las firmas de Risieri Frondizi, Francisco Romero y Roberto Giusti, así como también el de Héctor Agosti (de prolongada militancia en el Partido Comunista) entre otros. Sin embargo, en la nota editorial con la que abren el número, los jóvenes intelectuales expresan su decepción por los resultados obtenidos en esta empresa: “quisimos hacer un número de revisionismo comprometido y no lo conseguimos”.²⁵ Sin otorgar demasiados detalles ni, sobre todo, nombres,²⁶ se sostiene en la editorial que lo que molesta es la permanencia de sus mayores en un conjunto de convicciones que, sugieren, ya perimieron: “el país atraviesa una tras otra estructuras complejas que ofrecen nueva problemática y nuevas potencialidades para las tareas de una cultura enraizada y muchos de nuestros ‘intelectuales’ —una gran parte, qué duda cabe— continúan marcando obstinadamente el viejo paso de sus primeras armas literarias”.²⁷ Parecen afirmar entonces que los “mayores” se obstinan en posiciones que no pueden dar cuenta de la realidad, que hay una “crisis cultural” en tanto las categorías que utilizan para pensar la realidad han perimido. El artículo de Risieri Frondizi (escrito con posterioridad al golpe de septiembre) es ilustrativo de esta tendencia. Allí el ulterior rector de la UBA esboza un análisis del valor más levantado por la oposición: la libertad, presentada como un

25 “Editorial”, *Centro*, noviembre de 1955, n° 10, p. 7.

26 Este cuidado contrasta con la actitud que encontramos en *Contorno*, cuyas denuncias nunca escatiman nombres. Como ejemplo basta mencionar que en el segundo artículo del n° 1 Ismael Viñas ataca a Francisco Romero, Vicente Fatone y Jorge Luis Borges por colaborar en una iniciativa editorial “que lucra con sus nombres y con el espejismo de la cultura”. Cfr. Ismael Viñas, “La traición de los hombres honestos”, *Contorno*, n° 1, 1953, p. 3.

27 “Editorial”, *Centro*, n° 10, noviembre de 1955, p. 7.

insumo necesario para la vida espiritual y creativa. En este contexto se presenta al peronismo como aquel régimen que niega sistemáticamente este valor. El análisis del peronismo no se diferencia demasiado del tono que unos meses más tarde encontraremos en el célebre n° 237 de *Sur*, en tanto Risieri Frondizi piensa la tarea futura de la libertad como “reconstrucción”:

Diez años de dictadura demagógica, de cinismo, de morboso deleite de negación de la cultura y los valores espirituales, exigen, ante todo, una delicada tarea de reconstrucción moral y educacional, y una toma de conciencia de los niveles de la reconstrucción.²⁸

Se trata de una reconstrucción eminentemente moral, sustentada en una sana teoría axiológica que la oriente. En términos más empíricos, aclara el autor, se debe derribar el ejemplo de Perón y Jorge Antonio, cuyo único móvil era el enriquecimiento material. En este enfrentamiento entre espíritu y materia, los eventos de septiembre prueban, para Frondizi, la resistencia moral de un sector de la población argentina frente a la disolución sensualista del peronismo, que aún representa una amenaza, porque “la manzana putrefacta ha contaminado muchas otras”.²⁹

Que este tipo de explicaciones no satisface a un sector importante de la revista se evidencia en el fragmento narrativo de David Viñas, incluido también en este número. Allí encontramos el aludido diagnóstico de crisis cultural: el peronismo aparece como un acontecimiento que hace colapsar todas las categorías heredadas con las que la realidad era pensada: “Era tremendo: la realidad que suponíamos

28 Risieri Frondizi, “La libertad no basta”, *Centro*, n° 10, 1956, p. 14.

29 *Ibíd.*

dominar nos rebalsaba [...]. Pero nada se llamaba con el nombre que ellos usaban. Nada se podía apretar entre los dedos y decir ‘vaso, vaso’. No, no. Las palabras ya no servían para nada”.³⁰ Es también innegable que en estos fragmentos se percibe una decepción generacional por la herencia intelectual que reciben y que los afecta directamente, como sostiene el propio Viñas:

Pero después vino la vergüenza: cuando entendimos que no sólo eran los viejos, los caducos, los ineficaces o los imbéciles quienes habían entendido que un dedo era un dedo y no la vara de Arón [...]. Cuando notamos que la infamia no había empezado ni en el 45 ni en el 44 ni un poco antes. Supimos entonces de las vergüenzas del 39 y las infamias del 38 en las que habían chapoteado todos o casi todos. Los culpables no se podían apuntar con el dedo [...]. Era un interminable chorro nauseabundo el que se iba volcando sobre nosotros.³¹

Es evidente entonces que en estos fragmentos se manifiesta una decepción generacional y un reproche hacia los mayores. Habría, sin embargo, que matizar sus alcances: *Centro* nunca impidió la presencia de los “padres”, quienes siguieron publicando después de este número. En *Contorno*, en cambio, nunca participan los mayores. Para ilustrar este matiz nos vamos a servir de dos artículos de Eliseo Verón, quien ya en el n° 10 ingresa en la “comisión de la revista”, dirige los dos siguientes y cumple un importante papel en los últimos dos números. Desde un principio Verón manifiesta un marcado interés por la cuestión universitaria y en sus textos se percibe la tonalidad diversa para dar cuenta de la

30 David Viñas, “Solamente los huesos”, *Centro*, n° 10, 1955, p. 53.

31 *Ibid.*, p. 56.

crisis de la que habla Terán: en artículos publicados en el n° 10 y el 11 impugna no sólo a la universidad peronista, sino la experiencia universitaria en su totalidad; de la charla con los ex universitarios que colaboran con el número que celebra los cincuenta años del nacimiento del Centro de Estudiantes, Verón concluye que “los años universitarios constituyen una circunstancia totalmente inoperante” y sintetiza la situación universitaria del siguiente modo: “amordazados espirituales que oyen a castrados espirituales”.³² Esta dramática descripción va a ser enriquecida en el número siguiente, en el que Verón explicitará un diagnóstico de crisis cultural, muy en la línea de lo aparecido en la nota editorial y en el fragmento de Viñas publicados en el n° 10, según el cual las ideas vigentes no estarían vivas, en tanto no se correspondieran con la altura vital del momento histórico. A esta hipótesis Verón agregará críticas explícitas al liberalismo:

En los últimos meses hemos asistido a un resurgir de las viejas fórmulas liberales. Las grandes palabras, esas que nos llenan la boca —democracia, libertad, dignidad, etcétera— han sido y son repetidas sin descanso. El sentido histórico de la dictadura ha resistido a la objetivación, porque la retórica es impotente para dar cuenta de él. Ni siquiera es posible asimilarlo a otros fenómenos menores ubicados en el ámbito de América Latina y menos aún a las grandes expresiones totalitarias que provocaron la última contienda mundial.³³

Esta tonalidad, que parece confluir con el espíritu de fuerte impugnación presente en *Contorno*, sin embargo va a decantar en una propuesta que intenta garantizar

32 Ernesto Verón Thirión, “La circunstancia universitaria”, *Centro*, n° 10, 1955, p. 83.

33 Ernesto Verón Thirión, “Reflexiones universitarias”, *Centro*, n° 11, 1956, pp. 39-40.

espacios para la nueva generación al interior de la universidad (que por entonces estaba pasando por un proceso de reorganización que suponía el ingreso de nuevos cuadros intelectuales):³⁴ en este mismo artículo sostiene Verón que si la crisis de la cultura se verifica en la carencia de “sistemas de ideas vigentes que correspondan a nuestro vivir actual”, entonces el desafío de la próxima generación consiste en la “comprensión radical de los últimos años, comprensión, ya lo he dicho, no de un fenómeno político, sino sociocultural de profundo significado”. En eso consiste la aventura próxima de la cultura con la que Verón se identifica, aventura que las nuevas generaciones emprenderán, y añade: “con esas generaciones es preciso reconstruir la universidad”. Y agrega en nota al pie que en los concursos docentes, que por entonces tenían lugar masivamente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, se debía otorgar una importancia mayúscula a la prueba de oposición, en tanto el “concurso de títulos y antecedentes deja en inferioridad de condiciones la generación más importante, que no ha podido reunir ni unos ni otros durante la tiranía”.³⁵ Si bien estas intervenciones están tramadas desde una posición particular (Verón es por entonces representante de un catolicismo humanista que convivió con el reformismo durante los años del peronismo e incluso después),³⁶ es notable que las fuertes críticas vertidas no impiden pensar (y negociar) continuidades con los representantes de la tradición liberal al interior de la universidad.

A estas líneas de continuidad tendidas desde los artículos de Eliseo Verón, su director y figura notable por entonces,

34 Sobre este tema *cf.* Buchbinder (1997) y Suasnábar (2004).

35 Todas las citas corresponden a Ernesto Verón Thirión, “Reflexiones universitarias”, *op. cit.*, p. 41.

36 Sobre la convivencia entre reformistas y humanistas *cf.* Ciria y Sanguinetti (1968), Warley y Mangone (1984) y Buchbinder (1997).

podemos agregar algunas notas más, que apuntan hacia los rasgos más modernizantes que asumirá la Facultad por esos años, como por ejemplo la inclusión de un trabajo de Gino Germani, quien en el n° 12 publica un texto que resultará un anticipo de la tonalidad empirista dominante en Sociología, carrera que encabezará junto con Psicología el espíritu modernizador de la Facultad en los años siguientes. Ahora bien, que no se trataba de una avanzada aislada de este espíritu modernizador se verifica por el nuevo impulso que reciben temas que ocupaban un lugar menor en la tradición de las humanidades hasta poco antes, como el cine, que de la mano otra vez de Verón, obtiene una sección especial desde el n° 10, en la que aparecen reseñas y artículos teóricos que en algunos casos se traman desde una clave pedagógica que instala un nuevo contrato de lectura.³⁷ Por último, en el n° 14, con el que finaliza abruptamente la publicación, se explicita una lista de temas a tratar en números futuros de la revista, entre los que se destacan aquellos provenientes de la nueva agenda teórica que por entonces se imponía en la remozada Facultad de Filosofía y Letras: se promete, por ejemplo, una sección dedicada a “la filosofía y las ciencias del hombre” (propósito que luego cumpliría Verón en la segunda entrega de *Cuadernos de Filosofía* en 1962), así como la difusión de las investigaciones del Departamento de Sociología (en donde encontramos nombrados a Miguel Murmis y Darío Cantón, que ya circulaban como docentes e investigadores de la carrera de Sociología).

37 En la aludida sección se formula por ejemplo un glosario que explica el sentido de los neologismos presentes en los más recientes trabajos sobre el lenguaje cinematográfico. Se trata de un gesto que hace sistema con el *ethos* modernizador y que a la vez que contrasta mucho con ciertos modos de funcionamiento de la revista en números anteriores, en donde por ejemplo se podían publicar fragmentos en griego antiguo, alemán, inglés o francés sin necesidad de traducir.

Consideraciones finales

A esta altura podemos explicitar la pregunta que orienta este trabajo del siguiente modo: ¿hay presente en *Centro* un espíritu de relevo? En principio, habría que señalar que la presencia junto a los jóvenes de los “mayores” (como articulistas, jurados de concursos literarios o simplemente defendidos frente a las objeciones provenientes de la universidad peronista) distingue a la publicación del CEFyL del perfil más nítidamente “parricida” de *Contorno*. En esta última no sólo no hay “mayores”, sino que las voces disonantes son menos frecuentes (tal vez llamen la atención los artículos de Kusch y Solero, más en la línea de Murena y Martínez Estrada, pero ambos son rápidamente expulsados de la revista). *Centro* además construye parte de su perfil en función de un pasado institucional que remite a la universidad preperonista (particularmente al reformismo). Se trata, de cualquier modo, de alusiones poco vigorosas, que aparecen en momentos de confrontación política intensa (como durante la discusión y promulgación de la ley universitaria de 1954). Por otro lado, en la relación con los mayores (en varios casos ex profesores de la facultad) se percibe un esfuerzo por establecer un diálogo intergeneracional concebido como necesario dada la común oposición al peronismo. Ahora, si bien se reconoce a esos mayores, en cuanto se intenta articular una intervención político-cultural conjunta de cierto alcance aparecen diferencias importantes, como lo testimonia el n° 10 de la revista, en el que los jóvenes impugnan sus categorías y diagnósticos. Sin embargo, no encontramos en *Centro* una ruptura terminante con los mayores (presente en cambio en *Contorno*); por el contrario, en algunos artículos hallamos que, junto con el reproche dirigido a ellos, hay presente una apuesta que instala la cuestión de la reconstrucción universitaria. Los artículos de Eliseo

Verón arriba citados son ilustrativos: pegado al diagnóstico de crisis cultural, que supone una impugnación hacia los mayores, aparece la cuestión de universidad posperonista y del lugar de la nueva generación en ella (lo que suponía normalizar una convivencia con los “padres” intelectuales). Si además tomamos en consideración otras marcas “modernizadoras”, como la inclusión de un trabajo de Germani en el que la encuesta cuantitativa ocupa un rol excluyente, así como la actitud general de apertura hacia nuevos saberes y discursos (el cine, las discusiones en torno al existencialismo, así como el planteo que hacen en las páginas finales del último número en torno al programa teórico de la revista, que prometía encargarse de la relación de la filosofía con el marxismo y con las ciencias del hombre) podemos pensar que, al menos para algunos de los miembros de *Centro*, la universidad constituía uno de los espacios privilegiados a ocupar en la segunda mitad de la década de 1950. Si bien varios de los rasgos aquí enumerados no se terminarán de desarrollar a causa del abrupto fin de la publicación, sin embargo podemos postular una continuidad de este espíritu en *Cuestiones de Filosofía*, dirigida por Eliseo Verón y en donde varios de los protagonistas de la experiencia de *Centro* van a articular una nueva agenda teórica en la que el marxismo, la filosofía y las ciencias del hombre serán los temas sobre los que pivotean todas las intervenciones. Allí se va a terminar de perfilar la figura, aquí apenas esbozada, de un intelectual teórico-crítico, abierto a las novedades teóricas, pero a la vez separado de la política (y en ese sentido diferenciado de las derivas que comenzaba a tener el intelectual “comprometido” implícito en *Contorno*). Se trata de un sujeto que encontrará en la universidad (e instituciones similares, al menos por su rasgo “modernizado”, como el Instituto Di Tella) un lugar de trabajo privilegiado durante los primeros años sesenta.

Bibliografía

- Acha, O. (2008). "Revistas de las afueras del peronismo: *Contorno* e *Imago Mundi* entre la renovación historiográfica y el proyecto generacional", *La nueva generación intelectual*. Buenos Aires, Herramienta.
- Avaro, N. y Capdevila, A. (2004). *Denuncialistas. Literatura y polémica en los 50*. Buenos Aires, Santiago Arcos.
- Buchbinder, P. (1997). *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires, Eudeba.
- Cella, S. (1999). "Panorama de la crítica", *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 10. Buenos Aires, Emecé.
- Ciria, A., Sanguinetti, H. (1968). *Los reformistas*. Buenos Aires, Jorge Álvarez.
- Fiorucci, F. (2011). *Intelectuales y peronismo*. Buenos Aires, Biblos.
- Herrera, C. (2004). "El partido peronista ante el socialismo, 1950. El debate González Ghioldi", *Taller, revista de sociedad, política y cultura*, n° 21. Buenos Aires.
- . (2005). "¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo", *El partido socialista en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo.
- Martínez Mazzola, R. (2011). "Justo, Korn, Ghioldi. El Partido Socialista y la tradición liberal", *Papeles de Trabajo*, año 5, n° 8, noviembre.
- Sarlo, B. (2007 [1983]). "Los dos ojos de *Contorno*", *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Sigal, S. (2002). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Suasnábar, C. (2004). *Universidad e intelectuales*. Buenos Aires, Manantial.
- Terán, O. (1986). "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950", *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires, Catálogos.
- . (1988). "Imago Mundi: de la universidad en las sombras a la universidad del relevo", *Punto de Vista*, n° 33. Buenos Aires.
- Toer, M. (1988). *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Warley, J., Mangone, C. (1984). *Universidad y peronismo (1946-1955)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Capítulo 8

Debates y rupturas en el nacimiento de *Pasado y Presente*

Alexia Massholder

Introducción

El presente capítulo busca realizar una lectura posible del desprendimiento¹ del Partido Comunista Argentino (PCA) de un grupo de jóvenes militantes que dieron origen a la revista *Pasado y Presente* (PyP) en 1963. El análisis se centrará en las condiciones sociohistóricas que enmarcaron la ruptura, así como en los contextos de juventud del mencionado grupo, principalmente de José Aricó, y de quien él mismo reivindicara como “maestro”: Héctor P. Agosti. Se rastreará asimismo las formas en las que ambos plantearon la cuestión en sus producciones escritas y en parte de su correspondencia personal. Aunque la ruptura ha sido a veces calificada como “juvenil”, este trabajo busca una perspectiva más relacionada con la idea de Wilhelm Dilthey de una “comprensión exclusivamente cualitativa” del fenómeno (citado en Mannheim, 1993: 199), atendiendo la centralidad del autor alemán da a la “contemporaneidad”, entendida como influencia de una misma directriz de la cultura intelectual que les moldea, y de la situación sociopolítica.

1 Inicialmente algunos de sus miembros pertenecían al PCA, la mayoría fueron expulsados luego de la aparición del n° 1 de la revista, aparecida por primera vez en Córdoba, en abril de 1963.

Consideramos primeramente la observación de Wilhelm Pinder de que “cada uno vive con gente de su edad y con gente de edades distintas en una plenitud de posibilidades contemporáneas” (citado en Mannheim, 1993: 200). Agosti (1911-1984) y Aricó (1931-1991) comenzaron su militancia en la Federación Juvenil Comunista, contaron con una vasta formación intelectual y desempeñaron cargos partidarios. Agosti, ya consagrado como intelectual y reconocido dentro y fuera del partido, alentó la participación de Aricó en *Cuadernos de Cultura*, la revista cultural del partido desde 1950, y lo convocó para la traducción al español de las obras de Antonio Gramsci, cuyo pensamiento será luego reivindicado como orientador de *PyP*. Influencias similares e intereses compartidos generaron lazos entre ambos, que en un primer momento perfilaron una especie de relación maestro-discípulo, según reconoció el propio Aricó, quien en una carta a Agosti en 1959 escribió:

Creo que Ud. nos da un ejemplo de utilización creadora del marxismo en general y en ese capítulo, de las ideas de Gramsci, y nos ayudará a quienes somos simples grumetes del barco en el que Ud. es “veterano” a encontrar el camino para la comprensión cabal de nuestra nación.²

Aquí tener más años parece vinculado a la experiencia, a la posibilidad de mostrar el camino a los jóvenes “grumetes” ubicados en un rango inferior. En 1963, momento de ruptura del grupo cuya figura más recordada sería José Aricó, aquellas concepciones comunes y aquella diferencia

2 Carta con fecha 28 de septiembre de 1959. Archivo Héctor P. Agosti, Centro de Estudios y Formación Marxista Héctor P. Agosti (CEFMA). El “capítulo” al que refiere Aricó es “Forma y contenido de la cultura” del libro *Nación y Cultura* de Agosti.

de estatus se transformó en una aparente disputa “de igual a igual”.

Algunos enfoques sobre el tema juvenil

La cuestión de los jóvenes ha sido abordada por las ciencias sociales desde cuatro cuestionamientos básicos: primero, desde la antropología, la pregunta central ha sido si puede hablarse de universalidad (natural) en los comportamientos juveniles o deben atenderse a cada caso en particular (cultural);³ segundo, desde la corriente generacional de la sociología de la juventud, la preocupación se ha centrado en estudiar el cambio social a través de las edades;⁴ tercero, también desde la sociología de la juventud, pero dentro de la llamada corriente clasista, con Gramsci como uno de sus máximos exponentes, se ha abordado el tema del cambio social a través de las clases sociales;⁵ cuarto y último, existen algunas corrientes que combinan elementos de las corrientes anteriores. Erik Erikson (1968) sostiene, por ejemplo, que la fuerza vital que define a la juventud es la fidelidad, esto es, la búsqueda de algo a lo que ser fiel (o alguien) y por lo cual pelear. La necesidad de pertenencia a un grupo (nación, tribu, partido, religión, etcétera) que posea un fundamento lógico histórico y moral que los particularice es lo que moviliza a la juventud, que se abre, a diferencia de los estadios anteriores, a la interacción con individuos y fuerzas sociales de la comunidad toda. Es la juventud el momento

3 Pueden citarse como clásicos los trabajos de Ruth Benedict (2008) y Margaret Mead (1985) de la primera mitad del siglo XX.

4 Pueden citarse en esta corriente a Parsons (1942), Eisinger (1964) y Erikson (1968).

5 Cfr. Gramsci (2005), Hebdige (2004) y Hall *et al.* (1975).

de la vida en que los sujetos y la comunidad se confirman mutuamente:

... en el sentido de que la sociedad reconoce al individuo joven como al portador de energía nueva y que el individuo así confirmado reconoce a la sociedad como un proceso viviente que inspira lealtad a la vez que la recibe, guarda fidelidad así como la atrae y respeta la confianza del mismo modo que la exige. (Erikson, 1968: 197)

La necesidad de fidelidad en la juventud permite a Erikson entonces esbozar una explicación que los articula con la política, afirmando:

No podemos dejar de ver que a veces los movimientos de resistencia políticos de todas clases pueden utilizar, y lo hacen, no sólo la segura necesidad de fidelidad que se encuentra en cualquier generación nueva en busca de causas nuevas, sino también el caudal de ira acumulado en aquellos que no han podido satisfacer de ninguna manera su necesidad de desarrollar cualquier fe. (209)⁶

En esta última corriente ejemplificada por Erikson insertamos nuestro enfoque en este capítulo. La fidelidad a la causa socialista está en la base de la posición de todos los militantes del PCA. Pero las formas de ser fiel a dicha causa fueron modificándose desde el momento de juventud de

6 Y agrega a continuación: "Son los jóvenes quienes, con sus respuestas y acciones, dicen a los viejos si la vida tal como está representada para ellos, tiene alguna promesa vital, y son los jóvenes los que llevan con ellos el poder para confirmar a aquellos que los confirman, para renovar y regenerar, para repudiar lo que está corrompido, para reformar y rebelarse".

Agosti hasta el momento de juventud de Aricó, como veremos a continuación.

Ser jóvenes en momentos históricos diferentes

Como bien observó Mannheim (1993: 216), la formación de la conciencia tiene directa relación con las vivencias que se depositan como “primeras impresiones”, como “vivencias de juventud”, y cuáles sean las que vienen en un segundo o tercer estrato, ya que son las primeras impresiones las que tienden a quedar fijadas como una *imagen natural del mundo*. El despertar político de aquellos que nacieron a principios del siglo XX se dio en un contexto internacional signado por el triunfo de la Revolución rusa,⁷ el ascenso del movimiento comunista mundial y un marcado humanitarismo antibélico en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial. La afiliación al Partido Comunista fue, en el plano local, la forma de abrazar aquellas causas revolucionarias tan lejanas y de luchar por las reivindicaciones que a nivel nacional se emparentaban con las ideas de revolución y emancipación. Este fue el camino seguido por Agosti y tantos otros “jóvenes” que en aquel momento ingresaron a las filas del PCA,⁸ quienes consideraron que el socialismo era un destino cada vez más cercano e inevitable, según se reflejaba en su gravitación a nivel mundial.

En el plano nacional la interrupción del gobierno de Hipólito Yrigoyen, considerado caudillo popular, por el

7 Cares Feixa (2006) llamó a la Revolución Rusa un “gran acontecimiento generacional” por los efectos que tuvo en la toma de decisiones de los jóvenes progresistas de aquel momento.

8 Hablamos de PCA en general, aunque en la gran mayoría de los casos el itinerario en el comunismo se iniciaba con el ingreso a la Federación Juvenil Comunista (FEDE).

golpe del general Uriburu que “se presentaba entonces como el supremo aniquilador de la universidad reformista, bien que en realidad se tratara de aniquilar la independencia petrolera del país” (Agosti, 1982). El año 1930, en el que Agosti contaba con diecinueve años, marcaba “una fractura que a los que teníamos veinte años nos situaba frente a graves interrogantes”. Ese mismo año comienza un largo período de proscripción política y clandestinidad que se prolongará hasta 1945. El renombre cultural del PCA no había ganado todavía el impulso y el prestigio que, en las décadas posteriores, le permitiría insertarse en el debate intelectual. Las lecturas de los militantes eran fundamentalmente de literatura soviética y fue un período rico en la formación de autodidactas.⁹

Los libros de Carlos Marx, Federico Engels y Vladimir Lenin, trío perpetuo a la hora de estudiar, eran poco editados aquí [...] por lo que primaron, en esos tiempos, los cursos con un dirigente del partido con algo más de conocimiento de los elementos esenciales. (Gilbert, 2009: 391)

En este sentido, los dirigentes mayores eran los portadores y transmisores de ese conocimiento.¹⁰

En la línea internacionalista, la Guerra Civil Española, la lucha contra el fascismo y el nazismo fueron centros de actividad en el PCA y atrajeron muchos militantes a sus filas. La mayor parte de la actividad transcurría a nivel barrial, especialmente a partir de 1925, cuando la organización en

9 En 1938, el entonces joven Agosti (1976: 141) había escrito: “Somos una generación sin maestros (...) la carencia de maestros nos lanzó a una virtual autodidaxis (...) que constituye nuestro mérito y nuestro pecado”.

10 Respecto a la educación de cuadros *cfr.* Gilbert (2009: 391-396).

células generó en cada barrio un espacio de inserción partidaria.¹¹ No fue éste, sin embargo, el espacio de acción de los jóvenes que en aquel momento comenzaban a insertarse en el partido como intelectuales y que, entrada la década de 1930, vivieron el contraste entre la crisis capitalista de 1929 y el notable desarrollo que tenía lugar en la Unión Soviética. Los jóvenes que militaban a nivel barrial no veían con muy buenos ojos la actividad militante de los jóvenes universitarios. No ahondaremos en esta diferencia por exceder los objetivos de este trabajo, centrados en los grupos universitarios o “intelectuales”. Baste señalar esta primera diferencia entre grupos de una misma edad como un motivo más el cual la definición de generación basada en edades no es funcional a este análisis.¹²

Este es el marco de las “primeras impresiones”, que permanecerán vivas y determinantes en la recepción de acontecimientos históricos posteriores, y que permiten comprender, entre otras cosas, la alineación con el llamado “stalinismo”, que representaba para muchos de los militantes de aquellos años una forma de organización que respondía al ejemplo de la Unión Soviética. Forma que hoy nos resulta mucho más sencillo criticar, pero que en aquel momento constituía para muchos de los militantes comunistas un elemento más de aquello que había llevado a la Unión Soviética a ser lo que era.

Gramsci afirma que toda generación “vieja” cumple siempre la educación de la generación de los “jóvenes”. Al interior del PCA podría decirse que eso ha sido siempre así. Se dijo anteriormente que desde la década de 1920 la

11 Gilbert en *La FEDE (op. cit.)* detalla la organización de bibliotecas populares y clubes comunistas, que en la ciudad de Buenos Aires en 1926 llegaron a medio centenar.

12 Gilbert describen las prácticas de los jóvenes comunistas como visiblemente diferentes a la de otros jóvenes de la misma edad no pertenecientes al partido.

formación teórica de los militantes estaba a cargo de los dirigentes portadores del conocimiento. Las escuelas de formación militante fueron una constante en la historia del PCA, y en las décadas de 1930 y 1940 la cultura marxista crecía vinculada fundamentalmente al aparato cultural de este partido. La cantidad de editoriales ligadas al PCA¹³ permitieron la proliferación de materiales, un mayor acceso a la teoría y debates más generalizados, por lo menos en la juventud universitaria que se multiplicaba, y que se encontraba estimulada no sólo por el género literario y las humanidades sino, desde entrados los años cincuenta, también por las ciencias sociales: la sociología, la psicología, la pedagogía, las ciencias económicas, las de la educación o las de la información.¹⁴ El crecimiento en el trabajo cultural del PCA se vio acompañado por toda una serie de acontecimientos nacionales e internacionales que hicieron del “ser joven” algo muy diferente a serlo en la década de 1920. Luego del ascenso del peronismo, las discusiones políticas parecieron estar centradas en “a favor o en contra”, como bien puede observarse entre la juventud universitaria que estuvo, luego de 1946, un marcado sesgo antiperonista que incidió en la formación política de los jóvenes, no sólo en el caso de los comunistas. Debemos recordar asimismo la crisis en el comunismo mundial generada por el XX Congreso del PCUS, en que el Informe Jruschov desató un profundo desencanto frente a lo que en aquel momento era considerado la mayor experiencia conocida del socialismo. En 1959

13 Entre las editoriales comunistas de aquellos años pueden mencionarse Lautaro, Cartago, Fundamentos, Platina, Proteo, Procyon, Problemas, Capricornio, Anteo, Futuro, Partenon, Argumentos y Arandu. Para citar un ejemplo de la envergadura del trabajo editorial del PCA, recordemos que en los años sesenta Cartago editó casi sesenta tomos de obras de Lenin.

14 De acuerdo con Ponza (2007) “el incremento de la matriculación universitaria argentina es un claro indicador del crecimiento potencial de lectores. Las universidades argentinas pasaron de 82.500 alumnos en 1950, a 180.780 en 1960 y 274.000 en 1970”.

la Revolución cubana daba otro duro golpe a las lecturas tradicionales del marxismo.

Agosti y el tema de la juventud

Escribe Agosti (1949: 146): “Sin que ello signifique recaer en el viejo mito de las generaciones, creo sin embargo que la actual tiene posibilidades creadoras en este país gerontocrático siempre cerrado al esfuerzo de los jóvenes”. Aquí el autor coloca a la juventud como portadora del cambio, de lo nuevo, de la creación. Los “gerontes” se identifican en mayor medida con el conservadurismo y las estructuras inalterables. Y eso mismo ha sido para Agosti (1949: 147) el drama histórico:

No teman los jóvenes incurrir en injusticia cuando acometan sus apremiantes revisiones. Toda injusticia puede corregirse; en cambio, la pasividad no admite enmienda. Esa mirada crítica enfocada hacia el pasado necesitan los jóvenes argentinos para poder atisbar las grandes perspectivas de su futuro.

Estas reflexiones corresponden a un momento en el que Agosti comenzaba a impulsar la “promoción” intelectual de algunos de sus discípulos, como José Aricó.¹⁵

Agosti alude también a una de las dificultades observadas por Antonio Gramsci cuando plantea que en el suceder de las generaciones puede ocurrir que se tenga una

15 Juan Carlos Portantiero fue también promocionado. Llegó a tener un gran prestigio como cuadro juvenil y posteriormente como científico a nivel nacional. Tuvo una estrecha relación con Aricó y junto con él fueron parte de lo que algunos llaman “gramscianos argentinos”. *Cfr.* por ejemplo Burgos (2004).

generación anciana con ideas anticuadas y una generación joven con ideas infantiles, es decir, que falte el eslabón histórico intermedio, la generación que haya podido educar a los jóvenes.¹⁶ El llamado “eslabón intermedio”, en realidad, siempre existe, pero a veces no en forma suficiente para cumplir su deber. Este razonamiento sirve no sólo para analizar la dinámica de una sociedad, sino que puede ser aplicado al interior de un grupo social. Es aquí en donde Agosti centra su mayor preocupación respecto al tema juvenil. El PCA había sufrido el desprendimiento de grupos juveniles que dieron nacimiento a nuevas publicaciones¹⁷ para plasmar sus preocupaciones y proponer nuevos enfoques que no habían encontrado lugar al interior del partido, y que al mismo tiempo delimitaban un ámbito de disputa que permitía a nuevos grupos de intelectuales adquirir una identidad propia. Estos grupos pensaban su participación en el campo cultural en términos de una “nueva generación”, para pensarse como relevo, al tiempo que los legitimara en su posición de ese mismo campo.

El problema de la continuidad “generacional” del partido fue una preocupación que Agosti dejó ver en varias oportunidades.¹⁸ En el cuaderno de anotaciones escribió en 1959 sobre los jóvenes del partido:

... dan la impresión de que los hemos defraudado. ¿Será que ellos también se sienten como nosotros, una generación traicionada? [...] Valdría la pena examinarlo en sus proyecciones últimas, porque se trata de un grupo de muchachos inteligentes, que es necesario

16 Revista *Passato e presente* citada por Agosti (1975: 265).

17 Recordemos, *Contorno* en 1953 y *Pasado y Presente* en 1963 fueron las de mayor repercusión.

18 Raúl Larra (1986: 13), amigo personal de Agosti, cuenta que “buscaba a los jóvenes en quienes veía a los depositarios de la posta, y se condolía cuando avizoraba que el relevo tardaba en llegar”.

alentar porque constituyen la única posibilidad real, perceptible, de nuestro relevo. (Schneider, 1994: 71)

Y en este sentido, resultaba imprescindible trabajar en la formación de ese “eslabón intermedio” o “transmisor” a través de una fluida comunicación con los jóvenes, atendiendo sus rasgos específicos y los motivos de su acercamiento a las luchas sociales. “Las generaciones maduras y viejas no saben, a menudo, cómo dirigirse a la juventud, pues la juventud, necesariamente, llega al socialismo de un modo diferente, por otros caminos, con otras formas, en otras circunstancias que sus padres”.¹⁹ Lo que preocupa a Agosti, en definitiva, es construir cuidadosamente el vínculo con las “nuevas promociones” que garantice la continuidad de transformación revolucionaria de la sociedad.

En este sentido, no se trata de debatir una posible “querrela de generaciones”, sino “advertir la especificidad del carácter juvenil para orientarlo hacia una confluencia creadora con todos cuantos procuran la transformación progresista de la sociedad, con todos cuantos en definitiva se orientan hacia el socialismo” (Agosti, 1975: 264). Si tomamos en cuenta la clasificación hecha anteriormente sobre cómo las ciencias sociales han abordado el tema de los jóvenes, podríamos ubicar a Agosti en la corriente clasista en tanto sus lecturas generacionales están claramente situadas en el marco de la lucha de clases. Lo que en el fondo preocupa a Agosti es la continuidad de la tradición comunista, esto es, “hacer que las nuevas generaciones crezcan en el seno de los comportamientos vitales, de los contenidos sentimentales y de las disposiciones que han heredado” (Mannheim, 1993: 218). Revisando las biografías de Agosti y de Aricó, podríamos ver que hasta

19 Vladimir Lenin, citado en Agosti (1975: 266).

el momento de la ruptura, sus orígenes de clase y sus itinerarios formativos no fueron radicalmente diferentes. Ambos nacieron en hogares modestos, ingresaron a la “FEDE” entre los dieciséis y diecisiete años, abandonaron los estudios universitarios para dedicarse a sus funciones de militancia partidaria y contaron con una vasta formación autodidacta.²⁰ Podríamos esbozar una explicación siguiendo el criterio de Mannheim, según el cual:

... no es que cada una de las posiciones generacionales y cada año de nacimiento creen, desde ellos mismos y a su medida, nuevos impulsos y nuevas tendencias formativas. Cuando sucede algo de ese estilo tendríamos que hablar, más bien, de la activación de una potencialidad de la posición que estaba dormida. Parece probable que la intensidad de la activación esté conectada con la velocidad de la dinámica social. (*op. cit.*, 228)

¿Cuáles fueron entonces los factores que “activaron” la ruptura del grupo en torno a *PyP*?

En la juventud de Agosti, el mayor antagonismo residía entre el socialismo y el capitalismo, entre el proletario y el burgués. El camino hacia el socialismo había sido clara y triunfantemente indicado por la Unión Soviética y era ése el modelo a seguir. Fue ésa la “primera impresión” del antagonismo fundamental. La juventud de los años cincuenta y primeros sesenta transcurrió en un mundo que, aún con el trasfondo de la Guerra Fría, presentaba un panorama diferente. Quienes nacieron con la Unión Soviética consolidada habían “vivido” su victoria a través de la educación impartida desde el propio partido. La Revolución cubana y la propuesta de Mao Tse Tung para alcanzar el socialismo,

20 Puede consultarse para ambas biografías en Tarcus (2007).

luego del conflicto chino-soviético, agrietaron aquel único camino hacia el socialismo, marcado por la experiencia de 1917. Sin dejar de lado el antagonismo socialismo-capitalismo, y abrazando claramente el primero de ellos, los comunistas enfrentaban vías alternativas, formas de lucha diferente y una complejización del movimiento revolucionario mundial que, sumada a la emergencia de América Latina como tópico de discusión y terreno de lucha revolucionaria, dieron origen a una multiplicidad de antagonismos mucho mayor.

En el plano nacional, Perón había demostrado que la sola pertenencia al proletariado no implicaba acercamiento al comunismo. El peronismo estaba arrebatándole al PCA su “sujeto revolucionario” por excelencia y los cuestionamientos al interior del partido produjeron acaloradas discusiones.

Es interesante, para comprender el posicionamiento de la juventud en cada época, el planteo de Erikson cuando afirma que es en este estadio que la historia de vida hace una intersección con la historia y que en este punto se confirma a los individuos en sus identidades y se regenera a las sociedades en su estilo de vida. Dependiendo del grado de autoconciencia, los jóvenes pueden incrementar su convicción de derecho a rebelarse contra las generaciones anteriores por sentirse los portadores del cambio social y la transformación histórica. Retomando el concepto de “fidelidad” mencionado al principio, podría plantearse que de la misma manera que en 1917 la Revolución rusa instaló en muchos jóvenes progresistas la necesidad de embarcarse en la lucha por la revolución internacional, y a muchos otros la visceral necesidad de aferrarse a un nacionalismo acérrimo, la Revolución cubana convenció a aquellos que no habían transitado una “fidelidad” a la

Revolución rusa la necesidad de apearse a la defensa, a la “fidelidad”, de la transformación revolucionaria por otras vías. La necesidad de “movimiento” buscó canalizarse en este caso con una presión mucho menor por parte de las estructuras de pensamiento solidificada por años en las generaciones anteriores. No creemos que se trate de una automática cerrazón al cambio por parte de los “no jóvenes” sino de una acumulación mucho mayor de las explicaciones y caminos posibles que la propia historia de vida les proporcionó.

La ruptura

La “explosión” de acontecimientos de la llamada década de 1960 ha sido extensamente tratada, por lo que sólo se abordarán aquellas cuestiones que más visiblemente incidieron en la ruptura en cuestión.²¹

Dentro del debate político y cultural que terminó con la ruptura del grupo de Aricó, la necesidad de “legitimar” los motivos de disidencia resultaban mucho más imperiosos que en casos en los que fuera un resultado esperable el ser considerados como “rebeldía juvenil”. El grupo necesitaba además legitimar los motivos de su apartamiento sobre bases ideológicas y políticas que estuvieran “a la altura” del debate con los “viejos” del partido. En el campo cultural, retomando los planteos de Bourdieu, la necesidad de “renovación” va acompañada de una disputa por el “poder simbólico”. La larga trayectoria de intelectuales como Agosti en el partido, y el “poder simbólico” que revestía, pudo haber sido visto por “nuevos” intelectuales como Aricó como

21 *Cfr.* trabajos de referencia en este punto: Terán (1993), Ollier (1998), Kohan (1999), Ariet García y Valdés (2010) y Sigal (1991).

un freno a su propio crecimiento intelectual y al reconocimiento de sus pares. Era necesario entonces la diferenciación del “maestro” estableciendo un terreno de acción propio y un referente que les permitiera también identificarse con algo distinto. No es el marxismo lo distinto, sino la forma de concebirlo. Una de las figuras que les permitiría “renovar” ese pensamiento dogmático fue precisamente Antonio Gramsci, considerado como “un punto de apoyo, el suelo firme desde el cual incursionar, sin desdecirnos de nuestros ideales socialistas y de la confianza en la capacidad crítica del marxismo” (Aricó, 1988: 65).

Pero Gramsci no era algo nuevo para Aricó. Según él mismo comentó en una entrevista, su primer contacto con Gramsci fue en 1950, cuando en el periódico del PCA *Orientación* apareció el prólogo de Gregorio Bermann a la traducción al español de las *Cartas de la cárcel*. Años más tarde, el propio Agosti le había encomendado en 1959 un artículo sobre el italiano para *Cuadernos de Cultura*, además de haberlo recomendado para la traducción de algunos trabajos de Gramsci para la editorial Lautaro. En una carta, probablemente dirigida a dicha editorial, Aricó presenta su plena conciencia de la envergadura de la empresa que se emprendía escribiendo:

Tengo plena confianza que una edición de ese tipo, precedida por una buena labor de propaganda, puede convertirse en un gran éxito editorial, que prestigie a vuestra empresa. Debemos recordar que además de Italia, en el único lugar del mundo donde se hizo una cosa así sería la Argentina. Y la preocupación por Gramsci recién comienza...²²

22 Carta sin fecha, Archivo Héctor P. Agosti, Centro de Estudios y Formación Marxista Héctor P. Agosti (CEFMA). Probablemente se trate de una carta a la editorial Lautaro, ya que

Luego de las primeras traducciones, “Toto” Schmucler había transmitido a Aricó el pedido de Agosti para que se revisaran los trabajos ya realizados por Gabriela Moner e Isidoro Flaumbaum, quienes habían traducido las *Cartas* y *Materialismo histórico*. El entusiasmo de Aricó por las obras de Gramsci lo llevo a aceptar rápidamente aquel encargo, aunque confesaba no ser *un profundo conocedor del italiano*, por lo que se había volcado al estudio del idioma.²³ El 24 de agosto de ese mismo año le encarga la traducción de *Literatura y vida nacional* y la revisión de *Los intelectuales y la organización de la cultura*.

Respecto a los pedidos para *Cuadernos de Cultura*, el propio Aricó confesaba a Agosti:

La verdad es que no estoy escribiendo nada, salvo resúmenes de libros que leo y... la redacción de volantes y declaraciones. No es solamente por falta de tiempo. En lo profundo obedece a cierta pereza en tomar un tema, estudiarlo en profundidad y escribir las conclusiones. Casi siempre me quedo a mitad de camino y los proyectos son abrumadores [...]. En este sentido creo que me ayudaría el “encargo” serial, es decir, que Ud. o

Agosti le había sugerido a Aricó que se contactara con ella una vez que le encargara la traducción de *Literatura y vida nacional*. Allí también calificaba al pensamiento gramsciano como un genuino pensamiento marxista cuya difusión por América Latina tendría a la larga una trascendencia fundamental. En esa misma carta anticipaba también la polémica que, aseguraba, traería aparejada la aparición del artículo de Oscar del Barco sobre la objetividad.

- 23 Carta de Aricó a Agosti con fecha 4 de agosto de 1959. Archivo Héctor P. Agosti, Centro de Estudios y Formación Marxista Héctor P. Agosti (CEFMA). En esa misma carta realizaba duras críticas a las traducciones hechas anteriormente y se ofrecía dispuesto a realizar con asiduidad el trabajo de revisión que merecían los escritos de Gramsci. Al no recibir respuesta inmediata, Aricó reiteró en una carta posterior, con fecha 22 de agosto de ese mismo año, tanto las críticas a las traducciones como su ofrecimiento para revisarlas.

la revista me sugirieran algunos temas o crónicas que Uds. consideraran interesantes.²⁴

Si bien la Revolución cubana daba sus primeros pasos, fue muchos años después cuando Aricó afirmó que “fue necesario que mediara la crisis del vendaval de radicalismo político que sigue a la experiencia cubana para que la necesidad de ver claro nos empujara violentamente a la órbita de su pensamiento” (1988: 24-25). A principios de 1963, en vísperas de la aparición de la revista, escribe una interesante carta a Agosti en la que pueden verse las motivaciones centrales por las que decidieron embarcarse en aquella nueva empresa editorial, en vez de meterse a trabajar en *Cuadernos de Cultura*, tal como les había sugerido Agosti. Aricó resume de la siguiente forma los elementos que consideraba pertinentes para cumplir el objetivo de hacer en Córdoba un trabajo cultural profundo y comenzar a dar allí una batalla en el plano ideológico-cultural:

Porque la redacción de una revista del tipo que planteamos obliga ya a trabajar con un equipo de hombres —en Córdoba es de alrededor de 20 personas— que muchos de ellos comenzarán recién a escribir cosas, a preparar artículos, a resumir libros. Podrían hacerlo para otros materiales o publicaciones, pero Ud. sabe cuán difícil es asegurar esto. La revista tendría una presencia física, sería hecha por la gente de la provincia, tendría un poder de atracción especial.

Sería una revista de frente único. Escribirán personas que en nuestras publicaciones no lo hacen

24 Carta de Aricó a Agosti, con fecha 4 de agosto de 1959. Archivo Héctor P. Agosti, Centro de Estudios y Formación Marxista Héctor P. Agosti (CEFMA).

habitualmente ni saben si lo pueden hacer o no porque en las condiciones particulares del país, quienes escriben en C/C., por ejemplo, *son* comunistas, es decir miembros de un partido determinado, al cual no todos ellos pertenecen.

No existe una publicación de este tipo, en el país. Y el hecho de que no existe hace que muchas personas que mantienen una seria posición de respeto hacia nuestra organización, y que están dentro de la izquierda, puedan ser convertidas en piezas de maniobra de aventureros del tipo de los que se acaban de lanzar a la publicación de *La revista de la liberación nacional*. La que en mi opinión no es más que otra de las tantas publicaciones que bajo el manto de la izquierda se dedican a hacer cada vez más duro el camino del encuentro de las fuerzas populares.

Que la revista pueda ser el pivote de una serie de instancias culturales que pueden ser realizadas bajo nuestra orientación y dirección. Y que los núcleos que se formen en los pueblos para su colocación puedan convertirse luego en los núcleos unitarios del trabajo cultural.

Las intenciones y los objetivos eran claros. Los acontecimientos posteriores pueden ya vislumbrarse en uno de los párrafos finales de la carta:

Convenimos con Ud. en que hay un riesgo: que el trabajo con *Pasado y Presente* —pues así se llama nuestro engendro— nos lleve a no trabajar con *C. de Cultura*, a no colaborar con ella, a no venderla, etcétera. Pero como Ud. y yo sabemos éste es un problema que no

depende de la existencia o no de otra revista sino de algo que está más arriba, esto es, la existencia en las direcciones de una conciencia de la importancia de la labor cultural, de la formación de comisiones estables que tomen el trabajo de colocación de *Cuadernos* y de algunas otras cosas.²⁵

Luego de la contundencia de estos planteos, sólo quedaba esperar la aparición de la revista, que en su primer número afirmaba: “*PyP* intenta iniciar la reconstrucción de la realidad que nos envuelve partiendo de las exigencias planteadas por una nueva generación con la que nos sentimos identificados” (Aricó, 1963: 1).

La ruptura del grupo al que pertenecía Aricó se dio en torno a una revista cultural y política y no a través de la formación de otro partido, como en el caso del Partido Comunista Revolucionario (PCR), ni de la unión con otro movimiento político. De hecho, se caracterizaba por “no estar enrolada en organismo político alguno y por contar entre sus redactores hombres provenientes de diversas concepciones políticas”, lo que a su entender le permitía convertirse en un efectivo centro unitario de confrontación y elaboración ideológica. Esto permite pensar que más allá de la línea política, los jóvenes en torno a *PyP* coincidían con Agosti en dar un lugar central a la lucha en el plano cultural, y señala qué tipo de “símbolos” estaban en disputa. La influencia del pensamiento de Sartre, y su idea sobre la posición de pensador crítico independiente como lugar simbólico donde se fundaba la legitimidad política de los intelectuales, fue reconocida por los miembros de la nueva revista.²⁶ Una revista cultural brindaba la

25 Carta de Aricó a Agosti, con fecha 28 de enero de 1963. Archivo Héctor P. Agosti, CEFMA.

26 Luego de la aparición del n° 1 de *PyP*, aquellos que pertenecían al PCA se alejaron o fueron expulsados.

posibilidad de debatir “de igual a igual” en el plano intelectual, especialmente si, como escribe Aricó en el n° 1 de la revista *PyP*:

La actual dispersión y el fraccionamiento creciente de la intelectualidad argentina [...] no pueden dejar de manifestarse en la dolorosa ausencia de revistas de envergadura nacional, en la absoluta pobreza de las páginas literarias de los grandes rotativos, en la falta de órganos de expresión que nos vinculen con nuevas problemáticas y conocimientos.

Con esta afirmación como punto de partida, los miembros de la revista justificaban la legitimidad del emprendimiento.

Aricó agregaba:

En la gestación de una revista de cultura siempre hay algo de designio histórico, de “astucia de la razón”. Algo así como una fuerza inmanente que nos impulsa a plasmar cosas que roen nuestro interior y que tenemos urgente necesidad de objetivar [...] al margen de lo anecdótico, toda revista es siempre la expresión de un grupo de hombres que tiende a manifestar una voluntad compartida, un proceso de maduración semejante, una posición común frente a la realidad. (Aricó, 1963: 1)

Si se retoma la definición de “nueva generación” de Agosti, esto es, cuando presenciamos una “manifestación de determinados elementos homogéneos en el pensamiento y la actividad de los hombres y las mujeres jóvenes que se inician en la vida planteando nuevos interrogantes y suscitando (y a la vez proporcionando) una respuesta igualmente nueva”, podría concluirse que efectivamente

PyP representa una nueva generación. Aricó plantea que la revista será:

... la expresión de un grupo de intelectuales con ciertos rasgos y perfiles propios, que [...] intentará soldarse con un pasado al que no repudia en su totalidad pero al que tampoco acepta en la forma en que se le ofrece. Nadie puede negar que asistimos hoy en la Argentina a la maduración de una generación de intelectuales que aporta consigo instancias y exigencias diferentes y que tiende a expresarse en la vida política con acentos particulares. (Aricó, 1963: 2)

Esta “generación” que surge y se manifiesta en *PyP* está constituida por intelectuales, y en apariencia desligada de toda clasificación de clase. Sin embargo, más adelante aclara:

No significa de manera alguna caer en la visión interesada de quienes en el concepto de “generación” buscan un eficaz sustituto a aquel más peligroso de “clase social”. Pero depurado de todo rasgo biológico o de toda externa consideración de tiempo o edades e “historizado”, el concepto de generación se torna pleno de significado. Convertido en una categoría histórico-social, válida solo en cuanto integrante de una totalidad que la comprenda y donde lo fundamental sea la mención al contenido de los procesos que se verifican en la sociedad, se transforma en una útil herramienta interpretativa. (*Ibid.*)

La ruptura “generacional” no estaría entonces planteada en términos de generación por edades, sino por aquellos

que comparten, sin importar su edad, formas de concebir la realidad comunes. Se está frente a una nueva generación según Aricó:

Cuando en la orientación ideal y práctica de un grupo de seres humanos unidos más que por una igual condición de clase por una común experiencia vital, se presentan ciertos elementos homogéneos, frutos de la maduración de nuevos procesos antes ocultos y hoy evidentes por sí mismos. No siempre en la historia se perfila una nueva generación. Pero hay momentos en que un proceso histórico, caracterizado por una pronunciada tendencia a la ruptura revolucionaria, adquiere una fuerza y una urgencia tal que es visto y sentido de la misma forma por una capa de hombres en los que sus diversos orígenes sociales no han logrado aún transformarse en concepciones de clase cristalizadas y contradictorias. (*Ibid.*)

Si nos atenemos a esta definición, cuando a principio de la década de 1950 Aricó y Agosti, entre tantos otros, compartían un espacio en otra revista, *Cuadernos de Cultura*, estábamos entonces en presencia de una generación de intelectuales, en tanto compartían una serie de experiencias comunes ideales (la concepción revolucionaria) y prácticas (su viabilidad a través del PCA). Lo que no se explica entonces es cómo de esa “generación de intelectuales” en torno a *Cuadernos de Cultura* puede haberse desprendido otra nueva “generación de intelectuales” en torno a *PyP*. Es evidente que las definiciones de “generación” esbozadas por Agosti y por Aricó no son aplicables al análisis del proceso de ruptura entre ambos.

En el caso de la “ruptura” del grupo *PyP*, la situación se resolvió según lo que Gramsci plantea como segunda cuestión de los jóvenes que interesa. Es decir, la generación de los “viejos” no consigue educar a los jóvenes para prepararlos para la sucesión en las tareas de dirección partidaria. Para los jóvenes de *PyP* la estructura del PCA ya no lograba satisfacer las inquietudes teóricas y políticas que los jóvenes planteaban.

El grupo al que perteneció Aricó operó para desacreditar a los “padres” por ortodoxos, anticuados. Se definieron como:

... una generación que no reconoce maestros, no por impulsos de simplista negatividad, sino por el hecho real de que en nuestro país las clases dominantes han perdido desde hace tiempo la capacidad de atraer culturalmente a sus jóvenes mientras que el proletariado y su conciencia organizada no logran aún conquistar una hegemonía que se traduzca en una coherente dirección intelectual y moral. (*Ibid.*)

Dentro de esta “conciencia organizada”, el partido, es donde Aricó encuentra la importancia del tema generacional:

Para que la vanguardia política de la clase revolucionaria pueda facilitar el proceso de “enclasmiento” de las nuevas promociones intelectuales en los marcos del proletariado y en sus propias filas es preciso en primer lugar reconocer la validez de la instancia generacional, no tener nunca miedo de la obsesión por ver claro. (Aricó, 1963: 4)

La idea de juventud como portadora del inconformismo y la renovación sí puede servir a la diferenciación entre

jóvenes y viejos planteados por Aricó, pero son elementos que se presentan limitados y esquemáticos, en tanto constantes en la referencia a la juventud, y no permiten hacer el recorte particular de nuevos “intelectuales” disconformes que el mismo autor plantea.²⁷

La respuesta de Agosti

La respuesta no se hizo esperar. En ese mismo año 1963 Agosti escribe una dura crítica a las “elaboraciones híbridas” que mezclan el marxismo con el existencialismo y el psicoanálisis, pretendiendo un efecto modernizador y de rebeldía.

Es evidente que tales expresiones de rebeldía testimonian otros tantos estados de inquietud e insatisfacción, especialmente de los jóvenes, frente a la sociedad actual. Pero esa rebeldía aun siendo crítica con respecto a la sociedad burguesa, ni conmueve ni altera los basamentos de la sociedad burguesa [...]. Para ser revolucionaria (y no simplemente rebelde) la crítica debe fundarse en la unidad teórico-práctica y encaminarse a la transformación de la sociedad [...] en ello reside la diferencia sustancial entre el marxismo leninismo y los híbridos que se ofrecen en reemplazo de la versión “dogmática”, “ortodoxa” o como quiera llamársela.²⁸

27 “La psicología esquemática se ocupa de establecer que el elemento conservador es la vejez y de presentar a la juventud únicamente en su aspecto tempestuoso” (Mannheim, *op. cit.*: 195). Este argumento puede emparentarse con el surgimiento del psicoanálisis a principios de los años sesenta en nuestro país.

28 “¿Complementos del marxismo?” (Agosti, 1975: 228-229).

En 1963 se había aprobado una resolución del Partido Comunista de la Unión Soviética que consideraba que el comunista que pregona la coexistencia pacífica en la ideología traicionaba la causa del marxismo. Tras la postura establecida en el n° 1 de *PyP*, recordemos, de convergencia de “hombres provenientes de diversas concepciones políticas”, Agosti señala:

No deja de ser curioso que quienes afectan este acné izquierdizante en nombre de una supuesta ortodoxia del leninismo terminen entendiéndose con los redactores de una revista cordobesa que, de hecho, han extendido al leninismo su partida de defunción, reemplazándolo con las maneras más untuosas de la coexistencia pacífica en el terreno de la ideología. (1964: 5)²⁹

En este mismo artículo Agosti deja completamente clara su posición sobre el tema generacional. No solo por la inexistencia de una supuesta “querrela de generaciones” en el fondo de la ruptura, sino por el real trasfondo de clase que determina la ruptura con el PCA y tiende a mantener a las masas “bajo la influencia de la ideología burguesa”.

La otra respuesta

Las posiciones oficiales manifestadas en *Cuadernos de Cultura*, las posibles causas de las disidencias y las formas en las que se sucedieron los acontecimientos no dejaron de despertar una profunda preocupación en Agosti. El

29 Todo el número de la revista está dedicado a ese mismo tema, y todos los autores que participan incluyen referencias explícitas a la aparición del primer número de *PyP*.

problema del “relevo generacional”, de la continuidad ideológica del partido, llevó a Agosti a plantear internamente el problema, que no representaba ya un caso aislado. Agosti, miembro del Comité Central desde 1963, planteó entonces su posición que reflejaba una dramática conciencia de la seriedad del problema. En un informe ante el Secretariado del partido en 1965, Agosti planteaba:

Reitero aquí, como punto de partida, alguna expresión que usé en las reuniones anteriores: creo que no podemos declararnos satisfechos de la situación, sino más bien lo contrario; creo que debemos abordar las cuestiones con espíritu autocrítico para encontrar las soluciones más oportunas. Dije que vivíamos una situación de crisis y que no podíamos abordar el examen de nuestra situación con ánimo livianamente optimista. Si hacemos una contabilidad superficial podríamos considerarnos satisfechos (éxitos en las elecciones estudiantiles, etcétera). Si hacemos un balance más hondo no podemos llegar a la misma conclusión: bastaría con una simple estimación de entrada y salida de afiliados en algunos sectores, especialmente con los más específicamente culturales.³⁰

Seguidamente, Agosti plantea la necesidad de un doble análisis. Por un lado, las discrepancias con la línea política, y por otro “el plano de un agudo malestar motivado por cuestiones específicas que algunas direcciones encaran simplemente (y a veces administrativamente) como si se tratara de disidencias con la línea política”. El comentario hace alusión a la polémica desatada luego del discurso emitido por

30 El informe fue inicialmente proporcionado por Enrique Israel a Néstor Kohan, a quien agradezco haberme facilitado una copia.

N. S. Jruschov en 1957 sobre cuestiones artísticas y literarias. El discurso comenzaba recordando las indicaciones de Lenin sobre la literatura y el arte como parte integrante de la lucha por el comunismo, resaltando la obra de los soviéticos como ejemplo para los trabajadores de todos los países, y reclamando:

... producciones de la literatura, de la pintura y de la música que reflejen el énfasis del trabajo, que sean comprensibles para el pueblo. El método del realismo socialista asegura posibilidades ilimitadas para la creación de tales obras. El Partido lleva a cabo una lucha intransigente contra la penetración de la influencia de una ideología extraña en la literatura y en las artes, contra los ataques a la cultura socialista.³¹

Pero la lucha planteada no se limitaba a los ataques “externos” sino que debía emprenderse también contra:

... algunos trabajadores de la creación, que intentan empujarlas por un camino falso, apartándolas de la principal línea de desarrollo. Y la principal línea de desarrollo consiste en que la literatura y las artes estén siempre indisolublemente ligadas a la vida del pueblo, reflejen con veracidad la riqueza y la diversidad de nuestra realidad socialista y muestren con brillantez y persuasión la gran actividad transformadora del pueblo soviético, la nobleza de sus ambiciones y de sus fines, sus altas cualidades morales.³²

31 Jruschov en *Novedades de la Unión Soviética*, Buenos Aires, septiembre de 1957, p. 19.

32 *Ibíd.*, p. 20.

En el marco de la lucha ideológica, las afirmaciones de Jruschov tienen un claro antecedente en el informe Zhdanov de 1947, en su planteo de que en la lucha entre la ideología socialista y la ideología burguesa no podía haber neutrales. Ambos informes, el de 1947 y el de 1957, establecían una línea que si era difícil de practicar en la propia Unión Soviética, más difícil era todavía aplicarla a un país no socialista como la Argentina. En la polémica, como vimos, había dos tendencias claramente definidas. Una, que en coincidencia con Agosti reivindicaba una mayor “libertad” de creación en el trabajo intelectual, y otra más aferrada a las posiciones de la dirección partidaria que sometían aquel trabajo a la línea política oficial tras los planteos de Zhdanov. Esta última posición no contemplaba las particularidades que esa lucha ideológica debía tener en un país como la Argentina en el que, a diferencia de la Unión Soviética, vivía una realidad política que poco tenía que ver con un estado socialista. En el caso de la Unión Soviética, el paralelismo entre la política del partido y los intereses del pueblo tenían la particularidad de que el primero tendía a identificarse con el Estado. En Argentina, claro está, la realidad era otra y las tareas de la lucha ideológica de los comunistas argentinos no podían asemejarse mecánicamente a la de los soviéticos. Incluso en el terreno de la estética, Agosti señalaba en su informe que “no siempre hemos llevado la batalla política en términos de esclarecimiento, sino frecuentemente en términos administrativos de imposición”. La proliferación de grupos políticos y de publicaciones, muchas ellas de izquierda, fue una de las notas más características de la época. En otro informe inédito que encontramos en su archivo personal, también de 1965, Agosti hace sobre este fenómeno, que él mismo llama de “izquierdización general”, la siguiente lectura:

Creo que si este hecho —y otros— lo miramos “metafísicamente”, podríamos tenerlo por negativo; hechos tales, por ejemplo, como el acercamiento hacia el marxismo desde diferentes caminos; pero si lo miramos “dialécticamente”, tenemos que computarlo como positivo, puesto que los chinos, y otros, para obtener algún eco, tienen que excitar posiciones de izquierda, tienen que fomentarlo en definitiva, aunque inicialmente pueda presentarse como una fisura a las posiciones del Partido.³³

La lectura destaca el “giro a la izquierda” de la intelectualidad, especialmente entre los jóvenes, más allá de lo estrictamente limitado al papel del partido en ese giro. Pero si Agosti no los rechazaba por completo, rescatando el giro como un aspecto positivo, no dejaba de cuestionarse acerca del alejamiento de aquellos grupos de la órbita del PC. Su explicación, continúa el informe, se centraba en que el partido daba la imagen:

... de una “fijación”, de una “cristalización”, en momentos en que está abierta una viva polémica, y aún una vivísima revisión, en el movimiento comunista internacional, a comenzar por la URSS. Creo que no abordamos ni las nuevas circunstancias ni las nuevas inquietudes; por lo menos, no las abordamos de manera vivaz y fecunda, lo cual se inserta en la órbita de los factores subjetivos y acentúa el grado de nuestra responsabilidad que deberemos examinar juiciosamente. Yo entiendo —y trataré de probarlo— que sin una

33 Informe inédito de 1965. Archivo Héctor P. Agosti, CEFMA. Figuran como participantes de la reunión Orestes y Rodolfo Ghioldi, Jorge Bergstein, Fernando Nadra, Francisco Linares, Bernardo Kleiner, Alfredo Varela, Leonardo Paso y Paulino González Alberdi.

apertura audaz, que enfoque sin prejuicios los nuevos problemas, no podremos salir de esta situación que insisto en calificar como “crítica”.

El contexto de ebullición política de la década de 1960 no pasaba inadvertido a los ojos de Agosti. Él estaba cerca de muchos de los jóvenes que luego se fueron del partido, y sabía muy bien, como puede verse en este informe, que la realidad abierta, quizá con la Revolución cubana como uno de los puntos más agitados, requerían de una revisión crítica de ciertos temas culturales y políticos. Poniendo como ejemplos los PC uruguayo y chileno, que sí lograron canalizar las diferentes opiniones desatadas por el informe Jruschov y la Revolución cubana, Agosti afirma en el informe que lo esencial radicaba “en una política cultural que necesita fundarse sobre una apertura auténtica si quiere ser fecunda en un mundo moderno de pluralidad, que el marxismo debe absorber críticamente, y para lo cual fue verdaderamente nocivo, para no decir nefasto, el supuesto o la pretensión de una escuela única, tan condenada en los recientes debates soviéticos”.³⁴ El informe deja ver claramente una plena conciencia de los profundos problemas que estaban teniendo lugar en el frente cultural del partido. La salida de muchos jóvenes a los que Agosti veía como potenciales relevos, los nuevos debates propuestos por la “nueva izquierda” y el llamado “marxismo nacional”, presentaban desafíos que, a diferencia de otros momentos, no podían ser abordados con un simple “cierre de filas”. Agosti consideraba necesaria, manteniendo la “ortodoxia” representada por el marxismo-leninismo, abandonar las posiciones sectarias y dogmáticas, tal como lo había planteado en oportunidades anteriores. Tal fue el caso del informe a la Primera

34 *Ibíd.*

Reunión Nacional de Intelectuales Comunistas en 1956, que casi diez años se presentaba como una base para diseñar la política cultural. Así, el antisectarismo y el antidogmatismo postulados en 1965, debían renovarse para lograr “comprender las razones de los demás para poder incorporarnos válidamente —no sólo como maniobra táctica— en el diálogo con los demás”. Otra muestra de las fuertes críticas que Agosti, asumiendo sus responsabilidades, presentaba a la política llevada adelante por el partido tenía que ver con la necesidad de renovar “la metodología del marxismo, anquilosada en los años del llamado ‘culto a la personalidad’, comprendiendo la posición crítica frente a las corrientes no marxistas como una actitud de crítica ‘interna’ y no como una mera actitud externa fundada en argumentos de autoridad”. Esta última crítica apuntaba no sólo al extendido método de crítica artística que asimilaba lo “burgués” con lo “decadente”, sino a “[l]a comprensión de que no todo lo que no está a nuestro lado es siempre, y por definición, forzosamente reaccionario”. Especialmente porque, a diferencia de las situaciones planteadas en los países que ya transitaban el socialismo, determinadas manifestaciones burguesas podían confluir como elementos positivos en una lucha por la liberación nacional. Todos estos elementos presentes en el informe representan sin duda un alto grado de conciencia respecto de las problemáticas que atravesaban al partido a mediados de la década de 1960.

Aunque con menos contundencia, muchos de estos elementos habían sido planteados en el XII Congreso del partido de 1963, donde se había insistido en lo que Agosti consideraba central en la política cultural partidaria, esto es, el fenómeno de la crítica persuasiva, desde adentro; el reconocimiento de las exigencias de rigor científico que establecen las nuevas promociones intelectuales; la admisión de la unidad y el rechazo de la unicidad y, por

consiguiente, la confrontación de opiniones, y aún la exteriorización de esta confrontación, como uno de los elementos de enriquecimiento ideológico y de búsqueda de la verdad científica. Haciendo una evaluación sobre la aplicación efectiva de aquella política cultural, escribía en el informe de 1965:

Creo que ha llegado el momento de preguntarnos si hemos andado ese camino o, por lo menos, si lo hemos andado consecuentemente. Creo, también, que de haberlo recorrido consecuentemente acaso hubiéramos eludido o absorbido muchos de los problemas que ahora nos afligen, y que yo he calificado de crisis, tal como lo han hecho los chilenos y los uruguayos inspirándose en las ideas y los métodos puestos en circulación por nosotros. Con lo que acabo de decir estoy anticipando mi respuesta: creo, efectivamente, que no nos hemos manejado con aquellas orientaciones, o que las hemos manejado reticentemente. Y asumo en esto, plenamente, mi propia responsabilidad.

Los ejemplos propuestos por Agosti en el informe retoman gran parte de las discusiones disparadas en 1948 por el informe Zhdanov y, una vez más, el tema del realismo sobre el que venía reflexionando desde su *Defensa del realismo* de 1945. Veinte años más tarde, las mismas cuestiones saltaron a la luz mostrando discusiones no saldadas, hecho en el que Agosti asume haber tenido responsabilidad como participante de la comisión cultural del partido.

Nosotros no suscitamos con energía este problema ante la dirección del Partido, y yo mismo he incurrido en la falta de no plantear abiertamente ante el CC una cuestión que aluda fundamentalmente al problema de

la dirección partidaria de la cultura. Los puntos señalados aparecen en los informes oficiales del Encuentro de Intelectuales de 1956 y reproducidos en varios documentos más. [...] Sin embargo, lo importante no es tanto lo que decimos como lo que hacemos, [...] las actitudes que promovemos no crean un clima de habitabilidad; fortalecen, por el contrario, la imagen de la dureza dogmática, o por lo menos incomprensiva, de los nuevos problemas del mundo; inclusive una dureza extremada en la política con los aliados. Es decir, que estamos muy lejos de esa tolerancia sin prejuicios [...] que constituye la base de la política cultural que delineáramos en 1956; está muy lejos del método de la comprobación experimental de la teoría por la práctica.

Poco que agregar a tan elocuente autocrítica. Para el momento de redacción del informe, el problema del relevo de cuadros al interior del partido, sobre el que Agosti venía reflexionando hacía tiempo, era un problema real. No en términos de un problema generacional, pero sí de una cultura que:

... choca con la cultura del adulto, más estática. Creer que los mayores son por esa sola circunstancia los depositarios de la sabiduría representa hoy un mito del pasado [...]. Temo que no sepamos siempre comprender esta actitud y abordarla dialécticamente, absorbiendo sus costados positivos de renovación, que incuestionablemente los tiene.

Pero justamente por eso Agosti culminaba el informe afirmando:

Necesitamos crear los métodos adecuados para abrir el Partido a quienes sienten simpatías generales por el comunismo, y para acercar a todos los que se hayan alejado por graves faltas de conducta. Si es necesario abrir con ellos una discusión, o determinar la táctica indispensable para crear una fisura, hay que hacerlo. Y si para ello es obstáculo la presencia de alguna persona —la presencia de Agosti, por ejemplo— creo que hay que encarar inclusive esa circunstancia con espíritu realista, sin amor propio. Concluyo diciendo que: o confirmamos esa política amplia, abierta, o no superaremos la situación que ahora nos preocupa.

Aunque “puertas afuera” la percepción pudiera ser la de una discusión cerrada, “puertas adentro”, como vemos, las disputas continuaron. La insistencia en la apertura del diálogo polémico mantenida por Agosti desde la década anterior no puede considerarse como una prédica “extraña” al partido. Fue, y ha quedado demostrado, un hombre de partido, y fue desde esa posición que intentó avanzar en estos sentidos. Sin embargo, muchos de sus planteos quedaron, en la práctica, en una situación de marginalidad que impidió la trascendencia de los factores que configuraron su “originalidad” como intelectual del PC. No estuvo, además, completamente sólo en estas críticas. Las intervenciones de Varela, Linares y Kleiner coincidieron con muchos de los puntos presentados por Agosti en su informe. Se trataba sin duda de una situación interna, de lucha contra el sectarismo que atravesó toda la historia del partido, y que encontró en Agosti uno de sus portavoces más consecuentes. Pero si tenemos en cuenta que quienes más decididamente criticaron sus opiniones de 1965, Orestes y Rodolfo Ghioldi y Fernando Nadra, tenían una presencia mucho más fuerte

en las decisiones de dirección partidaria, es comprensible que estos informes hayan permanecido desconocidos durante tantos años.

Haciendo un balance de lo expuesto, comencemos planteando que los contextos de formación de la “generación” de Agosti y la posterior, marcaron diferentes caminos, incluso dentro de la propia corriente marxista. La realidad de la Revolución rusa impregnó el comunismo argentino, aunque no sólo, de una férrea confianza en la estrategia revolucionaria soviética. Cuando en la década de 1950 América Latina es escenario de nuevas realidades, cuya máxima expresión fue sin duda la Revolución cubana, aquellas estrategias dejaron ver sus grietas. Los “jóvenes de edad” en aquel momento pudieron experimentar dichas realidades sin el bagaje acarreado por aquellos que habían sido “jóvenes de edad” en la década de 1930.

Para Agosti, los jóvenes eran los portadores del cambio en general, frente a los “gerontes” que se inclinan más hacia posiciones conservadoras. Y si la distancia entre “jóvenes” y “viejos” puede acotarse cuando un conjunto de elementos homogéneos une a personas, que pueden tener diferentes edades, en torno a una “generación”, al interior del partido la relación entre jóvenes y viejos cumple más una función de preservación de la organización, tal como consideraba Agosti.

Esto coincide con lo que Aricó, en sus inicios (recorremos la carta de 1959), planteaba al considerar a los “viejos” como los portadores del conocimiento y la experiencia, y a los “jóvenes” como los potenciales receptores y “herederos” de la tradición partidaria. Al momento del lanzamiento de *PyP*, sin embargo, la relación debía centrarse en la renovación, modernización y superación de lo viejo, especialmente en la organización revolucionaria. Pero la ruptura, que no termina de aparecer como “generacional”, plantea al

mismo tiempo lo “nuevo” como factor central en la ruptura con lo “viejo”.

Al considerar las reflexiones de Agosti sobre la juventud, no pueden dejarse de lado, como inseparable contraparte, los deberes de los “adultos” frente a ella. Más allá del interés general por el tema, hay en el autor una preocupación evidente relacionada a las dificultades que su partido estaba encontrando para dar continuidad “generacional”, por decirlo de alguna forma, a su dirigencia política. Mucho de los jóvenes cuadros que se habían formado bajo el ala de Agosti se habían alejado o habían sido alejados del partido. Alejamiento que más allá de plantearse simplícidamente en términos de “ruptura generacional”, portaba un fuerte tinte político, desplazando los ejes de discusión teórica a extremos irreconciliables. No se trataba de “pecados juveniles” sino de fuertes cuestionamientos planteados “de igual a igual” por grupos de jóvenes que ponían en duda la eficacia revolucionaria de los “no jóvenes” del PC.

Comentarios finales

Quisiéramos concluir este capítulo repasando algunas de sus principales ideas. En primer lugar, reafirmar nuestra posición respecto a la insuficiencia de explicar el conflicto entre Agosti y Aricó, y entre *Cuadernos de Cultura* y *PyP*, como un tema generacional. Nos parece más acabada la propuesta de Mannheim y Erikson para entender cómo las primeras impresiones durante la etapa juvenil intersectan con el corte etario produciendo una imagen particular del mundo. Vimos que los contextos de formación de la “generación” de Agosti y la posterior determinaron diferentes caminos incluso dentro de la propia corriente marxista. La realidad de la Revolución rusa impregnó el comunismo

argentino, aunque no sólo, de una férrea confianza en la estrategia revolucionaria soviética. Cuando en la década de 1950 América Latina es escenario de nuevas realidades, cuya máxima expresión fue sin duda la Revolución cubana, aquella estrategia dejó ver sus grietas. Los “jóvenes de edad” en aquel momento pudieron experimentar dichas realidades sin el bagaje acarreado por aquellos que habían sido “jóvenes de edad” en la década de 1930, reflejando además una complejización en el movimiento revolucionario mundial.

En segundo lugar, consideramos necesario marcar la diferencia entre el desarrollo de los hechos y los argumentos que sus protagonistas realizan como estrategias de autolegitimación. Vimos que las nociones de “generación” sostenidas por Agosti y Aricó no eran aplicables para el análisis del proceso de ruptura. Sin embargo, ambos debieron desarrollar líneas de argumentación tendientes a sustentar la posición desde la cual actuaban políticamente. La lectura que los jóvenes en los años sesenta hicieron de la forma de interpretar el mundo que sus mayores les habían legado, tensionó las relaciones dejando ver a primera vista un fenómeno de disputa generacional. Sin embargo, una lectura más detallada de las argumentaciones y de las prácticas concretas nos llevan a concluir que una lectura “generacional”, entendida en el sentido etario, opaca la riqueza de leer los conflictos en clave político social.

Para Agosti, la distancia entre “jóvenes” y “viejos” puede acotarse cuando un conjunto de elementos homogéneos une a personas, que pueden tener diferentes edades, en torno a una “generación”, preservando en última instancia la continuidad política dentro del partido. Esto coincide con lo que Aricó, en sus inicios (recordemos la carta de 1959), planteaba al considerar a los “viejos” como los portadores del conocimiento y la experiencia, y a los “jóvenes” como los

potenciales receptores y “herederos” de la tradición partidaria. Al momento del lanzamiento de *PyP* la relación debe centrarse en la renovación, modernización y superación de lo viejo, especialmente en una organización revolucionaria (Aricó, 1963: 3). Momento caracterizado además con la maduración de una generación de intelectuales con la que se siente identificado. Al reivindicarse como marxista, no puede sin embargo prescindir del componente de clase a la hora de plantear una diferenciación, que no termina de aparecer como “generacional” pero que al mismo tiempo la idea de lo “nuevo” como factor central en la ruptura con lo “viejo” (ortodoxo).³⁵

Al considerar las reflexiones de Agosti sobre la juventud no pueden dejarse de lado, como inseparable contraparte, los deberes de los “adultos” frente a ellos. Más allá del interés general por el tema, hay en el autor una preocupación evidente relacionada a las dificultades que su partido, el PCA, estaba encontrando para dar continuidad “generacional”, por decirlo de alguna forma, a su dirigencia política. Muchos de los jóvenes cuadros formados bajo el ala de Agosti se habían alejado, o habían sido alejados, del partido. Alejamiento que, por no plantearse simplícidamente en términos de “ruptura generacional” portaba, como vimos, un fuerte tinte político, desplazando los ejes de discusión teórica a extremos irreconciliables. No se trataba de “pecados juveniles” sino de fuertes cuestionamientos planteados “de igual a igual” por grupos de jóvenes que ponían en duda, como se vio, la eficacia revolucionaria de los “no jóvenes” del PCA.

35 Recordemos que para Aricó, el concepto de generación, “convertido en una categoría históric-social, válida solo en cuanto integrante de una totalidad que la comprenda y donde lo fundamental sea la mención al contenido de los procesos que se verifican en la sociedad, se transforma en una útil herramienta interpretativa (1963: 4).

Hace falta una gran permeabilidad para comprender las razones de los jóvenes, para no irritarse frente a algunos desafueros, para aprehender el sentido más íntimo y legítimo de tantos de sus gestos y conductas a primera vista desconcertantes. Pero hace falta también una gran firmeza para no ceder ante su oportunismo radicalizante y para tratar, en cambio, de encauzarlo en las legítimas soluciones revolucionarias. Si ambas actitudes no se mantienen simultáneamente se corre el riesgo de un diálogo entre sordos. (Agosti, 1975: 275)

Actitudes que el PCA no pudo mantener orgánicamente.

Bibliografía

- Aricó, J. (1963). "Pasado y presente", *Pasado y Presente*, n° 1, abril-junio.
- . (1988). *La cola del diablo*. Buenos Aires, Puntosur.
- Agosti, H. P. (1949). *Cuaderno de Bitácora*. Buenos Aires, Lautaro.
- . (1964). "En defensa del marxismo leninismo", *Cuadernos de Cultura*, n° 66, enero-febrero.
- . (1975). *Prosa política*. Buenos Aires, Cartago.
- . (1976). *El hombre prisionero*. Buenos Aires, Axioma.
- . (1982). *Nación y cultura*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Ariet García, M. C., Valdés, J. (comps.) (2010). *Filosofía y revolución en los años sesenta*. México, Ocean Sur.
- Benedict, R. (2008 [1938]). "Continuidades y discontinuidades en el condicionamiento cultural", Pérez Islas, J. A., Valdez González, M. y Suárez Zozoya, M. H. (coords.), *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México, UNAM-CIIJ-Porrúa.

- Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Eisenstadt, S. N. (1964). "Grupos de edades y estructura social: el problema", Pérez Islas, J. A., Valdez González, M. y Suárez Zozoya, M. H. (coords.) (2008), *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México, UNAM-CIIJ-Porrúa.
- Erikson, E. H. (1968). "Hacia problemas contemporáneos: la juventud", *Identidad, juventud y crisis*, cap. VI, pp.189-212. Buenos Aires, Paidós.
- Feixa, C. (2006). "Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, vol. 4, n° 2, julio-diciembre, p. 6. En línea: <<http://www.scielo.org.co/pdf/rlcs/v4n2/v4n2a02.pdf>>.
- Gilbert, I. (2009). *La FEDE*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Gramsci, A. (2005 [1949]). "La cuestión de los jóvenes", *Antología II*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Hall, S. et al. (1975). "Subcultura, culturas y clase", Pérez Islas, J. A., Valdez González, M. y Suárez Zozoya, M. H. (coords.) (2008), *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México, UNAM-CIIJ-Porrúa.
- Hebdige, D. (2004). "Cinco", *Subcultura. El significado del estilo*. Barcelona, Paidós.
- Kohan, N. (1999). *La Rosa Blindada, una pasión de los ,60*. Buenos Aires, La Rosa Blindada.
- Larra, R. (1986). *Con pelos y señales*. Buenos Aires, Futuro.
- Mannheim, K. (1993). "El problema de las generaciones", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n° 62, pp. 193-242. Madrid, CIS.
- Mead, M. (1985 [1929]). "Introducción", *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Barcelona, Planeta.
- Ollier, M. M. (1998). *La creencia y la pasión*. Buenos Aires, Ariel.
- Parsons, T. (1942). "Age and sex in the social structure of United States", *American Sociological Review*, vol. 7, pp. 604-616. Trad. en Pérez Islas, J. A., Valdez González, M. y Suárez Zozoya, M. H. (coords.) (2008), *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México, UNAM-CIIJ-Porrúa.
- Ponza, P. M. (2007). "Los sesenta-setenta: intelectuales, revolución, libros e ideas", *Revista & Escuela de Historia*, año 6, n° 6. En línea: <<http://www.unsa.edu.ar/histocat/revista/revista0607>>.

- Schneider, S. (1994). *Héctor P. Agosti. Creación y militancia*. Buenos Aires, Grupo de Amigos de Héctor P. Agosti.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del,60*. Buenos Aires, Puntosur.
- Tarcus, H. (dir.) (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Buenos Aires, Emecé.
- Terán, O. (1993). *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires, El cielo por asalto.

Capítulo 9

Polémica en *Pasado y Presente*

Acerca del diálogo entre cristianos y marxistas

Leticia Prislei

Introducción

La polémica que voy a referir remite a la particular coyuntura histórica de los tempranos años sesenta. En efecto, el Concilio Vaticano II fue el evento que disparó en el campo católico la más significativa reforma de la Iglesia en los tiempos modernos. Reunido por el Papa Juan XXIII, comenzó el 11 de octubre de 1962 y se desarrolló hasta el 8 de diciembre de 1965 bajo el papado de Paulo VI. Contó con la participación de miles de sacerdotes de los cinco continentes. El Concilio se propuso revisar dos asuntos: por una parte, las tradiciones pastorales y litúrgicas, y por otra, emprender una nueva reflexión teológica (Morello, 2003: 43-112; Ponza, 2008: 1-25). La liturgia es la expresión de la fe cristiana, es decir, el culto, la oración o aquellas maneras en que los católicos ponen en práctica sus dogmas. El Concilio hizo especial hincapié en el valor comunitario y humanista que debía adoptar dicha praxis religiosa. En buena medida recogió los avances promovidos por la llamada *doctrina social*, una especie de sociología evangélica nacida en el interior de la Iglesia a tono con los últimos desarrollos metodológicos y enfoques de las modernas ciencias sociales. Ya desde las primeras décadas del siglo XX la *doctrina social*

venía reflexionando sobre la eficacia del sistema democrático representativo y los contrastes y desequilibrios existentes entre países ricos y pobres. Asimismo, atendió a la creciente influencia del marxismo en la sociedad en base a una teoría explicativa de los conflictos sociales considerada como la más avanzada de la época. No obstante, lo novedoso de la *doctrina social* no se limitó al impulso de una mayor sensibilización hacia los sectores más vulnerables de la sociedad, sino al propósito de lograr una apertura y una captación de apoyos en la comunidad no creyente. Apertura que llevó a afianzar lo que en términos de la época se conoció como el diálogo entre católicos y marxistas. A través de la idea de que *todos somos el pueblo de Dios*, intentó incorporar en los partidos políticos cristianos no-confesionales una línea que recogiera mejoras en la vida material de los sectores más pobres.

En tanto, al interior del marxismo se instala el problema respecto de la política a seguir con el mundo católico. A los efectos del tema que nos convoca, cabe señalar que casi simultáneamente Palmiro Togliatti —por entonces el dirigente más importante del PCI y uno de los referentes explícitamente recuperados por la revista *Pasado y Presente*— en su Conferencia de Bérgamo de 1963 considera que no se trata de encontrar un compromiso entre dos ideologías. En ese sentido afirma (1978: 205):

Por el contrario, hace falta considerar el mundo comunista y el mundo católico como un conjunto de fuerzas reales —Estados, gobiernos, organizaciones, conciencias individuales, movimientos de diversa naturaleza— y estudiar si, frente a las revoluciones del tiempo presente y a las perspectivas del futuro, existe de algún modo la posibilidad de una comprensión recíproca, un reconocimiento recíproco de valores y por

lo tanto un entendimiento e incluso un acuerdo para lograr aquellos fines que sean comunes en cuanto que sean necesarios para toda la humanidad.¹

No se trataría, empero, de aceptar una colaboración inmediata con la democracia cristiana tal como era en el presente. Togliatti, en polémica con el Partido Socialista Italiano, insiste en que hay que operar sobre las contradicciones de la dirigencia y de las masas trabajadoras católicas para abrir la vía de una renovación política general con el objeto de perseguir y obtener una transformación profunda de las mismas.

En lo que hace al horizonte histórico latinoamericano donde se despliega nuestra polémica es insoslayable que entre las mencionadas “revoluciones presentes” se imponga la recién inaugurada Revolución cubana. Por otra parte, los portavoces de la polémica, León Rozitchner (1924-2011) y Conrado Eggers Lan (1927-1996), se sitúan en la Argentina donde se estaba produciendo cambios significativos en el campo ideológico político. En el campo católico, donde se inscribe el segundo, desde mediados de los años cincuenta se impulsa la organización del Partido Demócrata Cristiano (PDC), la Asociación Sindical Argentina (ASA), la Juventud Obrera Católica (JOC), La Juventud de Estudiantes Católicos (JEC) y La Juventud Universitaria Católica (JUC). Estos últimos se reunieron en 1963 en torno a su primer plenario nacional realizado en Tandil, donde adoptaron posiciones muy críticas respecto a la jerarquía católica que, en respuesta, los excluye de la junta directiva de la Acción Católica Argentina (ACA) (Donatello, 2010: 33-59). En cuanto al

1 En cuanto a los debates y argumentaciones desplegadas en esta etapa inicial del diálogo entre católicos y marxistas en Italia que circularon en nuestro país *cfr.* Gozzini, Lombardo Radice, Fabro *et al.* (1965).

campo de la izquierda, cabe señalar que la repercusión de la Revolución cubana instala el debate sobre la vía al socialismo dividiendo aguas entre foquistas e insurreccionalistas. León Rozitchner² integra el Movimiento de Liberación Nacional (MLN-MALENA) creado en 1960 que, por un lado, confrontó con el pacifismo reformista del Partido Comunista Argentino y, por otro, criticó la teoría foquista de Régis Debray y el guevarismo dispuesto a traspolar sin más la experiencia cubana (Pacheco, 2010 y 2012).³ Tanto en el campo católico como en el campo marxista todo está puesto en discusión. En ese contexto se recepciona el diálogo entre cristianos y marxistas en nuestro país.

Sabemos que las derivas de esos años están alejadas de cualquier análisis simple y lineal. También sabemos que toda polémica lleva las marcas del género: divide los públicos y recluta seguidores, hiperboliza las argumentaciones y pone en pugna universos categoriales diferentes a partir de los cuales las posiciones de los involucrados se suelen tornar irreductibles. Esto explica el mutuo reclamo de sordera que cada uno de los contendientes enuncia respecto del otro. No obstante, las polémicas permiten localizar fragmentos de los mapas culturales y políticos donde se inscriben los problemas de una época. En ese sentido, quizás el análisis de la polémica entre Rozitchner y Eggers Lan contribuya a conocer mejor algunas de las razones y las pasiones que se pusieron en juego.

2 Rozitchner se había doctorado en La Sorbona con una tesis sobre Max Scheler y Karl Marx. Allí había estudiado con Maurice Merleau Ponty, Claude Lévi-Strauss y Lucien Goldman. A su regreso al país colaboró con la revista *Contorno*.

3 En relación con la recepción del diálogo entre marxistas y católicos en nuestro país, sobre todo en el PCA y Agosti, *cfr.* Massholder (2011: 149-175).

Cartografía indiciaria de unos textos polémicos

I

En octubre de 1962, la publicación del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, *Correo de CEFyL* —cuyo consejo de redacción estaba integrado por José Paradiso, Eduardo Morando, Norberto Wilmer, Juan Carlos de Brasi y Jorgelina Jusid— abrió el segundo número con un reportaje al profesor de filosofía antigua Conrado Eggers Lan realizado en Castelar el 2 de septiembre y titulado “Cristianismo y Marxismo”. En nota introductoria se aclara que el mismo “obedece a un deseo de mostrar las diferentes opiniones que sustentan los hombres que, a nuestro juicio, pueden aportar elementos polémicos dilucidatorios de una realidad que se nos aparece tan múltiple y confusa”.⁴

Ante el pedido estudiantil de situar al cristianismo y al marxismo en esta particular coyuntura histórica, Eggers Lan comienza por posicionarse como una voz minoritaria dentro del campo del cristianismo y como un intérprete de Marx que a distancia de las lecturas consagradas cree ver indicios en disidencia al interior del campo marxista que podría alojar voces abiertas a un diálogo.

Por ende, sostiene que el cristianismo es un movimiento centrado en la realización plena de la persona humana que procura liberarla de los factores que la esclavizan y la degradan, a saber: las ansias de poder ilimitado derivado de las riquezas, el cetro y la espada. Eggers Lan recurre al Génesis y al Evangelio según San Juan para argumentar

4 Reportaje al profesor Eggers Lan, “Cristianismo y marxismo”, *Correo de CEFyL*, año 1, nº 2, octubre de 1962, p. 1.

que la liberación del hombre se conseguirá mediante el amor ejercido al modo de los primeros apóstoles y conlleva la transformación radical de la sociedad. En cuanto al marxismo, se le aparece como la “secularización de algunos de los motivos más profundos del pensamiento judeo-cristiano”. Apelando a *La ideología alemana* y a una lectura mediada por Scheler concluye que Marx postula un ateísmo ético, al tiempo que espera la superación de las contradicciones y ambigüedades que en nombre del hombre y de la sociedad lleva a los marxistas a reclamar “la destrucción del hombre y de la sociedad”.

Durante el resto de la entrevista Eggers Lan —que habría de devenir en uno de los promotores intelectuales en Argentina del llamado “diálogo entre cristianos y marxistas”—, dijo no tener dudas de la compatibilidad entre ambas doctrinas. Y para sustentar sus afirmaciones intenta la traducción de conceptos del marxismo a términos bíblicos y viceversa. Asegura también que la oposición planteada entre cristianismo y marxismo era consecuencia del desconocimiento o de intereses que preferían rechazar las coincidencias.

Eggers Lan, en orden a sostener su lectura, argumenta que ambas doctrinas estaban unidas en su lucha contra la enajenación, la alienación y la dominación del hombre por el hombre:

En los evangelios está claramente evidenciado que la dialéctica y la lucha no son incompatibles con el amor. Claro está que el cristianismo [...] pone el énfasis en la actitud interior que debe haber en esta lucha, mientras que el marxismo acentúa el carácter social de esa lucha. Pero no se trata de una incompatibilidad excluyente.

Según Eggers Lan, Cristo había señalado antes que Marx la inevitabilidad del conflicto. Incluso habría predicado el enfrentamiento cuando a su llegada al mundo dijo no traer paz sino discordia. Una discordia que significó ayudar a otros hombres a que se pongan de pie contra un orden opresivo y a que logren tener conciencia de sí mismos.⁵

II

Ahora bien, la incitación a la polémica surtió efecto. En sede de la recién fundada revista disidente del PCA *Pasado y Presente*⁶ (n° 2, 3 y 4) se libraré la controversia entre mediados de 1963 y comienzos de 1964. El polemista es León Rozitchner (1924-2011). El primer texto que se publica es “Marxismo o cristianismo” de él, luego “Respuesta a la derecha marxista” de Eggers Lan y la “Respuesta de León Rozitchner”. Estas dos últimas intervenciones, según la

5 Conrado Eggers Lan, *Correo de CEFyL*, año 1, n° 2, 1962, pp. 1-2. En línea: <<http://www.filosofia.org/hem/196/96210cc.htm>>.

6 *Pasado y Presente* fue una de las publicaciones fundamentales en la renovación teórica y cultural del marxismo en la Argentina. En la primera época, que se prolongó de 1963 a 1965 a los largo de nueve números, el colectivo de intelectuales que hacían la revista estuvo compuesto por José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Oscar del Barco, Anibal Arcondo, Samuel Kieczkovsky, Juan Carlos Torre, Héctor Schmucler, César Guñazú, Carlos Assadourian, Francisco Delich, Luis J. Prieto y Carlos R. Giordano, entre otros. A partir de marzo de 1968 nacen los Cuadernos de *Pasado y Presente*. Se publicaron en total 98 títulos marxistas, donde emergen su enfoque heterodoxo y donde se explicita su radicalización. A partir de su difusión se formaron varias generaciones de militantes y académicos de América y España (donde se difundían clandestinamente). A comienzos de los años setenta en sede universitaria, más precisamente al interior de la carrera de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA se produce el debate entre cátedras nacionales (peronistas) y cátedras marxistas. Con el triunfo del presidente peronista Cámpora en 1973, la revista *Pasado y Presente* reaparecería, bajo la dirección de José Aricó, en una breve segunda época de sólo tres números. Por entonces, las corrientes clasistas de izquierda, en particular Agustín Tosco, René Salamanca y los sindicatos clasistas SITRAC-SITRAM, llevaban adelante la lucha sindical anti-burocrática. En ese marco de radicalización de la intelectualidad y de sectores de la clase obrera, Aricó y Portantiero se vinculan con Montoneros y FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias).

dirección de *Pasado y Presente*, incluidas en su n° 4,⁷ dan por finalizada la polémica en la revista.

El título del extenso texto de Rozitchner, algo más de veinte páginas, ya es indicativo del tono de la escritura: al propósito confluyente de Eggers Lan (“Cristianismo y marxismo”) opone una clara disyunción: “Marxismo o cristianismo”. Ese será el hilo vertebrador de una argumentación que en minuciosos acercamientos múltiples propone analizar el problema más importante que articula la discusión: “comprender la significación que adquiere la subjetividad bien intencionada cuando se la confronta con actividades y resultados objetivos de los cuales ella misma expresó estar al margen. Y que, en nuestro caso, nos proponemos tenazmente conectar”.⁸ En orden a identificar la raíz del problema, Rozitchner recurre a un texto de Eggers Lan, “Praxis y metafísica” presentado en unas “curiosas” Jornadas de Filosofía realizadas en Horco Molle (Tucumán). Si la 11ª tesis sobre Feurbach (“los filósofos hasta aquí —decía Marx— no han hecho más que interpretar el mundo de diferentes maneras, pero lo que importa ahora es transformarlo”) habría operado según Eggers Lan de puesta en crisis de su “sueño teórico”, la traducción de la misma en una regla práctica la encierra dentro de los límites relativos de la intención subjetiva de transformación del mundo que cada uno proyecte (sea católico, budista, socialista, liberal, militar, asceta) y, por ende, ironiza Rozitchner, sólo pudo cifrarse en el olvido eggersiano de las otras diez tesis. Es decir, el entero olvido de la filosofía de la praxis en pos de una “ensañación subjetiva de salvación individual” desentendida de

7 León Rozitchner, “Marxismo o Cristianismo”, *Pasado y Presente*, año 1, n° 2-3, Córdoba, julio-diciembre de 1963, pp. 113-133, y Conrado Eggers Lan, “Respuesta a la derecha marxista” y “Respuesta de León Rozitchner”, *Pasado y Presente*, año 1, n° 4, enero-marzo de 1964, pp. 322-328 y 328-332, respectivamente.

8 León Rozitchner, “Marxismo o Cristianismo”, *op. cit.*, p.133.

lo histórico-económico. El desvío metafísico de Eggers Lan lo llevaría a postular el deslinde de lo histórico- económico subsumido en lo subjetivo manteniendo una escisión radical entre intimidad y sociedad; la confusión de los supuestos marxistas homologados a dogmas de fe; una concepción de la materia vaciada de economía y de historia que la “espiritualiza” hasta convertirla en el “lugar” de la revelación; y, finalmente, el énfasis de la transformación prevalentemente subjetiva donde el filósofo cumple una función privilegiada como “primer operario”. A partir de esa lectura Rozitchner comienza el análisis de *Cristianismo y marxismo*, texto que había oficiado de disparador de la polémica. Lo expuesto en la crítica precedente se subsume en una oposición complementaria (amor cristiano - amor marxista) que fundamenta una nueva diferencia. En ese sentido dice:

El amor cristiano actual a todos los hombres, basado quizás en la percepción fenomenológica del otro, se rebela contra la lucha de clases marxista, basada en el método histórico-económico y que supone por el contrario un odio actual tanto como un amor actual. Así el cristianismo termina oponiendo al odio y al amor marxista, un amor sin odio, un puro amor.⁹

Rozitchner nuevamente desmonta el problema, interroga y aborda cada una de las dimensiones que lo integran para mostrar que en el marxismo y en el cristianismo se enfrentan dos concepciones del amor y del hombre. De modo que para el cristianismo el amor en tanto puramente espiritual no toma cuerpo en ninguna relación sensible, sobrevuela la realidad y ama los contradictorios al margen de su inscripción histórico-económica. Así pretende ser amor

9 León Rozitchner, *Ibíd.*, p. 139.

universal actual de todos los hombres y concluye siendo una “totalidad alucinada” ya que maximiza la plenitud subjetiva conciliándola con la “máxima pobreza objetiva”. En suma, suplanta la totalidad objetiva de los hombres por una totalidad simbólica: Dios. Para el marxismo, en cambio, la afectividad surge señalando con toda precisión el modo como cada hombre se incorpora entre los otros hombres: el amor o el “impuro” odio, su opuesto inescindible en la sociedad capitalista, señala las líneas de sentido histórico que niegan o posibilitan la realización del hombre. Y esto es así, concluye Rozitchner, porque “en el marxismo el máximo objeto de amor no es un símbolo — Dios— sino el otro hombre”. Por ello soslayar la lucha de clases, en fin: ignorarla o negarla, implicaría abandonar la historia para sustituirla por la consolación de una ensoñación imaginaria. De modo que Eggers Lan sería parte de una paradójica comunidad del amor. En tanto minoría cristiana que clama por la transformación de la sociedad al tiempo integra una Iglesia que admite y tolera las estructuras de dominio, de explotación y de muerte que alcanzan a millones de hombres. Esta irresuelta contradicción dentro del cristianismo es la que proyectaría Eggers Lan sobre el marxismo. Es contundente la frase final de Rozitchner:

La actitud que preconiza y asume entonces el Prof. Eggers Lan, es posible porque los hombres revolucionarios que se hicieron cargo de su materialidad profundamente, le han abierto con el sacrificio de sus vidas (cuya desaparición ningún amor logrará calmar) el campo en el cual la trémula florecilla de su amor inmaculado puede agitarse, por ahora, en el cantero bien abonado de la Universidad. Son los otros, los que odiaron y amaron profundamente, los desdeñados

por el Prof. E. L., quienes le permiten ahora darse al ámbito imaginario de su puro amor.¹⁰

No es mi propósito realizar la tarea improbable de resumir la argumentación de Rozitchner, simplemente trato de rastrear el modo en que compone la base a partir de la cual desafía el pensamiento del otro y lo pone en la necesidad de repensar desde el cuerpo individual y social mismo. Así, la objetividad no sólo hace inteligible la subjetividad, sino que la constituye. Para Rozitchner, sólo desde el reconocimiento de esa doble implicación dialéctica entre lo objetivo y lo subjetivo la polémica sería posible.

III

La réplica de Eggers Lan y la intervención final de Rozitchner dejan al desnudo los condicionamientos del universo categorial donde cada uno de los contendientes se sitúa y las peculiaridades de sus retóricas.

Eggers Lan vislumbra un cambio, en la repercusión de tópicos que viene planteando desde 1958, a partir de su intervención en el *Correo de CEFyL*, tal es: la emergencia de nuevos interlocutores, pero también la alarma que se extiende en la derecha católica¹¹ y en lo que provocativamente da en llamar “la derecha marxista”. De esta última excluye a Masotta y a Pannunzio con los que se ha medido en la revista *Discusión* (n° 2, 3 y 5). En tanto Rozitchner, dada su incompreensión y hostigamiento, es homologado a la dirigencia del PC en la confrontación que la misma sostiene

10 *Ibíd.*, p. 132.

11 Conrado Eggers Lan, “Respuesta a la derecha marxista”, *op. cit.*, p.322. Alude a “Una nueva teología. Amenaza de un catolicismo marxista”, artículo sin firma aparecido en *Junta Grande* el 28 de agosto de 1963.

con la dirección de *Pasado y Presente*. Las veintiuna páginas que León Rozitchner, dice Eggers Lan “ha dejado caer sobre mis espaldas”, le golpea en el cuerpo. Rozitchner, a diferencia de Pannunzio, es un adversario desconocido con el que, a pesar de atribuirle la distorsión de sus argumentos, está dispuesto a establecer un diálogo en busca de la verdad. No obstante, el mismo demanda prerequisites. Por un lado, no caer en discusiones eclesiásticas *ex autoritate* ni en “bemoles de ortodoxia marxista” y, por otro lado, precisar si se quiere hacer un abordaje riguroso de Marx adoptando los recaudos que demanda la labor científica (manejo de los textos en idioma original y aparato crítico), o más bien —cambiando de registro— examinar: “qué revolución es la que queremos hacer y qué posibilidades hay de llevarla a cabo en este concreto país periférico dependiente; y, sobre todo, hagámosla”. Ahora bien, Eggers Lan se coloca a distancia de las “anodinas discusiones académicas de café” al tiempo que en el desarrollo del texto va a poner en evidencia su conocimiento del idioma alemán perfeccionado en los estudios que realizara en la Universidades de Bonn y Heidelberg que, marca de época mediante, jamás menciona. Además en respuesta a las críticas de Rozitchner elige responder lo que considera son las “dos acusaciones básicas”: primero, el soslayamiento del análisis histórico-económico, y segundo, el concepto del amor. En procura de cumplir con tal propósito construye un texto donde apela a su saber para corregir, precisar o localizar conceptos de Marx usados por Rozitchner mientras produce varios deslizamientos para situarse ideológica y políticamente. Reconoce y se reconoce ejerciendo una búsqueda aún inacabada donde “Praxis y metafísica” adolecía del desconocimiento de la dimensión económico-social. Pero aclara que aplicando su metodología “las circunstancias histórico-económicas” han adquirido tal relevancia que —en la conferencia “Bases para un

humanismo revolucionario” pronunciada el 18 de octubre de 1963 en la Facultad de Filosofía y Letras, y que el “señor Rozitchner” no tenía por qué conocer— lo llevan a afirmar: “la revolución ha de ser integral, vale decir, debe modificar las estructuras desde su base hasta su cúspide, y lógicamente comenzando desde la base”.¹² En ese sentido, Eggers Lan se incluye en un proceso colectivo de madurez ideológica del que cree participar donde se encuentra con los marxistas que “han evolucionado mentalmente”, entre los cuales no se contaría Rozitchner. Si bien —ironiza— en alusión a la preconizada antigüedad del mismo en relación con el conocimiento de la filosofía de la praxis (“desde el óvulo materno fecundado”), Eggers Lan asume sus contradicciones a lo largo del tiempo, pero admite que no ha habido contradicciones entre sus convicciones de cada momento y la “praxis correspondiente”. En ese sentido, recupera la militancia antiperonista y la cárcel sufrida, su posterior decepción con el golpe de 1955, su participación en la lucha partidaria y su desvinculación de la misma a costo de los beneficios que podría haber obtenido. Es interesante que Eggers Lan en ningún momento nombra el signo político bajo el cual realiza su práctica política. Es Rozitchner quien se hace cargo de dicha nominación. En efecto, en la réplica final lo sitúa en el campo católico donde Eggers Lan había participado en la fundación del Partido Demócrata Cristiano al que había abandonado por descubrir las implicaciones que el cristianismo “democrático” mantiene con el imperialismo. A pesar de esta corroboración, agrega Rozitchner, la única institución donde Eggers Lan sigue militando es la Iglesia católica. Tensando el tono, a la busca aún inacabada de Eggers Lan, Rozitchner contrapone su militancia asentada y fundada en la opción marxista. Desde allí esgrime

12 *Ibíd.*, p. 324.

el requerimiento insoslayable para el católico Eggers Lan de realizar una ardua tramitación para habilitar un pasaje orgánico al marxismo en base a la “necesidad de una conversión y comprensión más profunda”.¹³ Se trata de llevar a cabo una modificación radical. Rozitchner admite que aún sin conocerlo simpatiza con los esfuerzos de Eggers Lan y lo invita a radicalizar su experiencia y verificar todas las instituciones y las categorías católico-burguesas que en él aún viven una vida solapada y encubierta. De ahí su reclamo a Eggers respecto de la falta de lectura de su trabajo *Moral burguesa y revolución* escrito en Cuba y publicado en 1963 en Argentina. Algunos años después, Rozitchner extendería esa misma demanda al campo de la izquierda cuando escribe, en polémica con Cooke, “El marxismo sin sujeto”. No basta con adscribir a la teoría marxista, no basta con militar en una organización revolucionaria de izquierda: es necesario transformar el mundo y transformarse hurgando implacablemente en la propia afectividad, allí donde el poder opera calladamente. De ello depende, en gran medida, la posibilidad de realizar efectivamente la revolución. Pero no sólo eso, sino que también resulta imprescindible precisar las categorías de análisis que permitan leer las condiciones objetivas en que estamos situados.

En cuanto a la finalización de la polémica en las páginas de *Pasado y Presente*, se incluye en el número siguiente el último texto escrito por Togliatti poco antes de morir y que oficia de testamento político. Entre los problemas que debe atender el movimiento comunista internacional, el dirigente italiano refiere la siguiente estrategia a seguir con los católicos:

13 León Rozitchner, “Respuesta...”, *op. cit.*, p. 330.

En el mundo católico organizado y en las masas católicas hubo en los tiempos de Juan XXIII un evidente desplazamiento hacia la izquierda. Ahora hay un reflujo de la cumbre hacia la derecha; pero en la base perduran las condiciones y el impulso del desplazamiento hacia la izquierda, que debemos comprender y ayudar. Para ese objetivo la vieja propaganda atea no nos sirve de nada. El problema de la conciencia religiosa, de su contenido, de sus raíces en el seno de las masas, y de la manera de superarla, debe ser planteado de distinta manera que en el pasado si queremos acceder a las masas religiosas y ser comprendidos por ellas. De lo contrario ocurre que “nuestra mano tendida” a los católicos es interpretada como un expediente y casi como una hipocresía.¹⁴

Próximos a estos requerimientos de actualización ante la demanda de los tiempos que se vivían, *Pasado y Presente*, al oficiar de anfitriona de la polémica, tornaba visible a uno de los rostros de la nueva izquierda argentina.

Algunas reflexiones más

En un reportaje realizado a Rozitchner por el *Colectivo Situaciones* se lo invita a reflexionar afirmando que su “estilo de pensamiento funciona ‘contra’, como tratando siempre de eludir una trampa”. Rozitchner responde:

Todo mi aprendizaje en la filosofía lo fui haciendo con tipos que son algunos radicalmente heterogéneos

14 Palmiro Togliatti, “Memorandum sobre los problemas del movimiento obrero internacional y su unidad”, Córdoba, *Pasado y Presente*, nº 5-6, abril-setiembre de 1964, p.115.

en relación conmigo, o, por el contrario, muy próximos: San Agustín, Scheler, Freud, Marx, y hasta Perón. Todo aprendizaje es siempre polémico; es decir, primero comprensión del diferente, y luego discusión crítica. Pero para refutar a alguien, tenés primero que comprenderlo, hacerte lo que el otro es, lo cual supone un riesgo [...]. De todos me ha quedado un resto [...]. La polémica es un método de conocimiento, pero tiene condiciones. Es un desafío que la coherencia ajena nos plantea, y que planteamos como desafío a la coherencia de los otros cuando escribimos algo. Lo cual supone siempre poner a prueba la coherencia que, como tipo que vive, siente y piensa, uno ha alcanzado. Pero, como sabemos, la coherencia es también algo absoluto relativo. (Rozitchner, 2011: 128-129)

Durante su entero itinerario intelectual Rozitchner se autoimagina como un absoluto relativo, y también así lo considera a Eggers Lan en el momento de su polémica, aunque por entonces considera que éste aún se ignora como tal. Por otra parte, las búsquedas teórico-políticas de Eggers Lan, al menos hasta mediados de los años setenta, estarán signadas por un diálogo en debate con el marxismo y con las distintas vertientes de la izquierda internacional y argentina (Barreras, 2014).

Volviendo a la polémica de Rozitchner con Eggers Lan cabe preguntar, entonces, ¿por qué volver a reflexionar sobre el diálogo entre cristianos y marxistas? Y bien, no sólo porque habilita una lectura crítica del período donde se inscribe, sino porque el tema remite al problema de la subjetividad atrapada en la servidumbre voluntaria. Por eso releer la polémica de Rozitchner con Eggers Lan cobra sentido. Es representativa de los problemas, avatares y condicionamientos que atraviesan a la subjetividad bienintencionada

que intenta luchar contra el servilismo. Señalar cada uno de los obstáculos que encuentra en su camino es reconocer el largo itinerario que involucra la consecución de una verdadera transformación, dado que la eficacia del poder dominante reside, tanto en su visible poderío material, cuanto en el modo invisible de alojarse en el núcleo duro de la afectividad de los hombres. Problemática que aún desafía a los que transitamos los tiempos presentes.

Bibliografía

- Barreras, L. (2014). "Estudio Preliminar", Eggers Lan, C., *Peronismo y liberación nacional*. Buenos Aires, Maipue.
- Donatello, L. M. (2010). *Catolicismo y montoneros. Religión, política y desencanto*. Buenos Aires, Manantial.
- Gozzini, M., Lombardo Radice, L., Fabro, N. et al. (1965). *El diálogo de la época. Católicos y marxistas*. Buenos Aires, Platina.
- Massholder, A. (2011). "Las representaciones del humanismo cristiano para la intelectualidad comunista de los años sesenta: la intervención de Héctor P. Agosti", *Sociedad y religión*, nº 34/35, vol. XXI, pp. 149-175.
- Morello, G. (2003). *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*. Córdoba, EDUCC.
- Pacheco, J. (2010). "El Movimiento de Liberación Nacional (MLN) y la discusión sobre la estrategia armada en la Argentina (1960-1969)", *Revista Izquierdas*, año 3, nº 6, pp. 1-20.
- . (2012). *Nacional y popular: el Malena y la construcción del programa de liberación nacional (1955-69)*. Buenos Aires, RyR.
- Ponza, P. (2008). "El Concilio Vaticano II y el *ethos* revolucionario en la Argentina de los sesenta-setenta", *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, vol. 8, pp. 1-25. París.
- Rozitchner, L. (2011). "León Rozitchner, por el Colectivo Situaciones", *Acerca de la derrota de los vencidos*. Buenos Aires, Quadrata - Biblioteca Nacional.

Togliatti, P. (1978). "Conferencia de B ergamo", Berlinguer, E., *La alternativa comunista*, Barcelona, Bruguera.

Capítulo 10

***Cristianismo y Revolución* o cómo situarse entre las vanguardias y el pueblo**

Leticia Prislei

Un punto de partida: debates sobre las figuras del militante, el aventurero, el contrarrevolucionario-traidor

En 1950 se publica *Portrait de l'aventurier* de Roger Stéphane con prólogo de Jean-Paul Sartre. El ensayo da pie al filósofo francés para reflexionar acerca de las distancias que el Partido Comunista (PC) plantea entre el aventurero y su contrafigura obligada: el militante. Si el primero porta un estigma de clase, su procedencia burguesa, que lo determina a efectivizar la acción en busca de una muerte heroica, enmascaradora de su desesperación ególatra, el verdadero militante —sintetiza Sartre describiendo la lectura del PC— tuvo que “saciar el hambre, protegerse contra el desempleo, contra la subida de los precios, contra la explotación, contra la guerra y al entrar en el Partido comprende que sus exigencias sólo quedarán satisfechas por el advenimiento de la sociedad socialista” (Sartre, 2004: 5-18). El militante no pide que su acto —la muerte heroica— lo justifique. Es más, la muerte no es, a diferencia del aventurero, el momento que se espera con éxtasis para alcanzar la gloria. El militante no es un héroe, lo que no significa que no sepa morir por la causa que practica, sino a que evita la muerte porque el proyecto que persigue es construir la nueva sociedad bajo la convicción de que su muerte será insignificante ya que

la obra revolucionaria sólo depende de la continuidad garantizada por el Partido mismo. Sin embargo, para Sartre, aventurero (homologado a hombre de acción) y militante no constituyen un dilema porque sostiene que un acto tiene dos caras:

La negación que es aventurera, y la construcción que es disciplina. Hay que restablecer la negación, la inquietud y la autocrítica en la disciplina. Sólo ganaremos cuando saquemos todas las consecuencias de ese círculo vicioso; el hombre está por hacerse y el único que puede hacerlo es el hombre. (Sartre, 2004: 5-18)

Conclusión que no preserva de nuevas polémicas que se reavivarán, más adelante, teniendo como foco la figura del Che Guevara y la oposición entre las figuras del aventurero y del revolucionario.

A partir de la emergencia de la Revolución cubana en 1959 se va dando un montaje que implica una tensión que deviene en antagonismo entre las figuras del intelectual comprometido y del intelectual revolucionario (Gilman, 2003). Así, a inicios de los años sesenta hay algunas iniciativas clave que se constituirán en bases institucionales insoslayables de este proceso político-cultural: por un lado se funda la revista *Casa de las Américas* y, por otra parte, se perfecciona la Trilateral, o sea, una instancia organizativa —nacida en sede cubana— que se va a traducir en estrategias comunes revolucionarias para América Latina, Asia y África. De ahí derivan las políticas de Cuba en cuanto a su participación en la lucha en África y también en Bolivia, donde será central la figura del Che Guevara.

Ahora bien, en el marco de estas estrategias, y en el acercamiento de los intelectuales del mundo a la Revolución cubana, es cuando se da el pasaje del primer Sartre, a inicios

de los sesenta, para quien la palabra es el arma principal del intelectual, al segundo Sartre de mediados de los sesenta, el cual afirma, refiriéndose a la Revolución cubana y a la lucha revolucionaria en América Latina, que la palabra no vale: sólo valen los actos. Estos actos implican tomar las armas para hacer la revolución. Es la convicción compartida de que la transformación del mundo capitalista sólo deja lugar a la vía armada. Es el momento en que para Sartre “*La náusea no vale nada*” frente a la lucha que hay que llevar adelante por la liberación en todo el mundo, desde Argelia hasta América Latina.

No obstante, hay una discusión bastante fuerte al interior del campo intelectual en torno a este posicionamiento, y hay algunos que intentan defender todavía la palabra como forma de intervención del intelectual. Pero finalmente, como resultado, se arrasa con la producción intelectual y se coloca en el centro la lucha por la liberación. Ya no importa editar libros, no importa la escritura; cae la palabra. Es todo un clima de ideas y de prácticas en las que se trata de ver la situación que se está planteando, que implica incluso una recolocación total de los valores. Y hay que prestar atención a las encrucijadas y puntos ciegos a que lleva este tipo de convicciones. Lo que va ocurriendo es problemático, porque ya no hay umbral: hay una sola vía posible, la cual implica, no sólo arriesgar la vida sino jugársela hasta la muerte. Es una situación, en el lenguaje de Sartre, absolutamente límite: está la vida puesta en juego.

Una de las emergencias de esta encrucijada es el “caso Padilla” —transcurrido en Cuba— a comienzos de los años setenta, que conlleva resolver un problema: qué se hace con un disidente. Justamente esto tiene que ver con el replanteamiento del rol del intelectual después de los años setenta hasta inicios de los ochenta. Si consideramos al intelectual como absolutamente involucrado en la lucha

revolucionaria, ¿qué relación tiene este intelectual con el partido que lleva adelante la lucha revolucionaria, ya sea el partido armado, ya sea el partido revolucionario cubano? El intelectual ha sido pensado, desde Émile Zola en adelante, como conciencia crítica; esto implica cierta distancia respecto del poder. Si el intelectual forma parte del poder —o de la lucha por el poder— tiene que acatar la línea del partido. Dada esa situación ¿cómo se ejerce la crítica?

En ese sentido, lo que se está poniendo de relevancia en estos años sesenta y setenta es el borramiento de la conciencia crítica: el intelectual se disolvería en el partido, lo cual produce efectos en la toma de decisiones que queda en manos de la dirigencia del Partido. Cuando se replantee esta experiencia, a inicios de los años ochenta, se volverá a discutir la relación entre el intelectual, la política y el poder. Si se reconoce la necesidad de cierta autonomía relativa para poder seguir siendo crítico, implicaría cuestionar la lógica de un partido para el cual el disidente se transforma en enemigo. Puesto que si el disidente es enemigo, no hay posibilidad de ejercicio alguno de la crítica. Pero, aún en la admisión de la disidencia democrática, cabe la pregunta: ¿cuáles son los límites “tolerados” de la misma y quién o quiénes los determinan?

El caso Padilla —un intelectual crítico a Fidel Castro y al Partido Revolucionario Cubano— plantea, tempranamente, este dilema. Padilla es crítico, es pasible de ser considerado un disidente, lo condenan y debe realizar una autocrítica. Ante esta experiencia se vuelve a leer *Humanismo y terror*, de Maurice Merleau-Ponty (1986: 7-41), el libro desde el cual se plantea, después de la Segunda Guerra Mundial, qué política está llevando adelante el Partido Comunista Soviético con los disidentes.

Esta discusión gira en torno a qué tipo de ética practica el intelectual y en términos de Max Weber, citado por el

mismo Merleau Ponty, conlleva la pregunta: ¿la ética de las convicciones o la ética de la responsabilidad? La última plantea que cada acto debe ser pensado en sus efectos, y al pensar los efectos se tiene que actuar responsablemente, aun yendo en contra de las propias convicciones, o poniéndose en conflicto con ellas. En cambio, para la ética de las convicciones no importan los efectos, sean cuales fueren.

La discusión, entonces, se planteará: en la segunda posguerra, en los sesenta tempranos y a inicios de los años ochenta. Es una discusión que remite a tres contextos relativamente diferenciados.

Tras la Segunda Guerra Mundial se discute que si se pone en práctica la ética de la responsabilidad por parte de los integrantes de todos los partidos comunistas del mundo no se puede hablar de los campos de concentración que tiene la Unión Soviética; no se puede hablar de la política del Estado soviético respecto de los disidentes. Y la razón es que hacerlo sería darle argumentos al enemigo burgués para que ataque a la Unión Soviética.

El segundo contexto remite a la Revolución cubana. El caso Padilla la pone en discusión. Aquí se apela a la auto-crítica del intelectual que ha hecho su crítica a las políticas implementadas por la revolución. El intelectual había manifestado, entre otras cosas, que el gobierno revolucionario de Cuba no debía tener una política intolerante con los disidentes, ni podía llevar adelante los acuerdos económicos con la Unión Soviética del modo que lo estaba haciendo. Por ende, también se discute la estrategia reeducacionista del PC soviético, es decir, la exigencia de una rectificación pública por parte del intelectual.

En los años setenta el problema era tornar también vulnerable a la Revolución soviética frente al imperialismo norteamericano, que indudablemente iba a instrumentar

este planteo para denigrar tanto a Cuba cuanto a la Unión Soviética.

Y en los años ochenta, si trasladamos el tema y lo pensamos en sede argentina, el tema es cómo hacer una lectura crítica y explicativa de la dictadura y de la guerrilla. No se puede eludir la relación asimétrica de las fuerzas confrontadas y el ejercicio del terrorismo por parte del Estado. Hay que repolitizar y pensar históricamente qué pasó en los años setenta, en un combate desigual, con estrategias que deben ser criticadas. Pilar Calveiro, que fue militante montonera y se tuvo que exiliar en México después de pasar por la cárcel y la tortura de la dictadura, ha realizado uno de los primeros aportes sobre este tema tratando de analizar la lógica de la represión y el modo en que la dictadura fue montando dicha represión, pero también mirando críticamente la experiencia montonera (Calveiro, 2005: 97-190).

En busca de comprender las condiciones que hicieron posible esa experiencia, comencemos con el análisis de la revista *Cristianismo y Revolución*.

***Cristianismo y Revolución* o cómo conjugar vanguardia armada con Dios y el Pueblo**

La teoría del foco en sede latinoamericana: Régis Debray

Las vanguardias siempre desatan tempestades de opinión y para mantenerse firmes ante ellas es que tienden a ser organizadas. Podemos considerar que:

Vanguardia quiere decir grupo, aún cuando sea reducido a unas pocas personas, y grupo que da a conocer su existencia y su disidencia, que publica y que está

animado por fuertes personalidades poco propensas a compartir su poder... Esta dimensión organizada, y con frecuencia vigorosamente sectaria, teje ya un lazo, al menos alegórico, entre las vanguardias artísticas y la política (en la cual, por lo demás, los partidos comunistas también se presentan como vanguardias de la masas populares). (Badiou, 2005: 170)

Sin duda, desde el punto de vista teórico político, la palabra *vanguardia* está ligada a la teoría marxista-leninista del partido del proletariado. En su acepción más amplia remite al sector más consciente y activo de un movimiento de masas; particularidades que le permitirían interpretar la realidad y orientar a las masas hacia la toma del poder. No obstante, en la larga década de 1960 no puede deslindarse su revisitación, haciendo centro en la teoría del foco. Tampoco puede deslindarse, para el caso latinoamericano al menos, de las reflexiones de Régis Debray en “¿Revolución en la revolución?”. Publicado en enero de 1967, como *Cuaderno n° 1* de la revista *Casa de las Américas*, se convirtió rápidamente en uno de los textos más influyentes en la formación de las organizaciones político-militares del continente. Debray se empieza a conocer en Latinoamérica por su ensayo “América latina: algunos problemas de estrategias revolucionaria”, publicado en el n° 31 de la revista *Casa de las Américas* (julio-agosto de 1965). En ese año se había publicado en *Les Temps Modernes*, la revista fundada y dirigida por Jean Paul Sartre, “Le castrisme: la longue marche de l’Amérique latine”. Había tenido su primer contacto con la experiencia revolucionaria cubana en 1961 y participa en la campaña de alfabetización que tuvo por objetivo la eliminación del analfabetismo en Cuba. Recorre varios países latinoamericanos y este profesor de filosofía, formado con Louis Althusser, comparte

la vida guerrillera para *saber por experiencia propia*. A fines de 1965 vuelve a Cuba, investiga en 1966 hablando con participantes de la revolución y con Fidel Castro, permitiéndosele el acceso a documentos inéditos. Va a ser compañero del Che en la última misión que éste lleva a cabo en Bolivia.

Las cuestiones centrales que Debray plantea en “¿Revolución en la revolución?”, prologado por Roberto Fernández Retamar, por entonces ministro de cultura de Cuba y una de las figuras principales de *Casa de las Américas*, derivan del análisis crítico de las estrategias guerrilleras desarrolladas en Vietnam, China y Cuba. El propósito es pensar a partir de las peculiaridades de los países latinoamericanos, evitando el error de trasladar miméticamente las experiencias revolucionarias que les son ajenas. Sin duda prevalece la teoría del foco rural. Al respecto señala:

Las diferencias entre Vietnam y la América latina conducen al siguiente contraste. Mientras en Vietnam la pirámide militar de las fuerzas de liberación se construyó desde la base, en América latina, en cambio tienden a constituirse desde la cúspide: fuerzas permanentes primero —el foco— fuerzas semirregulares luego, en las inmediaciones del foco y milicias al final o después de la victoria (Cuba). (Debray, 2004: 122-144)

La expansión del foco lleva a considerar que la propaganda pertinente es tanto la agitación revolucionaria cuanto la realización de una acción armada que cohesione al grupo y que por alcanzar su objetivo consiga la adhesión de aquellos que están en las cercanías del foco. Concepción que implica lo siguiente:

Jugarse el todo por el todo quiere decir: una vez alzados en la montaña, los combatientes libran *una guerra a muerte*, que ya no admite treguas, retrocesos o componendas. Vencer es aceptar, desde un principio, que la vida no es el bien supremo del revolucionario. Por ende el bien supremo de un revolucionario es el deber de hacer la revolución. (*Ibid.*)

Otro problema que aborda Debray es la relación entre Partido y guerrilla:

[En] muchos países de América a menudo la guerrilla ha recibido el nombre de “brazo armado” de un Frente de Liberación, para indicar su dependencia de un frente patriótico o de un partido. Esta expresión, copiada de fórmulas elaboradas en otras partes —en Asia principalmente— se opone, en el fondo, a la máxima de Camilo (Cienfuegos): “El ejército rebelde es el pueblo uniformado [...]. Situar la guerrilla bajo la dependencia estratégica y táctica de un partido que no cambia radicalmente su organización normal de tiempo de paz, o situar la guerrilla como una ramificación de la acción de un partido, trae por consecuencia una serie de errores militares mortales. (*Ibid.*)

En fin, se concluiría que la gestación de una doble dirección partido-guerrilla estaba cargada de incongruencias políticas y militares. Ecos de estos problemas en sede argentina se ponen de manifiesto en particular en el n° 27 y el 28 de la revista *Cristianismo y Revolución*, de enero-febrero y de abril de 1971 respectivamente, en los reportajes realizados a las organizaciones armadas más relevantes, llevándolos, además, a considerar las peculiaridades del caso argentino.

Vanguardia, Dios y pueblo en Cristianismo y Revolución

El rechazo radical al orden establecido de una amplia franja de jóvenes, en su mayoría provenientes de la clase media, no fue motivado por la pobreza y la miseria vividas en carne propia. Otras claves resultarán explicativas de la rebeldía y la violencia que impregnó su práctica política. Parte de esos jóvenes integraron la juventud católica y su radicalización se vincularía a la profunda transformación de la Iglesia en la década de 1960. En efecto, el Concilio Vaticano II iniciado por el Papa Juan XXIII el 11 de octubre de 1962, y concluido el 8 de diciembre de 1965 bajo el papado de Paulo VI, constituye el foro central de la renovación católica. Por la encíclica *Divino Afflante Spirito* se buscó recomponer la idea del compromiso cristiano y “significó un renacimiento teológico progresista, donde tuvo especial importancia la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* donde se precisaron las tareas de la Iglesia en el mundo actual. Por otra parte, se cuestionaron dogmas y tradiciones, situación que a la postre desató un proceso de autocrítica que permitió liberar fuerzas heterogéneas influenciadas por otros movimientos intelectuales y políticos que tenían lugar en esa coyuntura histórica. En 1967, bajo el papado de Paulo VI, se escribió la encíclica *Populorum Progressio* cuya preocupación central giraría en torno a las asimetrías económicas entre los países y la necesidad de modificar esa situación contemplando las necesidades de las sociedades del Tercer Mundo.

Por otra parte, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), fundado en agosto de 1967, nació al amparo de estas discusiones y se identificó con buena parte de la perspectiva secular en clave nacional-popular. El MSTM fue creado con una misión clara: la liberación de los pobres a través de la revolución social. De la fundación de dicho movimiento participaron dieciocho obispos, de los

cuales diez eran latinoamericanos. En la reunión inaugural redactaron el Manifiesto de Obispos del Tercer Mundo, donde afirmaban que el deber de los cristianos era coadyuvar al cambio revolucionario.

Un año después se reunieron en Medellín ciento cincuenta obispos en el plenario del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) con el objeto de delinear estrategias para transferir lo actuado en el Concilio a los países de América Latina. Simultáneamente comienza a elaborarse y difundirse la *teología de la liberación*. El primero en usar ese sintagma fue el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez en el Encuentro del Movimiento Sacerdotal realizado en julio de 1968 en Chimbote (Perú). Otros participarían en la escritura de un pensamiento católico renovado, entre ellos el obispo brasileño Helder Câmara,¹ que se difundiría en el mundo. Algunas de las tesis fundamentales de la *teología de la liberación* son:

La salvación cristiana no puede darse sin la liberación económica, política, social e ideológica como signos visibles de la dignidad del hombre.

Eliminar la explotación, la falta de oportunidades e injusticias de este mundo.

Garantizar el acceso a la educación y la salud.

La situación actual de la mayoría de los latinoamericanos contradice el designio histórico de Dios y la pobreza es un pecado social.

1 Fue multicitada una frase de Helder Câmara: "Cuando doy comida a los pobres, me llaman santo. Y cuando pregunto por qué no tienen comida, me llaman comunista". En el nº 1 de *Cristianismo y Revolución* de septiembre de 1966 se publica una "Carta de Helder Câmara". El obispo brasileño será una constante figura de referencia para la publicación.

No solamente hay pecadores, hay víctimas del pecado que necesitan justicia, restauración. Todos somos pecadores, pero en concreto hay que distinguir entre víctimas y victimarios.

Tomar conciencia de la lucha de clases optando siempre por los pobres.

Afirmar el sistema democrático profundizando la concientización de las masas acerca de sus verdaderos enemigos para transformar el sistema vigente.

Crear un “hombre nuevo” como condición indispensable para asegurar el éxito de la transformación social. El hombre solidario y creativo motor de la actividad humana en contraposición a la mentalidad capitalista de especulación y espíritu de lucro.

La libre aceptación de la doctrina evangélica, es decir, primeramente procurar a la persona unas condiciones de vida dignas y posteriormente su adoctrinamiento evangélico si la persona quiere. (Apolonio, 2008: 4)

No obstante, el diálogo entre cristianos y marxistas traduce tensiones que, a veces, derivan en polémicas explícitas, tal la que mantuvieron a inicios de los años sesenta León Rozitchner y Conrado Eggers Lan.²

Sin embargo, en las páginas de *Cristianismo y Revolución* se encuentran indicios de cooperación y realimentación mutua. Tales: la propagandización de los artículos escritos en la revista *La Rosa Blindada*, fundada por José Luis

2 Cfr. el capítulo de Leticia Prislei en el presente volumen: “Polémica en *Pasado y Presente*. Acerca del diálogo entre cristianos y marxistas”.

Mangieri de conocida militancia en el PC y que contara como secretario de redacción al escritor Andrés Rivera, así como la inclusión de militantes de izquierda en los cursos organizados por la revista donde participara un joven Oscar Terán, estudiante de filosofía, a cargo de un seminario sobre “Introducción al marxismo”.

No menos significativos serían los ecos de la Revolución cubana repercutiendo en sede argentina. La nueva izquierda y los católicos renovados no podrían soslayar ni una nueva mirada sobre el peronismo ni una necesidad imperiosa de vislumbrar qué revolución era posible para la Argentina. La legitimación de la lucha armada como única vía transformadora de la sociedad requirió argumentos y también figuras simbólicamente condensadoras de sentido. Para los jóvenes provenientes de la militancia de izquierda emerge, no sin problemas, la figura del Che. En tanto, para aquellos que transcurrían en el cristianismo, a éste se une la del cura colombiano Camilo Torres.

La figura del Che estaría ligada permanentemente a la Revolución cubana y a construir la memoria de su martirologio revolucionario vivido en tierra boliviana. Al mismo tiempo la palabra de Fidel Castro se incluye en la revista.

El primer número se inaugura con un mensaje de Camilo Torres a los colombianos donde dice:

Durante muchos años los pobres de nuestra patria han esperado la voz de combate para lanzarse a la lucha final contra la oligarquía [...]. Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda [...]. La oligarquía quiere organizar otra comedia en las elecciones; con candidatos que renuncian y vuelven a aceptar; con comités bipartidistas; con movimiento de renovación a base de ideas y de

personas que no sólo están viejas sino que han traicionado al pueblo. ¿Qué más esperamos colombianos? Yo me he incorporado a la lucha armada. Desde las montañas colombianas pienso seguir en la lucha con las armas en la mano, hasta conquistar el poder para el pueblo. Me he incorporado al Ejército de Liberación Nacional porque en él encontré los mismos ideales del Frente Unido. Encontré el deseo y la realización de una unidad por la base, de base campesina, sin diferencias religiosas ni de partidos tradicionales. Sin ningún ánimo de combatir a los elementos revolucionarios de cualquier sector, movimiento o partido. Sin caudillismos. Que busca liberar al pueblo de la explotación de las oligarquías y del imperialismo. Que no depondrá las armas mientras el poder no esté totalmente en manos del pueblo. Que en sus objetivos acepta la plataforma del Frente Unido [...]. Hagamos pequeños trabajos contra el enemigo en los que la victoria sea segura. Probemos a los que se dicen revolucionarios. Descartemos a los traidores. No dejemos de actuar pero no nos impacientemos. Es una guerra prolongada, todos deberán actuar en algún momento. Lo que importa es que en ese momento la revolución los encuentre listos y prevenidos. No se necesita que todos hagamos todo. Debemos repartir el trabajo. Los militantes del Frente Unido deben estar a la vanguardia de la iniciativa y de la acción. Tengamos paciencia en la espera y en la victoria final.

La lucha del pueblo se debe volver una lucha nacional. Ya hemos comenzado porque la jornada es larga.

Colombianos: No dejemos de responder al llamado del pueblo y la revolución.

Militantes del Frente Unido: hagamos una realidad nuestras consignas.

¡Por la unidad de la clase popular hasta la muerte!

¡Por la organización de la clase popular hasta la muerte!

¡Por la toma del poder para la clase popular hasta la muerte! Hasta la muerte porque estamos decididos a ir hasta el final. Hasta la victoria porque un pueblo que se entrega hasta la muerte siempre logra su victoria.

Hasta la victoria final con las consignas del Ejército de Liberación Nacional:

¡NI UN PASO ATRÁS! ¡LIBERACIÓN O MUERTE!

Camilo Torre Restrepo

Por el Ejército de Liberación Nacional: Fabio Vásquez
Castaño Víctor Medina Morón

Desde las montañas, Enero de 1966.³

La identificación y análisis de los argumentos nos imponen perseguir algunas de las ideas en disputa inscribiéndolas en sus respectivos contextos de producción y de uso.

Podemos convenir que:

3 "Testimonios. Mensaje del padre Camilo Torres", *Cristianismo y Revolución*, n° 1, septiembre de 1966, p. 21.

Muchos de los elementos militaristas y terroristas que se desplegaron en los setentas tienen su base profunda en [los] contenidos ideológicos y culturales de la derecha nacionalista, más que en supuestas ontologías provenientes de la “extracción de clase”, de su origen “pequeño burgués”. (Crespo, 2003: 29)

Pero sólo atender a esas fuentes ideológicas sería practicar una lectura sesgada que resulta insatisfactoria para el análisis de una situación de enorme complejidad.

Ciertamente la relación asimétrica de los vanguardistas en su vinculación con “el pueblo” demanda establecer lazos que posibiliten una sostenida y cada vez más amplia legitimación. Si en sede filosófica Conrado Eggers Lan intenta, entre 1969 y 1970, en *Violencia y Estructuras*, una minuciosa fundamentación en busca de respuestas, otra de las formas de intervención en la trama sociocultural son las revistas. Un fragmento de ese período es *Cristianismo y Revolución*. Fundada por Juan Manuel García Elorrio, circularía entre diciembre de 1966 y septiembre de 1971. La dirección estaría a cargo de Juan García Elorrio hasta su muerte. Acontecimiento que lleva a su mujer Casiana Ahumada a ejercer esa función a partir del n° 23 publicado en abril de 1970. La revista emerge como un órgano de oposición a la dictadura de Juan Carlos Onganía y como un espacio de visibilidad para la agenda en construcción de las organizaciones armadas. Precisamente su nombre sintetiza una compleja y, por cierto, nada lineal concurrencia. Entre sus colaboradores más frecuentes se encuentran: Emilio Mariano Jáuregui —había militado en el Partido Comunista (PC) del que fue expulsado por sus críticas al reformismo del partido, había sido periodista en los diarios *La Nación*, *El Siglo*, *Crítica* y *El Mundo*, también dirigente en el sindicato de prensa y en la Confederación General del

Trabajo (CGT)—; el mayor Bernardo Alberte —como joven oficial participó del 17 de octubre de 1945, fue delegado de Perón durante la dictadura de Onganía y estuvo vinculado a la CGT de los argentinos—; Miguel Ramondetti —uno de los fundadores y secretario general del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo quien asumiendo la postura, compartida en el MST, trabajó como obrero de la construcción, metalúrgico y electricista—; Rubén Dri —fundador del MST en el Chaco— ; el joven José (“Pepe”) Eliashev —había militado en el socialismo, luego con Silvio Frondizi— sería uno de los más relevantes colaboradores en la sección “Internacional”.

Se sabe que el cristianismo tiene en el martirologio un componente central de su imaginación del mundo. Cristo inmolando su vida por los pecados de la entera humanidad realiza al mismo tiempo el máximo gesto en procura de cambiarla, de transformarla. El Cristo Obrero de los militantes del MSTM es el símbolo encarnado de una clase elegida para llevar a cabo la redención social de todos aquellos que habitan la tierra. Es un Cristo clasista y combativo. Pero si el cura Carlos Mugica se inscribe en la larga tradición cristiana del martirologio que acata el mandamiento del “no matarás”, *Cristianismo y Revolución* se revela como obligándose a borrar ese mandato y se pliega a la convocatoria de la lucha armada.

Sin duda, se puede identificar una secuencia en la revista que tiene un punto de inflexión a partir de mayo de 1969 y la emergencia y represión del Cordobazo (en especial del n° 15 al 19 que remiten a la prisión de García Elorrio y el envío de una carta de Perón donde éste reproduce la misma argumentación que desarrolla en una carta enviada a Hernández Arregui)⁴ y que se acelera hasta la casi exclusiva

4 “Yo creo, amigo García Elorrio, que no sólo allí sino también en el mundo, se inicia la Primera

centralidad de las organizaciones armadas, para finalizar en el último número con la transmutación de Evita en montonera⁵ (en particular del n° 25 al 30). Precisamente el n° 25 se inscribe en la particular coyuntura de la evocación de la ejecución de Emilio Maza, Fernando Abal y Carlos Ramus por su intervención en la muerte de Aramburu. La revista se abre a la izquierda con las fotos de los tres combatientes, acompañadas de un texto en negrita donde se destacan sus estudios, la militancia en la Acción Católica desde la JEC (Juventud de Estudiantes Católicos) y la JUC (Juventud Universitaria Católica) y su muerte a fin de luchar por el “socialismo nacional”. Al final, en letras más grande, se agrega la frase de Perón: “La violencia en manos del pueblo no es violencia, es justicia”. En tanto, la portada incluye en grandes letras y en primer lugar un título: “Argentina: ¿Quién impone la violencia?”.

Revolución mundial que, después de la Revolución Francesa de 1789, no se había producido. La Revolución Comunista fue una 'Revolución Rusa' que, por numerosas razones, se ha frustrado como revolución mundial. Lo ocurrido en mayo de 1968 en Francia tiene un significado mucho mayor que el que se ha tratado de hacer aparecer. Lo ocurrido en la Argentina un año después (mayo de 1969) con sus mismas características, objetivos y formas de ejecución, demuestran claramente la influencia que el Justicialismo ha tenido en las masas argentinas que, desde hace ya veinticinco años, tienen ideas claras sobre el contenido revolucionario. Piense que, después de Francia, ha sido el primer país que ha reproducido el fenómeno. [...] 'Ustedes son las guerrillas contra la muerte climatizada que ellos quieren vendernos con el nombre de porvenir' decía un famoso cartel levantado en el Barrio Latino y otro, no menos expresivo, levantado en La Sorbona, decía: 'La Revolución que se inicia pondrá en duda no sólo la sociedad capitalista sino la sociedad industrial. La sociedad de consumo debe morir de muerte violenta. La sociedad enajenada debe desaparecer de la historia. Estamos intentando un mundo nuevo y original. La imaginación ha tomado el poder'. Ambas cosas las hemos visto reproducirse en la Argentina y, nosotros, los peronistas, las hemos venido realizando desde 1945 en la medida que nos ha sido posible en un medio no preparado ni esclarecido. No es poco, sin duda, lo que hemos hecho hasta ahora: les queda a Ustedes 'el rabo por desollar' (...). Cómo puedo yo estar en desacuerdo con la actual revolución, si es lo que vengo pensando y tratando de hacer, hace más de veinticinco años de lucha ante la incompreensión! Saludos a los compañeros". "Carta de Perón a García Elorrio, Madrid, 20 de julio de 1969", *Cristianismo y Revolución*, n° 19, primera quincena de agosto de 1969, p. 10.

5 "Si Evita viviera sería montonera", *Cristianismo y Revolución*, n° 30, septiembre de 1971, p. 1.

que, a su vez, titula la nota editorial de la revista. El punto de partida es claro para la publicación. Tal como lo viene sosteniendo desde su inicio: junio de 1955. Cuando los aviones de la Marina bombardearon la Plaza de Mayo hiriendo y asesinando a miles de trabajadores que se habían congregado en defensa de Perón. Pero en la cronología explicativa se suman la proscripción del peronismo, el fraude electoral, la traición de Frondizi y la puesta en vigencia del Plan Conintes con el consiguiente encarcelamiento y tortura de los trabajadores, el secuestro y muerte de Felipe Vallese, el asesinato de los obreros Méndez, Mussi y Retamar durante el gobierno de Illia y finalmente la dictadura de Onganía que provocaría el Cordobazo. De modo que se concluye:

Argentina está virtualmente en pie de guerra. Pero no es, como se pretendió, una guerra civil, sino de descolonización. Es una lucha contra la violencia institucionalizada por el sistema neocolonial. Una lucha contra la ocupación invisible de los poderes económicos extranjeros, que son hoy propietarios de todos los sectores clave del desarrollo nacional. Una lucha violenta contra la violencia que engendra la miseria, el subdesarrollo, la insalubridad, la desocupación, el raquitismo, que sufren amplios grupos humanos marginados desde 1955 de la realidad social, económica y política de nuestro país. Es una guerra que no pide ni quiere ya cuartel. Tampoco es impulsada ni financiada por “ideologías extrañas a nuestro ser nacional”, como también se pretendió hacer creer. Por el contrario, es la reacción natural de un pueblo que después de soportar años de vergüenza y sometimiento quiere dejar de ser objeto de la voluntad de pocos [...]. Los estudiantes, los obreros, la población misma, interpretan cada

vez más que en la Argentina las soluciones no llegarán nunca por medio de la palabra. Nada más cierto que lo expresado por Camilo Torres: la revolución puede ser pacífica si los que tienen el poder no hacen resistencia violenta.⁶

Cabe preguntarse una vez más: ¿qué hizo posible el desplazamiento hacia la radicalización y las estrategias que se desplegaron en esos años y que se continuaron a partir del golpe de 1976? Podríamos partir de la hipótesis que permite distinguir entre guerrilla y terrorismo. La primera se concebiría como lucha de liberación, una segunda independencia que concita la adhesión de diferentes sectores sociales, entre ellos los cristianos. Mientras los segundos se convertirían en una máquina de matar donde prima la militarización sobre la política. Puede repensarse también una de las dimensiones de la idea de la guerra justa, en los términos clásicos de resistencia a la tiranía, y avanzar en la posibilidad de distinguir entre violencia injusta y violencia justa. Cabe, además, acentuar la distinción política y ética entre guerrilla y terrorismo. Si consideramos que la justicia de la violencia popular no es únicamente discernible a través de sus fines sino de sus medios, cabe preguntar ¿cuáles métodos de lucha están justificados en un momento histórico de guerra justa y cuáles estarían descalificados en sí mismos? Pero además, en relación con la violencia de Argentina en aquellos años, permitiría poner en discusión la nivelación impuesta por la “teoría de los dos demonios” y su condena abstracta de la violencia. Porque si bien puede creerse que ninguna violencia es deseable, cabe al menos interrogarse acerca de si toda violencia es injusta o carente

6 “Panorama político. ¿Quién impone la violencia?”, *Cristianismo y Revolución*, n° 25, septiembre de 1970, pp. 1-2.

de justificación ética. En ese sentido, aún la batalla de las ideas en busca de respuesta continúa, basta tan sólo recordar la polémica suscitada hace no tanto tiempo por las reflexiones de Oscar del Barco.⁷

Bibliografía

- Apolonio, R. (2008). "¿Vox Populi, Vox Dei?", *Cristianismo, peronismo y guerrilla en Cristianismo y Revolución (1966-1971)*. Monografía seminario de licenciatura en historia, inédito. Neuquén, Universidad del Comahue.
- Badiou, A. (2005). "Vanguardias", *El siglo*. Buenos Aires, Manantial.
- Calveiro, P. (2005). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires, Norma.
- Crespo, H. (2003). "Prólogo", Morello, G., *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*. Córdoba, EDUCC.
- Debray, R. (2004). "¿Revolución en la revolución?", *Lucha Armada*, n° 1, enero-febrero-marzo, pp. 122-144.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Merleau-Ponty, M. (1986). *Humanismo y terror*. Trad. León Rozitchner. Buenos Aires, Leviatán.
- Sartre, J.-P. (2004). "Retrato del aventurero", *Problemas del marxismo I*. Buenos Aires, Losada.

7 Al respecto cfr. <<http://elinterpretador.net/15EnDiscusión-Presentación.htm>>.

Capítulo 11

Antropología 3er Mundo y Envido: las revistas del nacional-populismo universitario en los años setenta

Miguel Faigón

Introducción

En la década siguiente a la caída del gobierno peronista a manos de la Revolución libertadora, el nacional-populismo alcanzó una significativa presencia en la vida intelectual argentina que se manifestó, sobre todo, a través de la importante difusión que alcanzó la labor ensayística de autores como José Hernández Arregui, Arturo Jauretche y Rodolfo Puiggrós (Altamirano, 2011: 61-127). Pero, más allá de las repercusiones que estos escritos hayan podido tener entre la población estudiantil universitaria, lo cierto es que estas expresiones que revisitaban las lecturas del peronismo, atribuyéndole un rol progresivo en la historia argentina, se desarrollaron extramuros, es decir, por fuera de la institucionalidad académica e incluso por afuera de la cultura universitaria. Sería recién luego de 1966, tras producirse la autodenominada Revolución argentina y la intervención universitaria, que provocaría masivas renunciadas docentes y promovería otras tantas cesantías, que el nacionalismo cultural volvería a alcanzar expresión al interior del ámbito universitario. Las revistas *Antropología 3er Mundo (ATM)*¹

1 Sobre *ATM*, cfr. Faigón (2013), Barletta y Lenci (2001) y Gutiérrez (2009).

y *Envido*² (1970-1973) fueron, junto con las Cátedra Nacionales,³ expresiones de este fenómeno y aquí nos proponemos reconstruir sus experiencias.

Para realizar esta tarea tendremos en cuenta una serie de consideraciones de Beatriz Sarlo acerca de las revistas animadas por colectivos intelectuales latinoamericanos. Sarlo distingue a las publicaciones periódicas respecto de otras modalidades de intervención cultural por colocar el acento en la esfera pública, aduciendo que, a diferencia de lo que ocurre con los libros, su destino se juega en el presente. Si los intelectuales latinoamericanos hacen revistas se debe, para la autora, a un impulso vinculado a necesidades y vacíos propios de la coyuntura. No obstante, la coyuntura a ser considerada no debe reducirse únicamente a

2 Sobre *Envido*, *cfr.* Faigón (2014), Barletta (2001 y 2002), Pozzoni (2012), Brachetta (2010 y 2013), González (2008) y Armada (2008).

3 Las Cátedras Nacionales fueron un conjunto de cátedras universitarias de orientación nacional-popular y tercermundista, políticamente identificadas con el peronismo, que se conformaron en la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires en la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) luego de que la intervención del gobierno de Onganía de las universidades nacionales en 1966 tuviera, como una de sus consecuencias, la definitiva finalización del proyecto modernizador iniciado diez años antes por Gino Germani y bajo el cual se había institucionalizado la carrera. Sin extendernos demasiado en este punto, diremos que las flamantes autoridades buscaron reclutar a los docentes que reemplazarían a aquellos que habían renunciado o sido cesanteados tras la intervención entre intelectuales vinculados a la iglesia católica, a quienes supusieron simpatizantes al nuevo régimen. Sin embargo, entre los profesores entrantes, una minoría que militaba en las fracciones postconciliares y tercermundistas de la iglesia, alejada de las posturas integristas tradicionales, imprimió a las materias a su cargo una visión politizada, nacionalista, tercermundista y antiimperialista. La novedosa propuesta encontró eco en algunos jóvenes del movimiento estudiantil (que pronto se terminarían convirtiendo en auxiliares) que tenían una mirada crítica de su formación académica en el período anterior y que, ya alejados de la izquierda tradicional estaban en proceso de peronización. De esta unión, nacieron entre 1967 y 1968 las Cátedras Nacionales. Entre los docentes que integraron las Cátedras Nacionales cabe destacar, en primer lugar, al padre Justino O'Farrell y a Gonzalo Cárdenas en torno a quienes se organizaron las mismas y, en segundo lugar, a Roberto Carri, seguramente su figura más emblemática, quien se destacaría por ser el autor de un pequeño libro, célebre en su época, *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia*. *Cfr.* Faigón (2007, 2010 y 2011).

la política sino que también puede ser, por ejemplo, teórica, ideológica o estética (Sarlo, 1990: 9-16). Otra propuesta interesante de Sarlo para pensar este tipo de publicaciones es la de considerarlas como órganos partidarios, no, claro está, en el sentido de que sean necesariamente la expresión orgánica de un partido político, sino desde el punto de vista de que el esfuerzo de hacerlas se encuentra siempre regido por ciertas “líneas partidarias” que bien pueden ser estéticas, ideológicas, políticas o teóricas (1993: 11-15). Es decir, que siempre por detrás de las mismas se encontraría funcionando algún tipo de programa que rige la relación de la publicación con la esfera pública en la que busca intervenir, al cual deberíamos tratar de acceder cuando nos acercamos a ellas en tanto objetos de estudio.

En segundo lugar, un modelo de análisis de revistas que nos guiará implícitamente a lo largo del trabajo será el implementado en *Nuestros años sesenta* para el abordaje de *Pasado y Presente* y *Cuestiones de filosofía* (publicaciones representativas de la nueva izquierda intelectual de los años sesenta). Fundamentalmente, tendremos en cuenta algunas de las preguntas que Terán se plantea sobre dichas revistas para aplicarlas aquí al análisis de *Envido* y *ATM*: ¿cómo definieron estas publicaciones el *estatus* del intelectual? ¿Cómo construyeron en su interior la relación entre política y cultura? ¿Su afán politizador fue tal que clausuró toda posibilidad para el desarrollo de una tarea específicamente intelectual en el espacio de las mismas? (Terán, 1993: 151-172).

Los orígenes de *ATM*: una revista de ciencias sociales distinta

ATM apareció por primera vez en noviembre de 1968 auto-definida como “revista de ciencias sociales”⁴ y dirigida por

4 Curiosamente este era también el subtítulo con el que el Instituto de Desarrollo Económico (IDES) lanzaba desde 1961 la revista *Desarrollo económico* con una búsqueda y una apuesta más proli-

el antropólogo Guillermo Gutiérrez.⁵ El primer número estuvo compuesto por cinco artículos, una nota de presentación y una reseña bibliográfica. Dos de estos artículos constituían aportes originales, “El formalismo en las ciencias sociales” de Carri,⁶ y “El Noroeste argentino: Tucumán” del joven antropólogo argentino Marcelino Fontán. Los otros tres habían sido extraídos de publicaciones extranjeras: “Idea y diagnóstico del Perú” del antropólogo peruano José Matos Maar; “¿Para qué sociólogos?” de Dany Cohn Bendit y otros;⁷ y “Problemas de las Ciencias Sociales. Entrevista con Umberto Cerroni”, realizada por Víctor Flores Olea.⁸ La nota mediante la cual *ATM* se presentaba públicamente, “Antropología, antropologías”,⁹ definía sintéticamente sus aspiraciones. Si por un lado manifestaba su fuerte vocación de intervención política, tampoco dejaba dudas acerca de que esa intervención pensaba materializarse en la revista específicamente a través una práctica intelectual y científica. Por eso, afirmaba la nota, el temario de sus artículos resultaría casi *tangencial* al de otras publicaciones de

jamente “académicas”. Quizás había en la elección del subtítulo, por parte de quienes sacaron *ATM*, cierta intención de entrar en una disputa acerca de cómo debía ser una legítima revista de ciencias sociales.

- 5 Guillermo Gutiérrez estudió Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en la década de 1960 donde también militaría en la Asociación Nacional de Estudiantes (ANDE), una de las pocas y débiles agrupaciones peronistas que existían en aquella facultad por aquel entonces. Sus primeras tareas como docente auxiliar no las realizó en su carrera de grado, sino en la de Sociología en el marco de la experiencia de las Cátedras Nacionales.
- 6 Roberto Carri sería, junto con Guillermo Gutiérrez, el colaborador más asiduo de la revista y participaría en la misma desde su primer hasta su último número.
- 7 Los otros firmantes eran Jean Pierre Duteuil, Bertrand Gerard, Bernard y Granourtir. Esta especie de manifiesto, firmado por varios protagonistas del “Mayo Francés” y aparecido justo un mes antes de dicho acontecimiento en la revista *Esprit*, denunciaba a la sociología como un instrumento al servicio fines burgueses.
- 8 El trabajo de Maar había sido tomado de *Civilización Brasileira*, la entrevista a Cerroni de la *Revista Mexicana de Sociología* y el de Cohn Bendit de *Esprit* (Francia).
- 9 “Antropología, antropologías”, *Antropología 3er Mundo*, n° 1, 1968, pp. 1-2.

antropología y ciencias sociales. También se establecía con nitidez (aunque aún sin partidismos explícitos) el espacio político-ideológico en el que se inscribiría la publicación, el de los nacionalismos de liberación del tercer mundo.

El título y el subtítulo de la revista y la nota de presentación sintonizaban perfectamente con los artículos publicados en el primer número, tanto en lo referente a sus plumas (todos intelectuales vinculados a las ciencias sociales enroldados en corrientes críticas y con algún tipo de compromiso político) como al contenido de los mismos.¹⁰

En la nota editorial del segundo número (mayo de 1969), “La idea de la revista *Antropología 3er Mundo*”,¹¹ Gutiérrez se extendería sobre los objetivos y fines de la revista: “*Su objetivo más importante es lograr algún tipo de conocimiento sobre la sociedad en que vivimos, cuyo método haya surgido de esa realidad y su único fin producir o mejor dicho ayudar a producir cambios en ella*”.¹² Si el *fin* (aquello que la trascendía, le otorgaba sentido y justificaba el esfuerzo de hacerla) era político, el *objetivo*, en cambio, se instalaba específicamente en el terreno de la producción de conocimientos.

De acuerdo con los primeros textos programáticos de *ATM*, si bien las prácticas intelectuales y científicas no gozaban de autonomía respecto de la política, dado que ésta lo abarcaba todo, conservaban, empero, una función específica. Esta especificidad estaba vinculada al combate ideológico contra la ciencia y la cultura de la dependencia

10 Los artículos se dividían en aquellos destinados al análisis de problemáticas sociales latinoamericanas de diferentes regiones ligadas a la cuestión de la dependencia respecto de los países centrales (el de Matos Maar y el de Marcelino Fontán) y aquellos que reflexionaban sobre el rol de las ciencias sociales y su vinculación con la política (el de Carri, el de Bendit y la entrevista a Umberto Cerroni).

11 Guillermo Gutiérrez, “La idea de la revista *Antropología 3er Mundo*”, *Antropología 3er Mundo*, n° 2, 1968, pp. 1-7.

12 *Ibíd.*, p. 1.

(herramientas de la dominación imperial) y a otorgar un conocimiento de lo social que ayudase a determinar mejor la situación y las estrategias de lucha a seguir.

Mirando los artículos incluidos en el n° 2 podemos afirmar que se mantenía la coherencia entre los contenidos y lo proyectado en los textos programáticos.¹³ La diferencia respecto del primer número es que desaparecen los artículos extraídos de otras revistas: ahora todos están elaborados por intelectuales académicos (sociólogos, filósofos y antropólogos) vinculados a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y son inéditos.¹⁴

Al mirar los primeros números de *ATM* a través de la lente de las consideraciones de Sarlo, se puede convenir en que la decisión de publicar la revista estuvo marcada por la necesidad de un colectivo de intelectuales académicos argentinos de promover y dar visibilidad a una ciencia social alternativa a la que solía tener espacio en el resto de las revistas de ciencias sociales o de antropología, viendo en ello, también, un modo de intervención política. En cierta forma, *ATM* permitía a quienes participaban en ella la posibilidad de intervenir en el terreno de la producción de conocimientos y dar una disputa al interior del campo de las ciencias sociales en la Argentina y militar por la liberación nacional. O sea, no era sólo sobre la coyuntura política que *ATM* busca intervenir, sino también, y quizás de un modo

13 "Ideología, ciencia y estrategia", Conrado Eggers Lan; "La cultura popular latinoamericana", Justino O'Farrell; "La antropología estructural de Lévi-Strauss y el Tercer Mundo", Amelia Podetti; "Algunos problemas del método en ciencias sociales", Raúl Pannunzio; "El formalismo en las ciencias sociales (2ª parte)", Roberto Carri. La problemática más recurrente en los mismos era la cuestión de cómo elaborar un conocimiento social de las realidades nacionales del "tercer mundo" que reconociera su particularidad, diera cuenta de su situación de dependencia y nutriera y se nutriera de las luchas de liberación nacional.

14 Una excepción a esto la constituye la publicación, en una sección que aparece en las últimas páginas denominada "Documentos de nuestra época", de un texto extraído del Coloquio de Juristas Árabes celebrado en Argelia en 1968, traducido por Rodolfo Aráoz Alfaro.

más inmediato, sobre la coyuntura teórica y académica de las ciencias sociales en Argentina, acompañando, en cierta forma, la tarea de las Cátedras Nacionales desarrollaban en la facultad de humanidades porteña.

Es necesario destacar que el surgimiento de *ATM* es anterior a que se produjera el Cordobazo el 29 de mayo de 1969, lo que implica que el proyecto original de publicar la revista no fue pensado y elaborado bajo el clima de convulsión y crisis política que dicho episodio desataría en la Argentina, sino en la etapa inmediatamente previa de la Revolución argentina, cuando reinaba todavía la “paz social” del “onganiato”, los partidos políticos permanecían prohibidos y el movimiento sindical diezmado desde que en marzo de 1967 el gobierno militar hubiera reprimido el “plan de lucha” lanzado por la CGT. Corrían tiempos de relativa apatía incluso para el movimiento estudiantil universitario, luego de que hubieran fracasado en 1966 las luchas contra la intervención. Por otro lado, la gestión económica, a cargo de Krieger Vasena desde fines de 1966, aparecía como exitosa, al menos según las metas que se había planteado el propio gobierno.¹⁵ En este sentido, *ATM* apareció rompiendo, al igual que las Cátedras Nacionales, y en el terreno específico de las ciencias y de la cultura universitaria, el férreo cerco represivo y autoritario hacia las expresiones políticas y culturales disidentes impuesto por el gobierno de Juan Carlos Onganía.¹⁶

15 Para las referencias al marco sociohistórico *cfr.* Altamirano (2011), De Riz (2000) y O'Donnell (2009).

16 Algo similar ocurrió en el plano sindical con la creación de la CGT de los Argentinos en marzo de 1968, cuyo primer impacto se fue extinguiendo rápidamente en la medida que muchos de sus sindicatos volvían a las filas del vanguardismo (*cfr.* O'Donnell, *op. cit.*, pp. 211-212), y en el universo cristiano con la publicación de una revista como *Cristianismo y Revolución* (1967-1971) o la aparición del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo en 1968. Vistas teleológicamente estas expresiones podrían ser leídas como preanuncios de lo que vendría tras mayo de 1969, pero lo

Los cuatro número siguientes (aparecidos entre noviembre de 1969 y fines de 1970) de *ATM*, amén de redefinir y profundizar ciertas posiciones político-ideológicas, se mantendrían dentro de los lineamientos programáticos planteados en los primeros dos. En la nota editorial del n° 4 (septiembre de 1970), “Pensamiento nacional y política”, a cargo de Guillermo Gutiérrez, se haría por primera vez explícita la identificación de la revista con el peronismo que hasta entonces sólo se había manifestado en artículos firmados.¹⁷ El n° 5 y el 6 (fines de 1970) compondrían una antología dedicada exclusivamente a la publicación de ensayos de docentes de las Cátedras Nacionales titulada “Cátedras Nacionales: aportes para una ciencia popular en Argentina”.

Hay que decir que la coyuntura política nacional en la que aparece estos cuatro números de *ATM* es diferente del contexto de aparición de los dos primeros. El clima ideológico y político abierto tras el Cordobazo probablemente constituyó un marco propicio para que experiencias como las de *ATM* o las Cátedras Nacionales pudieran (al menos en un principio) consolidarse a partir de la obtención de un mayor nivel de legitimidad frente a los más movilizadores y politizados estudiantes universitarios, que constituían, claro, su público principal.¹⁸

La transición

La aparición del n° 7 (mayo de 1971), autodefinido como de transición, marcó un punto de inflexión en el proyecto de la

cierto es que eran grietas en una superficie que se mostraba calma sin que tampoco se pudieran advertir grandes nubarrones en el horizonte de la Revolución Argentina.

17 Guillermo Gutiérrez, “Pensamiento nacional y política”, *Antropología 3er Mundo*, n° 4, pp. 1-11.

18 Esta situación probablemente haya favorecido la abierta partidización a la que se animaría la revista a partir de septiembre de 1970.

revista. Bajo el título “Perón. Pensamiento social y político”, esta “edición especial” estaba íntegramente destinada a la recopilación de discursos de Perón entre 1945 y 1955, agrupados en ocho categorías distintas.¹⁹ No tenía nota editorial, pero sí una breve presentación en la que se anunciaban futuros cambios en los contenidos de la revista: la inclusión de análisis de actualidad y de documentos e informes nacionales e internacionales que se sumarían a los artículos “tipo ensayo”. Era la primera vez que *ATM* no aparecía como *Revista de ciencias sociales*, lo que implicaba la asunción de un cambio de identidad (y de programa), aunque ésta no pudiera redefinirse aún desde un nuevo subtítulo.

Los cambios prometidos se verificarían en el n° 8 (octubre de 1971). Por primera vez aparecería en *ATM* un breve artículo de “tipo periodístico” escrito por Carri dedicado al análisis de una problemática de actualidad, “Argentina y la crisis del dólar”, y se harían presentes documentos de organizaciones políticas universitarias (todas expresiones del peronismo de izquierda) e informes internacionales. Pero todavía continuaba habiendo espacio para los aportes más *sociológicos* como los trabajos de Fernando Álvarez, “Crítica al eficientismo” y de Carri, “Imperialismo violencia y poder político”.

La nota que abría dicho número y que hacía las veces de editorial, “El peronismo, desde la base”,²⁰ escrita por Guillermo Gutiérrez, consistía en una explícita adhesión al programa político del Peronismo de Base (PB)²¹ de construir organizaciones independientes de la clase trabajadora para alcanzar desde allí la hegemonía del heterogéneo

19 Este número de *ATM* con citas de discursos de Perón adoptaba una estructura similar al libro de *Citas del Presidente Mao* (más conocido como el “libro rojo”) muy en boga en aquellos años.

20 Guillermo Gutiérrez, “El peronismo desde la base”, *Antropología 3er Mundo*, n° 8, 1971, pp. 1-4.

21 Organización vinculada a las Fuerzas Armadas Peronistas. En esta organización militaban tanto G. Gutiérrez como Carri al igual que otros colaboradores de la revista.

movimiento peronista. A diferencia de las editoriales y artículos de números anteriores, en los que se apostaba a la unidad del peronismo, se hacía referencia a las fracturas existentes dentro del movimiento, e incluso al interior del peronismo de izquierda, expresando sus discrepancias con las posturas movimientistas y corrientistas. Esta era también la primera nota editorial de la revista en la que la cuestión del vínculo entre las tareas culturales y la políticas no aparecía ni siquiera mencionada como problema, muestra inequívoca de que *ATM* y quienes la hacían comenzaban a ser absorbidos por otro tipo de preocupaciones y nuevas tareas.

El siguiente editorial, “El cuarto año de *Antropología 3er Mundo*”,²² aparecido en el noveno número (marzo de 1972), se referiría expresamente a los cambios experimentados por la publicación, afirmando que la misma:

[había surgido] como una experiencia crítica aunque de inmediato modificó su proyecto y comenzó a cubrir ciertas necesidades de la militancia en torno a una cuestión central: aportar a la construcción desde la base del movimiento peronista [...] haciendo rápido abandono de cierto exceso doctrinarista aparecido en alguna ocasión.²³

Aunque ese abandono no fue, en realidad, tan inmediato como se sugería, estas expresiones servían para reconocer abiertamente el nuevo proyecto en el que se había montado la revista (vinculando al PB) y marcar distancia respecto de aquel bajo el cual había surgido menos de cuatro años antes. En efecto, casi a modo de despedida de lo que la revista

22 “El cuarto año de *Antropología 3er Mundo*”, *Antropología 3er Mundo*, n° 9, 1972, p. 1.

23 *Ibíd.*

había sabido ser en sus primeras entregas, este número, que tendría una estructura similar a la del octavo, daría lugar a la aparición del último artículo “tipo ensayo” que se publicaría en las páginas de *ATM*.²⁴

La redefinición del programa de *ATM* a partir 1971 seguramente respondió a la intensificación y agravamiento del conflicto social y político a nivel nacional, que a la larga terminaría desprestigiando la dedicación específica a prácticas intelectuales o culturales, pero también al obligado alejamiento como docentes de varios de quienes participaban de ella de Filosofía y Letras de la UBA.²⁵ Estos procesos seguramente contribuyeron a disolver la identidad del grupo que participaba en *ATM* en tanto colectivo docente e intelectual, impulsándolos a contraer y/o fortalecer otro tipo de compromisos políticos y a buscar formas de intervención política de eficacia aparentemente más inmediata.

Atendiendo a las reflexiones de Sarlo (1990: 9-16) sobre el nacimiento de una revista intelectual, quisiéramos pensar el momento en que se decide darle un giro a la propuesta, aquel en el que alguien dentro del colectivo intelectual propone al resto cambiar el rumbo de la publicación²⁶ en función de cubrir nuevos vacíos que marcan la necesidad de intervenir en la esfera pública desde un discurso diferente. Esto es lo que parece ocurrir con *ATM* hacia 1971, ya que los cambios de la revista no son atravesados de manera

24 Se trataba de un extenso trabajo sobre la historia del peronismo elaborado en conjunto por los sociólogos Fernando Álvarez y Juan Pablo Franco. Álvarez, Fernando y Franco, Juan Pablo, “Peronismo. 1era parte. Desde el 45 hasta el 55”, *Antropología 3er Mundo*, n° 9, 1972, pp. 15-88.

25 Entre fines de 1970 y comienzos de 1971 el entonces Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Ángel Castellán, impulsó un proceso de “normalización” de la facultad mediante llamado a concursos docentes. Dicho proceso al que los docentes de las Cátedras Nacionales juzgaran orquestado especialmente para su expulsión, derivará efectivamente en el alejamiento de la mayoría de ellos de Filosofía y Letras.

26 Aunque también parece probable que la sugerencia de subordinar la revista al PB haya venido desde la propia organización.

inconsciente por sus impulsores, sino más bien lo contrario. Así, la identidad de la revista, definida en términos de una práctica específica (la científica social), comienza a ser paulatinamente deglutida por un proyecto partidario situado en el campo de poder.

Una revista del Peronismo de Base

Lo más significativo del n° 10 (junio de 1972), junto con la hasta entonces inédita ausencia de los artículos “ensayísticos”, fue la publicación de un documento colectivo firmado por muchos de quienes habían formado parte del cuerpo docente de las Cátedras Nacionales de la carrera de Sociología (varios de los cuales también habían colaborado en *ATM*) titulado “De base y con Perón. Un documento autocrítico de las ex Cátedras Nacionales”.²⁷ En dicho documento se esgrimían fuertes argumentos antiintelectualistas contra lo que había sido la experiencia de las Cátedras Nacionales, que no podía dejar de afectar también la de *ATM*. Los firmantes manifestaban:

... sólo incorporándonos a la lucha que se gesta en los sectores más avanzados del pueblo peronista estamos en condiciones de resolver nuestro contradictorio proceso y al asumir su línea política y una práctica consecuente, vamos superando la escisión entre teoría y práctica de las “Cátedras Nacionales”.²⁸

27 “De Base y con Perón. Un documento autocrítico de las ex Cátedras Nacionales”, *Antropología 3er Mundo*, n° 10, 1972, pp. 27-34. El documento estaba firmado por: Justino O’Farrell, Guillermo Gutiérrez, Alberto Olsson, Jorge Carpio, Néstor Momeño, Norberto Wilner, Roberto Carri, Enrique Pecoraro, Sasá Altaraz, Susana Checa y Marta Neuman.

28 *Ibid.*, p. 28.

Al mismo tiempo establecían que “el primer error a nivel teórico es que hablamos y esbozamos teorías y caminos que el pueblo “debía” recorrer [...]. Nuestra teorización era producto del voluntarismo individualista universitario y no de una relación práctica y real con los trabajadores”.²⁹ De este modo, el principal error político que reconocían era haber partido de su “especificidad (profesores peronistas) y de la repercusión de nuestros escritos”³⁰ para concluir, finalmente, que se consideraban definitivamente retirados de la universidad, por lo que llamaban a rechazar todo vanguardismo pequeño burgués o intelectual y a sumarse “a la construcción de la organización desde las bases”.³¹

Así, tras los cambios producidos en *ATM* en 1971, a mediados de 1972 los firmantes parecen haber arribado a la conclusión del carácter fútil de la dedicación específica a prácticas científicas y culturales y, habiendo ajustado cuentas con su pasado reciente, se disponen a redimirse integrándose (e integrando su publicación) al proyecto político del Peronismo de Base.³²

El n° 11 (agosto-septiembre de 1972) aparecería con un nuevo subtítulo que marcaba una distancia definitiva del proyecto original: *Revista peronista de información y análisis*. La entrega abría con una nota de opinión y continuaba con un análisis de la coyuntura. El resto de los artículos, si bien podía cumplir con una función de propaganda ideológica, no tenía ya vinculación con la idea de hacer aportes para el desarrollo de una “ciencia popular”. La primera nota de opinión (cuya autoría, pese a la ausencia de rúbrica, suponemos

29 *Ibid.*, pp. 30-31.

30 *Ibid.*, p. 31.

31 *Ibid.*, p. 34.

32 Barletta y Lenci han descrito el viraje de la revista como el “de una publicación que se inicia como eminentemente vinculada a la universidad y que termina subordinando los intereses universitarios del comienzo a las exigencias de la primacía de la política”. Barletta y Lenci, *op. cit.*

que corresponde a G. Gutiérrez), “El pueblo es la trinchera de Perón”,³³ proclamaba la necesidad de no aceptar los plazos impuestos por Lanusse a Perón para que regresara al país, si es que éste deseaba presentarse en las elecciones a presidente, y continuaba promoviendo la línea alternativa del PB: “Hoy más que nunca, para muchos compañeros aparece clara la necesidad de la organización independiente, de la alternativa revolucionaria hegemonizada por la clase obrera peronista”.³⁴ El “Análisis de coyuntura”,³⁵ que aunque tampoco estaba firmado poco tiempo después pudo saberse que había sido escrito por Carri,³⁶ hacía un relevamiento de los acontecimientos políticos de los meses de junio y julio de 1972 y repasaba diferentes posiciones existente dentro del movimiento peronista, la de la burocracia sindical (la cual era anatemizada) y la del llamado “peronismo combativo” (identificado con la Juventud Peronista) respecto de la que se tomaba cierta distancia. Finalmente, postulaba la necesidad de organizar *desde las bases* (en torno a la clase obrera peronista) un ejército, con miras a la guerra popular.

El décimo segundo y último número (febrero-marzo de 1973) se mantendría en la misma tesitura.³⁷ Abría con dos notas de opinión, “Con o sin elecciones” y “Resumen de tres meses difíciles” y un análisis de coyuntura, “Imperialismo continuista y elecciones sin Perón”. Estas notas nuevamente no estaban firmadas y se abocaban a analizar la actualidad política. En ellas se reflejaba el acercamiento en los meses anteriores de las FAP y el PB a la denominada “tendencia

33 “El pueblo es la trinchera de Perón”, *Antropología 3er Mundo*, n° 11, 1972, p. 2.

34 *Ibid.*

35 “Análisis de coyuntura”, *Antropología 3er Mundo*, n° 11, 1972, pp. 3-13.

36 En 1973, Carri lo incluiría en su libro, *Poder imperialista y liberación nacional*.

37 El subtítulo aparecería ligeramente modificado como *Revista peronista de información y análisis político*.

revolucionaria del peronismo”. Si bien mostraban menos reticencias frente a las inmediatas elecciones que en el número anterior, estaba muy lejos de invadirlos un optimismo desmedido, dado que lamentaban la inexistencia de una organización independiente de la clase obrera peronista y no tenían casi ninguna expectativa depositada en el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI). Estaba más que claro a esta altura que *ATM* se había transformado en una publicación apegada a la coyuntura política inmediata y a los análisis de situación según la línea orgánica del PB, habiendo dejado muy atrás la revista “de ciencias sociales” de los orígenes, vinculada a las Cátedras Nacionales.³⁸

Los orígenes de *Envido*: ciencias sociales, periodismo y militancia

Envido apareció por primera vez en julio de 1970 con el subtítulo de *Revista de política y ciencias sociales*, dirigida por el filósofo Arturo Armada³⁹ y con un Consejo de Redacción integrado por Domingo Bresci, José Pablo Feinmann, Manuel Fernández López, Carlos A. Gil, Santiago González y Bruno Roura.⁴⁰ La primera entrega comenzaba con un trabajo elaborado por el Consejo de Redacción en la que

38 Lamentablemente la revista no daba cuenta en sus páginas de la decisión de dejar de publicarse. De todos modos, el fin de *ATM* parece estar unido al fin del ciclo marcado por la llamada Revolución Argentina.

39 Arturo Armada había estudiado (o aun estudiaba) Filosofía en la UBA. También participaba del Centro Argentino de Economía Humana y militaba en el Movimiento Humanista Renovador de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

40 Domingo Bresci era cura y participaba del Movimiento de los Sacerdotes para el Tercer Mundo, Santiago González y Bruno Roura provenían de Letras de la UBA, Manuel Fernández López era economista. Carlos Gil era estudiante de Filosofía y Letras, pero no hemos podido averiguar de qué carrera. Feinmann era un estudiante avanzado de la carrera de Filosofía de la UBA y docente auxiliar de la misma, especializado en la historia del pensamiento argentino.

se omitía toda referencia explícita a la flamante revista y al colectivo que la producía, aunque por detrás del mismo subyacía una propuesta programática. Se titulaba “La contradicción principal en la estructuración dependiente”⁴¹ y estaba destinado a argumentar que la oposición existente entre el imperialismo y los pueblos del tercer mundo constituía la contradicción principal del capitalismo a nivel mundial, no sólo en su etapa contemporánea (la del capital monopólico) sino a lo largo de todo su desarrollo histórico. En este sentido, el ensayo buscaba resaltar cómo desde sus inicios (etapa del capital comercial) el capitalismo se había estructurado internacionalmente a partir del proceso colonialista que había permitido, a través de la denominada acumulación originaria, el despegue de la segunda etapa (la del capital industrial) en la cual si bien desde el punto de vista de los países centrales la contradicción principal podía haber pasado a ser la existente entre la burguesía y el proletariado metropolitanos, esto no había sido así para los pueblos de los países dependientes. Al mismo tiempo que reconocía que el tema de la dependencia estaba siendo múltiplemente abordado en libros y revistas, festejaba que grupos políticos, sindicales y estudiantiles, institutos de investigación y centros de estudios denunciaran la dependencia, hicieran su historia y exhortasen a combatirla. De este modo, el programa intelectual esbozado, vinculado al conocimiento social, se entrecruzaba (y de allí parecía cobrar su valor fundamental) con una apuesta política. Por último, se manifestaba que aunque la etapa actual no era la del inicio de la tarea liberacionista (ésta hundía sus raíces en el siglo XIX y continuaba librándose en la actualidad a través del *peronismo* en el que dicha tarea se había integrado con la lucha por el socialismo nacional), en los años sesenta

41 “La contradicción principal en la estructuración dependiente”, *Envido*, n° 1, pp. 3-9.

había comenzado un proceso de revolución conceptual que llevaba a que un conjunto de teóricos e investigadores sociales, dejando atrás su formación eurocéntrica, hubieran comenzado a pensar nuestra historia, nuestro presente y sus problemas con categorías adecuadas a nuestra realidad.

Los artículos y documentos publicados en este primer número estaban en sintonía con la idea de sumarse a la revolución conceptual en curso, para así poder dar cuenta de la situación de dependencia, denunciarla y exhortar a combatirla. En este sentido, el ensayo de José Pablo Feinmann, "Complementación y libre cambio: el extraño nacionalismo de José Hernández",⁴² se abocaba a una interpretación de la actividad intelectual de José Hernández, especialmente del poema *Martín Fierro* (*MF*), en una clave política. El autor buscaba polemizar con las lecturas del texto de Hernández surgidas desde diferentes frentes del campo intelectual argentino, principalmente, con la valoración positiva que los revisionistas y la denominada izquierda nacional habían hecho del mismo en términos de su combatividad frente a la política liberal porteña. Sin adentrarnos demasiado en sus argumentaciones, digamos que lo que buscaba demostrar era que en el *MF* (y en la obra de Hernández en general) lejos de expresarse el proyecto de un país autónomo, se cristalizaba la propuesta del sector ganadero del litoral que apostaba a un proyecto de país complementado con las economías europeas que exportara materias primas e importara manufacturas. Feinmann reprochaba a Hernández no haber alcanzado a sospechar que el comienzo de las relaciones con los países europeos constituiría para los países nuevos como la Argentina el inicio de su proceso de subdesarrollo o, en caso de haberlo advertido, no haberlo

42 José Pablo Feinmann, "Complementación y libre cambio: el extraño nacionalismo de José Hernández", *Envido*, n°1, 1970, pp. 10-27.

confesado dados sus intereses de clase. Feinmann también aprovechaba para polemizar con aquellos que negaban la posibilidad histórica de que el país se hubiera podido estructurar de manera autónoma, entre quienes ubicaba a los liberales pero también a los que denominaba como “marxistas dogmáticos”. Este marxismo, según Feinmann, partiendo de un esquema de desarrollo universal que todas las sociedades debían necesariamente seguir, celebraba como progresistas los contactos con la Europa capitalista, calificaba como precapitalistas las artesanías y las montoneras del interior y consideraba a la Argentina un país todavía sumido en el feudalismo. La respuesta a esta postura la extraía principalmente del acervo teórico de la teoría de la dependencia: no era válido considerar que si el capitalismo había jugado un rol progresista en las viejas sociedades europeas también debiera hacerlo necesariamente al penetrar en las sociedades periféricas, ni tampoco lo eran las consideraciones dualistas de estas sociedades que suponían que el capitalismo no había penetrado aún en sus viejas estructuras y sólo lo había hecho en sus sectores más modernos.

En “Notas sobre la sociología del poder en el centro y en la periferia”,⁴³ la socióloga Margot Romano Yalour criticaba a las obras (escasas, según su propio diagnóstico) que se habían ocupado de la temática de las estructuras de poder en Argentina por partir de la hipótesis, sin cuestionarla ni demostrarla, de que Argentina era un país en situación de transición hacia su modernización, desconociendo, de esta manera, las relaciones entre las distintas sociedades nacionales; es decir, no contemplando el imperialismo como factor determinante. Romano afirmaba que en los países periféricos el análisis de los grupos de poder debía realizarse teniendo en

43 Margot Romano Yalour, “Notas sobre la sociología del poder en el centro y en la periferia”, *Envido*, n°1, 1970, pp. 28-42.

cuenta la existencia de una estratificación internacional que dividía las naciones entre “centrales” y “periféricas”, existiendo un dominio de las primeras por sobre las segundas, que al incorporarlas al mercado internacional también definían las relaciones entre los grupos internos a ellas.

El periodista Claudio Ramírez⁴⁴ en “Síntesis política del 1° de enero al 30 de abril de 1970”⁴⁵ daba cuenta del importante grado de crisis, movilización y conflicto que había sacudido a la Argentina durante aquellos meses (crisis económica, huelgas, movilizaciones callejeras, ocupaciones de fábricas y algunas acciones armadas formaban parte del repaso). El periodista no se abstenía de dejar en claro sus puntos de vista, calificando a la Revolución argentina como dictadura monopólica.

El n° 1 de *Envido* también contenía un artículo del economista Manuel Fernández López, que analizaba las denominadas estructuras nacionales, dentro de las cuales la estructura económica funcionaba como eje. El trabajo de Carlos Mastrorilli,⁴⁶ “Las fuerzas armadas y la legitimidad liberal”, constituía una reflexión sobre el ciclo de la “Revolución argentina” a la cual consideraba ya “trasnochada”. En “Las huelgas rebeldes: el Chocón”, el periodista Norberto Habegger ofrecía un breve relato del “Choconazo”. Abel Posadas enfocaba críticamente la obra cinematográfica de Leopoldo Torre Nilsson, ubicándola en su contexto histórico, político, social y cultural, buscando detectar como en ella se expresaba la visión

44 Claudio Ramírez era el seudónimo de Jorge Bernetti, periodista del semanario *Panorama*. A partir del n° 5, Bernetti pasará a integrar el Consejo de Redacción bajo su verdadero nombre pero seguirá firmando los artículos con su seudónimo.

45 Claudio Ramírez, “Síntesis política del 1° de enero al 30 de abril de 1970”, *Envido*, 1970, pp. 58-64.

46 Carlos Mastrorilli era abogado pero trabajaba como profesor de la carrera de Sociología de la UBA. Participaría de la experiencia de las Cátedras Nacionales y también colaboraría circunstancialmente en *ATM*.

ideológica liberal. En un apartado denominado “Léxico económico elemental”, Gustavo Morel entregaba sintéticas definiciones de conceptos económicos con el fin de facilitarle al lector no especializado “la comprensión y asimilación de los textos que tratan cuestiones vinculadas con dicha materias”.⁴⁷ Con la excusa de reseñar *Ciencia, política y cientificismo* de Oscar Varsasvsky, Ariel Sibleau se ocupaba de la cuestión de las relaciones entre ciencia, cientificismo y dependencia. El n° 1 cerraba con una breve bibliografía sobre el movimiento obrero a cargo de Héctor Cordone, y la sección Documentos, que incluía un comunicado del Movimiento Sacerdotes para el Tercer Mundo y un sintético informe repleto de cifras que comparaba las inversiones norteamericanas en América Latina en 1957 y en 1966.

El n° 2 de *Envido* (noviembre de 1970) repetiría prácticamente la estructura del primero: un ensayo de Feinmann destinado a revalorizar la práctica política e intelectual de Felipe Varela; una nueva nota en torno a la relación entre sociología y política, esta vez a cargo del sociólogo Ernesto Villanueva; Claudio Ramírez ensayaba nuevamente una síntesis política de lo ocurrido en cuatro meses; Héctor Abrales⁴⁸ abordaba la cuestión de la situación del investigador científico en un país dependiente como la Argentina; Abel Posadas y Manuel Fernández López presentaban las segundas partes de sus respectivas notas, mientras Santiago González escribía sobre Marechal y Héctor Cordone trazaba una bibliografía sobre el peronismo. La sección

47 Este mini-diccionario, con breves definiciones de términos como “plusvalía” o “bienes de consumo”, es interesante dado que opera como una marca de las distancias entre productores simbólicos especializados y un supuesto público más amplio al cual tenían interés en llegar.

48 Héctor Abrales era ingeniero y publicaría en *Envido* numerosos artículos que reflexionarían en torno las relaciones entre la investigación científica y el contexto político de su desarrollo. A partir del sexto número (julio 1972) integraría el Consejo de Redacción.

“Documentos” incluía la presentación de la Ley General de Industrias peruana sancionada recientemente bajo la presidencia del militar nacionalista Velasco Alvarado, una carta del Padre Carbone (integrante del MSTM) en la que se desligaba de toda responsabilidad en el secuestro de Aramburu, y cartas de Perón a Ongaro y a las 62 organizaciones. En la última página, la revista, como modo de remarcar su identificación con el peronismo, a modo de homenaje recordaba cumplimiento del 25° aniversario del 17 de octubre de 1945. Finalmente, en la contratapa de este segundo número, la publicación volvería a reflexionar expresamente sobre sí misma, algo que evitaría hacer nuevamente por tres años:

Envido es una revista trimestral de información, crítica y documentación acerca de los temas claves de la problemática política del Tercer Mundo [...].

La publicación de artículos sobre temas dispares tiene como meta la crítica y revalorización de los aportes teóricos de origen europeo-norteamericana que se presentan como de validez universal en materia ideológica, científica, técnica y artística [...].

Y con la finalidad de aportar a la construcción de categorías de análisis emergentes de ese mismo proceso y fundamentadas por el concepto básico de que la dependencia estructural es el condicionamiento radical, pasado y presente de nuestra realidad concreta.⁴⁹

Se puede ver que en estos primeros números de *Envido* confluyen coyunturas, políticas, teóricas e ideológicas, que

49 Cfr. *Envido*, n° 2, 1970, p. 98.

nos remiten a transformaciones en el campo de las ciencias sociales y de las humanidades, a la renovación y radicalización del universo cristiano y a la crisis política abierta en la Argentina tras el Cordobazo. Si tenemos en cuenta el subtítulo de la revista, los textos programáticos y el resto de los artículos y documentos que se publicaron en los primeros dos números, podríamos concluir que la apuesta original de Armada y su grupo fue fundamentalmente la de conjugar y entrelazar la producción de conocimientos y el periodismo político con la militancia.⁵⁰ De esta forma, la revista buscaba cubrir variadas áreas, pero siempre pivoteando en torno a la región política, de la cual se nutría su potencia crítica. De todas maneras, es notorio que todos los artículos estaban elaborados por *especialistas* en las áreas en las que intervenían. No bastaba para publicar en *Envido* con una voluntad ideológica a tono con la línea editorial, sino que además era necesario legitimarse a partir de la posesión de cierto capital cultural.⁵¹ Mientras políticamente partían de un alineamiento genérico en el peronismo (interpretado como un movimiento de liberación nacional), en el plano de la producción de conocimientos en ciencias sociales buscaban sumarse a lo que consideraban un proceso de revolución conceptual en curso.

50 Si bien *Envido* también prestaría sus páginas a los docentes de las Cátedras Nacionales para que publicarían artículos (así lo harían: Alcira Argumedo, Fernando Álvarez, Pablo Franco, Roberto Carri, Ernesto Villanueva, Horacio Gozález y Justino O'Farrell) el vínculo con aquella experiencia de la carrera de Sociología de la UBA sería menos directo que el que sostuvo *ATM*.

51 Por otra parte, tal como muestra el artículo de Feinmann que comentamos, no se buscaba que *Envido* fuera un espacio para la ratificación de los sentidos comunes propios del nacionalismo cultural, sino, por el contrario, un ámbito donde los autores pudieran volver críticamente sobre los mismos e incluso cuestionarlos.

La transición

Si en el n° 3 y el 4 (mayo y septiembre de 1971) la revista se mantuvo bajo la misma fórmula de articulación entre cultura y política, a partir del quinto (marzo de 1972) la cuestión crudamente política empezó a cobrar más peso. Esto se nota, por ejemplo, en que en dicho número se amplía notoriamente el espacio dedicado a la publicación de documentos políticos así como en el hecho de que de ahí en adelante aparecería sucesivamente en cada tapa una consigna vinculada al proyecto nacional del peronismo de izquierda. “El socialismo nacional como objetivo”; “Peronismo - Frente de liberación”; “Perón vuelve”, “Peronismo: poder y liberación”, “Gobernar es movilizar”, “Perón al poder”.⁵² También en el quinto número aparece una nueva sección (que en general abriría cada número) titulada “Situación”, en la que se resume la coyuntura política nacional y se sientan las posiciones de la revista. No es un dato menor, para comprender estos cambios, tener en cuenta que para marzo de 1972 ya estaba en marcha el proceso de unificación de la Juventud Peronista que finalmente tendrá lugar en junio de ese año en un acto en la Federación de Box. Dicha unificación será saludada en el número siguiente, el sexto (julio 1972), a través de una consigna recuadrada que rezaba “Juventud Peronista. Unidad para Perón. Unidad desde las bases. Unidad para la movilización popular”.⁵³ Mientras el séptimo número (octubre 1972) se abriría (tras la nota de “Situación”) con un breve texto de Perón⁵⁴ y el octavo con unas palabras del entonces candidato a presidente, Héctor

52 Esta sucesión de subtítulos a partir del quinto número, como una muestra de la creciente incidencia de la política en la revista, ha sido destacada por Barletta (2001).

53 *Envido*, n° 6, 1972, p. 34.

54 Juan Domingo Perón, “La normalización institucional”, *Envido*, n° 7, 1972, pp. 6-8.

Cámpora,⁵⁵ el noveno (mayo 1973) lo haría con un “compromiso por el pueblo” firmado por el Consejo Superior de la Juventud Peronista y sus candidatos electos en los recientes comicios.⁵⁶ En el octavo (marzo 1973) y en el noveno (mayo 1973) también aparecerían una serie de documentos entregados a Cámpora por la Juventud Peronista en los que se daban instrucciones sobre las políticas a seguir en diferentes áreas de gobierno (vivienda, universidad, inversiones extranjeras). Otra clara marca de los cambios en la revista fue que tras del n° 7 (octubre de 1972) los artículos destinados a la problematización de las profesiones y a la crítica cultural, que había caracterizado la publicación, desaparecieron.⁵⁷

La vinculación con Montoneros

Más allá de los cambios operados entre el n° 1 (julio de 1970) y el 9 (mayo de 1973) que mencionamos en el apartado precedente, ciertas cosas, como el subtítulo (*Revista de política y ciencias sociales*) o la forma en la que se presentaba institucionalmente el *staff*, se habían mantenido inalteradas, al igual que su director (Arturo Armada) y tres de los miembros originales del Consejo de Redacción, Domingo

55 Héctor J. Cámpora, “Lealtad y liberación”, *Envido*, n° 8, 1973, p. 5.

56 Consejo Superior de la Juventud Peronista, “Compromiso con el pueblo”, *Envido*, n° 9, 1973, pp. 6-7.

57 Por dar otro ejemplo, Santiago González, que hasta entonces se había ocupado de hacer una crítica política de la cultura, escribiendo notas sobre Marechal, Atahualpa Yupanqui, Manzi, Discépolo y Sábato, en los n° 8 y 9 realizará crónicas políticas. María Teresa Brachetta describe así el tránsito experimentado por la revista: “La aceleración de la coyuntura invierte en parte esta tendencia, y la revista adquiere un tono más urgente y preocupado por poner en debate las opciones políticas inmediatas que se abrían frente al creciente deterioro del gobierno militar: la estrategia de fortalecimiento de la organización popular, el contenido y la virtualidades y riesgos que implicaba la convocatoria a elecciones, la conformación del frente electoral, el inminente retorno de Perón, entre otros temas y finalmente las tareas y responsabilidades que involucra la llegada al gobierno de Cámpora” (Brachetta, 2010).

Bresci, José Pablo Feinmann y Santiago González. En el décimo número (noviembre de 1973) desaparece el subtítulo, Armada es consignado como “Responsable Editorial” y el Consejo de Redacción es reemplazado por la figura de “compañeros que participaron en la elaboración de este número”, entre los que no aparecen ni Feinmann ni Santiago González. Otra diferencia del n° 10, respecto de los nueve anteriores, es la total ausencia de artículos firmados.⁵⁸ Todos estos cambios indudablemente estuvieron vinculados con la decisión de la Dirección y del Consejo de Redacción de filiar la revista con la organización Montoneros.⁵⁹

Sería recién tras dicha decisión, en el n° 10, que la revista volvería a reflexionar sobre sí misma luego de tres años, asumiendo expresamente un cambio de proyecto en una nota editorial de título inequívoco, “Envido, nueva etapa”.⁶⁰ En dicha nota se hacía un balance de la experiencia de la revista, al tiempo que se planteaba un nuevo proyecto a llevar adelante. En lo referente al balance, se afirmaba que *Envido* había acompañado la incorporación a la conciencia nacional de amplios sectores medios, profesionales y estudiantiles, siempre desde su inscripción en el Movimiento Peronista. El nuevo proyecto, por otro lado, consistiría en otorgarle un encuadramiento más concreto a su actividad. Para ello, afirmaba la editorial, el ámbito de la reflexión debía ser al mismo tiempo el de la organización política del pueblo sin lo cual perderían su eficacia los esfuerzos interpretativos, los aportes doctrinarios y las construcciones teóricas. Este punto es interesante porque da cuenta de que la publicación y los intelectuales que estaban detrás de ella, lejos de proponerse un abandono de las prácticas

58 El número con menos artículos firmados había sido el 9 (mayo de 1973) con tan sólo tres.

59 En esto coinciden los testimonios de Feinmann (2000) y Armada (2008).

60 “Envido, nueva etapa”, *Envido*, n° 10, 1973, pp. 1-2.

reflexivas, interpretativas, doctrinarias y teóricas, se proponían recolocarlas en un nuevo marco en el que cobrasen verdadera eficacia política.

Al momento de dar cuenta de los motivos de estos cambios, se aducía que tras los acontecimientos políticos ocurridos desde la aparición del número anterior (mayo de 1973), se habían modificado las condiciones que podrían haber permitido la continuidad cómoda de la “revista de política y ciencias sociales”, ya que “la irrupción con contornos insospechados de las más crudas manifestaciones de la lucha interna de primer plano obliga a formular más vívidamente, fielmente, la estrategia de la revolución peronista”.⁶¹

El resto del número cobraba la forma de un extenso documento dividido en tres partes, que a su vez se organizaban en “capítulos” o subpartes. El primero, “Conducción estratégica, guerra integral y movilización popular, artífices del triunfo del 11 de marzo”,⁶² comenzaba afirmando que desde hacía dieciocho años coexistían dos poderes diferentes en la Argentina: por un lado el del Estado-administrador, representante del imperialismo y de la gran burguesía, que contaba con las fuerzas armadas como fuerza de ocupación, y, por otro lado, el poder popular, clandestino y proscrito, expresado en el peronismo. Esos dieciocho años eran vistos como escenario de una larga y cruenta guerra en la cual el régimen había intentado eliminar al peronismo a través de diferentes formas. A estos intentos del régimen, el peronismo, bajo la conducción estratégica (político-militar) de Perón, había respondido a través de diversas tácticas y una única estrategia que condujo a la situación actual.

61 *Ibíd.*, p. 2.

62 “Conducción estratégica, guerra integral y movilización popular, artífices del triunfo del 11 de marzo”, *Envido*, n° 10, 1974, pp. 3-22.

Uno de los puntos destacados de este “capítulo” era su planteo sobre cómo el enemigo había ido infiltrándose al interior del propio Movimiento Peronista, sobre todo a través de la rama sindical, buscando acabar con el liderazgo de Perón. Aunque la defección de la rama sindical a comienzos de la década de 1960 había debilitado y desorganizado al movimiento, sumiendo a las bases obreras en la desazón y la apatía, Perón había sabido mantenerlo unido dejando que las diferencias internas se procesaran al calor del enfrentamiento con el enemigo principal pero sin dejar de poner en evidencia a los traidores.

Otro tema que aparecía como significativo era el del “trasvasamiento generacional”. Según se afirmaba, hacia fines de los años sesenta los nucleamientos juveniles del peronismo habían comenzado a ganar protagonismo y Perón les había otorgado una mayor importancia dentro de su estrategia, alcanzando su más alto nivel en la participación en la campaña presidencial de Cámpora. Otro tanto había ocurrido con el desarrollo de las organizaciones político-militares a comienzos de los años setenta, las cuales eran, se decía, una manifestación de la ascendente combatividad popular y una parte importante de la estrategia de Perón. En su guerra contra el régimen, Perón, en tanto líder del movimiento, movilizaba distintas fuerzas y dispositivos, pero mientras algunos se articulaban con la estrategia de la toma del poder para la construcción del socialismo nacional (como la juventud y las formaciones especiales) otros (como el sector sindical) cumplían tareas que se agotaban en la táctica.

Mientras los primeros doce apartados de este “capítulo” estaban dedicados a una reconstrucción histórica de lo ocurrido en los dieciocho años anteriores, en el último se proyectaba a futuro, reflexionando sobre las relaciones entre gobierno y poder por un lado, y entre las tareas de reconstrucción nacional (que marcaban la etapa que se abría

con la tercera presidencia de Perón) y la construcción del socialismo nacional por el otro. En primer término, se diferenciaba la conquista del gobierno (que se acababa de lograr) respecto de la obtención del poder (lo que aún debía alcanzarse). Pero la posesión del gobierno, además de ser clave para la reconstrucción nacional, era concebida como instrumentalmente importante para la consecución del poder popular y el socialismo nacional. De todas formas, se afirmaba que lo fundamental iba a continuar siendo la organización y movilización del pueblo en el marco del Movimiento Peronista bajo la conducción de Perón y con el impulso de los sectores leales y combativos, garantizando así el trasvasamiento generacional y la destrucción de las rémoras reformistas y burocráticas.

Por cuestiones de espacio no seguiremos avanzando sobre el resto del documento; baste decir que continuaba funcionando sobre la lógica diagnóstico-prescripción y orientado a las discusiones y confrontaciones internas del peronismo, embanderándose detrás de la Juventud Peronista y de las organizaciones político-militares. Su propia orientación, autodefinida como “ortodoxia activa” (lealtad a la conducción de Perón, pero recreando, experimentando y confrontando sus directivas y no solo acatándolas) era diferenciada tanto de la “ortodoxia pasiva y mecanicista” (Guardia de Hierro) como de la “heterodoxia alternativa” (Peronismo de Base - Fuerzas Armadas Peronistas). Una última cosa que quisiéramos rescatar es que a lo largo del número, sobre el final de algunos capítulos, había recuadros con consignas tales como “Cámpora leal”⁶³ o “trasvasamiento sindical para el socialismo nacional”,⁶⁴ entre las cuales se destacaba: “Montoneros, soldados de Perón”.⁶⁵

63 *Envido*, n°10, 1973, p. 32.

64 *Ibíd.*, p. 22.

65 *Ibíd.*, p. 57.

Si comparamos la décima entrega de *Envido* con sus primeros números, no es difícil notar que “las líneas partidarias” que animaban la revista habían cambiado radicalmente. De una publicación político-cultural y periodística que buscaba intervenir críticamente en diferentes áreas a través de una mirada politizada pero especializada, se había convertido tres años después en una revista plenamente política, teórico-programática, orientada a las disputas internas dentro del peronismo.

Para poder comprender mejor el significado de la adscripción a Montoneros por parte de *Envido* es necesario referir el espectacular crecimiento que había experimentado dicha organización en pocos años. Montoneros había pasado de ser un relativamente reducido grupo armado en 1970 a ser una gran organización de masas articulada a través de su estructura de superficie (fundamentalmente la Juventud Peronista) que gozaba de una enorme capacidad de movilización (Gillespie, 1987). No nos interesa aquí entrar en detalles, sino simplemente remarcar que para 1973 Montoneros y la Juventud Peronista unificada bajo su órbita constituían organizaciones con un peso significativo en el Movimiento Peronista y en la política nacional, y hegemonizaban al otrora atomizado “peronismo de izquierda”. Esta nueva coyuntura pareció clausurar hacia 1973, para quienes se quedaron en *Envido*, otras formas de intervención en la esfera pública que no se conectaran de modo directo y concreto con dicho proyecto político, en el cual depositaban sus expectativas revolucionarias. Es importante destacar, de todas maneras, que si bien la publicación seguía la línea movimientista propiciada por el discurso montonero en sus confrontaciones con la “burocracia sindical” y en sus discusiones con las posturas “alternativistas”, es también notoria su búsqueda de influir sobre dicha organización, de

orientar su política a través de diagnósticos y prescripciones.⁶⁶ O sea, antes que seguir una lógica de subordinación a una línea programática ya definida, a lo que parecían aspirar quienes continuaban haciendo *Envido*, era a convertirse en consejeros del Príncipe.⁶⁷

Conclusiones

No puede perderse de vista que el clima social y político, a nivel nacional, bajo el cual surgió *ATM* fue muy diferente a aquel en que lo hizo *Envido* y esto quizás explique algunas diferencias en sus apuestas originales. Si las Cátedras Nacionales y *ATM* habían venido a manifestar entre 1967 y 1968, en el plano de las ciencias sociales y de la cultura universitaria, grietas en la calma del onganíato, *Envido*, en cambio, surgió a mediados de 1970 preparada para acompañar la intensa convulsión social y política que sacudía la Argentina tras el Cordobazo. Esto explica probablemente los diferentes subtítulos escogidos por *ATM* y

66 Su marcada insistencia en seguir reconociendo en Perón un conductor indiscutido, por ejemplo, no coincidía con el alejamiento que ya estaban tomando los Montoneros respecto del viejo General.

67 Según María Teresa Brachetta (2013) "*Envido* estaba intentando seducir a Montoneros en una estrategia que, sin romper con el líder, pudiera sobreponerse a la apropiación excluyente del movimiento y de Perón que propiciaba la burocracia sindical". Mariana Pozzoni (2012) destaca correctamente ciertas disidencias veladas (y en algunos casos no tanto) expresadas en el documento respecto de la línea seguida por Montoneros. Sin embargo, creemos que no deja de ser sintomático el hecho de que quienes lanzaban estas críticas y alentaban cierto cambio de rumbo, tuvieran ahora la necesidad de hacerlo desde adentro, seguramente, alimentando la esperanza de ser escuchados. De todas maneras, esto no ocurriría, Montoneros continuaría un camino de *leinización* y de enfrentamiento con Perón y dejaría de apoyar la publicación de la revista. Algunos meses después de la aparición del último número, en marzo de 1974, se produciría una escisión interna en Montoneros que daría origen a la JP Lealtad (más apegada al movimientismo y al liderazgo de Perón) en la que terminarían militando, con la excepción de Bernetti, los miembros del *staff* de *Envido*.

Envido; mientras la primera eligió denominarse sencillamente como “revista de ciencias sociales” (aunque nunca ocultó sus intenciones de ir de lo científico-social hacia la política) la segunda prefirió hacerlo como “revista de política y ciencias sociales”, invocando, desde el comienzo, un vínculo menos mediato con lo político. Otra diferencia, que también podría explicarse a partir de la diferente coyuntura en la que surgieron, es que mientras *ATM* estuvo dominada por artículos “tipo ensayo” hasta 1971, careciendo en general de referencias a los acontecimientos políticos más inmediatos, *Envido* incluiría notas y crónicas periodísticas referidas a la candente actualidad política desde su primer número. Es decir, mientras una buscará constituirse como una revista de temario tangencial al del resto de las publicaciones de ciencias sociales, la otra seguirá esa estela pero le agregará periodismo político.

Pese a estas diferencias de origen, *ATM* y *Envido* parecen trazar un recorrido bastante similar. Ambas surgen animadas por colectivos intelectuales universitarios peronizados vinculados a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Ambas nacen con fuertes apuestas teóricas vinculadas a las ciencias sociales en la Argentina y en ambas esa apuesta busca articularse de modo más o menos inmediato con las luchas políticas por la liberación nacional y, finalmente, ambas terminan dejando de lado la misma al integrarse a organizaciones y proyectos políticos del peronismo revolucionario.

Cuando Terán caracteriza como “efecto Prigogyne” la situación de la nueva izquierda intelectual argentina entre 1956 y 1966, quiere indicar que si bien por un lado ésta hallaba en el dios de la revolución un reforzamiento para sus proyectos culturales, por otro lado dichos proyectos carecían de una inserción fuerte en el Estado o en organizaciones sociales o políticas que le pusiera coto a su libertad

creativa y autonomía de movimiento. Esta nos parece que era la situación en la que operan los colectivos que hacían *Envido* y *ATM* en sus primeras etapas. Es que efectivamente, “el pueblo”, “la nación”, “la liberación nacional”, “el tercer mundo” y “el socialismo nacional”, pero también Perón y el peronismo, más que como efectivos controles de sus prácticas simbólicas, funcionaban como dioses que servían de refuerzo a las mismas. La instancia que articulaba dichos colectivos como partidos eran las propias revistas,⁶⁸ es decir, que estos podían todavía gestionarse sus propias “líneas partidarias”.⁶⁹ Para los colectivos intelectuales, sumergirse plenamente en una organización política que juega su suerte en el campo de poder puede implicar someterse a un Príncipe fuerte que les provee una línea orgánica y condiciona su libertad creativa al igual que su capacidad para autogestionar los criterios de acción e intervención.

Esto último les ocurrió a ambas publicaciones aunque por diferentes recorridos. *ATM* comenzaría un proceso de vinculación en 1971 con el PB justo cuando se agudiza el conflicto social en la Argentina y cuando, por otro lado, las Cátedras Nacionales quedaron momentáneamente marginadas de la universidad. A medida que dicho vínculo se fue afianzando, fueron desapareciendo los rastros del proyecto original de la revista que se convirtió en una publicación periodística del PB. *Envido*, en cambio, terminaría integrándose a Montoneros en la medida en que esta organización fue logrando hegemonizar y unificar, a través de la Juventud Peronista, la antes atomizada izquierda peronista.

68 En el caso de *ATM* también puede pensarse en las Cátedras Nacionales, de las cuales tampoco podría decirse que constituyeran un Príncipe fuerte.

69 Esto no significaba que quienes hacían las revistas en sus primeras etapas no tuvieran también inscripciones militantes extra-intelectuales, pero las mismas no tenían tanto peso sobre ellos como para determinar o controlar de modo estricto sus prácticas culturales.

Pero en este caso, los miembros de *Envido* aspiraron a participar en la elaboración teórico-programática y ser escuchados por el Príncipe antes que adaptarse incuestionadamente a sus mandatos.

Bibliografía

- Altamirano, C. (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Armada, A. (2008). Entrevista. En Beltramini, R., Raffoul, N., *Orígenes y evolución de la Revista Envido en palabras de su director*. En línea: <http://www.croquetadigital.com.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=1768&Itemid=113>.
- Barletta, A. M. (2001). "Peronización de los universitarios (1966-1973). Elementos para rastrear la constitución de una política universitaria peronista", *Pensamiento universitario*, n° 9, pp. 82-88.
- . (2002). "Una izquierda universitaria peronista. Entre la demanda académica y la demanda política (1968-1973)", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 6, pp. 275-286.
- Barletta, A. M., Lenci, L. (2001). "Politización de las ciencias sociales en la Argentina. Incidencia de la revista *Antropología 3er Mundo 1968-1973*", *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, n° 8, pp. 177-199.
- Brachetta, M. T. (2010). "El peronismo como 'socialismo nacional'. El programa de la revista *Envido* en la coyuntura del retorno del peronismo al poder". En línea: <<http://redesperonismo.com.ar/archivos/CD2/Brachetta.pdf>>.
- . (2013). "Intelectuales, democracia y debate público: hojeada a una trayectoria que cruza tres décadas", *XIV Jornadas Interescuelas de historia*. En línea: <https://www.academia.edu/4922350/Intelectuales_democracia_y_debate_publico>.
- De Riz, L. (2000). *La política en suspenso*. Buenos Aires, Paidós.
- Faigón, M. (2007). "Representaciones de la Sociología Universitaria en los '60: de la 'sociología científica' al 'pensamiento nacional y popular'", Rubínich, L. *et al.*, *50 Aniversario de la Carrera de Sociología. VII Jornadas de Sociología. Pasado, presente y futuro. 1957-2007*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

- . (2010). "Las 'Cátedras Nacionales': del 'onganiato' al 'socialismo nacional'", *II Encuentro Internacional. Teoría y práctica política en América Latina. Nuevas derechas e izquierdas en el escenario regional*. Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- . (2011). "Las Cátedras Nacionales: una experiencia nacional-populista al interior de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA", Britos Castro, A., Gramaglia, P. y Lario, S. (eds.), *Intersticios de la política y de la cultura latinoamericana: los movimientos sociales*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- . (2013). "*Antropología 3er Mundo* y el abortado proyecto de una ciencia social "nacional y popular", *XV Congreso Nacional de Filosofía. AFRA. Selección de trabajos*. Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- . (2014). "La montonerización de la izquierda juvenil peronista (1972-1973): el caso de la revista *Envido*", *Polhis*, n° 13, pp. 134-151.
- Feinamn, J. P. (2000). "La historia con pasión", *Página 12*, 11 de marzo, contratapa.
- Gillespie, R. (1987). *Soldados de Perón. Los monotoneros*. Buenos Aires, Grijalbo.
- González, H. (2008). "*Envido*, un frente intelectual en el lodo del lenguaje político", *Envido. Revista de política y ciencias sociales. Tomo I (1970-1972). Edición facsimilar*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- Gutiérrez, G. (2009). "*Antropología 3er Mundo*. Cuatro décadas, algunas reflexiones sobre el contexto de origen", *Antropología 3er Mundo. Selección de artículos*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- O'Donnell, G. (2009). *El estado burocrático autoritario*. Buenos Aires, Prometeo.
- Pozzoni, M. (2012). "Una mirada sobre la militancia en los primeros años '70 a través de la revista *Envido* (1970-1973)", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. En línea: <<http://nuevomundo.revues.org/62672?lang=en#bodyftn47>>.
- Sarlo, B. (1990). "Intelectuales y revistas: razones de una práctica", *Le discours culturel dans les revue latinoaméricaines 1940-1970*, n° 9/10, pp. 9-16.
- . (1993). "El rol de las revistas culturales", *Debate*, n° 12, pp. 11-15.
- Terán, O. (1993). *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires, El cielo por asalto.

Capítulo 12

Un epílogo para los años setenta

Controversia y la crítica a las organizaciones revolucionarias

Matías Farías

Entre 1979 y 1981 se editó en México *Controversia*, una revista hecha por intelectuales argentinos exiliados en los años setenta.¹ La revista representó un punto de condensación destacado en la historia de la revisión de la cultura política revolucionaria² que tuvo su apogeo en Argentina

-
- 1 El Consejo de redacción estaba integrado por José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Sergio Caletti, Sergio Bufano, Nicolás Casullo, Héctor Schmucler, Ricardo Nudelman y Oscar Terán. En el n° 1 integra también el Consejo de redacción Jorge Tula, con el pseudónimo de Jorge Tulli. A partir del n° 2/3 Jorge Tula es el director de la revista. A partir del n° 7 Carlos Ábalo se incorpora al Consejo de redacción. La revista se publicó en México entre octubre de 1979 y agosto de 1981. Aunque el último número de la revista es el 14, en realidad se publicaron trece números, ya que la decimotercera entrega nunca se editó.
 - 2 El concepto de "cultura política revolucionaria" es utilizado de manera amplia en este texto, para aludir a una trama social que involucraba a actores políticos, instituciones, redes culturales, etcétera. En tanto trama social, este concepto refiere a un conjunto de prácticas y discursos al interior del cual se articularon actores heterogéneos con la expectativa ya no de manifestar una rebeldía, una resistencia o un "afán modernizador", sino de rechazar y transformar al bloque histórico vigente. Se ha escrito que lo que caracterizó a esta subcultura fue el proceso de legitimación de la "violencia revolucionaria". Sin dudas que éste es un punto central de esta formación discursiva, pero a nuestro entender termina relegando la consideración de un aspecto decisivo, a saber: de qué modo esta cultura política legitimó la disputa por el poder político en nombre de la revolución. La cultura política revolucionaria, entonces, resultó el horizonte que definió los rangos de lo pensable para actores diversos (desde la guerrilla hasta los sindicatos, pasando por las orga-

entre las décadas del sesenta y setenta y en la revalorización de la democracia no sólo como forma de gobierno que debía relevar al terrorismo de Estado vigente en Argentina sino también como el horizonte al interior del cual debían reinventarse las izquierdas argentinas. Por esta razón, lo que singulariza a *Controversia* es haberse constituido en un espacio polémico de pasaje y de redefinición de las filiaciones intelectuales y políticas dentro del heterogéneo exilio argentino en México, al tiempo que motivó algunas elaboraciones teóricas que habilitaron una nueva agenda política y cultural para las izquierdas argentinas.

En este artículo nos interesa analizar dos líneas interpretativas que enlazaron la crítica al “paradigma revolucionario” con el intento de fundar una nueva “izquierda democrática”. Nuestra hipótesis es que desde un punto de vista categorial este “pasaje” entre el “paradigma revolucionario” y la “izquierda democrática” se elaboró, por un lado, a partir de una reinterpretación de la categoría gramsciana de “hegemonía” y, por otro, a través del reconocimiento de la actualidad de los derechos humanos. Para ello, abordamos las polémicas que se generaron en la revista a partir de las intervenciones de Sergio Caletti en torno al “foquismo” y las de Héctor Schmucler sobre la “actualidad de los derechos humanos”. Ambas intervenciones, sumamente controvertidas, pusieron de manifiesto, quizás de manera hiperbólica, algunas operaciones críticas destacadas de *Controversia*. Antes de este análisis, ofrecemos una breve contextualización de la revista.

nizaciones de base, los intelectuales, etcétera) cuyo punto en común era el encuentro entre la voluntad de poder y la voluntad de revolución en la Argentina entre fines de los años sesenta y principios de los setenta.

Discutir la derrota

El comité editorial de *Controversia* no era homogéneo, pero su heterogeneidad tampoco era abismal. En efecto, casi todos sus integrantes habían tenido alguna trayectoria durante los años sesenta y setenta en distintas iniciativas editoriales en tanto colaboradores o editores de revistas y periódicos.³ Asimismo, sus integrantes formaron parte del proceso de radicalización de las izquierdas en la Argentina, aún cuando su inserción en las organizaciones políticas y revolucionarias resultó dispar.⁴ Desde el punto de vista ideológico, los integrantes de la revista se reconocían como socialistas y peronistas, aunque el sentido de estas definiciones prosiguió discutiéndose en el exilio —y *Controversia* sería, para quienes formaban parte del comité de redacción, un espacio de polémicas decisivo para la reconfiguración de estas identidades políticas—.⁵ En síntesis,

- 3 Mencionamos algunas de las revistas de la nueva izquierda donde participaron los miembros del grupo editor de *Controversia*. La revista *Che* (1960-1961) contó con colaboraciones de Portantiero. *Pasado y Presente* (primera etapa 1963-1965) fue fundada por Aricó y Schmucler y contó con colaboraciones de Portantiero, quien habría tenido además incidencia en la elección del nombre de la publicación. En la breve segunda etapa de *Pasado y Presente* (1973), Aricó y Portantiero estuvieron a cargo de los editoriales y notas importantes y Aricó impulsó la edición de los *Cuadernos de Pasado y Presente* (1968-1983), además de ser el director de la Biblioteca de Pensamiento Socialista para la editorial Siglo XXI desde 1976 hasta 1983. *Los Libros* (1969-1976) fue dirigida entre 1969 y 1972 por Schmucler y contó con colaboraciones de Aricó, Portantiero y Terán. *Comunicación y cultura* (1973-1985) fue fundada por Schmucler luego de su alejamiento de *Los libros*. *La rosa blindada* (1964-1966) contó con colaboraciones de Terán. El diario *La Opinión* contaba con columnas de Casullo, quien también fue parte *Nuevo Hombre* (1971-1973).
- 4 El grupo editor de *Pasado y Presente* tuvo en su primera etapa un acercamiento con el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP). En su segunda etapa el acercamiento con Montoneros es indisimulable. Casullo fue asesor del ministro de educación Jorge Alberto Taiana durante la presidencia de Cámpora e integró el área de comunicaciones de Montoneros hacia 1973, todo ello luego de abandonar al Partido Revolucionario de los Trabajadores. Sergio Bufano fue integrante de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL).
- 5 Caletti, Schmucler y Casullo formaron en el exilio mexicano un grupo peronista cuyos interlocutores polémicos bautizaron como los "reflexivos", y hacia 1979 se aliarían con otros grupos

dentro de cierta heterogeneidad los integrantes de la revista poseían marcas generacionales e ideológicas comunes, que podemos sintetizar señalando la común pertenencia a la “nueva izquierda nacional”, ese campo de intervención política y cultural surgido entre fines de los años cincuenta y principios de los sesenta cuyos rasgos más generales eran la crítica a los partidos de izquierda tradicionales argentinos, la adhesión a la Revolución cubana como experiencia que había sido capaz de pensar en términos nacionales los caminos de la revolución socialista y el intento de reinterpretar la significación histórica del peronismo tras constatar la persistencia de la lealtad de buena parte de la clase trabajadora argentina a esta identidad política.⁶

Con todo, esta historia en común no resultaba empero suficiente para fundar en el exilio un “colectivo” intelectual y político, puesto que no es exagerado afirmar que el surgimiento de una revista como *Controversia* debía mucho a la crisis de los presupuestos que habían hecho posible a la “nueva izquierda nacional”, uno de cuyos rasgos distintivos, como vimos, giraba en torno a la expectativa por un devenir revolucionario para la Argentina. En este sentido, *Controversia* resultó ser quizás la primera expresión orgánica que puso de manifiesto que el horizonte ideológico de la “nueva izquierda nacional” había ingresado en una etapa crítica, a tal punto que la revista se caracterizará como el espacio crítico de tramitación de esta crisis. Ello se aprecia en el primer editorial de *Controversia* que, al tiempo que recorta con nitidez un eje de discusión central —“discutir la derrota” (del campo revolucionario

peronistas ligados al “camporismo” para fundar la “Mesa Peronista”. Simultáneamente, Aricó, Portantiero, Terán, Bufano, Nudelman, Tula y Ábalo formarían en México la “Mesa de Discusión Socialista”, antecedente directo del Círculo de Pensamiento Socialista que funcionaría en Buenos Aires en los años ochenta.

6 Para un análisis de la “nueva izquierda nacional” *cf.* Tortti (2009).

argentino)—, instituye un nuevo “nosotros” que está en condiciones de afirmar que:

... muchos de nosotros pensamos, y lo decimos, que sufrimos una derrota atroz. Derrota que no sólo es consecuencia de la superioridad del enemigo sino de nuestra incapacidad para valorarlo, de la sobrevaloración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política. Y es posible pensar que la recomposición de esas fuerzas por ahora derrotadas será imposible [...] si no alcanzamos a comprender que es necesario discutir incluso aquellos supuestos que creímos adquiridos de una vez para siempre para una teoría y práctica radicalmente transformadora de nuestra sociedad.⁷

El carácter disruptivo de este diagnóstico no tenía que ver sólo con el hecho de que anunciaba la derrota de las organizaciones revolucionarias en un momento donde no sobraban las voces que se animaban a hacerlo, o con el hecho de que el editorial salía publicado apenas meses después de que la más importante de estas organizaciones (diezmada pero aún activa), Montoneros, había decidido encarar la denominada “contraofensiva”.⁸ En realidad, lo que resultaba sumamente polémico en esta primera intervención

7 Consejo de Redacción, Editorial, *Controversia*, nº 1, octubre 1979, p. 2.

8 Así explicaba Horacio Mendizábal el sentido de la “contraofensiva”: “Nuestras fuerzas comienzan a desarrollar una Campaña de Preparación de Contraofensiva Estratégica [...]. El objetivo no consistirá en continuar hostigando febrilmente al enemigo sino poner todo el esfuerzo en alistarnos para estar en condiciones para sostener con nuestras armas la contraofensiva popular, cuya meta ya no es frenar la Dictadura sino desalojarla de sus posiciones avanzando sobre ella”. *Cfr.* Horacio Mendizábal, “El objetivo del Ejército Montonero es: reorganizarse y alistarse para contraatacar”, *Estrella Federal*, nº 5 (dedicado a “preparar la contraofensiva”), septiembre de 1978. Se desconoce el lugar de edición de esta publicación.

del comité de redacción era la tesis según la cual la derrota del variado campo de fuerzas revolucionarias argentinas había obedecido no sólo a la brutal represión organizada estatalmente por los militares sino —y sobre todo— a la índole misma del proyecto político-militar que esas fuerzas habían encarado.

Asimismo, este primer editorial sugería que la derrota militar de los revolucionarios había sido antecedida por una derrota política cuya explicación obligaba a revisar los paradigmas teóricos e ideológicos que habían nutrido a las fuerzas revolucionarias. Esta revisión confería una importante autorización para la intervención intelectual, cuya tarea quedaba asociada así con la de discernir las razones de esta derrota teórico-política, para poder avizorar nuevos rumbos para la izquierda. De este modo, *Controversia* permitía que sus miembros elaboren el exilio como una experiencia crítica de los supuestos ideológicos del proyecto derrotado y de sus propias identidades políticas, lo cual implicaba a su vez una recolocación política del intelectual, cuya labor quedaba ligada ya no a la teoría de la revolución sino a la crítica de dicha teoría.

Esta recolocación política no dejaba de ser una apuesta. Más allá de que sobran indicios del cierre del ciclo de rebeliones y protestas populares en Sudamérica, y aun teniendo en cuenta que el giro que emprendía *Controversia* estaba a tono con los escenarios políticos del centro y de la periferia del occidente europeo —escenarios donde la democracia representativa liberal se convertía en un bien político al ritmo de la crisis del marxismo, el ascenso del neoliberalismo, el cuestionamiento teórico a los estados de bienestar y a los modelos políticos alternativos al liberalismo y al socialismo como el populismo, etcétera—, no menos cierto es que en el exilio argentino en México un importante sector calificaba como “derrotista” a quienes entendían que había

llegado el fin del ciclo revolucionario,⁹ al tiempo que, fenómenos como la revolución sandinista, impedían extraer la conclusión de que en el continente estaba extinguida la búsqueda de un movimiento socialista capaz de interpretar en términos revolucionarios a una “voluntad nacional y popular”. Pero fundamentalmente podemos decir que este pasaje del intelectual revolucionario al intelectual crítico¹⁰ constituía una apuesta teniendo en cuenta que en la Argentina de 1979-1981 el horizonte democrático no aparecía como una opción histórica factible de concretarse ni en el corto ni en el mediano plazo.

En síntesis, *Controversia* delinea un “nosotros” que se instituye como tal en el mismo acto en que escribe un “epílogo” a la historia que hizo posible la emergencia de una cultura política revolucionaria en Argentina, para repensar desde aquí la construcción de una nueva “izquierda democrática”. Ello quedaba sintetizado en la consigna con que la propia publicación invitaba a la “controversia”: “discutir la derrota”. Dicha consigna suponía postular que la raíz de la crisis del proyecto revolucionario residía en una “derrota política”, cuyo análisis debía estar a cargo de los “intelectuales críticos” que la propia publicación instituía en el mismo acto de efectuar este diagnóstico, ya que se trataba de revisar cuáles eran los presupuestos teóricos que habían conducido a la derrota política —y militar— del campo revolucionario argentino.

9 En este sentido, los comentarios que le merecían a Rodolfo Puiggrós el primer editorial de *Controversia* son elocuentes: “en *Controversia* se habla de la derrota. El revolucionario sabe de la derrota pero confía en la victoria. Esta gente habla de la derrota definitiva. Nosotros no podemos conciliar con esa gente. [...] Un verdadero revolucionario espera aunque sea necesario cincuenta años”. Cfr. “Plenario de activista del COSPA” (Acha, 2006: 282).

10 Trato de abordar este pasaje en “Del intelectual revolucionario al intelectual crítico: la relectura de Walsh en *Controversia*” (Fariás, 2013).

¿Gramsci sin Lenin? La crítica al foquismo en *Controversia*

¿Cuál era la índole y por ende el alcance de esta “derrota”? Si bien en el primer editorial se anunciaba que el alcance de la derrota era global (incluyendo al “nosotros” que conformaba a la revista), lo cierto es que los artículos de *Controversia* colocaron el eje de su análisis en las organizaciones armadas revolucionarias. Ahora bien: ¿por qué de la derrota de las organizaciones armadas revolucionarias se podía inferir la del entero campo revolucionario? Esta conclusión, que no era obvia, se desprendía de una premisa (que puede detectarse en diversos artículos) que ubicaba a las organizaciones político-militares como el punto de condensación de todos actores que buscaron plantear una alternativa revolucionaria para el orden político y social vigente en Argentina en los años setenta. Nadie como Sergio Caletti resumía mejor esta idea, al afirmar que “la guerrilla comprometió en y con su desarrollo a toda la izquierda del país, a la que compartía sus métodos y a la que los criticaba, y signó, con sus éxitos y sus fracasos, a una entera generación militante”.¹¹ Ahora bien, lo que permitía establecer esta amalgama era otra premisa no menos polémica, que sostenían que las guerrillas expresaron radicalmente una matriz de pensamiento —en realidad, una teoría de la revolución— común a todo el campo revolucionario: el “foquismo”:

El parentesco del foquismo con el resto de la izquierda radical, como ya se insinuó, tiene un solo y gigantesco punto de ruptura: el controvertido método de la lucha

11 Sergio Caletti, “Los marxismos que supimos conseguir”, en *Controversia*, n° 1, octubre de 1979, p. 18. En este artículo, Caletti comprende por “guerrilla” a Montoneros, ERP, FAP, FAR, Descamisados, FAL, CPL, GEL y BRPO.

armada. Por lo demás, este parentesco es tan amplio que permite, en más de un caso, conceptualizar a organizaciones radicales no guerrilleras como *focos desarmados*.¹²

La homologación entre las guerrillas con el entero campo revolucionario, que entre otras cosas conducía a oxímoros como el de “focos desarmados”, dejaba ver sin embargo que el uso de la “violencia revolucionaria” no era aún el punto central de la crítica a las organizaciones armadas revolucionarias, sino que el núcleo de la misma apuntaba a las matrices teórico-políticas —*vgr.* el “foquismo”— que legitimaron a esta específica “violencia revolucionaria”. A la vez, la identificación de las organizaciones con todo el campo revolucionario configuraría una representación de largo alcance: la que establecía que la década de 1970 no produjo otras politicidades contrahegemónicas históricamente relevantes que las que encarnaron dichas organizaciones. Así, la guerrilla quedaba ubicada en el centro del análisis histórico y político de los años setenta.

Ahora bien: ¿por qué el “foquismo” explicaba la derrota política de las organizaciones armadas revolucionarias? Básicamente porque dicha teoría, según Caletti, consistía en una poco feliz extrapolación del “vanguardismo leninista” a ciertas condiciones históricas y políticas latinoamericanas sobre la base de un doble equívoco: por un lado, y con respecto al enemigo a combatir, el equívoco de una lectura “instrumentalista” del Estado; por otro lado, y respecto a la política que finalmente se dieron las organizaciones revolucionarias con las masas, el equívoco de una construcción elitista, vanguardista, militarista e incluso terrorista. Este “doble equívoco” poseía a su vez una raíz común: el olvido

12 *Ibíd.*

de que la revolución demandaba tareas esencialmente políticas, entendida esta última como la producción de la hegemonía. Analicemos entonces de manera más detenida este argumento.

Según Caletti, las organizaciones político-militares se habrían alejado de la concepción esbozada por Marx que caracterizaba al “estado burgués” como el sostén jurídico que administra, legitima y preserva sobre el resto de las clases la dominación que la burguesía detenta en la economía. Esta concepción marxiana, que le reconoce al Estado un papel activo en la mediatización y resolución en términos clasistas de la conflictividad social, fue abandonada por aquellas teorías “instrumentalistas” del Estado que, siguiendo al Lenin de *El estado y la revolución*, inspiraron al “foquismo”. Por este motivo, la referencia estatal central para el “foquismo” no es otra que la del “estado colonial” concebido con los atributos que Lenin asignaba al “estado zarista” en aquel texto clásico: un poderoso instrumento de dominación caracterizado por la *represión*, la *administración* y el *control* de la población. Esta identificación entre el “estado zarista” y el “estado colonial”, a su vez, habría resultado persuasiva para toda una generación política militante por la mediación de las teorías tercermundistas de gran circulación en los años sesenta y setenta, esas mismas que advertían sobre el carácter en algunos casos colonial, en otros semicolonial, de las naciones sudamericanas. En síntesis, la enemistad con el Estado, desde la perspectiva “foquista”, quedaba definida según Caletti en estos términos:

El Estado aparece como una instancia *sobrepuesta* al conjunto de la sociedad y a sus sectores mayoritarios, *esencialmente ajenos a ellos* y a las expresiones de la vida social y política propias de la nación como cultura. Por su propio carácter clasista, el estado no

mediatiza las relaciones sociales y políticas *con y de* los oprimidos, a los que excluye de toda participación sustantiva, convirtiéndolos en ciudadanos de segunda. Contrariamente a una mediatización, el estado parecería establecer un antagonismo con el cuerpo social de las clases explotadas, con su historia, su cultura y sus formas orgánicas primarias. Casi, un antagonismo con la nación.¹³

Ahora bien, y por la misma razón por la que la que identificaban al Estado burgués con un aparato militar, desconociendo su capacidad de producir políticamente un esquema de dominación social, las organizaciones “foquistas” habrían priorizado la acumulación de poder militar sobre la necesidad de mediatizar y organizar políticamente a un conjunto de fuerzas sociales subalternas, ya que si la naturaleza del poder enemigo residía en su carácter esencialmente militar, entonces la forma más eficaz de combatirlo debía producirse principalmente en este terreno. De este modo, el “militarismo” aparecía para Caletti como un rasgo central y conceptualmente necesario del proyecto guerrillero, ya que las organizaciones “foquistas” no habrían alcanzado a cuestionar, sino simplemente a invertir la carga valorativa, de los términos en que el “enemigo” delimitaba los antagonismos políticos y sociales decisivos.

Frente a un Ejército de ocupación, un ejército popular. Frente a la ocupación política del país por parte del enemigo, zonas liberadas. Frente a la autoridad de los gobiernos irrepresentativos, la autoridad de los dirigentes revolucionarios. Frente a las normas y sanciones inventadas, las normas y sanciones

13 *Ibid.*, pp. 18-19.

revolucionarias. Frente a la liturgia del sistema, la liturgia de la conciencia revolucionaria. Si el estado es un aparato, el problema de lo político se reduce a un problema de “aparatos”.¹⁴

Ciertamente, Caletti parece no advertir que la acusación de “militarismo” lanzada contra las guerrillas argentinas resultaba contradictoria con la idea de “focos desarmados”; sin detenerse en ello, su argumentación avanza para sostener que dicho “militarismo” también se nutría de una concepción “vanguardista” del poder popular. Y así como la relación entre Estado y sociedad era concebida por las organizaciones “foquistas” en términos “mecanicistas” —lo cual les permitía razonar que el poder “estatal-colonial” sería demolido por el poder de un ejército popular—, del mismo modo sería pensado el vínculo entre el “sujeto revolucionario” (la vanguardia) y la “clase revolucionaria” (las masas): como una relación de exterioridad. En efecto, Calletti argumenta aquí que las guerrillas reinterpretaron la teoría de la organización revolucionaria leninista de modo tal que asignaron al “foco” los atributos que Lenin atribuía al Partido Revolucionario en *¿Qué hacer?*: el momento de la expresión de la conciencia, la verdad y la teoría revolucionaria.

Este conjunto de alertas impuso una particular reformulación del concepto leninista de partido. El foco es, en su esencia, aquel destacamento avanzado: una organización de revolucionarios profesionales, portadora de la teoría correcta, y que, gracias a ello, puede erigirse en dirección política de los explotados, introduciendo en ellos la conciencia de sus necesidades, sus intereses, su papel histórico, y encabezando

14 *Ibíd.*, p. 19.

su enfrentamiento con el estado burgués hasta su destrucción.¹⁵

Así, en el planteo “foquista” las masas son un momento determinado y las vanguardias, un momento determinante, del proceso revolucionario. Según Caletti, ello no podía sino conducir a la escisión entre vanguardias y pueblo y a la consolidación de la disociación burguesa entre trabajo intelectual y trabajo manual. Asimismo, de esta “escisión” se desprendían tres rasgos con graves efectos: la práctica se convertía en un momento subsidiario de la teoría, la producción de la ideología quedaba reservada a las vanguardias y la autoridad de los dirigentes se constituía en el único criterio de verdad.

En síntesis, con el pasaje de Lenin a Guevara el “foquismo” reabsorbía y potenciaba los rasgos “elitistas” del “vanguardismo leninista”, quedando de este modo configuradas las condiciones de lo que Caletti denomina la “revolución del voluntarismo”, caracterizada por el “reemplazo de la realidad por la idea”, que más temprano que tarde se convertiría en el reemplazo de la “idea por el acto” en el momento mismo en que estas ideas fueran atravesadas por la alta valoración que las organizaciones foquistas conferían a la eficacia de la “acción directa revolucionaria”. Así, en el cruce entre militarismo y vanguardismo elitista, Caletti acusaba a las organizaciones revolucionarias de haber convertido a la “violencia revolucionaria” en “violencia terrorista”:

El partido armado cultiva los signos del poder interno y se fascina ambivalentemente ante el poder consagrado en y por el sistema: es en lo establecido donde va a buscar las legitimaciones finales de su propia

15 Sergio Caletti, “La revolución del voluntarismo”, *Controversia*, n° 2-3, diciembre de 1979, p. 8.

condición protagónica: los grandes titulares de prensa, el prestigio de las figuras que colaboran. Es en lo establecido donde se encuentran los modelos para sí mismo: insignias de mando, rituales de obediencia, grados militares y protocolos. Aquel viejo voluntarismo de las izquierdas utopistas se tranvistió en terrorismo. El elitismo intelectual, en heroísmo por la fuerza. La impotencia, en un problema técnico. Aquel romanticismo, en eficiencia tecnocrática.¹⁶

En síntesis, para Caletti el “foquismo” era una versión “mecanicista” (ya que concebía el vínculo entre Estado y sociedad y entre vanguardia y masas según una relación de exterioridad) e idealista (porque reemplaza a la realidad por la idea) del marxismo, cuya traducción del leninismo a las condiciones históricas del continente implicó una concepción de la revolución que dio lugar a un tipo de “partido armado” de corte elitista y vanguardista, para finalmente desembocar en procedimientos propios de una organización terrorista, producto en definitiva de un militarismo que suponía la anulación de la política entendida como “construcción de hegemonía” en al menos tres dimensiones:

- a) La hegemonía entendida como el modo en que el Estado burgués produce políticamente la dominación social, combinando coerción y consenso.
- b) La hegemonía como articulación de las fuerzas subalternas por parte del “sujeto revolucionario”.
- c) La hegemonía entendida como proceso político de constitución de las clases subalternas en clases

¹⁶ *Ibíd.*, p. 9.

dirigentes, es decir, la hegemonía como construcción política desde las clases populares hacia el resto de la sociedad.¹⁷

De este modo, la clave de la derrota del campo revolucionario según Caletti resultaba comprensible en virtud de la teoría de la revolución que las organizaciones revolucionarias (las armadas y las no armadas), hicieron suya: el “foquismo”. Desde luego, esta interpretación del periplo de las organizaciones revolucionarias se hacía a la luz de una relectura de la teoría gramsciana de la hegemonía que le permitía a Caletti establecer una serie importante de distinciones: frente al “militarismo” foquista, la reivindicación de la política; frente al “vanguardismo” de las organizaciones revolucionarias, la necesidad de producir poder popular; frente a la concepción instrumentalista del estado, una mirada atenta a su papel en tanto mediador de la dominación social; ante el verticalismo del “partido de cuadros”, las relaciones horizontales del sujeto revolucionario con sus bases sociales; y frente al tándem Lenin-Guevara, la figura de Gramsci leído como teórico del consenso y no sólo de la dominación. Ciertamente, de esta última contraposición el lector podía inferir algo no dicho: frente al terrorismo —de Estado y de la guerrilla—, la democracia.¹⁸

17 Caletti resume estas tres dimensiones de este modo: “Sus dirigentes [de las vanguardias] despreciaron muchas veces la construcción de la hegemonía social construida en y desde el estado por las clases dominantes. Era lógico que, del mismo modo, no se preocupasen por la construcción de la propia hegemonía entre los sectores populares (hegemonía, no conquista de simpatías ni control de otros aparatos) y, menos aún, por la construcción de la hegemonía de las clases populares por sobre la sociedad política como totalidad”. *Cfr.* “Los marxismos que supimos conseguir”, *op. cit.*, p. 19.

18 Quien explicita en *Controversia* el vínculo entre la reinterpretación de la categoría gramsciana de la hegemonía y la democracia es Portantiero: “el significado de la democracia se articula indisolu-

Como dijimos, la interpretación de Caletti constituía una crítica hiperbólica a las organizaciones armadas revolucionarias. De hecho, en la sección de la revista titulada justamente “Focos y vanguardias”, que era la sección donde se publicaron estas intervenciones que acabamos de analizar, su postura sería fuertemente rebatida por la de Sergio Bufano, en un artículo editado en dos partes y titulado “La violencia revolucionaria 1969-1976”, cuya tesis central era que las organizaciones armadas habían superado, ya en 1969 y con el escenario político abierto por el Cordobazo, la etapa específicamente “foquista”.¹⁹ El argumento de Bufano se sostenía exclusivamente en una homologación —no del todo justificada— entre las condiciones “objetivas” y las “subjetivas” que se desencadenaron en este período:

La magnitud que alcanzan [en 1969] las organizaciones que ejercitan la violencia y el grado de adhesión implícita que logran en diversos sectores sociales señalan que se habían producido una agudización de las contradicciones sociales en donde la lucha armada no actúa como factor discordante de la realidad. Por el contrario, son las condiciones objetivas las que propician el surgimiento de la violencia, ya sea ésta espontánea u organizada.²⁰

blemente con el de la hegemonía, [por lo que la democracia] recupera su dimensión popular [...]. La lucha política de clases no es otra cosa que una lucha entre proyectos hegemónicos de grupos capaces de definir el sentido de la acumulación (la dirección del progreso histórico) y que buscan apropiarse, como núcleo de su dominación, del consenso de la mayoría. Ese consenso de la mayoría es, si se quiere llamar así, la democracia”. *Cfr.* Juan Carlos Portantiero, “Proyecto democrático y movimiento popular”, *Controversia*, n° 1, octubre de 1979, p. 6.

19 Según Bufano, hasta el Cordobazo había primado en las incipientes organizaciones revolucionarias o bien una violencia defensiva que se legitimaba con la expectativa de una futura insurrección de masas, o bien la propia estrategia foquista, que tempranamente fracasaría con el trágico desenlace del Ejército Guerrillero del Pueblo en Salta.

20 Sergio Bufano, “La violencia en Argentina: 1969-1976”, *Controversia*, n° 2-3, diciembre de 1979, p. 10.

Dejando al lector que infiera cuáles fueron los hechos que demostrarían la “adhesión implícita” de la sociedad respecto a los actos de las organizaciones revolucionarias, y excluyendo explícitamente del análisis un episodio central en esta historia —el bautismo de Montoneros con el secuestro y asesinato de Aramburu—, Bufano argumenta que en el período que va de 1969 a 1973 las organizaciones armadas revolucionarias se convirtieron en actores políticos decisivos en virtud de una importante inserción y capacidad de interpelación de las clases populares, que se traducía en la amplia movilización y organización de la protesta popular. Sin embargo, y a tono con la tesis del primer editorial de *Controversia*, la derrota militar de las organizaciones revolucionarias es de todos modos, en el análisis de Bufano, antecedida por una derrota política que se produce básicamente por dos razones. Por un lado, por un tipo de problema que el autor caracteriza, a diferencia de Caletti, como inherente a cualquier “partido armado” (y no exclusivamente al “foquismo”), a saber, la autonomización de la dinámica militar respecto a la dinámica política al interior de un proceso revolucionario, lo que da lugar al “hombre aparato”:

... el proceso de desarrollo de la lucha armada tiende a generar al *hombre aparato*. Es aquel militante que se ve arrasado por la propia dinámica militar —y sin la cual no existirían las organizaciones armadas— a un aislamiento del contexto político general. Se supone que el partido, como entidad política, actuará como garantía orgánica de las posibles *transformaciones profesionales* de ese militante, pero no siempre es así. El peligro del militarismo nace en el preciso momento en que un partido político se lanza a la acción armada.²¹

21 *Ídem*.

¿Por qué el partido —o, en el caso argentino, las propias organizaciones revolucionarias— no habrían podido contener este proceso de creciente autonomización de la dinámica militar, al punto de que el “hombre aparato”, según reconocía el propio Bufano, “fue desarrollando una concepción que ganó espacio interno y confundió la disciplina con la democracia, la seguridad con el aislamiento, la base social con el refugio guerrillero, y, lo que sin dudas es más grave, la ofensiva militar con la ofensiva de masas”.²² Bufano no se plantea esta pregunta, que lo hubiera obligado a explorar si las matrices ideológicas propias de las organizaciones revolucionarias favorecieron este creciente “aparatismo” o “militarización de sus cuadros”; antes que esto, su argumentación avanza hacia la exposición de la segunda clave que habría determinado la derrota política de las organizaciones revolucionarias: el no haber advertido que con el regreso de Perón se detenía la “ofensiva de masas” abierta con el Cordobazo y por ende se producía una sustancial transformación del escenario histórico:

La iniciativa militar, que hasta mayo de 1973 había estado en poder de las organizaciones armadas revolucionarias, pasa ahora a mano del estado. Durante este período, se produce, además, una transformación radical: el bloque dominante ha aprendido de sus antecesores que los presos políticos deterioran la imagen del estado y no eliminan verdaderamente los conflictos. Se reemplaza la detención por el asesinato.²³

Dejando de lado el hecho de que constituye una singular interpretación de este proceso histórico sostener que hasta mayo de 1973 “la iniciativa militar estaba en manos de

22 *Ídem.*

23 Sergio Bufano, *op. cit.*, p. 11.

las organizaciones armadas revolucionarias”, la hipótesis de Bufano es clara: junto con la militarización de las organizaciones —¿o a causa de la misma?—, las “vanguardias” decidieron no sólo prolongar sino profundizar la “ofensiva militar”, bajo la interpretación de que el regreso de Perón implicaba una agudización de las contradicciones sociales y por ende una intensificación de la situación revolucionaria. Pero no era éste el caso, ya que con el retorno del viejo líder se iniciaba, según Bufano, un proceso de *desarme* de los sectores populares, que implicaba asimismo la recuperación, por parte de los sectores dominantes, de la iniciativa política y militar.

Es claro que esta perspectiva establecía una fuerte controversia con las tesis de Caletti. Por un lado, porque sostenía que el “foquismo” era una etapa que había sido superada por las organizaciones revolucionarias, que se habían convertido, pues, en organizaciones de masas y no en meros “destacamentos de avanzada”; por otro lado, porque si bien estas ideas resultaban compatibles con la tesis del primer editorial de la revista —la que afirmaba que la derrota del campo revolucionario había sido fundamentalmente una derrota política de la cual la militar no era sino su más trágico corolario—, Bufano detectaba las causas de esta derrota, a diferencia de Caletti, en los errores interpretativos de las organizaciones revolucionarias dentro de una dinámica política e histórica que entre 1969 y 1976 (con el quiebre decisivo entre 1973 y 1974) había sido sumamente cambiante. Dicho de otro modo, a diferencia de Caletti, que concebía al foquismo como una matriz conceptual y política que condicionó de antemano la derrota de la guerrilla, Bufano entendía, en cambio, que dicha derrota debía explicarse al interior de una dinámica histórica y política abierta, más allá de que su argumentación no puede dar cuenta de los límites ideológicos de las organizaciones revolucionarias para

sustraerse de la autonomización de la dinámica militar respecto a la dinámica política. Finalmente, otro contrapunto que Bufano planteaba aquí es el nexo entre “foquismo”, “vanguardismo”, “militarismo” y “terrorismo” establecido por Caletti, puesto que en esta serie de equivalencias entreveía una mirada descontextualizada de la política de los años setenta, que en la década siguiente será bautizada como la “teoría de los dos demonios”.²⁴ En fin, más allá de los errores cometidos por las organizaciones revolucionarias, para Bufano resultaba evidente que:

... es cierto que hace falta una autocrítica [...] pero también es cierto que ese vacío no podrá ser llenado con rótulos que oculten que las vanguardias, en la búsqueda de una síntesis, *alcanzaron durante el período descrito el punto más alto de toda la historia de los movimientos revolucionarios en Argentina.*²⁵

Sin embargo, una lectura superficial de *Controversia* alcanza para constatar que los otros miembros del comité de redacción y los colaboradores de la revista estaban muy lejos de llegar a esta conclusión; de hecho, la idea de que las vanguardias revolucionarias habrían representado el “punto más alto de toda la historia de los movimientos revolucionarios en Argentina” no encuentra eco alguno en la revista.

24 Así lo dice Bufano (*op. cit.*, p. 11): “Lamentablemente, el costo de este error [se refiere, justamente, al error de las organizaciones revolucionarias de lanzar una ofensiva militar en momentos en que los sectores dominantes habían recobrado la iniciativa] ha sido muy grande; y no nos referimos precisamente a la pérdida de vidas o a la derrota sufrida. El error ha dado impulso a una antigua concepción política que reúne en un mismo saco al terrorismo, al foquismo, a la lucha armada, en fin, a la violencia en general. Fueron dos bandos —es el discurso—, el de los foquistas y el de la derecha. Y la sociedad civil, las clases populares, permanecieron ajenos”.

25 *Ibid.* (subrayado mío).

En efecto, las intervenciones en *Controversia* en torno al periplo de las organizaciones revolucionarias se movieron más bien dentro de la órbita delimitada por Caletti, quien en sus artículos había logrado condensar una serie de motivos críticos que estaban circulando en el exilio argentino en México dentro del sector que buscaba diferenciarse, sobre todo, de la organización Montoneros. En este sentido, sólo basta consultar el documento, hecho público a mediados de 1979, donde Galimberti y Gelman, entre otros, anunciaban su alejamiento de la organización Montoneros en disidencia por la decisión de lanzar la “contraofensiva”, ya que este plan representaba para los ahora disidentes el “resurgimiento” del “foquismo”, el “elitismo de partido de cuadros” y el “militarismo”.²⁶ Y aún más, el periodista Jorge Berneti, que estuvo a cargo de algunas entrevistas publicadas en *Controversia* (y cuyas posturas eran muy cercanas a las de Caletti, ya que formaba parte del grupo peronista “los reflexivos”), criticaría a su vez a Galimberti y Gelman en una serie de notas publicadas en el periódico mexicano *El Universal*, con el argumento de que “la contraofensiva” no había implicado el “resurgimiento del foquismo”, puesto que el foquismo habría sido desde sus inicios la matriz conceptual y política dominante de las organizaciones revolucionarias:

Lo del resurgimiento del foquismo parece indicar que en algún momento tal foquismo fue postergado,

26 Los disidentes formaron el “montonero auténtico”. Cfr. “Reflexiones para la construcción de una alternativa peronista montonera auténtica”, firmado por Rodolfo Galimberti, Juan Gelman, Pablo Fernández Long, Héctor Mauriño, Julieta Bullrich, Miguel Fernández Long, Victoria Vaccaro, Claudia Genoud y Silvia Di Fiori. En línea: <<http://eltopoblado.com/files/Publicaciones/Organizaciones%20Politico-Militares%20de%20origen%20Peronista/M%20Montoneros/Publicaciones%20y%20Doc.%20Exilio/1979%20junio.%20%20Reflexiones%20para%20construccion%20alternativa%20peronista%20montonera%20autentica.pdf>>.

cuestionado o abandonado. Precisamente, es la concepción foquista (entendida como una concepción militarista de la política conductora del proceso de acción) la que preside todo el accionar de los Montoneros, aun cuando realizaran en otras épocas grandes manifestaciones de masas o estructuraran organismos reivindicativos. (Bernetti y Giardinelli, 2003: 169)

A su vez, la idea de que el fracaso de las organizaciones había tenido lugar en el terreno de la política y, en particular, en la imposibilidad de producir hegemonía entre los distintos sectores subalternos, la encontramos también en otros artículos sumamente disímiles y firmados por colaboradores de *Controversia*. Así, mientras que en los dos primeros números de la revista, Adriana Puiggrós, otra integrante del grupo peronista “los reflexivos”, acometía una crítica que también era autocrítica respecto de la imposibilidad de la izquierda peronista, mientras era gobierno en la “universidad argentina” entre 1973-1974, de constituirse en el específico terreno universitario en un sujeto político dirigente capaz de “dirigir la espontaneidad” y “lograr la consciente adhesión de los intelectuales a un proyecto de transformación nacional” (de modo tal que este fracaso político en términos de incorporación de intelectuales y dirección de las masas terminó por “secundar” y por ende facilitar la reacción represiva de la derecha peronista y de los militares),²⁷ Julio Godio podía interpretar que el éxito de la revolución sandinista constituía una sanción no sólo al “reformismo burgués” sino fundamentalmente al “foquismo”, puesto que la llave del triunfo de los sandinistas descansaba

27 Cfr. Adriana Puiggrós, “La universidad argentina de 1973-1974 (primera parte)”, *Controversia*, n° 1, octubre de 1979, pp. 11-12, y “La universidad argentina de 1973-1974 (segunda parte)”, *Controversia*, n° 2-3, diciembre de 1979, pp. 16-19.

a su juicio no en las armas sino en la producción de hegemonía que pacientemente habían conseguido construir los rebeldes:

A quien ha sancionado con mayor fuerza [el triunfo sandinista] es al infantilismo de izquierda, a aquellos que pensaron que todo se resolvía creando “comandos operativos”, “columnas guerrilleras”, “ejércitos del pueblo”; y que creyendo que iban a la “guerra popular”, sólo iban a choques de aparatos de guerrilleros contra ejércitos latinoamericanos sin participación de las masas. Así, las armas de la crítica, esto es la *concepción de la política*, tal como la ejecutaron los sandinistas, ha demostrado una vez más la validez de aquella sentencia gramsciana según la cual una clase para ser dominante debe ser antes dirigente a través de una organización política de masas.²⁸

Por último, la crítica al “foquismo” delineada por Caletti estaba en sintonía con trabajos que habían sido elaborados y publicados en el exilio, como *Los usos de Gramsci* de Portantiero (integrante del comité editor de *Controversia*) y *Esbozo para una crítica de la teoría y la práctica leninista* de Oscar del Barco (colaborador permanente de *Controversia*), más allá de que en los artículos de Caletti es posible detectar elementos residuales de las “cátedras nacionales” (un linaje que sin dudas ni Portantiero ni del Barco reclamaban) en el reconocible

28 Julio Godio, “Experiencia sandinista y revolución continental”, *Controversia*, n° 5, marzo de 1980, p. 25. Con todo, la perspectiva que desarrolla aquí Godio no era del todo coincidente con el primer editorial de la revista, puesto que la crítica al “foquismo” no implicaba el reconocimiento de la derrota de la apuesta revolucionaria, como lo mostraba el caso sandinista. En efecto, en este artículo Godio habla de “marchas” y “contramarchas” en el proceso de la revolución socialista en el continente americano, no de la derrota del entero campo revolucionario.

tono entre crítico y despectivo con que es abordado el marxismo.²⁹

En síntesis, y como puede apreciarse, la originalidad no era la virtud principal que detentaban estos artículos de Caletti, sino su capacidad para articular una serie de motivos que circulaban en el exilio argentino en México dentro de los sectores críticos de las organizaciones revolucionarias y, muy especialmente, del “montonerismo”; al mismo tiempo estas críticas a las organizaciones revolucionarias ofrecían, a pesar de —o justamente por— sus rasgos hiperbólicos, un persuasivo guión para abordar la pregunta planteada en el primer editorial de *Controversia*: por qué la derrota. En este guión, se sostenía que la derrota de la guerrilla implicaba la de todo el campo revolucionario y que la causa de esta derrota residía en haber renunciado a construir, en términos gramscianos, una “voluntad nacional y popular” capaz de ocupar el papel del “sujeto revolucionario” tras haberse planteado —y resuelto— la larga tarea de la producción de hegemonía; lejos de ello, las organizaciones armadas se habrían convertido en organizaciones con marcados rasgos elitistas, vanguardistas, militaristas e incluso terroristas; si ello fue posible, fue porque estas mismas organizaciones se habrían inspirado en una específica teoría de la revolución, a saber el “foquismo”, cuyos supuestos teóricos-políticos acabaron por

29 En efecto, mientras que en “Los usos de Gramsci”, artículo que dará nombre al célebre libro, no resulta difícil descubrir de qué modo Portantiero asociaba a la guerrilla con las figuras del “vanguardismo elitista”, “blanquismo” y “jacobinismo”, en virtud de detentar una pobre lectura del entramado civil y estatal que se había configurado en el *occidente periférico*, razón por la cual el “partido armado” quedaba invalidado para dirigir el proceso de articulación de una voluntad nacional-popular —objetivo último de un proceso de transformación socialista de estas sociedades—, en el *Esbozo para una crítica de la teoría y la práctica leninista* Oscar del Barco intentaba demoler las matrices teórico-políticas tanto de la teoría de la revolución como del modelo de organización revolucionaria leninista, teoría y modelo que según Caletti había inspirado en última instancia a la guerrilla argentina. *Cfr.* Portantiero (1977) y Del Barco (1980).

demostrarse erróneos, en la medida en que demandaban una fidelidad a la idea antes que a la propia realidad histórica que se buscaba transformar. En fin, estas ideas sintetizadas en los artículos de Caletti, que se emitieron en el mismo momento en que comenzaban a verificarse los catastróficos resultados de la “contraofensiva” montonera, ganaron en capacidad de persuasión y quedaron identificadas con la revista, más allá de la perspectiva en cierto sentido disonante de Bufano.³⁰

Acerca del sentido de la “actualidad” de los derechos humanos

Sin embargo, las críticas a las organizaciones armadas revolucionarias en *Controversia* no se agotaban en esta línea argumentativa que hasta aquí hemos analizado, es decir, a partir de la reinterpretación de la categoría gramsciana de “hegemonía”; otra vía crítica que desarrolló la revista para alcanzar conclusiones similares a las de Caletti aunque a partir de argumentos todavía más radicales y polémicos que los que hemos visto es la que emprendió Héctor Schmucler en la discusión sobre el alcance y el sentido de la reivindicación de los derechos humanos en el contexto del exilio y del terror en Argentina.

Como vimos, *Controversia* no se presentaba como una revista de denuncia³¹ sino como una publicación que se había planteado elaborar críticamente una derrota política. Por ende, es bajo esta clave que ingresa la temática de

30 Tal es así que cuando Vezetti presenta a *Controversia* como un capítulo inicial en la historia de la crítica a la “violencia revolucionaria”, el único corpus probatorio que exhibe para fundar esta afirmación son justamente los artículos de Caletti. Cfr. Vezetti (2010).

31 Con todo, *Controversia* concedió algunas páginas para publicar reuniones, demandas y consignas de organizaciones de derechos humanos.

los derechos humanos; en términos generales, esta disputa podía resumirse así: ¿constituía la reivindicación de los derechos humanos una prolongación de las luchas políticas planteadas por la izquierda revolucionaria o, por el contrario, suponía un corte profundo respecto a tales luchas?

Para Schmucler se trataba, evidentemente, de esto último. Ello quedaba de manifiesto ya en la nota que abría el primer número de *Controversia*, titulada “Actualidad de los derechos humanos”, donde su autor buscaba diferenciarse de aquellos grupos de exiliados que reivindicaban los derechos humanos en el marco de la denuncia contra los crímenes de la dictadura pero sin abandonar —o sin condenar— las estrategias políticas y militares de las organizaciones revolucionarias. Frente a esta colocación “instrumentalista” respecto a los derechos humanos, cuya reivindicación permitía a algunos grupos en el exilio mantener intactas las convicciones revolucionarias que según *Controversia* habían sido derrotadas, Schmucler afirmaba que la “actualidad” de la lucha por los derechos humanos consistía en asumirlos como un objetivo final de toda construcción política y no meramente como un instrumento táctico.³²

Ahora bien, si los derechos humanos constituían un “fin en sí mismo”, también conservaba esta cualidad el sistema político que se encargaría de custodiarlos, la democracia, que entonces debía ocupar un lugar otro que el que la cultura política revolucionaria le había asignado hasta aquí: el de una “fachada” política que mientras declaraba la libertad y la igualdad de todos, perpetuaba la dominación burguesa, o, en el mejor de los casos, como un momento político que

32 “Los derechos humanos, considerados como síntesis del papel protagónico de los hombres en una sociedad que tiende a eliminar la opresión y el autoritarismo, se vuelven un objetivo estratégico y no una mera táctica para alcanzar el poder a fin de instalar una sociedad donde esos mismos derechos ya no interesen”. Cfr. Héctor Schmucler, “Actualidad de los derechos humanos”, *Controversia*, n° 1, octubre 1979, p. 3.

solamente era aceptado táctica y transitoriamente a los fines de conseguir el objetivo de fondo: la revolución. Lejos de ello, la democracia como sistema político identificado con la vigencia de los derechos humanos resultaba para Schmucler el objetivo final que debía proponerse la izquierda, y su valor trascendía largamente la coyuntura signada por las denuncias contra la dictadura por los crímenes de lesa humanidad en Argentina³³. En síntesis, para Schmucler democracia y derechos humanos constituían valores permanentes y “absolutos” —es decir, que valían por sí mismos y no como medio para acceder a otro bien— que la izquierda debía asumir como propios.

De esta manera, esta reivindicación de la democracia ya no por la “vía gramsciana”, sino a través del señalamiento de la “actualidad” de los derechos humanos, suponía una profunda crítica a la izquierda revolucionaria y a sus organizaciones político-militares. En este sentido, el argumento de Schmucler que generaría enormes polémicas —que alcanzan a nuestros días— sostenía que las organizaciones revolucionarias no podían apropiarse del reclamo —ni del movimiento— de los derechos humanos, puesto que habían incurrido en prácticas terroristas simétricas a las que cometieron los militares:

Lamentablemente la guerrilla ha pasado a confundir su imagen con la del propio gobierno en la medida que ha cultivado la muerte con la misma mentalidad que el fascismo privilegia la fuerza. En nombre de una

33 “La lucha por su vigencia [la de los derechos humanos] supera la etapa actual y tiene que ver con la naturaleza misma de la sociedad democrática a construir. [...] La democracia no debería ser vista como una debilidad de la sociedad dividida en clases que debe ser aprovechada para eliminarla cuando las clases oprimidas sean las dominantes. Por el contrario, la democracia es un modelo a desarrollar y que exige la eliminación de la tara fundamental de la sociedad burguesa: la explotación del hombre por el hombre”. *Cfr. Schmucler, op. cit.*, p. 3.

lucha contra la opresión, ha edificado estructuras de terror y de culto a la violencia ciega. Ha reemplazado la voluntad de las masas por la verdad de un grupo iluminado. Nada de esto la coloca en posición favorable para reivindicar los derechos humanos.³⁴

La acusación era extrema porque no sólo afirmaba —lo que por sí ya sería polémico— que el reclamo de derechos humanos y democracia debía hacerse en nombre de otro tipo de proyecto político que el que encararon las organizaciones revolucionarias. En efecto, Schmucler no sólo sostenía que la legitimidad del reclamo por los desaparecidos no debía transferirse a las ideas y prácticas que encarnaron las organizaciones político-militares, sino también afirmaba que resultaba imposible relegitimar al proyecto revolucionario a través de la lucha por los derechos humanos *porque* la índole vanguardista, elitista, militarista y finalmente *terrorista* del proyecto que asumieron las organizaciones revolucionarias (vemos por otro parte cómo la adjetivación, por otra vía argumentativa, coincide con la de Caletti) merecía una condena política y moral similar a la que merecían los militares.

¿De qué modo Schmucler establecía esta simetría entre militares y revolucionarios que no distinguía, por ejemplo, entre la naturaleza política del terror estatal y la violencia ejercida por particulares? En esta primera intervención de Schmucler en *Controversia*, la “equivalencia” entre militares y revolucionarios se fundaba en la asunción del carácter idénticamente humano de las víctimas de uno y otro sector,³⁵

34 *Ibid.*

35 “Y es que en la Argentina —además de los caídos en acciones, muertos de guerra reconocidos como legítimos por uno u otro bando— hubo policías sin especial identificación muertos a mansalva, hubo militares asesinados sólo por ser militares, dirigentes políticos y obreros exterminados por grupos armados ‘revolucionarios’ que reivindicaban su derecho a privar de

tal como dejan en claro las siguientes preguntas meramente retóricas:

Aunque suene a herejía, surgen algunas preguntas que pueden servir metodológicamente para pensar el problema: ¿Los derechos humanos son válidos para unos y no para otros? ¿Existen formas discriminatorias de medir que otorgan valor a una vida y no a otra? ¿Los llamados derechos humanos evocan valores ecuménicos y transhistóricos o es necesario situarlos en una visión política donde los valores se dirimen de acuerdo a la relación de fuerzas de los sectores sociales en conflicto?³⁶

Este primer artículo generaría distintas réplicas en el exilio argentino en México,³⁷ algunas de las cuales serían publicadas en *Controversia* aunque, a diferencia de la discusión planteada en torno al foquismo, donde se enfrentaban dos miembros del comité de redacción de la revista, las réplicas a Schmucler publicadas en la revista fueron firmadas por exiliados que no tenían una relación directa con la publicación.

Una de estas réplicas, que es la nota que justamente abre el n° 2/3, es la que firma Luis Bruschtein Bonaparte, quien se dedica a responder a los argumentos de Schmucler desde

la vida a otros seres en función de la 'justeza' de la lucha que desarrollaban" (Schmucler, *op. cit.*, pp. 2-3).

36 Schmucler, *op. cit.*, p. 3.

37 Además de los motivos analizados puntualmente aquí, causaron mucha polémica dos puntos de la nota de Schmucler: por un lado, el hecho de que daba por muertos a los desaparecidos, lo cual generó la réplica de los sectores de los organismos de derechos humanos cuya consigna de lucha y de reclamo al Estado argentino era "aparición con vida"; por otro lado, la puesta en duda en torno a la cifra final de desaparecidos, desestimando la cifra treinta mil por la que reclamaban los organismos de derechos humanos para sugerir como verídica una cifra inferior a los diez mil.

título mismo de su nota: “Derechos humanos: sin abstracciones ni equidistancias”.³⁸ Así, si Schmucler se inclinaba ante la primera opción que planteaba la pregunta que él mismo había lanzado en torno a la “naturaleza” de los derechos humanos (“¿Los llamados derechos humanos evocan valores ecuménicos y transhistóricos o es necesario situarlos en una visión política donde los valores se dirimen de acuerdo a la relación de fuerzas de los sectores sociales en conflicto?”), Bruschtein, en cambio, se inclinará claramente por la segunda alternativa, para afirmar que:

Los derechos humanos no son una abstracción filosófica ni una entelequia por encima de la lucha de clases o de los campos sociales enfrentados en la República Argentina. Por el contrario, forman parte de una problemática que se desarrolla de acuerdo con una realidad establecida de la que nosotros, los exiliados, los familiares de víctimas de la represión formamos parte de manera clara. Somos los acusadores, testigos de la barbarie; somos los fiscales.³⁹

De este modo, el reclamo de justicia al que aspira el movimiento de derechos humanos se inscribe al interior de la larga historia de lucha de clases en Argentina, que según Bruschtein estaba signada por la violencia sistemática ejercida por las clases dominantes, clases que por otra parte el autor designa con el clásico concepto del vocabulario

38 Cfr. Luis Bruschtein Bonaparte, “Derechos humanos: sin abstracciones ni equidistancias”, *Controversia*, n° 2-3, diciembre de 1979, pp 2-3. La firma de Bruschtein agrega el apellido materno, Bonaparte, que, como es sabido, remite a una de las más conocidas miembros de Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora. Luis Bruschtein fue el único hijo de los cuatro hijos de Laura Bonaparte que sobrevivió al terrorismo de Estado: sus tres hermanos fueron desaparecidos, como lo fue Pablo Schmucler, hijo de Héctor Schmucler, en 1977.

39 Bruschtein Bonaparte, *op. cit.*, p. 2.

político argentino: la “oligarquía”.⁴⁰ Así, la lucha por los derechos humanos se convertía en una nueva forma de resistencia asumida por las clases populares en su extendido enfrentamiento contra la violencia oligárquica, por lo que el reclamo a favor de la vigencia de los derechos humanos se tornaba legítimo no a contrapelo, sino fundamentalmente en la saga de las distintas modalidades de lucha surgida de las filas populares a lo largo de la historia, incluidas, por cierto, las protagonizadas en los años setenta. Si entonces el movimiento de derechos humanos hallaba en la entera historia de las luchas populares a las tradiciones políticas y culturales que le conferían significación histórica, ello no implicaba según Bruschtein desconocer que en tiempo presente la resistencia popular ya no admitía ser dirigida por las organizaciones armadas revolucionarias, ya que “en Argentina se agotó definitivamente el modelo revolucionario expresado a partir del Cordobazo por las organizaciones armadas u organizaciones político-militares”.⁴¹ ¿Por qué? Básicamente, por las mismas razones que, como hemos visto, recogía una publicación como *Controversia*: porque dicho modelo revolucionario colocaba a la política, y sobre todo a la política de masas, como una variable dependiente de la lucha militar.⁴²

De este modo, Bruschtein establecía en su réplica un nexo histórico entre la resistencia popular y el movimiento

40 “Terminar con la violación de los derechos humanos en Argentina no es cuestión de buenas intenciones; hay que destruir a la burguesía oligárquica, porque el problema de la violación de estos derechos en Argentina no comienza el 24 de marzo de 1976; ni siquiera comienza durante el gobierno de Isabel con la Triple A. Su origen se remonta a los orígenes mismos de nuestra patria, cuando se fue conformando de acuerdo con un modelo de desarrollo capitalista dependiente”. Bruschtein Bonaparte, *op. cit.*, p. 3.

41 *Ibíd.*

42 “La subordinación de la política de masas y sus estructuras determinó la absoluta imposibilidad para convertirse desde esa posición [a las organizaciones revolucionarias] en la conducción de las masas populares. Este dilema todavía no pudo ser resuelto” (Bruschtein Bonaparte, *op. cit.*, p. 3).

de derechos humanos, para así rebatir el nexo conceptual que Schmucler postulaba entre derechos humanos y democracia, el mismo que habilitaba al autor de “Actualidad de los derechos humanos” a establecer una “equidistancia” entre organizaciones revolucionarias y militares (ya que, desde el punto de vista de la “humanidad”, todos los asesinados poseían la misma “dignidad”). En cambio, la lectura de Bruschtein, que identificaba sin más al campo popular con la democracia, desacreditaba la discusión planteada por Schmucler en torno a los derechos humanos del “enemigo”, para establecer una continuidad histórica entre las luchas políticas del presente y las del pasado, entre ellas, las del pasado reciente, lo que invitaba a concluir, entonces, que la legitimación del movimiento de derechos humanos no exigía un corte abrupto con el horizonte ideológico de la cultura revolucionaria, más allá de que se reconocía que el modelo del “partido armado” —pero no necesariamente la “violencia popular”— estaba agotado.

Desde luego, la pregunta que se le plantea al lector aquí es hasta qué punto es escindible ese modelo revolucionario de la cultura política y el contexto histórico que hizo posible su emergencia. Como sea, en la argumentación de Bruschtein la crítica a las organizaciones revolucionarias suponía reconocer su agotamiento histórico pero no, como en Schmucler, a establecer una simetría con los militares, puesto que en el discurso de Bruschtein están claramente delimitados los acusadores y los acusados. En síntesis, la derrota, desde esta perspectiva, estaba circunscripta a una forma de organizar la lucha popular, pero no a los principios y valores que habían dado lugar a la lucha armada, ya que éstos permanecían intactos en el nuevo movimiento de los derechos humanos. Así, la importancia de esta intervención consistía en que abría la posibilidad de pensar que al

menos parte de la “herencia” de la cultura política revolucionaria podía y debía constituirse en “legado” para el nuevo movimiento de derechos humanos. Se trataba, pues, de toda una intervención sobre la memoria de los años setenta, que tendrá fuerte impacto en la nueva izquierda democrática; en efecto, cuando esta imagen consiga despojarse de toda remisión a la violencia, la democracia quedará asociada con la etapa final de una larga resistencia popular contra la oligarquía, en un itinerario signado por los reclamos de derechos políticos, derechos sociales y, finalmente, los derechos humanos.⁴³

La respuesta de Bruschtein no impidió, sin embargo, que Schmucler retomara la equiparación entre revolucionarios y militares que había argumentado en el primer número de *Controversia*. A través de otro artículo todavía más polémico que el que ya analizamos, titulado “Testimonios de los sobrevivientes”, y sobre la base de los primeros testimonios de sobrevivientes de los centros clandestinos de represión que comenzaban a circular en el exilio, Schmucler compuso un texto —devenido “clásico”— en el que fundaba esta simetría ya no en el carácter idénticamente humano de las víctimas de la violencia revolucionaria y la militar, sino en la deuda que según Schmucler mantenían las organizaciones revolucionarias con una matriz teórico-político que en sustancia no difería de la de los militares. La detección de esta matriz le permitirá a Schmucler justificar e incluso ir más allá de la tesis lanzada por *Controversia* en su primer editorial, la que simplemente admitía que la derrota militar de las

43 Tanto Schmucler como Bruschtein coinciden en que el norte de la nueva izquierda está auspiciado por esta ecuación: democracia más derechos humanos. Sin embargo, la discusión central es hasta qué punto la cultura política revolucionaria podía constituirse en una tradición selectiva de esta nueva izquierda.

organizaciones revolucionarias se fundaba en una derrota política que conceptual e históricamente la había antecedido (lo cual no necesariamente implicaba afirmar que esta derrota política se debía a una matriz ideológica común entre revolucionarios y militares).

En efecto, en “Testimonios de los sobrevivientes” Schmucler volvía a señalar que existía una relación especular entre la maquinaria del terror montada por los militares y la lógica de la acción política y militar de las organizaciones revolucionarias. Sin embargo, en este artículo fundaba dicha relación especular en una concepción “tecnicista” de la política que imputaba a ambos grupos, por la cual la vida humana no aparecía como un “fin en sí mismo” sino como un instrumento para consecución de fines postulados como “trascendentes”. Si este argumento resultaba por sí mismo controvertido, el elemento probatorio que encontraba Schmucler para justificarlo era aún más polémico: la cuestión de la “delación” en los centros clandestinos de represión:

El torturado que delata, que colabora, frecuentemente no es derrotado sólo por el sufrimiento. Su derrota es previa; cae derrotado porque ha vivido en diálogo continuo con la muerte, donde el fin de su cuerpo aparece como una instancia táctica al servicio de una *técnica* política. La derrota, paradójicamente, se produce cuando toma consciencia de que la muerte no es inevitable. De que la vida es posible y que lo único que se le había ofrecido es la muerte. A la máquina terrorista implementada por las fuerzas armadas, se opone otra máquina que sólo confía en su confianza técnica a cuyos servicios están los militantes [...]. Si no hubiera una matriz sustancialmente similar, sería difícil comprender por qué se puede pasar tan fácilmente y en

cantidad tan significativa a la máquina hasta ese momento enemiga.⁴⁴

El campo polémico que planteaba Schmucler de este modo era notable. Por un lado, porque ponía en cuestión a la idea misma de la “delación”, para sostener que las conductas al interior del campo concentracionario no había que interpretarlas únicamente como un efecto de la tortura ni mucho menos como el producto de un “quebrantamiento moral individual”, sino como un problema colectivo y, en tanto tal, atribuible al tipo de construcción política que se dieron las organizaciones revolucionarias. Por otro lado, porque acusaba a las guerrillas argentinas de sostener prácticas y discursos que idealizaban la muerte, cuya contrapartida era la estigmatización del sobreviviente con el mote de “traidor”, ofreciendo así una muestra cabal de una profunda incompreensión de las condiciones del dispositivo concentracionario.⁴⁵

Todo ello se dejaba descubrir en el dilema sin salida al que conducía la “organización revolucionaria”, que reservaba a sus militantes dos destinos posibles: o traidor o suicida. En efecto, según Schmucler, bajo el dispositivo dispuesto por el “partido armado” la vida del militante debía ofrecerse como prenda sacrificial del triunfo de la organización o, de lo contrario, quedaba sometida a una estructura de culpabilización. En cualquiera de los dos casos, el cuerpo militante era objeto de una gestión que para Schmucler no difería en lo sustancial de la gestión militar de los cuerpos torturados en los centros clandestinos de detención, una gestión que conducía de este modo a derivas sin salidas, ya que la promesa de la emancipación colectiva que portaba la

44 Héctor Schmucler, “Testimonio de los sobrevivientes”, *Controversia*, 9-10, diciembre de 1980, p. 5.

45 Para el concepto de “dispositivo concentracionario” *cfr.* Calveiro (1998).

organización suponía sin embargo la anulación de las condiciones políticas e históricas para su realización, esto es, la propia muerte del militante. Ello se tornaba por último patente en la decisión —la crítica aquí apunta directamente a Montoneros— asumida por los dirigentes de la guerrilla peronista de autorizar el uso de la píldora de cianuro a los militantes que estuvieran a punto de ser capturados:

La pastilla de cianuro que acompañaba permanentemente a gran número de militantes guerrilleros ¿tenía a evitar la traición? ¿Se ha pensado lo que significa como proceso de desgaste y subestimación el sentirse “traidor en potencia”? Para negarse a la posible traición, el militante se transforma en suicida constante. Ante cada riesgo, la pastilla entre los dientes. Una, dos, tres muertes diarias. Entre traidor y suicida, ningún lugar para la vida.⁴⁶

Schmucler cerraba en estos términos su radical impugnación al proyecto revolucionario. En su discurso, la técnica política de gestión del cuerpo militante era signo de que las organizaciones revolucionarias habían reproducido hacia sus propias filas la misma modalidad de dominación del enemigo que proclamaban combatir. Desde luego, esta argumentación no sólo era polémica, sino que presentaba muchas fisuras: ¿era realmente equiparable, en términos políticos y éticos, es decir, en la relación misma del sujeto con su libertad, la píldora de cianuro y la tortura en los centros? Y aún si se aceptara —lo que ya resulta del todo problemático— que revolucionarios y militares hubieran expresado a su modo una misma lealtad para lo que en términos frankfurtianos se

46 Héctor Schmucler, “Testimonio de los sobrevivientes”, *op. cit.*, p. 5.

ha denominado como el reinado de la razón instrumental: ¿se seguía de ello que a revolucionarios y a militares le cabían las mismas responsabilidades políticas?

Ahora bien, y más allá de estas preguntas, lo que resulta llamativo hacia el final del texto de Schmucler es que la impugnación a las organizaciones revolucionarias argentinas se inscribía dentro de una crisis más global:

La lección de nuestros muertos, cuyos ojos aparecen a través de los testimonios de los sobrevivientes, es la misma que nos ofrecen las experiencias de muchos pueblos del mundo. Las razones que debemos oponer al poder dominante no son aquellas por las que murieron [los militantes de las organizaciones revolucionarias], aunque tal vez tengamos que rescatar su esperanza, traicionada por la técnica política.⁴⁷

Si esta intervención culminaba con una clara “inversión” respecto a la figura del “traidor” (como puede apreciarse, para Schmucler los verdaderos “traidores” resultaron ser los jefes políticos de las organizaciones revolucionarias, no los militantes que “delataban” en los centros clandestinos de detención), a ello se le agregaba la no menos importante conclusión que advertía que la derrota de las guerrillas argentinas resultaba un capítulo más de una crisis más amplia: la crisis de la idea misma de revolución tras la experiencia de los denominados “socialismos reales”. En este contexto sumamente crítico, Schmucler convocaba entonces a recuperar la “esperanza” de los militantes muertos, aunque no sus “razones”, dejando sin resolver la siguiente pregunta: ¿cómo recuperar políticamente esa esperanza sin el

47 *Ibíd.*

nombre —el socialismo, la revolución— que la había encendido?

En el último número de la revista, tres sobrevivientes de los centros clandestinos de detención hilvanarían una larga respuesta crítica a estas ideas. La sola lectura de este documento ofrece una muestra clara de la ruptura abierta al interior de las izquierdas argentinas: Schmucler y los sobrevivientes hablan de las mismas cosas, pero no hay estrictamente un diálogo posible entre ellos dada la radical distancia en los respectivos puntos de partida que mantienen en la valoración del proyecto revolucionario. Aún así, el lector puede inferir, en la respuesta de los sobrevivientes, dos importantes líneas argumentativas que Schmucler, a la luz de su esquema interpretativo, no podía tener en cuenta. Por un lado, el señalamiento de que la derrota de las organizaciones revolucionarias no sólo implicaba la derrota de una matriz ideológica, sino también la de toda una trama social:

Así fueron combatidas las organizaciones guerrilleras en particular, por ser consideradas enemigos fundamentales que luchaban, estratégicamente, por la toma del poder y la desintegración del Estado. Se extendía el mismo criterio a su periferia y dimensión donde trabajaba. En consecuencia, toda aquella instancia organizativa, reivindicativa, sean sindicatos, centros de estudiantes, centros vecinales, etcétera, etcétera, fue clasificada como centros subversivos copados por los guerrilleros.⁴⁸

48 Liliana Callizo, Teresa Celia Meschiati y Piero Di Monte, "Tres sobrevivientes responden", *Controversia*, n° 14, agosto de 1981, p. 31.

Por otro lado, la respuesta de los sobrevivientes daba cuenta de otro eje de análisis que Schmucler tampoco tenía en cuenta: las resistencias que tuvieron lugar en el propio dispositivo concentracionario. Si bien esas resistencias eran interpretadas y valoradas por los sobrevivientes en clave “heroica”, es decir, en los términos que lo hacían las organizaciones revolucionarias y que habían sido cuestionados de raíz por Schmucler, estas resistencias, que no se reducían únicamente a “resistir” la tortura, sino a intentar algún tipo de construcción colectiva con el compañero cautivo en las condiciones de cosificación más profundas que puedan imaginarse —las condiciones propias del “dispositivo concentracionario”—, ofrecían un indicio de una politicidad de muy diversa índole a la que analizaba Schmucler. Por lo cual quedaban planteadas varias preguntas: ¿qué relación existía entre esa politicidad y la cultura política revolucionaria? O para decirlo de otro modo: ¿eran imaginables esas resistencias sin tener en cuenta la politicidad que anidaba en el proyecto revolucionario argentino de los años setenta? ¿O, por el contrario, esas resistencias al interior del dispositivo concentracionario ofrecían la imagen de una política nueva, incluso a contrapelo del “modelo revolucionario” de las organizaciones a las que pertenecían los cautivos, y que por ende, los detenidos estaban inventando en los mismos días en que habían sido desaparecidos?

Finalmente, el lector de *Controversia* de aquellos días, pero también el de éstos, acaso pudiera preguntar: ¿Qué izquierda para qué nación sería capaz de instituir como legado estas prácticas de resistencia que se dieron al interior del dispositivo concentracionario?

A modo de cierre: *Controversia* como revista bisagra

Como síntesis de lo que hemos analizado, pero también como punto de partida para prolongar algunos de estos debates, nos interesa cerrar este artículo con una agenda problemática de cuatro puntos.

Primero, ¿puede decirse que *Controversia* fue la última revista de la izquierda argentina de los años setenta y la primera de los años ochenta? En realidad, un aspecto singular de la revista consistió en “objetivar”, es decir, en construir como objeto de análisis, lo que aún era contemporáneo: la suerte del proyecto revolucionario en la Argentina. La tesis central con que aborda *Controversia* este fenómeno, como vimos, sostenía que si ese proyecto revolucionario había sido derrotado por las armas, era porque antes había sido derrotado políticamente. Y esa derrota política remitía a un paradigma teórico-ideológico que el grupo editor de la revista invitaba a revisar, para redefinir de ese modo la politicidad de la palabra del intelectual y operar el pasaje del intelectual revolucionario al intelectual crítico.

Segundo, la revista elaboró dos vías para fundar esta tesis y, de este modo, generar las condiciones para repensar el nexo entre una nueva izquierda intelectual y política y la democracia. Por un lado, la resignificación en clave incluso “anti-leninista” de la categoría gramsciana de “hegemonía”, en una operación conceptual que está al servicio de la crítica al “foquismo”, matriz teórico-política a la que se le atribuye la derrota de las organizaciones revolucionarias y, por extensión y condensación, al de todo el campo revolucionario. Por otro lado, la reivindicación polémica de la actualidad de los derechos humanos en los términos planteados por Schmucler (y a tono con la enorme mayoría de las intervenciones de los miembros

del comité editor), como punto de quiebre en la manera de comprender una política que se reclame de izquierdas.

Tercero: ¿son las críticas que hemos visto aquí destinadas a las organizaciones revolucionarias un capítulo destacado en la historia de la construcción de lo que en los años ochenta se llamó la “teoría de los dos demonios”? Tanto Caletti como Schmucler filian directamente el discurso y las prácticas de las organizaciones revolucionarias con el terrorismo y la única voz disonante al respecto es la de Bufano. Incluso, por momentos la argumentación de Schmucler equiparaba a uno y otro terror, lo cual ni siquiera acontecía en el prólogo escrito por Sábato al *Nunca Más*. ¿Se trataba de una argumentación extrema a causa de la necesidad de diferenciarse rotundamente en el exilio del discurso y de las prácticas militantes que aún reivindicaban el proyecto revolucionario, en el mismo momento en que se lanzaba, además, la “contraofensiva” montonera? Sin dudas que el gesto político de diferenciación que buscaban producir los integrantes de la revista requería en aquel momento de argumentaciones que no minimizaran los contrapuntos; sin embargo, si tomamos el periplo posterior de Caletti y Schmucler, no encontraremos una rectificación respecto a estas posturas. De este modo, podemos decir que *Controversia* da cuenta de que buena parte de las premisas de la “teoría de los dos demonios” poseía un consenso ampliado incluso en las capas de intelectuales críticos que se constituyó en el exilio, aunque estos intelectuales, en la propia revista que analizamos, pero sobre todo después del exilio, ampliarán hacia la entera sociedad argentina la pregunta por las raíces históricas del terror en la Argentina de los años setenta. Este último punto, de suma importancia, no formaba parte de la “teoría de los dos demonios”.

Por último, la teoría gramsciana de la hegemonía apuntaba originalmente a la construcción del poder; el

discurso de los derechos humanos, más bien, a impugnarlo. Aunque parecieran complementarios, la política, el Estado y la sociedad no se articulan del mismo modo en estos discursos. Ahora bien, en los años ochenta, Gramsci se consolidó en Argentina no como el teórico de la revolución en el Occidente periférico, sino como un clásico de las ciencias sociales que podía proveer claves para la reconstitución de los sistemas políticos en contextos de “transición democrática”. Así fue prolíferamente citado en revistas intelectuales de una nueva izquierda democrática. El discurso de los derechos humanos, por su parte, resultó casi un sinónimo de esa nueva izquierda, pero, y según los contextos, ese nombre siguió cobijando muchas disputas aún abiertas: ¿son los derechos humanos, como sostenía Bruschtein, la última forma de resistencia popular al poder, en una lucha que, como buscaba mostrar el acto central de los festejos del Bicentenario en Buenos Aires (2010), contiene el progresivo reclamo de derechos civiles, sociales y políticos que fueron demandado las clases populares en Argentina? ¿O son, como sostenía Schmucler, el punto de partida de una nueva izquierda que se construye como tal a partir de la condena a la violencia revolucionaria, condena cuyo énfasis encuentra sus puntos más altos en la serie que va de los propios escritos de Schmucler en *Controversia* al alegato *No matarás* (2006) escrito por un colaborador activo de esta misma revista, es decir, Oscar Del Barco?

La pregunta que engloba a todos estos interrogantes es la misma con la que se enfrentó *Controversia* desde su primer número hasta el último: qué significó, para las izquierdas y, por qué no, para todo el país, la derrota política y militar sufrida por el campo revolucionario en los años setenta.

Bibliografía

- Acha, O. (2006). *La Nación futura*. Buenos Aires, Prometeo.
- Bernetti, J. L. y Giardinelli, M. (2003). *México: el exilio que hemos vivido*. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes.
- Calveiro, P. (1998). *Poder y desaparición*. Buenos Aires, Colihue.
- Del Barco, O. (1980). *Esbozo para una crítica de la teoría y la práctica leninista*. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- Farías, M. C. (2013). "Del intelectual revolucionario al intelectual crítico: la relectura de Walsh en Controversia", *Cuadernos de H Ideas*, vol. 7, n° 7, diciembre. En línea: <<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/1941>>.
- Portantiero, J. C. (1977). *Los usos de Gramsci*. México, Pasado y Presente.
- Tortti, M. C. (2009). *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda (1955-1965)*. Buenos Aires, Prometeo.
- Vezetti, H. (2010). *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Capítulo 13

Una revista para la “izquierda democrática”

La Ciudad Futura (1986-1989)

Ricardo Martínez Mazzola

En agosto de 1986 salió a las calles *La Ciudad Futura*. Corrían los mejores días del gobierno de Alfonsín: en marzo de 1985 el Senado había aprobado el tratado de paz con Chile; el Plan Austral, lanzado en junio, había alcanzado un éxito que pronto se revelaría transitorio, controlando la inflación y aumentando la actividad económica; en noviembre la Unión Cívica Radical (UCR) había obtenido un rotundo triunfo en los comicios de renovación parlamentaria; el 9 de diciembre la Cámara Federal de la Ciudad de Buenos Aires había dictado sentencia en el Juicio a las Juntas Militares del —autodenominado— Proceso de Reorganización Nacional. Fue en ese contexto auspicioso que el 1° de diciembre Alfonsín pronunció el “Discurso de Parque Norte”, una intervención en la que proponía una agenda de reformas que, afirmaba, sentarían las bases de una “Segunda República”.¹

El gobierno de Alfonsín no brindaba solo un marco externo para el nacimiento de *La Ciudad Futura*; por el contrario, la revista mantenía un vínculo muy estrecho con esa

1 Sobre el “Discurso de Parque Norte”, cfr. Aboy Carlés (2004).

apuesta alfonsinista. Y no solo porque Juan Carlos Portantiero —uno de sus directores, junto a José Aricó y Jorge Tula— era un colaborador estrecho de Alfonsín y uno de los redactores del “Discurso de Parque Norte”, sino porque la propia empresa de *La Ciudad Futura* compartía la voluntad de reformas que Alfonsín levantaba en el escenario nacional. La principal arena en la que la revista se proponía intervenir era más reducida pero igualmente hostil: una cultura de izquierda que juzgaba a la democracia representativa como meramente formal y la evaluaba en términos puramente tácticos como un espacio para acumular fuerzas para un posterior momento revolucionario.

Este capítulo se propone dar cuenta de dos conceptos clave que estructuraron la apuesta de *La Ciudad Futura* por una nueva izquierda: *democracia* y *revolución*. Dado que la empresa de renovación del vocabulario y las ideas de izquierda emprendida por sus editores no se inició con la revista, el capítulo se abre con una rápida reconstrucción de los pasos previos de estos intelectuales. A continuación, y ya entrando al abordaje de *La Ciudad Futura*, analizamos un conjunto de intervenciones que, reivindicando la importancia de la democracia, discutían acerca de las dificultades asociadas a su implantación en la sociedad argentina y subrayaban las aporías a que conducía la construcción de un orden autofundado. En tercer lugar, abordamos dos artículos que ponían en cuestión supuestos centrales de las tradiciones de izquierda como la centralidad de la clase obrera e incluso la idea misma de revolución. En cuarto lugar, damos cuenta de cómo la reivindicación de la democracia y la crítica de la idea revolucionaria se articulaban en la lectura que la revista hacía de la violencia revolucionaria, una cuestión que, inicialmente planteada en clave retrospectiva, se hizo particularmente actual en 1989 con la toma del cuartel de La Tablada por el Movimiento Todos por la Patria (MTP). El capítulo concluye analizando los sombríos balances que,

respecto de la apuesta reformista del alfonsinismo, trazaron los miembros de la revista hacia fines de los años ochenta.

De *Pasado y Presente* a *La Ciudad Futura*

La Ciudad Futura puede ser considerada como una estación en el largo recorrido de producción intelectual de un importante grupo de intelectuales argentinos. Dos de sus editores, José Aricó y Juan Carlos Portantiero, habían participado de *Pasado y Presente*, mítica revista que en sus dos etapas impulsó el debate y la renovación intelectual de la izquierda argentina.² El tercero de los editores, Jorge Tula, había dirigido *Controversia*, revista que en el exilio mexicano sostuvo un novedoso espacio de diálogo entre tradiciones políticas, fundamentalmente la socialista y la peronista. De la experiencia de *Controversia* participaron Aricó, Portantiero y otros intelectuales que tendrían importante participación en *La Ciudad Futura*, como Emilio De Ípola, Oscar Terán y Sergio Bufano.³

A su regreso a la Argentina, Aricó y Portantiero se sumaron al Consejo de Dirección de *Punto de Vista*,⁴ revista que era editada desde 1978 en Buenos Aires, con la que algunos de los miembros de *Controversia*, los nucleados en el “Grupo Socialista de discusión”,⁵ habían estrechado vínculos en los años del exilio y con quienes a mediados de 1984 confluyeron

2 Sobre *Pasado y Presente* cfr. los capítulos de Alexia Massholder, “Debates y rupturas en el nacimiento de *Pasado y Presente*” y Leticia Prislei, “Polémica en *Pasado y Presente*. Acerca del diálogo entre cristianos y marxistas”, ambos artículos incluidos en este libro. Dentro de la amplia bibliografía acerca de la revista y el grupo *Pasado y Presente*, cfr. Aricó (1988), Terán (1991), Burgos (2004) y Petra (2010).

3 Sobre *Controversia*, cfr. Reano (2012) y el capítulo “Un epílogo para los años setenta. *Controversia* y la crítica a las organizaciones revolucionarias” de Matías Farías.

4 Sobre *Punto de Vista*, cfr. Patiño (1998).

5 Sobre el Grupo Socialista de Discusión, cfr. Martínez Mazzola (2015).

en el “Club de Cultura Socialista”.⁶ A partir de ese ingreso, la dimensión política de *Punto de Vista*, ya importante a partir del n° 12 —el primero en incluir un editorial y en hacer público el consejo de dirección de la revista—, se acentuó.

En los primeros números publicados bajo el gobierno de Alfonsín, la cuestión de la democracia ocupaba un lugar central en las páginas de *Punto de Vista*. Las intervenciones que la abordaban, destacando la nueva centralidad de la sociedad civil y los movimientos sociales o interrogándose acerca del vínculo con el socialismo, fueron numerosos. Entre ellos, y dada su importancia para los debates posteriores, nos detendremos en el artículo “Crisis social y pacto democrático”, publicado por De Ípola y Portantiero.⁷

Los autores argumentaban que el agotamiento de las propuestas que habían construido el orden político a partir de un principio central —ya fuera el individuo, el pueblo o la clase— hacía necesaria la búsqueda de una figura que permitiera postular una re-fundación que no descansara en un principio único. Para pensar cómo fundar el orden en una sociedad cruzada por conflictos ineliminables, de Ípola y Portantiero apelaban a la vieja metáfora del pacto, a la que actualizaban en clave de la teoría de los actos de habla de John Austin y John Searle. Del último tomaban una distinción que, consideraban, permitía combinar conflicto y orden: la que diferenciaba entre “reglas normativas” y “reglas constitutivas”; las primeras remitían a normas que reglaban una actividad preexistente, y las segundas daban forma a una actividad que no existiría sin ellas.⁸ Los autores sostenían que la acción política debe ser tomada como “una

6 Sobre el Club de Cultura Socialista, *cfr.* Ponzá (2013).

7 Emilio De Ípola y Juan Carlos Portantiero, “Crisis social y pacto democrático”, *Punto de Vista*, n° 21, agosto de 1984, pp. 13-20.

8 El ejemplo clásico es el del juego de ajedrez, las reglas normativas nos dicen cómo jugar bien, las constitutivas son las que, al decirnos cómo se pueden mover las piezas, dan forma al juego.

suerte de juego colectivo basado en un sistema de reglas constitutivas”. Para explicar su posición proponían dos casos extremos: por un lado, una sociedad anárquica en la que la ausencia de pautas compartidas daba lugar a conflictos de toda índole cuya resolución pasaba por el empleo cotidiano de formas de violencia y represión abiertas; por el otro, una sociedad extremadamente institucionalizada en la que no se reconocía la posibilidad de disputas legítimas. Ambas compartían la pretensión de anular la distancia entre reglas constitutivas y normativas; en una y otra los que planteaban una posición diferente eran tratados como enemigos y excluidos de la acción política legítima. En una, la política era reducida a la guerra, y en la otra, al rito.

De Ípola y Portantiero subrayaban que la política suponía que los actores no solían actuar bajo la forma del consenso total o la guerra total, que la acción política implicaba luchar por cuestiones que los sujetos consideraban substanciales, pero que también suponía una forma institucional convenida para solucionar esas luchas. Estas condiciones, reconocían, no se daban siempre sino que suponían una cultura o, al menos, una voluntad democrática sólidamente enraizada en los actores sociales. Era en situaciones de crisis —argumentaban haciendo alusión a su propia situación— que la voluntad democrática se ponía a prueba debiendo responder al doble desafío de reconstruir el juego político y resolver los problemas nacidos de la crisis.

Hacia mediados de 1985, el debate sobre la democracia dejaría de ocupar un lugar central en las páginas de *Punto de Vista*. Es posible que el agotamiento del primer impulso alfonsinista, expresado por la convocatoria de Alfonsín a afrontar una “economía de guerra”, hiciera aparecer diferencias entre quienes editaban la revista; y también es plausible que la mayoría del consejo de dirección decidiera darle a la crítica cultural, transitoriamente desplazada por

los debates políticos, el lugar central que había tenido en los primeros años de la revista. Lo cierto es que, aunque la política no desapareció del interés de la *Punto de Vista*, a partir de 1986 su foco principal recayó en problemas que no hacían a la coyuntura política inmediata: indagaciones acerca del papel de los intelectuales, el vínculo entre arte y política o las transformaciones de la ciudad.

Aunque Portantiero y Aricó no dejaron de escribir en *Punto de Vista* ni tampoco de formar parte de su Consejo de Dirección,⁹ su apuesta principal tomó otro rumbo: hacia mediados de 1986 comenzaron a publicar *La Ciudad Futura*.¹⁰ Junto a ellos estaba Jorge Tula, viejo compañero de los días de *Controversia*. El subtítulo pocas veces recordado de la nueva publicación, *Revista de cultura socialista*, daba cuenta del vínculo con el Club de Cultura Socialista y trazaba una sutil toma de distancia respecto de *Punto de Vista*, cuyo subtítulo rezaba “Revista de cultura”. Bien puede argumentarse que la diferencia remitía a los distintos momentos de fundación —en 1978 hubiera sido poco aconsejable identificar la revista como “socialista”—, pero creemos que las dos fórmulas remitían también a diferencias de proyecto: mientras *Punto de Vista* centraba su mirada en la escena cultural, *La Ciudad Futura* se concentraba en la política, y aunque la preocupación por la cultura no estaba ausente, ella remitía fundamentalmente a la construcción de una nueva “cultura socialista” y, en términos más generales, a una crítica de una “cultura política” que, estimaba, constituía uno de los principales

9 Portantiero sólo realizará en *Punto de Vista* una breve intervención en homenaje a Leandro Gutiérrez en el nº 54. Aricó, en cambio, publicará varios artículos, pero sus intervenciones no tratarán de temas políticos de la hora sino que se concentrarán en la reconstrucción de la historia de la izquierda argentina. Aricó continuó como miembro del Consejo de Redacción hasta su muerte en 1991, mientras que Portantiero continuó en él hasta 1995.

10 Sobre *La Ciudad Futura*, cfr. Ponza (2011).

obstáculos para la consolidación de la democracia en la Argentina.

La democracia y sus problemas

Muchas veces se ha señalado que el primer número de una revista suele plantear una definición programática y delinear “el arco de problemas” en que se focalizará la revista. *La Ciudad Futura* no fue la excepción, ya el número inaugural hacía visible el concepto central sobre el que se estructuraría la intervención de la revista: el de la democracia, a la que proponía revalorizar, alejándose de la visión instrumentalista y abordando su relación con el socialismo. El índice de ese primer número daba muestra también del estilo de intervención que adoptaría: en él se incluían editoriales, artículos de los miembros del grupo editor y textos de figuras internacionales —Michel Rocard, Albert Hirschman, Norberto Bobbio— a las que *La Ciudad Futura* buscaba incluir en el debate argentino con el fin de impulsar una renovación de la cultura de izquierda.¹¹ Esa búsqueda renovadora, podemos adelantar, daba cuenta del interlocutor principal de *La Ciudad Futura*: los intelectuales que se identificaban con la tradición de izquierda, ante los cuales se presentaba como impulsora de una “izquierda moderna”.

El trazado de una frontera al interior de la tradición de izquierda era ostensible ya en el primer editorial, titulado simplemente “La Ciudad Futura”, que se abría declarando que si se quería rescatar al socialismo como proyecto y como movimiento se debía reconocer su crisis.¹² Tal señalamiento, se afirmaba, suponía tomar distancia respecto de

11 *La Ciudad Futura*, nº 1, agosto de 1986, p. 2.

12 “La Ciudad Futura”, *La Ciudad Futura*, nº 1, agosto de 1984, p. 3.

buen parte de la izquierda argentina que consideraba que renunciar al sueño de una sociedad perfecta y reconocer la pérdida de centralidad de la clase obrera equivalía a “introducir el veneno socialdemócrata”. Como guiño y provocación, el editorial presentaba a ese demonio con los ropajes del Manifiesto Comunista: frente a él, se señalaba, se santiguaban “la iglesia y los polizontes, los militares cavernícolas del proceso y los gremialistas amnésicos, los fascistas y los comunistas, los intelectuales de izquierda y los de derecha”.¹³ Todos ellos, sostenían los editores de *La Ciudad Futura*, se unían en el deseo del fracaso de la “nueva Argentina” nacida en 1983.

Pese al entusiasmo por esa nueva Argentina, la revista no planteaba una adscripción explícita al alfonsinismo, ni siquiera a la socialdemocracia. Desde el editorial se advertía “no somos socialdemócratas”, sino simplemente socialistas que valoran la posibilidad de construir un sistema político democrático capaz de “arrancar a la República de un funesto destino”. El comentario anticipaba varios de los ejes por los que discurrirá la prédica de la revista: el enjuiciamiento de ese pasado que parecía marcar un destino oscuro, el papel del sistema político en la transformación de la sociedad, el vínculo entre socialismo y democracia. Era en esta última clave que se subrayaba que trabajar por la construcción de una democracia social no implicaba renunciar a los ideales socialistas sino, por el contrario, “la única forma de ser fiel a ellos”. El señalamiento hacía visible el enfrentamiento con una izquierda que leía la “conversión” al credo democrático como renuncia, pero también abría la posibilidad de la revalorización de la tradición del socialismo de comienzos del siglo XX,¹⁴ el que, recordaban, siempre había señalado lo que solo luego de un

13 *Ibid.*, p. 3.

14 Sobre la relectura de la tradición socialista por parte de los intelectuales de *La Ciudad Futura*, cfr. Martínez Mazzola (2015).

largo recorrido y muchos errores los miembros de la revista habían redescubierto: “el socialismo no puede ser la liquidación de la democracia, sino su plena expansión”.¹⁵

Era en esa línea de consolidación y expansión de la democracia que *La Ciudad Futura* celebraba las propuestas reformistas que el alfonsinismo reunía en torno a la convocatoria a la fundación de una “Segunda República”.¹⁶ El primer número de la revista incluía un suplemento titulado “¿Una Segunda República?” en el que varios intelectuales se interrogaban sobre las posibilidades y dificultades que enfrentaba la convocatoria planteada por Alfonsín. El breve texto que abría el dossier, nacido de la pluma de Aricó, planteaba fuertes interrogantes: ¿cómo pensar un país distinto sin quedar atrapados de los demonios del pasado?; si las cosmovisiones dividen a los hombres, y si la división debía ser asumida como condición de una sociedad democrática, ¿cómo establecer una definición compartida del orden democrático?¹⁷ A las preguntas seguía un fuerte llamado a la invención, a no pensar que el futuro estaba atado a lo ya sucedido sino a luchar para que lo imposible se abriera paso. Lo dudoso, declaraba Aricó, no era si una sociedad podía ser cambiada, lo que descontaba, sino si los argentinos deseaban realmente cambiarla. Y era por esa voluntad de cambio que valoraba el llamado a reformar la Constitución lanzado por el alfonsinismo.

A continuación de la presentación de Aricó, el suplemento incluía una intervención en la que Portantiero discutía

15 *Ibíd.*, p. 3. El comentario es especificado por el comentario final que deja ver que lo que se reivindica no es solo la democracia sino la democracia-liberal “ninguna redención futura deberá apartarnos de ese patrimonio irrenunciable del socialismo que son las libertades políticas y civiles”. Sobre la importancia del diálogo entre socialismo y liberalismo en *La Ciudad Futura*, *cfr.* Montaña (2012).

16 Sobre el proyecto de la “segunda república”, *cfr.* Aboy Carlés (2010).

17 José Aricó, “¿Una segunda república?”, *La Ciudad Futura*, nº 1, agosto de 1986, p. 15.

con quienes consideraban que propuestas como la de la reforma constitucional representaban “cortinas de humo” que tapaban los verdaderos problemas económicos y sociales.¹⁸ La crítica apuntaba a una izquierda anacrónica e intelectualmente pre-gramsciana que, abrazada al dualismo base-superestructura, siempre había considerado a las cuestiones institucionales como derivadas, y por lo tanto secundarias, frente a los temas relacionados con la estructura del poder económico. Tal concepción, señalaba, reaparecía en los discursos que contraponían la “democracia formal”, que sería la conseguida hasta el momento, a una “democracia verdadera”, entendida en términos de igualdad social. Portantiero, subrayando que la democracia remitía menos a un tipo de sociedad que a un régimen político, sostenía que el aporte de la nueva constitución debía pasar menos por los “derechos sociales”, a los que consideraba relativamente cubiertos por las modificaciones introducidas en 1949 y 1957, que por “el aumento de la ingerencia de la sociedad en la trama pública”.¹⁹ Desde esa perspectiva, subrayaba, las dos modalidades de democracia tan frecuentemente contrastadas, la representativa y la participativa, no eran opuestas sino complementarias.²⁰

La discusión con la izquierda, que aunque no era la única²¹ sí era la más recurrente de las sostenidas por

18 Juan Carlos Portantiero, “Una constitución para la democracia”, *La Ciudad Futura*, n° 1, agosto de 1986, pp. 17-18.

19 *Ibid.*, p. 18.

20 Sobre los debates que discutían la contraposición entre democracia “formal” y “sustantiva”, *cfr.* Reano (2011).

21 También debatía con miradas “conservadoras”, presentes en el propio radicalismo gobernante, que sostenían que la tarea de la hora era menos transformar la constitución que defenderla y cumplirla, a quienes respondía que en una sociedad como la argentina, en la que los actores sociales movilizados tendían a volcar sus demandas sobre el sistema político, era particularmente necesario encontrar mediaciones entre Estado y sociedad que superaran la tentación autoritaria o el mandato corporativo. Para ello proponía una serie de modificaciones: descentralización, for-

Portantiero, también era central en “Cultura, orden democrático y socialismo”, un largo artículo publicado en ese primer número de *La Ciudad Futura* en el que de Ípola se proponía abordar un tema poco caro a la tradición de izquierda, el del orden. Reprochaba a las izquierdas argentinas la vigencia de una cultura contestataria, lo que la llevaba a asignar un valor positivo a todo conflicto social y político y a desvalorizar las iniciativas impulsadas desde el gobierno democrático. De Ípola abogaba por una nueva izquierda que fuera capaz de valorar las prácticas culturales centradas en el orden, es decir “en los mecanismos y dispositivos que hacen a la consolidación de un régimen social y político determinado”.²²

Rechazando las miradas funcionalistas que postulaban la necesidad de un consenso social sustantivo, nacido de una internalización sostenida en mecanismos integradores, De Ípola argumentaba que era posible que un orden democrático se basara en un consenso solo parcial. Luego de subrayar que “orden” no significaba “uniformidad”, sostenía que, lejos de ser conservadora, la de la construcción de un orden democrático era una empresa que requería de cambios profundos en la sociedad y el sistema político. La tarea, concluía, discutiendo con las críticas de la izquierda y también de los intelectuales peronistas agrupados en la revista *Unidos*, no tenía nada de “conformista” ni de “resignada”.²³

A dar cuenta de lo ciclópeo de la tarea de construir una cultura democrática también apuntaba el artículo de Albert Hirschman que *La Ciudad Futura* incluía en su

mas semiparlamentarias, plebiscitos y referendums. Cfr. Juan Carlos Portantiero, “Una constitución...”, *op. cit.*, p. 18.

22 Emilio De Ípola, “Cultura, orden democrático y socialismo”, *La Ciudad Futura*, n° 1, agosto de 1986, p. 34.

23 *Ibíd.*, p. 36.

primer número.²⁴ Partiendo de que los antecedentes parecían negar la posibilidad de consolidación democrática en América Latina, Hirschman se preocupaba por indagar cómo la democracia podía sobrevivir ante situaciones negativas. Para dar cuenta de ello planteaba un desacople entre condiciones socioeconómicas y consolidación democrática. Desde lo descriptivo, citaba como prueba las experiencias de las transiciones recientes en Europa del sur que demostraban que la democracia podía sobrevivir a las crisis económicas, desde lo prescriptivo: Hirschman explicaba que para avanzar hacia la consolidación democrática podía adoptarse un estilo de “navegar contra el viento”.²⁵ Con ello quería decir que era posible avanzar hacia el respeto a las instituciones democráticas, cediendo temporalmente algo en lo que hacía a la construcción de una economía próspera e igualitaria.

Hirschman consideraba que los principales obstáculos a la consolidación democrática en América Latina se hallaban menos en la estructura económica y social que en la cultura. Explicaba, citando a Adam Przeworski, que en los regímenes democráticos en los que la situación futura dependía de los resultados de los comicios, la aceptación de la incertidumbre era una virtud política esencial. Hirschman temía que en una sociedad dividida, aquellos que estuvieran muy convencidos de los propios argumentos no estuvieran dispuestos a esperar a una próxima contienda electoral para realizarlos. Subrayaba que la oportunidad de supervivencia de la democracia dependía de que la mayoría de la gente tuviera ideas vagas sobre los temas de política pública. La democracia, sostenía, implicaba incertidumbre

24 Albert Hirschman, “Acerca de la democracia en América Latina”, *La Ciudad Futura*, n° 1, agosto de 1986, p. 23.

25 *Ibid.*, p. 23.

no solo al nivel de los resultados sino también en las posiciones de los ciudadanos acerca del mejor camino a tomar o sobre la validez de las propias opiniones. Y era aquí, afirmaba, donde se encontraban los condicionantes al nivel de los valores: los latinoamericanos daban un valor importante a tener una opinión fuerte y a ganar una discusión más que a escuchar. La cultura latinoamericana, consideraba, parecía poco favorable a la aceptación de la incertidumbre, especialmente en el segundo de los sentidos. Ello explicaba, al menos en parte, la implantación de regímenes autoritarios que prometían certeza.²⁶

El planteo de Hirschman suscitó debate. La primera crítica, algo lateral, se encontraba en el comentario con el que Aricó acompañaba su publicación. Aricó valoraba el giro subjetivo que reemplazaba la búsqueda de condiciones por la de actitudes favorables a la democracia, y también rescataba “el desafío de navegar contra el viento”. Sin embargo, planteaba cierta disidencia al rescatar la tradición política latinoamericana que valoraba “la apetencia de futuro que permite a los hombres sostener un orden social al tiempo que pugnan por cambiarlo”.²⁷ Citando a Ortega y Gasset, subrayaba que ningún orden era posible sin la pregunta por el futuro y por un sentido que nacía de las aspiraciones y deseos reprimidos. Luego de recordar que los alemanes de posguerra señalaban, para sorpresa de ingleses y franceses, la necesidad de “amar la democracia o la república”, Aricó planteaba una similar toma de distancia respecto a la cultura política de los sajones y galos:

Tal vez nosotros, los latinoamericanos [...] estemos también enfermos de romanticismo. Pero así son las

²⁶ *Ibid.*, p. 24.

²⁷ José Aricó, “El desafío de navegar contra el viento”, *La Ciudad Futura*, n° 1, agosto de 1986, p. 24.

cosas y no hay posibilidad alguna de consolidar la democracia si se pretende soslayar ese sentimiento. Navegar contra el viento pero interrogándonos por el futuro.²⁸

Más dura era la crítica implícita en un artículo de Norbert Lechner publicado en el n° 3 de *La Ciudad Futura*. Emparentando los argumentos de Hirschman con los de Claude Lefort —quien afirmaba que “la democracia se instituye y se mantiene en la disolución de los referentes de certidumbre. Ella inaugura una indeterminación última en cuanto al fundamento del Poder, de la Ley y del Saber”—,²⁹ Lechner los ligaba con una “cultura posmoderna”, que al discurso obsoleto del progreso oponía un desencanto que concluía en un “realismo ramplón”. Argumentaba que asumir la incertidumbre de la historia no era suficiente ya que también era necesario hacerse cargo de las demandas de encanto. La secularización, subrayaba, venía de lejos y la tan denunciada sobreideologización de la política latinoamericana no era más que el intento de elaborar una visión omnicomprendiva que brindara las certezas que ya no aportaba la religión. Pero Lechner no se limitaba a dar cuenta de los dilemas de la secularización, sino que subrayaba cómo estos eran acentuados por la ausencia de creencias compartidas, pero también de los mecanismos de integración sistémica brindados en Europa por el mercado nacional y la burocracia estatal. El planteo, que remitía sin nombrarla a la distinción habermasiana entre integración social e integración sistémica, reaparecía al pensar los desafíos que afrontaba la instauración de la democracia en las sociedades latinoamericanas. Por un lado, y contra la

28 *Ibid.*, p. 24.

29 Norbert Lechner, “Sobre la incertidumbre”, *La Ciudad Futura*, n° 3, diciembre de 1986, p. 13.

reducción culturalista, sostenía que la integración nacional no podía sustentarse solamente en una identidad cultural, ya que la democracia necesitaba de una racionalización de las relaciones sociales. Por otro, y ante la mirada sistémica, afirmaba que aunque la democracia suponía el abandono de los principios absolutos y una secularización de la política, esta secularización no podía llegar al punto de eliminar todo criterio compartido para hacer reposar la unidad social solo en el mercado o la burocracia. Y, aludiendo a los argumentos esbozados por De Ípola y Portantiero, Lechner declaraba: “Sin referencias a la lógica y a la ética de la acción, las reglas de juego por sí solas no pueden constituir una comunidad”.³⁰

El cuestionamiento de la posibilidad de pensar unas reglas de juego neutrales también ocupaba el centro de la intervención de Jorge Dotti en el segundo número de la revista.³¹ Tomando distancia del discurso de muchos intelectuales ligados al alfonsinismo, e implícitamente también de los argumentos de Portantiero y De Ípola, Dotti rechazaba el intento de legitimar la democracia presentándola como el sistema de reglas racionales por excelencia. Sostenía que la democracia se despolitizaba al quedar asociada al conjunto de elementos trascendentales que posibilitaban toda comunicación discursiva, lo que suponía una reactualización de la teoría del contrato. Para estas perspectivas los conflictos de valores e intereses se ubicaban a un nivel inferior, y debían desenvolverse sin violar el pacto ya que si lo hicieran caerían en contradicción. Dotti afirmaba que aunque el discurso se apoyara en motivos loables, partía de una confusión: la posibilidad de comunicación surge de la especificidad del hombre

30 *Ibid.*, p. 13.

31 Jorge Dotti, “Democracia y socialismo: una decisión ética”, *La Ciudad Futura*, n° 2, octubre de 1986, p. 23.

como ser simbólico, la cual es axiológicamente neutral y posibilita tanto discursos democráticos como no democráticos. Esta distinción, afirmaba, no se sostenía a un nivel trascendental sino que surgía de una decisión que no necesitaba de fundamentaciones anteriores a sí misma. Dotti, siguiendo en esto a Carl Schmitt, invertía el argumento: la búsqueda de un fundamento absoluto de la democracia llevaba paradójicamente al resultado totalitario de negar que el adversario pudiera tener razón. Si las posiciones de los actores políticos se asociaban con principios asociados a una subjetividad trascendental ubicada en el plano del conocimiento, el conflicto no podía ocupar ningún lugar, no había espacio legítimo para el reconocimiento de los rasgos socioeconómicos, y tampoco para el antagonismo cultural profundo.

Pasando a la cuestión del socialismo, Dotti señalaba que si el discurso formal que cuestionaba no permitía una justificación positiva de éste, sí podía ser empleado para rechazar una profundización socialista de la democracia. El autor subrayaba que el socialismo se sostenía en la decisión ética en torno al valor de la igualdad, decisión que debía ser afirmada frente a la indistinción cuantificante contenida en las normas. Para que el pacto no fuera un mero consenso políticamente mudo y se convirtiera en socialización, en democratización efectiva de lo público, era necesario atender a los enfrentamientos sociales y a los factores de poder. El socialismo, concluía, reconocía la corporeidad de lo social, surcado por el antagonismo, frente a la neutralidad de la “regla del juego”.³²

De la Revolución a la democracia

La noción de “antagonismo”, central en el argumento de Dotti, ocupaba también un lugar decisivo en la relectura

32 *Ibid.*, p. 23.

que, en un artículo también publicado en el n° 2 de *La Ciudad Futura*, proponía Portantiero respecto de la historia de la izquierda argentina y latinoamericana.³³ El mismo se abría destacando la enorme influencia que el maoísmo había tenido en los años sesenta y setenta, subrayando su impacto en el clima cultural, pero sobre todo la influencia teórica que se había plasmado en la omnipresente “utilización del concepto de contradicción dialéctica como base para una supuesta construcción científica de la política”.³⁴

Sin echar culpas a terceros y tomando como ejemplo su artículo “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual” —que apelaba a la distinción entre contradicción primaria y secundaria para explicar los conflictos políticos de la Argentina a comienzos de los años setenta—, Portantiero argumentaba que la recuperación de la veta hegeliana de Lenin por Mao no era más que una “trampa”. El “análisis concreto de condiciones concretas”, explicaba siguiendo a Lucio Colletti, solo ilustra el movimiento del concepto; la historia seguía desplegándose en un sentido predeterminado, y la tarea de la ciencia seguía siendo la de descubrir la realidad oculta tras las apariencias. La política era expresión de sujetos transformadores que estaban predeterminados por las leyes históricas y no por el proceso histórico de su constitución.

El de la “constitución política de las clases” era un problema de largo aliento en la obra de Portantiero. Sin embargo, en esta ocasión el planteo remitía menos a los escritos de Gramsci que a la línea que poco tiempo antes habían trazado Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en “Hegemonía y estrategia socialista”. Del planteo de estos autores —que distinguían

33 Juan Carlos Portantiero, “De la contradicción a los conflictos”, *La Ciudad Futura*, n° 2, octubre de 1986, p. 24.

34 *Ibid.*, p. 24.

entre una lógica de la equivalencia que dividía el campo político en espacios dicotómicos, y otra de la diferencia—, que lo complejizaba, Portantiero extraía dos consecuencias de importancia: la primera, que era necesario abandonar la prescripción de una política científica que buscara presentarse como la simple lectura de “contradicciones objetivas”; la segunda, que los puntos de contestación eran múltiples y que “los procesos de cambio en las sociedades complejas se resisten a ser expresados en antagonismos binarios”.³⁵

Era en base a este segundo principio, que sería relativizado por el último Laclau, que Portantiero proponía una relectura de los cambios en la política de izquierda. Mientras la izquierda contestataria de los años setenta se había basado en la lógica de la equivalencia y la simplificación del espacio político en torno a un principio —ya fuera la clase, el pueblo o la nación— que organizaba la relación antagonica entre amigos y enemigos; la izquierda de los años ochenta cuestionaba la idea de revolución en tanto “acto absoluto” que marcaba una discontinuidad histórica luego de una acumulación de fuerzas. Mientras la primera había buscado la “contradicción fundamental” que estructuraba una formación social, la segunda reconocía la existencia de una “multiplicidad de las demandas” y afrontaba una dinámica compleja de articulación de “problemas-temas-conflictos-reformas”. La revisión propuesta, concluía, suponía la postulación del socialismo como “ampliación —como invención dirían algunos— de la democracia”.³⁶

Era también en términos de transición entre distintas épocas de la historia de la izquierda que se estructuraba el artículo de Lechner “De la revolución a la democracia”.³⁷ El chileno

35 *Ibid.*, p. 24.

36 *Ibid.*, p. 24.

37 Norbert Lechner, “De la revolución a la democracia”, *La Ciudad Futura*, n° 2, octubre de 1986, pp. 33-35.

recordaba que en los años sesenta, en unas sociedades latinoamericanas caracterizadas por el estancamiento económico y la movilización política, muchos habían interpretado la situación como pre-revolucionaria, postulando que los bloqueos a la modernización capitalista darían paso a los cambios rápidos en la senda cubana. En cambio, señalaba, en los años ochenta el eje articulador del debate latinoamericano ya no era la revolución sino la democracia. A la constatación seguía la pregunta: ¿los vientos de democratización constituyen un “clima coyuntural” o abren a una transformación social?

Para responder, Lechner reconstruía cómo la preocupación democrática había transformado la agenda de las ciencias sociales latinoamericanas. Explicaba que las dictaduras de los años sesenta y setenta, caracterizadas por propósitos refundacionales y por la adopción de una lógica de aniquilación del adversario, habían forzado a los intelectuales a la adopción de un discurso de los derechos humanos. En un primer momento ello había llevado a colocar el centro de la indagación en la determinación de “los orígenes y naturaleza del nuevo régimen autoritario”, búsqueda en la que el Estado aparecía como el eje aglutinador de investigación. Sin embargo, argumentaba, hacia 1981 el estudio del Estado se había interrumpido. Lechner lo atribuía a que la crítica al “estado burocrático autoritario” había desembocado en el cuestionamiento de la concepción estatalista de la política, cambio particularmente fuerte en una izquierda que había pensado que era a través de la intervención estatal que la población dejaría atrás la miseria. El rostro omnipotente del Estado ya no era percibido en su faz keynesiana sino hobbesiana, y era frente al Leviatán que se invocaba al fortalecimiento de la sociedad civil.³⁸

38 *Ibíd.*, p. 33.

A comienzos de los años ochenta el foco intelectual había pasado del autoritarismo a la democratización. Ese tránsito suponía, por un lado, una *revalorización de la política*, lo que implicaba su distinción de la guerra, la recuperación de la “condición humana de la pluralidad”, el cuestionamiento a la idea de que la política se expresase en sujetos preconstituidos y el rechazo a las miradas “instrumentalistas” que abordaban el presente como una simple etapa en la transición hacia la utopía futura. También suponía una *revalorización de la sociedad civil*, lo que se asociaba con la búsqueda de arraigar la democratización en los “problemas concretos de la gente común”. Con ambivalencia subrayaba que los intentos de reconstrucción del tejido social obedecían a la herencia de dictaduras devastadoras pero que también habían estado influidos por la recepción de planteamientos neoliberales. Y lamentaba que las apuestas que buscaban la superación de la tradición estatalista derivaran en muchas ocasiones en la adopción de un “liberalismo ingenuo”.³⁹

La mirada crítica de Lechner respecto de varias de las apuestas de la “transición democrática” reaparecía al dar cuenta del surgimiento del discurso neocontractualista que planteaba la necesidad de estrategias de concertación que fijaran las “reglas de juego” fundamentales para la vida política. Subrayaba que las aporías clásicas de la teoría democrática, como la tensión entre pluralidad y voluntad colectiva, se veían acentuadas en América Latina por la ausencia de hábitos y normas compartidas en las cuales apoyarse. Retomando un viejo tema de la filosofía política, Lechner se interrogaba sobre el origen de la fuerza normativa del pacto. Sostenía que en América Latina no existía un consenso social sobre el que fundar el reconocimiento de los procedimientos institucionales. A ello se agregaba que, a

39 *Ibid.*, p. 34.

diferencia de lo que sucedía en los pactos neocorporativos europeos, tampoco los actores de los procesos políticos se hallaban claramente delimitados, sino que debían ser producidos por la dinámica política. Por ello, “el pacto no sería exterior y posterior a los sujetos sino la institucionalidad por medio de la cual y junto con la cual se constituyen las identidades colectivas”.⁴⁰

Volviendo a ligar los desafíos que enfrentaban las sociedades latinoamericanas con la cuestión de la secularización, Lechner subrayaba que en sociedades tan cargadas de religiosidad la práctica política aparecía lastrada por una búsqueda de salvación. El chileno lamentaba esta pesada carga, pero también rechazaba el extremo opuesto de una hipersecularización de la política que, sólo atendiendo a la racionalidad formal, convocaba a la renuncia a toda utopía. Ello lo llevaba a interrogarse por el lugar que las nuevas izquierdas latinoamericanas daban al socialismo. Consideraba importante que los intelectuales se hubieran volcado hacia la cuestión de la democracia, pero lamentaba que el cuestionamiento de la visión dogmática de la lucha de clases hubiera derivado en una mirada que, enfatizando el compromiso, corría el riesgo de “forjar una ‘neutralización despolitizadora’ de los conflictos sociales, forjando una visión armoniosa y, por tanto, equivocada de la democracia”.⁴¹ Lamentaba también que a las lecturas que postulaban al socialismo como resultado de la necesidad histórica solo se hubiera contrapuesto una perspectiva genérica que imaginaba “el socialismo como profundización de la democracia”, ya que esta mirada atendía escasamente a las tensiones entre la prioridad dada a los procedimientos formales y la lucha contra la explotación económica y la desigualdad social. El

40 *Ibid.*, p. 35.

41 *Ibid.*, p. 35.

chileno buscaba cerrar su intervención con un tono esperanzado y planteaba la presunción de que la misma democratización repondría el tema del socialismo. Pero lo que auguraba era menos un regreso que una novedad, ya que su actualidad “no radicaría en la creación de un ‘hombre nuevo’ (Che Guevara) sino en la dinámica de un *proceso de subjetivación*, siempre tensionado entre la utopía de una subjetividad plena y las posibilidades de la *reforma institucional*”.⁴²

Como deja ver la frase de Lechner, la toma de distancia respecto a la postura revolucionaria no remitía solo a contenidos genéricos sino también a una figura como la del “Che”, icónica para la izquierda argentina y latinoamericana. Sería a partir de esa figura que, invirtiendo el camino de la crítica planteada en los años del exilio,⁴³ *La Ciudad Futura* pasaba de la crítica de la revolución a la crítica de la violencia armada.

La crítica de las armas

En octubre de 1987 se cumplieron veinte años de la muerte del Che Guevara. En el n° 7 de *La Ciudad Futura* Portantiero y Aricó publicaron dos artículos que combinaban un emocionado recuerdo de su figura y un duro juicio sobre su legado.

Portantiero relataba el encuentro que había mantenido con Guevara en 1961, y señalaba la herencia criolla y patricia de Guevara, encontrando en esa estirpe “hidalga” un antecedente de su espíritu aventurero.⁴⁴ El quijotismo del Che, conjeturaba, se ligaba con un linaje hispano-criollo que, en

42 *Ibíd.*, p. 35. Las cursivas son del original.

43 Sobre cómo en los debates del exilio la crítica parte de los debates sobre la violencia armada para alcanzar luego la idea misma de revolución, *cfr.* el capítulo de Matías Farías, “Un epilogo...”.

44 Juan Carlos Portantiero, “Ernesto Guevara, argentino”, *La Ciudad Futura*, n° 7, octubre de 1987, p. 11.

oposición a otros sectores de las clases altas, anteponía el valor al dinero. El sociólogo presentaba a Guevara como un joven patricio económicamente desclasado con gran pasión por los humildes e ideales confusamente libertarios. Este joven, subrayaba, no encontraba lugar en la Argentina: había roto con la avidez mercantil de las elites, no podía ser peronista y tampoco creía en una izquierda alejada de las masas.

Portantiero subrayaba que el recorrido de Guevara podía leerse como una ruptura con su clase y con su país. Sin embargo, y como la indagación en clave sociológica no permitía dar cuenta de la continua obsesión del Che por la Argentina, pasaba a cierto registro psicológico relacionando esa pasión con una deuda impaga que el guerrillero habría tenido con su país. Queriendo saldarla, argumentaba, había organizado la guerrilla del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) y, cuando ésta había sido derrotada, había ofrendado su propia vida en la “aventura de Bolivia, que no era sino una estación hacia la Argentina. En las selvas trágicas se consumó una pasión no correspondida”.⁴⁵ Un fuerte tono personal marcaba el final del artículo, donde destacaban las palabras “aventura” y “tragedia”.

El tono autobiográfico caracterizaba también el artículo de Aricó que cerraba ese número de *La Ciudad Futura*.⁴⁶ El cordobés recordaba que al enterarse de la muerte del Che había sentido tristeza y desasosiego, pero no sorpresa. Y ello, explicaba, porque se trataba de una muerte anunciada: el Che solo podía terminar sus días de ese modo, peleando por lo que creía justo, y convirtiéndose en un símbolo de rebeldía. Eso, recordaba Aricó, ya lo había percibido en un encuentro mantenido en 1965, luego de la derrota del EGP,

45 *Ibid.*, p. 14.

46 José Aricó, “La sed de absoluto”, *La Ciudad Futura*, n° 7, octubre de 1987, p. 32.

en el que él había argumentado que la guerrilla rural no podía ser una experiencia válida en la Argentina de su tiempo. Guevara no había compartido sus juicios considerando que se trataba solo de una batalla perdida. Aricó juzgaba que sus argumentos, basados en el reconocimiento de la propia debilidad y en la necesidad de recomenzar una construcción desde abajo, poco podían atraer a “un luchador poseído por la sed de absoluto como era el Che”.⁴⁷

Aricó recordaba que, aunque la muerte de Guevara había sido experimentada como el fin de una época, pronto habían surgido nuevas ilusiones que habían bloqueado una reflexión más profunda acerca “del sentido, la naturaleza y los caminos de una verdadera lucha por la reflexión social”.⁴⁸ El cordobés concluía su artículo planteando la necesidad de avanzar en esa línea e indagación, y afirmaba que la lección del Che no debía pasar por la insistencia en el error sino por el valor, necesario para aventurarse a plantear una objeción. Así destacaba las palabras que Alexander Herzen había dedicado a su amigo Mijaíl Bakunin:

Tu te lanzas adelante como antes [...] derrumbando los obstáculos y respetando a la historia solo en el porvenir. Yo no creo en los caminos revolucionarios de una época y me esfuerzo por comprender el paso humano en el pasado y en el presente, para saber caminar junto a él, sin quedarme atrás ni correr hacia delante, hacia un lugar donde los hombres no me seguirán, no pueden seguirme.⁴⁹

47 *Ibíd.*, p. 32.

48 *Ibíd.*, p. 32.

49 *Ibíd.*, p. 32.

El “viejo revolucionario”, subrayaba Aricó, había necesitado de un gran coraje para decir estas difíciles palabras en un medio adverso. Del mismo modo, agregaba asumiendo el lugar de Herzen y la postura de “viejo revolucionario”, tampoco era fácil decirlas a una izquierda argentina que se resistía a extraer las lecciones de los hechos.

En el número siguiente de *La Ciudad Futura*, dos intervenciones continuaron el debate sobre la figura del Che, y elípticamente sobre su herencia en la izquierda argentina. Por un lado Oscar Valdovinos, dirigente del Partido Intransigente (PI) que había compartido con Guevara el primer viaje por Ecuador y Guatemala, brindaba un relato testimonial que, proponiendo “humanizar el mito”, lo agigantaba.⁵⁰ Valdovinos destacaba la personalidad y el humor de Guevara y daba cuenta de su escasa experiencia militante, su rápido aprendizaje político y sus tensiones con el Partido Comunista guatemalteco. Luego de contar su despedida del Che, Valdovinos cerraba su intervención distinguiendo entre las posiciones adoptadas en el plano teórico, que extraían consecuencias generales de experiencias singulares e intransferibles, y la figura del militante revolucionario “capaz de entregar su vida por ideales que lo animaron siempre más allá de categorías ideológicas”.⁵¹

Sería justamente esa entrega de la vida lo que sería puesto en cuestión por Sergio Bufano.⁵² A diferencia de Portantiero, Aricó y Valdovinos, Bufano no había conocido al Che; sin embargo su intervención también se iniciaba en clave personal relatando la primera vez que había leído

50 Oscar Valdovinos, “La juventud de un hombre libre”, *La Ciudad Futura*, nº 8-9, diciembre de 1987, pp. 6-7.

51 *Ibid.*, p. 7.

52 Sergio Bufano, “La novia de todos”, *La Ciudad Futura*, nº 8-9, diciembre de 1987, p. 7.

el famoso párrafo en el que Guevara, luego de lanzar la consigna de crear muchos Vietnam, daba bienvenida a la muerte si esta hacía que otros tomaran su lugar en la batalla. Bufano reconstruía las condiciones en que él y otros habían leído el texto. Se trataba, recordaba, de jóvenes que habían abandonado los partidos de la izquierda tradicional, el socialista y el comunista, y a los que la historia argentina parecía enseñarles que al poder sólo se accedía por la fuerza. Bufano explicaba que la altanería militar y la atmósfera de falta de libertad de la Argentina de Onganía empujaban a la lucha pero, agregaba, abriendo el capítulo autocrítico, también lo hacía el desprecio juvenil por la democracia. Recordaba con culpa que ya en 1964 había apoyado el plan de lucha encabezado por José Alonso y Augusto Vandor, y lo explicaba menos por ingenuidad que por el deseo de que las contradicciones se aceleraran. Era justamente en ese momento, destacaba, que junto a otros jóvenes habían leído el elogio de Guevara a la ametralladora y al odio al enemigo.

Bufano subrayaba, quizás asignando demasiada responsabilidad al Che, que los jóvenes que habían escuchado el llamado de esa figura legendaria ya no podían convertirse en sencillos ciudadanos sino que se veían convocados a sumarse a su lucha por la segunda independencia. Lamentaba que, después de la muerte de Guevara, los “Ches” se hubieran multiplicado para morir, muchos de ellos en combate o en oscuras salas de tortura. La muerte había sido, tal y como proclamaba Guevara, “la novia de todos”, pero el resultado no había sido el deseado: ni los campesinos bolivianos ni los obreros industriales de Buenos Aires habían escuchado el llamado. Bufano lo explicaba: “el atractivo juego que ofrece la muerte solo unos pocos lo juegan. La guerra [...] pertenece a la lógica de las minorías”.⁵³ Luego de declarar que no se atrevía a juzgar

53 *Ibid.*, p. 7.

al Che, él mismo seducido por la muerte y la estética del coraje, Bufano concluía preguntándose qué habría sentido antes de ser asesinado por dos oficiales borrachos que dejaban ver la falta de gloria de toda muerte.

Si la citada intervención de Guevara había presentado a la muerte como un testimonio que convocaba a otros a seguir su camino, la de Bufano impugnaba tal convocatoria. Del “Che” podía rescatarse su compromiso con los oprimidos pero nunca el mensaje de muerte contenido en su testamento. Las últimas palabras de Bufano no eran para Guevara, sino para esos adolescentes que, habiendo leído sus palabras en una casa de Belgrano, se habían lanzado en brazos de la muerte, “la novia de todos sin saber —porque *después* lo supimos— que existían otros actos solidarios, menos dolorosos, menos absolutos, menos crueles, para combatir la injusticia”.⁵⁴

Pero, tal y como sucediera en *Controversia*,⁵⁵ también en *La Ciudad Futura* la crítica a la violencia revolucionaria alcanzaría su punto más profundo y doloroso en la intervención de Héctor Schmucler.⁵⁶ Como los artículos referidos a la figura del Che, el punto de partida del de Schmucler era personal, pero en este caso el lugar de enunciación no era el del militante sino el del padre. Con emoción apenas contenida, relataba cómo, en 1977 y ya en el exilio mexicano, había recibido la noticia de la desaparición de su hijo Pablo, militante montonero, y también narraba los intentos desesperados por encontrarlo. Contaba también que, aunque con los años había cesado el frenesí, la confusión y el miedo seguían. Haciendo de esos sentimientos el centro de su indagación, Schmucler constataba la continuidad de ciertos miedos: a los represores, pero también a plantearse preguntas.

54 *Ibíd.*, p. 7. Las negritas son del original.

55 Sobre la intervención, decisiva, de Schmucler en las páginas de *Controversia*, *cfr.* el capítulo de Matías Farías, “Un epílogo...”.

56 Héctor Schmucler, “Miedo y confusión”, *La Ciudad Futura*, n° 10, abril de 1988, pp. 12-13.

La confusión y el miedo, subrayaba, se habían visto acentuados por la reaparición de la tragedia en la Semana Santa de 1987. Schmucler recordaba las palabras de Alfonsín respecto a los “héroes de Malvinas”, y lo hacía menos para acusar al presidente por su retroceso que para interrogar la condición de “héroe”. El héroe, subrayaba, solía ser el enemigo de otro, lo que lo llevaba a plantear el parentesco entre Malvinas y la otra guerra, la “sucía”, que la había precedido. Con este recorrido Schmucler tematizaba la cuestión de la violencia, lamentando que poco se la debatiera en la Argentina de los años ochenta. Para tratarla retomaba la figura de Rodolfo Walsh, subrayando que su carácter de militante montonero había sido borrado. Las palabras de Schmucler no se orientaban, como sucedería con otras posteriores, a la reivindicación de ese carácter sino al señalamiento de que ese borramiento llevaba a la incompreensión del sentido de las acciones de quienes pensaban estar librando una guerra. Los guerrilleros, afirmaba, habían compartido con sus represores la creencia en la fuerza liquidadora de las armas ante la cual el otro no merecía ninguna consideración. Schmucler lo probaba con una serie de citas de la organización Montoneros, a la que él y su hijo habían pertenecido. La última, de Mario Firmenich, rezaba: “Nosotros hacemos de la organización un arma [...] y, por lo tanto, sacrificamos la organización en el combate a cambio del prestigio político, tenemos cinco mil cuadros menos, pero ¿cuántas masas más? Este es el detalle”.⁵⁷

A Schmucler no le interesaba evaluar si la apreciación era correcta en lo referente a la influencia de masas de Montoneros, sino subrayar lo estremecedor de un juicio que consideraba a los cinco mil muertos como un simple instrumento. La instrumentalidad, subrayaba, se fundaba en la certeza de un futuro que justificaba los sacrificios

⁵⁷ *Ibid.*, p. 13.

actuales. El planteo, explicaba, se emparentaba con las utopías modernas, el capitalismo y el socialismo, que imaginando construir la totalidad habían hundido sus raíces en el nihilismo. Argumentaba que, aunque los militantes habían buscado acabar con la injusticia y la humillación, las revoluciones solo habían contribuido a sembrar el desasosiego.

Antes de cerrar el artículo Schmucler volvía a adoptar un tono personal, recordando la última vez que había visto a su hijo. Relataba que había intentado convencerlo de que abandonara el camino que lo llevaba a una muerte inútil, pero que Pablo había preferido la fidelidad a sus compañeros. Ante ello, y trazando un paralelo con la figura de Cristo, se interrogaba por la propia responsabilidad en que su hijo creyera no tener familia y sacrificara su vida por su organización. El final remitía al futuro, imaginando que cuando las preguntas superaran la confusión, los miedos ya no paralizarían y se podría “saber que hay bien y que hay mal. Que no todos somos culpables de todo, pero que ninguno es inocente”.⁵⁸

Tanto los artículos publicados en el aniversario de la muerte del Che, como la intervención de Schmucler, trataban de una violencia que se suponía pasada. Pronto los miembros de la revista descubrieron, con temor, que la experiencia de la violencia armada no estaba del todo clausurada. Es, creemos, ese temor ante el posible regreso de la violencia armada, el que permite explicar la dureza con que los miembros de *La Ciudad Futura* recibieron el intento de copamiento del cuartel de La Tablada por parte del Movimiento Todos por la Patria (MTP) en enero de 1989.

El n° 15, publicado en el mes de marzo, incluía varias intervenciones, todas ellas muy críticas, sobre el copamiento.

58 *Ibíd.*, p. 13.

Julio Godio, un intelectual con fuertes vínculos con el movimiento obrero y la Internacional Socialista, y habitual colaborador de la revista, afirmaba que la acción mostraba que los núcleos ideológicos que intentaban impedir la consolidación democrática no se hallaban sólo a la derecha del espectro político.⁵⁹ Subrayaba que, del mismo modo que había una “derecha no civilizada”, conservadora y autoritaria, también existía una izquierda elitista y violenta que, apoyada en una lectura primitiva del marxismo, consideraba a la democracia como un mero espacio para acumular fuerzas en vistas al momento insurreccional. Godio advertía que esta postura tenía raíces en distintas tradiciones de la izquierda argentina: el insurreccionalismo anarquista que concluía en el terrorismo de los “expropiadores”; el stalinismo que postulaba una “dictadura del proletariado”; la teoría peronista de una “revolución desde arriba” que disolvía la sociedad civil en el estado justicialista y la sociedad política plural en la comunidad organizada; el foquismo que, contraponiendo un Estado visto como dictadura de la clase dominante a un pueblo inerme y descreído del sistema político, proponía una insurrección armada que instaurara un gobierno revolucionario apoyado en un ejército revolucionario y popular. Estas teorías, lamentaba, habían cristalizado en una cultura de izquierda que, en buena parte de sus organizaciones y no solo en el MTP, seguía pensando a la política en clave militar. Godio recordaba que, aunque el autoritarismo de derecha y el de izquierda constituían dos caras de la misma moneda, la cara de la derecha siempre había quedado hacia arriba. Esto, señalaba, se estaba repitiendo en esos días: la “aventura terrorista” fortalecía a los sectores de las Fuerzas Armadas que pedían la reimplantación de la Doctrina de la Seguridad Nacional y, a la vez, acentuaba la

59 Julio Godio, “¿Por qué la mezcla de terroristas y estafados?”, *La Ciudad Futura*, n° 15, febrero-marzo de 1989, pp. 4-5.

confrontación entre el radicalismo y un peronismo que acusaba al gobierno de complicidad con los guerrilleros. La intervención apelaba a la imagen de las dos Argentinas —una que pretendía dejar atrás el autoritarismo, otra que persistía en él—, para concluir que “las naves han sido quemadas, y no hay retroceso para quienes están dispuestos a enfrentar simultáneamente y con la misma decisión a carapintadas o insurreccionalistas mesiánicos”.⁶⁰

Aun más dura era la condena planteada por Portantiero.⁶¹ Como Godio, denunciaba que el ataque terrorista alimentaba la prédica antidemocrática y la caza de brujas, pero el director de *La Ciudad Futura* agregaba que el hecho no podía rechazarse solo por sus consecuencias políticas sino que lo más importante era condenar el uso de la violencia para dirimir conflictos políticos, especialmente en democracia. Retomando algunos de los argumentos planteados por Schmucler, lamentaba que buena parte de la sociedad argentina, sin profundizar en la reevaluación del pasado, hubiera juzgado el uso de la violencia solo en términos de error metodológico. Frente a ello, y apelando a categorías éticas, Portantiero trazaba una frontera absoluta: “quienes coparon La Tablada son asesinos, no compañeros equivocados [...] mi diferencia respecto de ellos es tan absoluta que o bien la izquierda no es lo que ellos dicen o yo no soy de izquierda”.⁶²

La voz colectiva de la revista, expresada en el editorial de ese n° 15, también mostraba una “condena total y sin reservas” al ataque al cuartel.⁶³ Diferenciándose de lo planteado por Portantiero, el texto se orientaba menos a la condena moral

60 *Ibid.*, p. 5.

61 Juan Carlos Portantiero, “La distancia entre la política y el terror”, *La Ciudad Futura*, n° 15, febrero-marzo de 1989, p. 6.

62 *Ibid.*, p. 6.

63 *La Ciudad Futura*, “Esta pelea también es la nuestra”, *La Ciudad Futura*, n° 15, febrero-marzo de 1989, pp. 3-4.

que a la evaluación de las consecuencias políticas negativas que acarrearían los sucesos. Alertaba acerca de la existencia de muchos que aprovechaban lo ocurrido para enjuiciar no solo a quienes habían violado la ley y asesinado, sino a todos los que profesaban ideas de izquierda. La derecha, se explicaba, no temía al mesianismo terrorista de izquierda sino a un gobierno democrático dispuesto a emprender las reformas necesarias para garantizar la estabilidad política y la justa distribución de la riqueza. Pero las críticas no se limitaban a “la derecha” sino que alcanzaban también a Carlos Menem, candidato peronista para los cercanos comicios presidenciales quien, se denunciaba, pretendía retrotraer el papel de los militares a la situación previa a 1983. Debe subrayarse que el juicio no englobaba a todos los peronistas sino que trazaba una frontera entre quienes defendían la democracia, los derechos humanos y la no violencia, y quienes cuestionaban esos principios, divisoria que cruzaba todos los alineamientos partidarios y tradiciones ideológicas. Tal frontera dividía también a la izquierda, separando a la democrática de quienes llevaban acciones terroristas pero también de quienes las “alimentaban”. Como podemos ver, el argumento no se dirigía solo a un MTP ya diezmado sino también, y principalmente, a los sectores de izquierda que mantenían una hipótesis revolucionaria que impedía valorar la democracia, habilitando a paliar la propia incapacidad política con apuestas violentas.⁶⁴

64 El principal blanco de la crítica parecía ser el Partido Comunista (PC). En una intervención publicada en ese mismo número de *La Ciudad Futura*, Aricó sostenía que era la escasa influencia política de las fuerzas de izquierda la que las llevaba a soñar con el salto a un futuro revolucionario. Citaba como ejemplo a un PC que, sobre todo a partir de su XVI Congreso, había adoptado un discurso populista y apuntado todos sus cañones contra el gobierno radical. Retomando comentarios realizados tiempo atrás en los que dejaba ver la desconfianza por el giro voluntarista y guerrillero del PC, Aricó denunciaba que ese partido, aun sin dar un apoyo explícito a la acción del MTP, no la había condenado. José Aricó, “Contra la lógica de la guerra”, *La Ciudad Futura*, n° 15, febrero-marzo de 1989, p. 7.

Ante los sucesos, *La Ciudad Futura* retomó su vieja prédica acerca de la necesidad de construir un consenso en el que fundar la convivencia democrática. Los miembros de la revista hacían votos para que la experiencia abriera la posibilidad de un diálogo que permitiera consensuar “una definición mínima de la democracia”. El planteo, que remitía al pensamiento de Norberto Bobbio, implicaba entender a la democracia como “un escenario sometido a reglas que todos se comprometen a respetar, donde el conflicto social se tramite eludiendo la violencia y la guerra civil”.⁶⁵ Un pacto así planteado tenía condiciones: una de ellas, subrayaban, era la presencia de una visión laica de la política que suponía que el conflicto era no sólo una condición de la vida social, que no sería eliminada en un ningún paraíso futuro, sino un elemento beneficioso, ya que a través del mismo se daba la construcción de un mundo mejor. El planteo proponía una reinterpretación del propio legado y aun de la figura de Marx a quien, en tanto teórico de un conflicto que ya no podía ser leído en clave teleológica, se pensaba como continuador del liberalismo.

El editorial se cerraba reconociendo que los sucesos de La Tablada planteaban un desafío a la izquierda democrática. Ella debía demostrar que no estaba dispuesta a permitir que nadie, y tampoco aquellos que decían luchar por una sociedad más justa, atacara la democracia. La izquierda argentina, concluía retomando los argumentos de Schmucler, debía admitir la caducidad de parte de su tradición y, junto con ella, “desprenderse de ese pesado lastre de intolerancia por los hombres concretos [...] que nos está vedando la posibilidad de medirnos con el presente para construir el futuro”.⁶⁶

65 *Ibid.*, p. 3.

66 *Ibid.*, p. 4.

Balances melancólicos

A mediados de 1989, luego de los sucesos de La Tablada y del inicio de la hiperinflación, las ilusiones que los miembros de *La Ciudad Futura* habían depositado en la apuesta reformista de Alfonsín aparecían defraudadas. Se acercaba la hora del balance y de la búsqueda de explicaciones.

A tal tarea estaría dedicado un suplemento incluido en el n° 16 de la revista, el que incluía una sección titulada “Los bloqueos de la reforma”. El texto que la abría, escrito por Aricó, trazaba una evaluación fuertemente crítica de la actuación de radicales y justicialistas, a quienes consideraba principales responsables del agotamiento del impulso transformador.⁶⁷ El cordobés afirmaba que no podía esperarse que la renovación de la sociedad argentina surgiera de estas fuerzas, que coparticipaban de un sistema estancado, y que, por el contrario, era la sociedad la que debía ponerse en movimiento para provocar una renovación de la clase política. Para ello consideraba necesaria la creación de un espacio público en el que pudieran dilucidarse los obstáculos que un movimiento reformador debía enfrentar. Tal iluminación, subrayaba en implícita polémica con algunos de sus compañeros de revista, implicaba desnudar los límites del reformismo alfonsinista.

Mientras la intervención de Aricó se centraba en la responsabilidad de radicales y peronistas, Portantiero volvía a trazar una evaluación, también negativa, de las posiciones de la izquierda política en la transición democrática.⁶⁸ Explicaba que las formaciones de izquierda, sin saber encontrar su lugar en el sistema político en formación, habían

67 José Aricó, “Los bloqueos de la reforma”, *La Ciudad Futura*, n° 16, abril-mayo de 1989, p. 9.

68 Juan Carlos Portantiero, “La transición democrática y la izquierda política”, *La Ciudad Futura*, n° 16, abril-mayo de 1989, pp. 9-10.

continuado con las posiciones del pasado. La izquierda había seguido dividida entre el vector “nacional popular”, adoptado en clave entrista, y el “alternativista”, planteado en clave vanguardista. Uno y otro, subrayaba, compartían la minusvaloración de una democracia política a la que consideraban puramente formal. Citando como prueba la vacilación que habían mostrado las fuerzas progresistas ante el “asalto al cuartel de la Tablada”, Portantiero manifestaba la esperanza de que, ante la reaparición del espectro guerrillero, se produjera una división ideológica que trazara una frontera entre las fuerzas de izquierda que valoraban la democracia política y aquellas que mantenían el “jacobinismo de las vanguardias armadas que actuaban en nombre del pueblo”.⁶⁹

El balance negativo sobre los resultados de la apuesta reformista emprendida en 1983 se acentuaría a partir del triunfo de Menem en los comicios presidenciales de mayo de 1989 y, sobre todo, a partir de las políticas que implementó desde su llegada al gobierno en julio de ese año. Dejando ver su desconcierto ante “la coalición entre peronismo y neoconservadurismo”, *La Ciudad Futura* abría su n° 17-18 con un editorial que llevaba el expresivo título “¿Y ahora qué?”.⁷⁰ En él se explicaba que el drama vivido desde 1983 se ligaba con un régimen que había buscado el paso del autoritarismo a la democracia pero que no había acertado en la superación de una fase histórica del capitalismo argentino.⁷¹ Los editores reconocían que, quizás por

69 *Ibíd.*, p. 10.

70 *La Ciudad Futura*, “¿Y ahora qué?”, *La Ciudad Futura*, n° 17-18, julio-septiembre de 1989, pp. 3-4.

71 Hacia fines de los años ochenta, los directores de *La Ciudad Futura* darían especial importancia a la caracterización de un modelo de acumulación —el nacido en los años treinta y caracterizado por la substitución de importaciones y la centralidad del actor estatal— que, sostenían, había entrado en crisis terminal. Una izquierda moderna, afirmaban, debía hacerse cargo de esa crisis, planteando alternativas que dejarán atrás el viejo estatismo pero

la ansiedad de reconstruir un régimen democrático luego de décadas de autoritarismo, ellos mismos habían recaído en una exageración “politicista” que desdeñaba los hechos sociales estructurales. Atendiendo a estos hechos, argumentaban que en los meses anteriores se había producido un golpe de Estado, un “golpe seco” a partir del cual los grupos económicos se habían mostrado capaces de jaquear al poder político, no solo al de Alfonsín sino al del propio Menem. Los grupos económicos, subrayaban, ya habían anunciado cuál era su propuesta de sociedad: un capitalismo salvaje, un país exportador, con bajas tasas de inflación pero alta desocupación y bajos salarios.

Como en tantas otras ocasiones, la intervención de *La Ciudad Futura* se cerraba con una toma de posición en el espacio de la izquierda. Esta posición era “modernizadora”: se afirmaba que la salida a la situación presente no se halla en el pasado; y “reformista”, ya que se suponía que no era pensable una reestructuración que no pasara por un acuerdo con sectores capitalistas. La pregunta que planteaban con angustia los editores de la revista era cuáles podían ser los términos de una reestructuración llevada adelante por una burguesía en ofensiva. Ello llevaba a una cuestión central para la apuesta democrática que había sostenido *La Ciudad Futura*: ¿cuánta democracia era compatible con una transformación que, se preveía, dividiría a la sociedad y produciría más pobreza? La transformación en curso, se auguraba, abriría nuevos debates en el peronismo, el radicalismo y también en la izquierda.

sin recaer en el endiosamiento del mercado que pregonaba el neoliberalismo triunfante. *Cfr.* Martínez Mazzola (2015).

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2004). "Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista", Novaro, M. y Palermo, V., *La historia reciente: Argentina en democracia*. Buenos Aires, Edhasa.
- . (2010). "Raúl Alfonsín y la fundación de la "segunda república", Gargarella, R., Murillo, M. V. y Pecheny, M. (comps.), *Discutir Alfonsín*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Aricó, J. (1988). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires, Puntosur.
- Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de "Pasado y Presente"*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Martínez Mazzola, R. (2015). "Intelectuales en búsqueda de una tradición. Aricó y Portantiero lectores de Juan B. Justo", Lazeretti, A. R. y Suárez, F. M. (coords.), *Socialismo y democracia*. Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Montaña, M. J. (2012). "Más allá del pesimismo de Tocqueville y del optimismo de Marx. Socialismo, democracia y liberalismo en La Ciudad Futura.", *VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata*. La Plata, Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP).
- Patiño, R. (1998). "Punto de Vista, la persistente mirada intelectual", *Revista Iberoamericana de Bibliografía*, n° 1.
- Petra, A. (2010). "En la zona de contacto, *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural", Agüero, A. C. y García, D. (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*. Córdoba, Al Margen.
- Ponza, P. (2011). "*La Ciudad Futura: un pacto socialista y democrático*", *el@tina*.
- . (2013). "El Club de Cultura Socialista y la gestión Alfonsín: transición a una nueva cultura política plural y democrática", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux mondes mondes nouveaux. Novo Mundo Mundos Novos. New world New worlds*.
- Reano, A. (2011). "La estructuración simbólica de la democracia argentina en la transición", *Revista Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, n° 7-8, agosto. Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social. En línea: <<http://www.ides.org.ar/programasdeposgrado/publicaciones/practicadeoficio/2011n78.jsp>>.

———. (2012). "Controversia y La Ciudad Futura: democracia y socialismo en debate", *Revista Mexicana de Sociología*, año 74, n° 3, julio-septiembre.

Terán, O. (1991). *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*. Buenos Aires, Puntosur.

Los autores

Leticia Prislei

Historiadora por la Universidad de Buenos Aires y doctora en Filosofía con orientación en historia intelectual (Pacific Western University). Profesora ordinaria e investigadora en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), en la Facultad de Humanidades de la Universidad del Comahue, y profesora visitante en el Dottorato di Ricerca del Dipartimento di Studi Americani de la Università Roma III. Su área de investigación es la historia sociocultural de los intelectuales desde fines del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX. Ha dictado numerosos cursos y seminarios de posgrado sobre su especialidad en universidades del país y del exterior y ha publicado numerosos artículos en revistas y libros del país y del extranjero. Entre sus libros se destacan: *Pasiones sureñas. Prensa, cultura y política en la frontera norpatagónica 1884-1946* (2001), *Imágenes de una ciudad centenaria*, (2004), *Los orígenes del fascismo argentino* (2008) y *Cultura y política en debate* (2010).

Ricardo Martínez Mazzola

Licenciado en Sociología, magíster en investigación en Ciencias Sociales y doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Es investigador adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones

Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), y profesor adjunto de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Ha dictado cursos de grado y posgrado en la UBA, la UNSAM y la Universidad Nacional de La Plata. Sus líneas de investigación son la historia intelectual, la historia política y la sociología política, habiendo publicado numerosos trabajos en los que aborda las transformaciones de la tradición socialista y la historia del movimiento socialista en la Argentina.

Karina Vasquez

Profesora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y doctora con mención en Ciencias Sociales y Humanidades por la Universidad Nacional de Quilmes. Su tesis de doctorado, “Ideas en espiral. Debates intelectuales en las revistas modernistas *Klaxón*, *Estética* y *Terra Roxa*”, analiza un momento de conformación del modernismo brasileño a partir de los desplazamientos y polémicas que tienen lugar en tres publicaciones relevantes de los años veinte. Ha publicado diversos artículos en revistas argentinas y extranjeras sobre los procesos de renovación que llevan adelante jóvenes intelectuales en las primeras décadas del siglo, centrados particularmente en el análisis de sus publicaciones. Actualmente desarrolla actividades de docencia e investigación en la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y en la Licenciatura en Ciencias Sociales y Humanidades de la UNQ.

Daniel Szabón

Profesor de Historia, magíster en Ciencias Sociales y doctorando en Historia. Docente en la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad Nacional Arturo Jauretche y en la Universidad Nacional de la Plata.

Autor de diversos artículos sobre historia intelectual e historia del deporte.

Matías Farias

Profesor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Forma parte de la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano (UBA) e integra el equipo “Educación y memoria” del Ministerio de Educación de la Nación. Asesoró a la televisión pública en la producción de distintas series sobre historia argentina. Recibió becas doctorales del CONICET. Escribe en revistas especializadas de filosofía e historia. Publicó *Conversaciones del Bicentenario. Historia y política en los años kirchneristas* (2011) y *América y el mundo. Una selección de escritos de Juan B. Alberdi sobre política internacional y diplomacia* (2012), y formó parte del comité asesor de la *Antología de Manifiestos Políticos Argentinos I, II y III* (2014-2015). Integró el comité editorial de la revista *El río sin orillas* y actualmente forma parte de la editorial Casa Nova. Está escribiendo su tesis de doctorado sobre la revista *Controversia*.

Ximena Espeche

Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social, licenciada en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y dramaturga por la Escuela de Dramaturgia de la Ciudad de Buenos Aires. Es investigadora asistente del CONICET, profesora de la materia Pensamiento Argentino y Latinoamericano (UBA) e integrante del cuerpo docente de la Maestría en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de San Martín y del posgrado de UNGS/IDES. Ha sido profesora en la Maestría de Literatura Española y Latinoamericana (FFyL-UBA), coordinadora del Seminario General de UNGS/IDES y capacitadora docente en el posítulo “América Latina:

procesos y problemas de la sociedad y la cultura” en la Escuela de Pedagogías de Anticipación (CEPA). Ha trabajado como contenidista para diversos programas de literatura del Canal Encuentro. Ha publicado numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales y capítulos de libros.

Luciano Barreras

Profesor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Recibió becas doctorales del CONICET y desde hace varios años forma parte de la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano del Departamento de Filosofía (UBA). Es también miembro del Grupo de Historia del Siglo XX del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Ha publicado artículos y reseñas en diversas revistas como *Cuadernos de Filosofía*, *El río sin orillas*, *Cuadernos del Sur*, *Avatares Filosóficos*, capítulos en libros como *Intersticios de la cultura y la política latinoamericana* y *Pensar a Jauretche*, así como el estudio preliminar a la reedición de *Peronismo y liberación nacional* de Conrado Eggers Lan. Actualmente escribe su tesis de doctorado sobre el ingreso del estructuralismo en la Argentina.

Mauro Donnantuoni Moratto

Licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y docente de Pensamiento Argentino y Latinoamericano en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad. Escribió numerosos artículos en revistas especializadas de filosofía e historia. Recibió Becas del CONICET y actualmente se encuentra realizando su tesis doctoral sobre “La formación discursiva del campo filosófico argentino (1910-1950)”.

Miguel Faigón

Profesor de Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. Desde 2011 es ayudante de la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano (FFyL-UBA). Ha obtenido becas del CONICET y actualmente se encuentra finalizando su tesis doctoral en torno a temas vinculados con la historia intelectual argentina entre fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, sobre los cuales ha publicado trabajos bajo diferentes formatos. Desde 2015 forma parte del Consejo Editor de *Avatares filosóficos*, revista editada por el Departamento de Filosofía de la UBA.

Alexia Massholder

Profesora de Historia y doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Es presidenta de la Asociación Héctor P. Agosti y directora adjunta del Centro de Estudios y Formación Marxista Héctor P. Agosti (CEFMA). Ha dictado cursos de posgrado en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y es docente de Pensamiento Argentino y Latinoamericano en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad. Actualmente investiga en CONICET diversos aspectos de la intelectualidad comunista latinoamericana y publica en diversas revistas nacionales e internacionales. Su último libro es *El partido comunista y sus intelectuales: pensamiento y acción de Héctor P. Agosti*.

Natalia Bustelo

Profesora de Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (IDAES/UNSAM) y doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente es becaria posdoctoral del CONICET con sede en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI) y ayudante en la

cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano de la carrera de Filosofía (UBA). Investiga la relación de los filósofos argentinos con la política, el movimiento político-cultural de la Reforma Universitaria (1914-1930) y las revistas culturales latinoamericanas del siglo XX. Es miembro del proyecto "Publicaciones periódicas y proyectos editoriales de las formaciones intelectuales nacionales-populares y de izquierda en Argentina (1910-1980)" radicado en el CeDInCI. cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano de la carrera de Filosofía (UBA). Investiga la relación de los filósofos argentinos con la política, el movimiento político-cultural de la Reforma Universitaria (1914-1930) y las revistas culturales latinoamericanas del siglo XX. Es miembro del proyecto "Publicaciones periódicas y proyectos editoriales de las formaciones intelectuales nacionales-populares y de izquierda en Argentina (1910-1980)" radicado en el CeDInCI.

